

Selección RNR

NIDIA RESTOVICH

*Ya te quiero
más*



Romance Actual

Yo te quiero más

Nidia Restovich



SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

*A mis hermosos hijos, Mariano y Valentín,
porque sí, porque los amo hasta el infinito
y más allá también.*

¿Se puede volver a amar con el mismo ímpetu del primer amor?

NOTA EDITORIAL

Selección es un sello editorial que no tiene fronteras, por eso, en esta novela, que está escrita por una autora latina, más precisamente de Argentina, es posible que te encuentres con términos o expresiones que puedan resultarte desconocidos.

Lo que queremos destacar de esta manera es la diversidad y riqueza que existe en el habla hispana.

Esperamos que puedan darle una oportunidad. Y ante la duda, el Diccionario de la Real Academia Española siempre está disponible para consultas.

SEBASTIÁN

Buenos Aires; diciembre de 2014

Milagros no pensaba soportar un segundo más en ese lugar y mucho menos dentro de ese vestido; eran las cuatro de la madrugada y estaba, desde las ocho de la noche, con unas sandalias de plataforma delantera y tacos aguja gigantes, que le provocaban calambres en las pantorrillas. Las plantas de los pies también le ardían de tanto estar parada. Después de un desfile agotador, había tenido que quedarse en esa fiesta horrible para promocionar la ropa de un diseñador que, sería muy famoso, pero tenía la estúpida idea de que vestir a una mujer significaba desvestirla. ¿Cómo explicar, si no, ese trapo milimétrico que llevaba puesto? Color rojo semáforo y lleno de lentejuelas brillantes que le hacían picar por todos lados o, al menos, en los pocos lugares donde la tapaban.

El atuendo tenía espalda descubierta, escote pronunciado y era tan corto que había tenido que pasarse toda la noche parada por miedo a que, si se sentaba, iba a terminar mostrando el color de su ropa interior a toda la concurrencia. Encima, el atolondrado del diseñador la había obligado a dejarse el pelo suelto porque «había que lucir esa belleza», lo cual le confirmó que era un idiota por partida doble. ¿Para qué hacerle usar un vestido con espalda al aire si luego iba a tapar el diseño con el pelo? Además, ¿tenía idea del calor que provocaba un cabello de esa abundancia y largo sobre su piel desnuda en esa calurosa noche de mediados de diciembre? Milagros se retorció el pelo por enésima vez, y lo ubicó por delante de su hombro, para tratar de refrescarse, mientras sentía cómo una gota de transpiración resbalaba, por tercera vez, desde su columna vertebral hasta la línea que dividía su trasero.

El no haber podido ponerse un corpiño decente para sostener el

movimiento de esos dos melones anárquicos que tenía por pechos la ponía más nerviosa aún. Por otra parte, la música del lugar y el bullicio de la gente eran tan estridentes que le taladraban los oídos, y los focos de colores, que giraban en forma ininterrumpida sobre su cabeza, lanzando potentes haces de luz en todas las direcciones, habían comenzado a marearla.

Para colmo de males, los babosos estaban a la orden del día, la habían molestado toda la noche con miradas e insinuaciones de mal gusto... y no le extrañaba. Vestida así, lo único que le faltaba era la carterita y pararse a revolearla a orillas de la Panamericana. Ahora mismo estaba viendo a tres tipos que la miraban con fijeza y cuchicheaban entre sí con sonrisitas socarronas. Por lo menos estos eran jóvenes. ¡Qué ambiente espantoso! Y ella, a solo una semana de rendir Anatomía II, encastrada allí, con todo lo que tenía para estudiar.

Con disimulo, y aprovechando que no la estaba observando, contempló al más alto de los tres. Era el muchacho más atractivo que había visto en su vida. No, más atractivo era Cristian, pero se parecía mucho a él. Los ojos se le nublaron de lágrimas. Parpadeó con rabia, ¿Por qué, aun después de cuatro años, no podía pensar en él sin llorar? ¿Hasta cuándo, Dios santo, iba a durar este dolor?

Tratando de calmarse, volvió a observar, con cautela, al desconocido. Estaba ubicado en medio de los otros dos y sonreía con una boca de dientes perfectos y relucientes, enmarcados por unos labios gruesos y sensuales. Tenía el cabello ondulado y castaño oscuro, como Cristian, pero los ojos, cubierto por cejas gruesas y arqueadas, eran de un azul profundo y hermoso, que destacaba en una piel entre mate y trigueña. Llevaba puesto un pantalón de vestir negro y una moderna camisa entallada color verde agua, que se ajustaba a su amplio y delgado tórax como si fuese un guante. Él giró la cabeza, para responder al rubio que le hablaba, y ella pudo ver que tenía una nariz recta y bien delineada. Luego volvió a reír ante un comentario y se le hicieron dos hoyuelos en las mejillas. Eran adorables, como los de su sobrinita Constanza, la hija de Luis.

A Mili también le dieron unas ganas incoherentes de sonreír, en medio de tantas incomodidades, e iba a hacerlo cuando él levantó la vista y le clavó los ojos con desparpajo, lo que la hizo desviar la mirada con la velocidad de un rayo. ¡Qué caradura! ¡La había mirado así toda la fiesta! ¡Como si no fuera suficiente con esa ropa indecente para sentirse desnuda! Por vigésima

vez en esa noche, se estiró el vestido todo lo que podía sin romperlo y decidió que ya era suficiente. Cinco minutos más y se iba, y que el contrato se fuese al diablo.

En la otra esquina del salón, Sebastián charlaba con sus amigos Tomás y Lucas y pensaba que era cierto lo que ellos le habían dicho: esa modelo, Milagros Salerno, era la mujer más bella que había visto en toda su vida... Sin saberlo, repetía casi los mismos pensamientos que Mili había tenido sobre él.

Ellos lo habían arrastrado a ese desfile afirmando que, aprovechando los dos últimos meses de soltería que le quedaban y que su novia, Elena, se encontraba en preparativos para viajar a Francia, donde iba a ir para comprarse el vestido de novia y el ajuar, debía conocer a la chica más hermosa de la Argentina, pero se habían quedado cortos. En sus veintiséis años, él había viajado por casi todo el mundo y nunca había visto algo igual. Desde que había aparecido por primera vez en la pasarela, no había podido dejar de mirarla como un tonto, ¡mamita! Esas piernas torneadas, esa cintura y esos pechos..., era cantado que no llevaba sostén y, a pesar del tamaño, podía jurar que eran naturales. Qué pensamientos babosos, ya casi parecía su tío Oscar. Pero la carita, esa carita era un poema...

Tomás interrumpió sus pensamientos diciendo:

—Y ¿era o no era como te dije?

Sebastián tomó un trago de champaña de la cuarta copa que se servía esa noche y respondió sonriente:

—Es más, nunca te falló el gusto para las mujeres.

—Y bueno, ¿qué esperas para encararla? Son los dos últimos meses de soltería que te quedan, y con Elena a un pasito de subir al avión, ¡aprovechá! Si tenés suerte, este va a ser mi regalito de casamiento —lo animó Tomás.

—No jorobés, me llega a enganchar algún paparazzi con esta mina y me escracha. Salgo en primera plana y adiós boda —dijo Sebas, alzando la copa, con nostalgia anticipada por lo que no podía ser.

—Tu vieja se infarta de una y tu viejo te deshereda —aportó Lucas con ironía, que ya había bebido él solo lo mismo que sus dos amigos juntos, y estaba con ganas de intervenir en el diálogo. Luego continuó—: Si sos discreto y la llevás a lugares que no frecuentan los de nuestra clase, nadie tiene por qué enterarse. Además, sacate la sotana, ¿querés? Como si nunca te hubieras tirado una cana al aire...

—¿Una sola? —ironizó Tomás y, a continuación, le guiñó un ojo a Lucas para que le siguiese el juego—. Dale, que ya te vi como la mirás. Además, ella también te echó dos o tres miraditas como para prenderte fuego y dicen en el ambiente que es más fácil que la tabla del uno.

—¿Estás seguro? No parece —dudó Sebas, volviendo a mirar esa carita de ojos tristes que parecía de un ángel.

—¿Te volviste boludo de golpe? ¿No ves cómo está vestida? Parece un gato...

Para no ser menos en la mentira, Lucas se sumó.

—¡Es un gato y de las caras! Me contaron que cobra mil dólares la noche, pero bueno, a lo mejor a vos, con la pinta que tenés, te hace precio. Vamos, andá y encarala, que ya me quedé sin servilletas para limpiarte la baba. — Luego giró para servirse más champaña, al tiempo que, por detrás de Sebas, alzaba las cejas hacia Tomás en un gesto pícaro.

—Lo único que faltaba, que con veintiséis años tenga que poner plata para acostarme con una mina. —Sebas no entendía por qué, ni siquiera la conocía, pero le había dado rabia enterarse de que ella era una cualquiera. Lo único que tenía claro era que la deseaba desde el primer momento en que le había puesto los ojos encima. Mientras la observaba caminar sobre la pasarela con elegancia y con la mirada triste y perdida en un punto lejano, el corazón había comenzado a latirle con fuerza, y había sido tan poco disimulado que ahora esos dos atorrantes lo estaban tomando para la chacota, aprovechándose de su debilidad.

—Pero con una mina de estas es plata bien gastada, ni lo dudes. Encarala, si no tenés dinero ahora, yo te presto —lo animó Lucas, palmeándole la espalda.

—Y si pensás así, ¿por qué no la encarás vos? —le contestó Sebas de mal modo.

—Porque ya me di cuenta que a vos te trae loco, y para mí las mujeres que le gustan a mis amigos tienen bigotes —respondió Lucas, mandándose la parte.

Sebastián volvió a mirarla y descubrió que ella también lo estaba observando. ¿Sería cierto lo que le decían esos sátrapas? El alcohol ya se le estaba subiendo a la cabeza y, aunque le parecía vergonzoso pagar por sexo, pensó que, como decía Lucas, “esta vez valía la pena”. A lo mejor la chica necesitaba la plata, por eso estaba triste, se justificó, pero de algo sí estaba

seguro, él la necesitaba a ella. Vacío su vaso, lo dejó sobre la barra y, mirando a sus amigos, se dispuso a atravesar el salón diciendo:

—Muchachos, allá voy. —A continuación, partió con paso firme hacia donde se encontraba la sirenita rubia.

Mientras tanto, en la barra, Tomás y Lucas chocaban sus manos y se descostillaban de la risa. Habían convencido a su amigo de encarar nada menos que a la «dama de hielo», la modelo famosa en el ambiente por no darle bolilla ni corte a nadie. Hasta ellos habían intentado acercarse a ella, y nada. Había sido como chocarse con una pared, ni siquiera se había tomado el trabajo de mirarlos antes de hacerlos a un lado. Había generado muchas discusiones y polémicas. Unos pensaban que era lesbiana, otros, que era virgen. Lo cierto era que, en los dos años que hacía que estaba en esa profesión, no se le había conocido ni novio ni amigo ni amante, y de puta tenía menos que la Madre Teresa de Calcuta.

Habían preparado esa broma con anticipación, ofendidos porque, dos semanas atrás, mientras navegaban en su lancha y sabiendo que ellos estaban cambiados para asistir a un cóctel en la costa de una isla del delta, Sebas, que dirigía el timón, había aprovechado que estaban mal parados y había hecho un giro brusco que los mandó de cabeza al Río de la Plata, por supuesto, en el proceso no solo les arruinó los trajes, sino que también les lastimó el orgullo.

Encima se les había reído a carcajadas en la cara. Estaban hartos de sus bromas pesadas y, aunque su amistad era fuerte e indisoluble, habían pensado que esa vez la venganza tenía que ser épica. Como su amigo era un terrible mujeriego, no dudaron en que la revancha tenía que venir por ese lado. Sebastián no conocía a esa chica, así que ese era otro punto a su favor. Habían estado seguros de que ella lo iba a volver loco y no se habían equivocado. Todo les había salido a pedir de boca, incluso había sido casi un milagro que ella asistiese después a esa fiesta, ya que casi nunca salía. Solo cabía esperar el desenlace, que era cantado. Su amigo del alma se dirigía con paso firme hacia el matadero.

—Ey, a ver si se enoja en serio y no nos mira más —dijo Tomás con duda.

—Que se las aguante, ¿cuántas le bancamos nosotros a él? ¿Le gusta hacer bromas pesadas? ¡Qué se aguante! —respondió Lucas sonriendo, pero con ceño preocupado, ya que sabía que Sebas era bastante caballeroso con las mujeres que le gustaban y no se lo iba a tomar muy bien.

Mientras tanto, con el corazón desbocado de pura expectativa, Sebastián llegó al lado de Milagros, ella estaba sola, de espaldas y con el pelo volcado hacia un costado, Él colocó su nariz detrás de la oreja de ella y el perfume de jazmines, mezclado con su olor natural de mujer, lo mareó y su sexo reaccionó con intemperancia. Le puso una mano en la cintura y, apoyando su pelvis contra el trasero de la joven, con una voz profunda y ardiente, le dijo:

—¿Cuánto hay que pagar para acostarse con vos?

A la chica la furia se le subió a la cabeza y vio todo rojo. El calor, el cansancio, la picazón y las incomodidades que venía soportando se conjugaron con ese insulto ofensivo y acumularon toda la fuerza en su mano, con la cual descargó un potente cachetazo en la mejilla del muchacho que le dejó, a él, cuatro líneas rojas marcadas al sesgo y, a ella, los dedos ardiendo.

—¡Idiota, no me acostaría con vos ni por todo el oro del mundo! —le gritó, con los ojos vidriosos y tanta fuerza que todos los que los rodeaban se dieron vuelta para mirarlos. Acto seguido lo empujó, lo hizo a un lado y partió con paso decidido. Él se quedó dolorido y pasmado. Después, ella fue apartando a los demás, sin pedir permiso para pasar por primera vez en su vida, al tiempo que mascullaba:

—¡Basta, es suficiente, se pueden ir todos bien a la mierda!

Desde la barra, Tomás y Lucas, que habían filmado toda la escena con sus celulares para guardar el recuerdo y gastar a Sebastián de por vida, lloraban de la risa al ver la cara de idiota con la que se había quedado su amigo. Sebas trató primero de seguirla, pero en ese amontonamiento era casi imposible. Además, por más que se puso en puntas de pie, no pudo ver por dónde se había ido. Seguía buscándola cuando vio a sus amigos. Tomás reía a carcajadas y las lágrimas le corrían a raudales por las mejillas, Lucas estaba inclinado agarrándose el estómago con una mano y temblando también de la risa. De golpe comprendió todo y caminó hacia ellos como un toro hacia el paño rojo. Al verlo llegar, Tomás le dijo entre carcajadas:

—Felicitaciones, acabás de conocer a la famosa «dama de hielo».

Sebastián echó el brazo hacia atrás y le embocó una trompada en el estómago que lo hizo doblar en dos. Luego se agachó y le dijo con ironía:

—Por si te habías olvidado de cómo era mi puño.

“Hacía desde los trece años que no se agarraban a las trompadas, pero

Sebas seguía teniendo un puñetazo contundente”, pensó Tomás, pero se llamó a silencio, porque el horno no estaba para bollos.

Lucas se interpuso en medio de ambos y empujó a Sebastián, diciéndole:

—¡Ey, pará un poco! ¡Si te gusta hacer bromas, aguantatelas!

—¡Me las banco si son a mí solo, pero esa pobre chica qué tenía que ver! ¡Ya me parecía que de puta no tenía nada! ¡Son dos boludos a cuerda! —gritó Sebastián, enfurecido y alzando los brazos.

Tomás, que se había incorporado y se refregaba el estómago, le gritó:

—¡No sé para qué te enojás tanto, si total a esa mina no la vas a ver más!

—¡Y vos qué carajo sabés! —le respondió Sebas furioso y, girando sobre sus pies, salió a tranco largo para el lugar por donde había desaparecido Milagros.

Tomás se quedó mirándolo, como atontado. Lucas pensó que ya había visto antes esa mirada de decisión irrevocable en el rostro de Sebastián y casi tuvo miedo. Acercándose y codeando a su compinche de bromas, le dijo:

—Amigo, ¿no habremos abierto una caja de Pandora vos y yo?

Sebastián continuó buscando a Mili por todo el salón de fiestas. Luego de transcurridos diez minutos, tuvo una corazonada y salió a la vereda, el aire fresco de la noche lo golpeó en el rostro y aspiró hondo para calmarse. Cuando estaba exhalando, la vio. Estaba parada a media cuadra, casi sobre el cordón, con ese infartante vestido rojo de fiesta y una mochila de *jean* colgada al hombro. Tenía el brazo levantado, tratando de parar a un taxi que pasaba lleno de gente; a esa hora, pensó él, a ella le iba a ser más fácil bajar a un ovni del cielo que encontrar a un taxi vacío. Aunque, con ese físico, pensó también, el taxista podía ser capaz de bajar a los otros pasajeros a las patadas para llevarla.

No se animaba a dejarla sola allí. Después de las cuatro de la madrugada, la ciudad se volvía muy peligrosa, más para una chica con su aspecto y vestida así, para colmo. Tampoco se animaba a hablarle después de la metida de pata que se había mandado con ella, así que se fue acercando despacito, con el cuerpo pegado a la pared y aprovechando la oscuridad de los locales cerrados, y se quedó parado muy quieto, cinco o seis pasos detrás de la joven, para cuidarla hasta que la viera subir a un taxi.

En eso estaba cuando, con un fuerte chirrido de ruedas, frenó un auto deportivo gris ocupado por tres muchachones con aspecto de estar bebidos.

El acompañante miró a Mili de arriba a abajo y, luego de un silbido pronunciado, le dijo:

—¡Mamita, qué belleza! ¿Querés que te alcancemos a alguna parte?

La chica comenzó a retroceder despacito y respondió nerviosa:

—N no, gracias, ya llamé a mi papá y está llegando.

Los muchachos se miraron entre ellos con gesto incrédulo.

—Entonces llámalo de nuevo y decile que te llevamos nosotros, preciosa, ¿No vas a hacer levantar a tu viejo a esta hora de la madrugada? —le dijo el conductor con tono socarrón.

Milagros retrocedió un paso más, alarmada.

—¡Váyanse o llamo a la policía!

El joven que estaba sentado en la parte de atrás del auto abrió la puerta trasera e insistió:

—Dejate de hacer la difícil y subí, que todos sabemos que estás sola. Vení, vas a ver que nos vamos a divertir mucho juntos.

La chica se puso pálida y volvió a retroceder, Sebastián no pudo más y, con el celular en la mano, salió de las sombras, se adelantó y colocó una mano en el hombro de ella, mientras decía con voz firme:

—No está sola, está conmigo, hace un minuto le envié un mensaje a la policía y están llegando. —Se inclinó hacia el auto, los miró fijo y continuó —: Yo que ustedes, me iría cantando bajito, el olor a Fernet lo puedo sentir desde acá. Van a terminar presos y con el auto retenido por conducir alcoholizados.

La muchacha lo miró asombrada, ¡Otra vez ese tipo! Le quemaban las manos de las ganas de darle un manotazo para que dejase de tocarla, pero se contuvo y se quedó quieta, porque no le convenía hacer eso en este momento.

El acompañante del auto la miró a los ojos y le preguntó:

—¿Es cierto lo que dice?

Ella respondió rápidamente:

—Sí, es, es mi novio.

Sebas la contempló con asombro. «¿Así que la dama de hielo sabe mentir?»

Los muchachos se observaron entre sí, resignados, luego el conductor miró a la chica de arriba a abajo y le dijo:

—¡Qué lástima! —Puso primera y salieron a gran velocidad, haciendo

chirriar los neumáticos.

La chica le dio un fuerte manotazo a Sebastián, para sacarle la mano de su hombro, y le gritó furiosa:

—¿Otra vez vos? ¡Sos peor que la luz mala!

El joven la miró fijo y, con aire pícaro, le respondió:

—¡Qué pena! Hace menos de un minuto era tu novio.

Milagros se puso roja de la furia y le gritó con los puños cerrados:

—¡No te atrevas a burlarte porque esta vez, en lugar de una cachetada te voy a dar un puñetazo!

El muchacho le respondió con una sonrisa irónica:

—¡Y yo que pensé que eras una dama!

Ella pasó del rojo al pálido y le dijo con tono dolorido:

—Mentira, si hubieras pensado eso, no me hubieses tratado como a una, una... —Al ver que venía otro taxi, se interrumpió y corrió hasta la calle, pero, con el apuro, al bajar el cordón se dobló el pie y se quebró el taco del zapato. Todo fue en vano, el auto pasó lleno de pasajeros. La muchacha regresó a la vereda con gesto dolorido y rengueando, se sentó en el cordón, se sacó los zapatos y se frotó el tobillo, luego miró apenada el taco roto:

—Ay, Francesco me mata...

—¿El diseñador? —preguntó el muchacho preocupado, mirando el tobillo femenino que comenzaba a hincharse.

—Sí... ¡Qué te importa! ¡Andate y déjame sola, querés! —le respondió ella, parándose de nuevo con gesto de dolor.

Él la contempló con tristeza y le dijo:

—No me vas a perdonar nunca, ¿verdad? —Ella lo miró con furia, y él continuó con tono conciliador—: Vamos a hacer una cosa, tengo el auto a media cuadra, lo voy a buscar, vos me esperás aca, así no tenés que caminar con ese tobillo así, me decís donde vivís y te alcanzo a tu casa.

Milagros lo observó, frunciendo el ceño.

—¡Ni loca me subo a un auto con vos!

Sebastián se puso las manos en la cintura con impaciencia.

—¡No seas terca, querés! Los dos sabemos que, a esta hora de la madrugada, no vas a encontrar ningún taxi vacío, y es peligroso que te quedés aquí.

La joven lo consideró un segundo, antes de contestarle con tono inquieto:

—¡Más peligroso sos vos, andate!

Él la contempló con impotencia y, alzando las manos con gesto de derrota, comenzó a retroceder. Ella volvió a pararse en el filo del cordón, descalza y con los pies congelados por el frío del pavimento.

Mientras la chica observaba cómo su tobillo comenzaba a hincharse, una camioneta blanca frenó a su lado con un chirrido suave. El conductor era un cuarentón elegante y con gesto licencioso, que se inclinó sobre la puerta de su vehículo para decirle:

—¡Qué delantera, princesa! ¡Sos lo más lindo que vi en mi vida!

«Yo también —pensó Sebastián, deteniéndose a unos metros—. ¿Y?».

El cuarentón continuó:

—¿Querés que te alcance a alguna parte?

Milagros respondió molesta:

—No, gracias, ya está viniendo a buscarme mi papá.

—¿Seguro? —dijo el veterano, paseando la mirada desde su escote a sus piernas.

La joven tomó la mochila de *jeans* y la colocó delante de su pecho como si fuese un escudo protector, antes de contestarle: —Seguro, vaya tranquilo nomás.

El hombre la siguió contemplando con gesto lujurioso, y dijo con tono intencionado: —No me tratés de usted, que no soy tan viejo. Si quisieras, podríamos hacer muchas cosas juntos.

La muchacha se puso roja, apretó más su bolso y retrocedió. Sebastián perdió la paciencia y, acercándose a la puerta del acompañante, le gritó con rabia:

—¡Tomátelas de acá antes de que te muela a trompadas!

El conductor lo observó con enojo por unos segundos, como si dudara en bajarse, pero después arrancó y se fue.

La joven giró hacia el chico, le dirigió una mirada que congelaba el infierno y, alzando el dedo, le reclamó:

—¿Qué te venís a hacer el matón? Lo que vos me dijiste fue mucho más ofensivo que lo que me dijo él, y por lo menos, ¡él no me apoyó nada! —terminó, poniéndose más roja, antes de darle la espalda.

«Así que sí lo había sentido». Entre el enojo de ella y lo ridículo de la situación, el muchacho tenía ganas de ponerse a reír a carcajadas, pero sospechó que eso a ella no le iba a caer muy bien, con el geniecito que cargaba. En cambio, la contempló con gesto conciliador, sin animarse a

tocarla, y le dijo con tono suave:

—Perdoname, por favor, todo fue un terrible malentendido, mis amigos...

—¡No me importa lo que quieras explicarme, yo sé muy bien lo que escuché! —lo interrumpió ella, con los ojos echando chispas y golpeándole el pecho con el dedo índice.

Él vio que la cuadra estaba quedándose desierta, volvió a perder la paciencia y la tomó de los hombros, en tanto que le espetaba:

—¡No seas terca, querés! ¿No te das cuenta de que no te podés quedar sola acá, a esta hora, con ese cuerpo y vestida así? ¡Vas a terminar muerta y tirada en un baldío! —finalizó alzando los brazos con furia.

—¿Y a vos qué mierda te importa? ¿Desde cuándo te autonombraste mi protector, eh? —respondió Mili, pensando que esa noche había dicho más malas palabras juntas que en sus veinte años de vida... y cómo no, si ese idiota era capaz de sacar de sus casillas hasta al espíritu más pacífico.

—¡Ma' sí, tenés razón! —le gritó él, ya hastiado, y volvió a alejarse a tranco largo hacia su auto. Luego de hacer diez metros, se detuvo con rabia, se dio vuelta y se cruzó de brazos para mirarla... No había caso, esa trastornada lo iba a tener toda la noche despierto y con el alma en un hilo. ¡Para qué cuernos había aceptado ir a ese desfile de porquería! Hasta hacía unas horas creía tener la vida solucionada, y ahora esa loca de atar había puesto su mundo de cabeza... Aunque nunca en la vida se había sentido tan vivo y tan atraído por nadie, tan necesitado de protegerla, de tocarla, de oler su perfume... La pucha, esos eran pensamientos peligrosos, mejor irse lejos porque, si seguía así, no iba a poder soltarla nunca más... ¡Ja, como si ella se hubiese dejado agarrar alguna vez!

«¡Mierda, me voy!», pensó otra vez, pero se quedó parado, mirándola como un tonto. Ahora la veía rebuscar dentro de su mochila, sacar el celular y sacudirlo con rabia, ¡Típico! Se había quedado sin batería. Ella volvió a hacerle señas a un taxi, que, para variar, pasó lleno. Después volvió a revolver dentro de ese bolso gastado, sacó una campera corta de *jeans* y unas alpargatas blancas, se las puso y prendió hasta el último botón de su abrigo... «No va a resultar —reflexionó él—, todavía le quedan el pelo, la cara y las piernas sin tapar». Pero al menos le había hecho caso en algo.

En esas disquisiciones estaba cuando, por la otra esquina de la cuadra vacía, vio venir caminando a tres hombres con un aspecto de *pesados* que daban escalofríos. No les faltaba nada: anillos gruesos, cadenas a la cintura,

chalecos de cuero, tatuajes, piercings, ¡una pinturita! ¡Contraseña, un muerto al hombro!, hubiera dicho su tío Marcos. El miedo por la seguridad de la chica le descompuso el estómago. Corrió hacia ella, alarmado, la tomó del brazo y, vigilando a los tipos, le dijo:

—¡Milagros, ahora sí, vamos, vení conmigo!

Ella, que no los había visto, le contestó de mal modo, sacudiendo su brazo:

—¡Soltame! ¿Cómo sabés mi nombre?

—Eso no importa ahora. ¡Vamos te digo! —le gritó nervioso y sin soltarla.

—¡Yo con vos no voy ni a ver si llueve! ¡Me soltás ya! —le respondió la joven, tironeando en sentido contrario.

El más gordo de los tres, que medía cerca de dos metros, apartó el chaleco para dejar ver un cuchillo amarrado en su cintura y dijo con tono amenazador:

—La piba está pidiendo que la sueltes. ¿Me explico?

En ese momento, ella los vio y, de forma automática, cambió de opinión y se escondió detrás del muchacho con gesto asustado.

«¿Ahora me haces caso, loca?», pensó Sebas, con todos sus sentidos en alerta, en tanto que respondía:

—No pasa nada, discutíamos por una pavada, pero ya está solucionada —les aseguró con un nudo en la garganta y un miedo visceral que jamás había sentido. Lo peor del caso era que se daba cuenta de que ese miedo no era por él, sentía terror por ella y por lo que le pudiera pasar si caía en manos de esos tipos. «¡Nunca! —se dijo—, primero me van a tener que matar».

—No parece. La piba no te quiere, déjala sola. Ella se viene con nosotros —aseguró el gordo mirándolo fijamente.

Mili lo interrumpió, alarmada, asomando la cabeza detrás de Sebastián y tomada con fuerza de su brazo:

—¡No, no, no, si yo sí lo quiero, vayan u ustedes nomás, a así hacemos las paces!

El chico puso los ojos en blanco. ¿La trastornada se creía que a esos los iba a convencer con palabras como a los otros? Encima se le había prendido al brazo como una garrapata. ¡Genial! Tres contrincantes y un brazo trabado. ¡Era como agarrarse los dedos con la puerta!

El de pelo largo y cara manchada, que se ubicaba a la izquierda del gordo, habló por primera vez:

—¿Sabés qué pasa, gil? Esta es mucha mujer para vos, la vas a tener que

compartir con nosotros. —Mientras decía esto, sus compañeros se desplazaban para rodearlos.

Milagros abrió los ojos como platos y comenzó a temblar de un modo incontrolable. «¡Ahora sí te asustas!», pensó él chico, con una mezcla de lástima, enojo y miedo. Después, sin mirarla, le dijo bajito:

—Soltame el brazo.

«¡Bárbaro, lindo momento elige este para dejarme sola!», pensó la chica, con los ojos nublados por las lágrimas.

El gordo sacó el cuchillo de su cintura y le dijo al muchacho:

—Si quieres salir vivo de esta, danos la billetera y el celular, y andate.

—Yo se los doy —dijo Sebastián, luego se los sacó del bolsillo y se los alcanzó—. Ahí hay bastante dinero, pero a ella déjenla tranquila. —En tanto que él hablaba, el de pelo largo, a una señal del gordo, estiró el brazo e intentó atrapar a la joven. El chico lo enfrentó y volvió a cubrirla con el cuerpo.

—No seas pelotudo, gil, ¿no te das cuenta de que lo que más queremos acá es la minita? —continuó el gordo, que era el que parecía llevar la voz cantante—Andate, no te hagas matar de gusto. —Mientras el hombre decía esto, sus compañeros los rodeaban cada vez más cerca. El muchacho, que no quitaba la vista del cuchillo, pensó: «La mejor defensa es el ataque» y como no tenía la más puta posibilidad de escapar de esa, gritó:

—¡Corré, Mili! —Y empezó a repartir patadas y golpes de karate a una velocidad impensable. La primera fue a la mano del gordo, para neutralizar el arma, la cual voló a los pies de la chica que, en lugar de huir, la tomó por el mango y la tiró, con toda su fuerza, hacia la cuadra de enfrente, para que no pudieran recuperarla y usarla contra él. Sebastián siguió la lucha, dándole tal patada al melenudo en la mandíbula que lo lanzó a dos metros de distancia. Luego giró y le pegó al gordo un golpe seco, con el canto de la mano, sobre la nuez de Adán, tan contundente que lo dejó sin aire y de rodillas.

Cuando el chico volvió a girar para enfrentarse a su tercer oponente, el más petiso, que llevaba la cabeza rapada, descubrió que este, con una mano, había abierto una navaja y la tenía apoyada en la garganta de Milagros y, con la otra, la tomaba con fuerza de la cintura, en tanto que lo observaba con cara de loco:

—¡Apartate porque la degüello! —le gritó.

Al muchacho se le heló la sangre en las venas y se paralizó, no podía golpearlo sin lastimarla. Mili leyó su gesto de desamparo y entonces, en una muestra de valentía que él iba a recordar por el resto de su vida, giró su rostro hacia el costado y gritó:

—¡Policía, apúrese, venga pronto!

El petiso miró también hacia el mismo lugar y ese momento de distracción le sirvió a Sebas para sacarle la navaja de la mano, apartarlo de la chica, tirarlo al piso y molerlo a golpes.

Diez segundos después, Milagros se le colgó del cuello por atrás para intentar sacarlo:

—¡Dejalo, no ves que lo estás matando! —le gritó, viendo como la cara del otro se llenaba de sangre.

—¿Y vos no viste que casi te mata? —le respondió él, al tiempo que se levantaba enojado y la tomaba del brazo, mientras veía que el gordo intentaba también incorporarse—. Ahora sí, vamos antes de que venga la policía y nos tengamos que pasar lo que queda de la noche declarando en una comisaria —continuó con tono autoritario, recuperando su celular y billetera del bolsillo del delincuente.

—Yo... te agradezco lo que hiciste por mí, pero no pienso ir a ningún lado con vos —dijo la joven, con suavidad y bajando la mirada, pero con gesto firme.

¿Así que, después de todo lo que había sucedido, seguía en terca? Sebastián sintió que el miedo que había pasado y la atracción y la furia que le provocaba esa chica se conjugaban en un solo sentimiento y hacían eclosión en su pecho, hasta destrabarse en un fuerte alarido:

—¡¡¡Ahhhhhhh!!!

Acto seguido, se la cargó al hombro como si fuese una bolsa de papas y, dando largas zancadas para alejarse de los agresores, que comenzaban a incorporarse, se dirigió a su auto.

Milagros le pegaba puñetazos en la espalda y se retorció tratando de bajarse:

—¡Qué hacés, bruto, bajame! ¿No ves que le estoy mostrando el trasero a toda la ciudad? ¡Bajame, te digo! —exclamó, al tiempo que, con una mano, continuaba pegándole y, con la otra, trataba de taparse la *vedetina* blanca, que había quedado a la vista con el forcejeo.

El muchacho ya había tenido suficiente por esa noche, así que, dándole

una palmada en la nalga, le gritó:

—¡Quedate quieta y dejá de pegarme porque te llevo otra vez con los tipos esos para que te hagan lo que tenían pensado!

La chica abrió grandes los ojos, alarmada, alzando la cabeza y tratando de sostenerse el pelo que, colgada en esa posición, tocaba el piso, antes de desafiarlo.

—¡No serías capaz!

—¡No me tientes! —le respondió él, en tanto que sacaba la llave y abría el auto a distancia. A continuación, la tiró con brusquedad en el asiento del acompañante y, al ver que ella abría esa puerta para tratar de bajarse, se estiró por encima de la muchacha y la cerró de un portazo. Le puso el cinturón de seguridad, trabó el auto y arrancó a gran velocidad, con la vista fija en el pavimento y los brazos temblando de los nervios y la rabia. Después de transitar cinco o seis cuadras, se tranquilizó, frenó y estacionó cerca del cordón.

—¿Querés que te lleve a un sanatorio? —le dijo con voz más calma, mientras veía, alarmado, un hilo de sangre que corría por el cuello de ella.

Mili estaba como en *shock*, se había quedado muda y estática. Sin embargo, le contestó, en tanto que se abrazaba fuerte a su mochila con la mirada baja:

—No, gracias, estoy bien.

Él se inclinó sobre ella y le puso un dedo bajo el mentón para alzárselo y poder revisarla, pero, al hacerlo, el alma se le vino a los pies cuando vio correr dos gruesos lagrimones por su cara de porcelana, que ahora estaba colorada y sucia. Le dieron ganas de abrazarla, de besarle esos labios rellenos y maduros, y decirle que estaba todo bien, pero se contuvo. La mirada de ella, vulnerable y triste, le imponía distancia.

—Pero te está sangrando el cuello, esa basura te cortó —dijo el chico revisándole la herida. Al ver que era superficial, se quedó más tranquilo.

—Es poquito, ni siquiera me duele —respondió ella, mientras Sebastián sacaba un pañuelo y le limpiaba la sangre. Luego él se agachó en silencio, le tomó el tobillo y lo levantó para inspeccionarlo—. ¿Qué hacés? Soltame el pie —agregó la joven con vergüenza.

—Está hinchado, te voy a llevar al sanatorio para que te lo curen —le contestó él, en tanto que acariciaba la zona inflamada y pensaba que era la piel más suave que había tocado en su vida.

—Ni se te ocurra, me hice mal de chica jugando al hockey y se me dobla

siempre, en mi casa tengo una pomada y una venda elástica. —Mili, que odiaba ir al médico y más cuando no conocía a los profesionales, se alarmó. Además, estaba agotada y transpirada, quería bañarse, dormirse y olvidarse de que esa noche infernal había existido.

—Entonces dame la dirección y te llevo. —Ella lo miró, desconfiada y dudando, y él se sintió nuevamente molesto—. ¿Sanatorio o casa? Vos elegís —dijo el muchacho, mirándola fijo y con las cejas alzadas.

—Sarmiento 1355, pero andá despacio, que recién casi me infartás —respondió la joven ya vencida, con tono entre mandón y quejoso.

—Sabía decisión —acotó él, observándola con ternura. Arrancó nuevamente y comenzaron a desplazarse por las calles oscuras y solitarias, esta vez más lento.

—¿No vamos a denunciar a esos tipos? — preguntó Milagros preocupada, al tiempo que sentía las luces de neón desplazándose, cada tanto, sobre sus retinas. Él la contempló en silencio por unos instantes y luego bajó la velocidad, sacó su celular y marcó un número.

—¿Hola, policía? Llamo para informar que en la esquina de Scalabrini Ortiz y Corrientes, tres hombres atacaron a una pareja con un arma blanca para robarles... Sí, el chico y la chica pudieron huir, pero los tipos quedaron ahí y pueden atacar a otras personas... Mi nombre no importa, pero vayan rápido si quieren atraparlos. —Cortó y dejó el celular, luego se masajeó el cuello con gesto cansado.

Milagros lo miró curiosa.

—¿Por qué no quisiste decirles tu nombre?

—Ya te dije, no quiero tener que pasarme toda la noche declarando, y menos por culpa de unas lacras como esas.

Ella se quedó callada, luego lo miró con ojos tímidos y admirados y le preguntó:

—¿Cómo hiciste para...? —Él la observó, interrogante—. Digo..., esos golpes tan fuertes y raros que le diste al gordo y al de melena... ¿Qué fue eso?

Él sonrió con tristeza, en tanto que meneaba la cabeza.

—Son golpes de karate, soy cinturón negro. En realidad, el karate no debe ser usado para atacar, solo para defenderse —dijo tratando de justificarse.

Mili hizo una media sonrisa suave.

—Sí, bueno, te entiendo, pero... ¿lo del pelado qué fue?

Él respondió, molesto: —Ah, no, con ese estaba muy caliente y lo cagué a trompadas.

La chica alzó las cejas ante el comentario que, por un lado, le pareció gracioso y opuesto a lo que había asegurado antes, y, por el otro, algo en su gesto de soberbia, combinado con seguridad y algo de prepotencia, le hizo acordar a Cristian. Después se acomodó la mochila sobre las piernas, para taparse un poco, y dijo:

—Nada de karate para ese, entonces.

—Nada —aseguró él mirando primero sus muslos, ahora cubiertos, y luego su cara con gesto de reproche.

«Solo le falta hacer un puchero —pensó ella—, este tipo es un personaje, casi lo mataron esta noche y él se preocupa porque me tapé las piernas. ¡Bárbaro, soy un imán de tarambanas». Sonrió con ternura y observó que, aun así, despeinado, transpirado, sucio de sangre y con la camisa rota, seguía siendo el hombre más hermoso que había conocido... y sí, tenía que reconocerlo, también era más lindo que Cristian. Bah, eso le decían sus ojos, no su corazón... Y era valiente, podría haberse ido y haberla dejado sola, pero se había quedado a su lado para defenderla. Era casi milagroso que no hubiese recibido un solo golpe... Iba a tener que averiguar cómo era esa historia del karate para ir ella también, ya que, si había un problema quinientos kilómetros a la redonda, seguro que se le pegaba como una lapa, así que debía aprender a defenderse.

De pronto, ella observó su mano en el volante.

—Tenés los nudillos lastimados —le dijo, tocándolo con suavidad.

A él ese contacto le provocó una corriente de electricidad que le corrió desde la mano hasta la entrepierna. Tratando de disimular su excitación, le respondió:

—No te preocupes, la cara del pelado seguro que quedó peor. —También lo emocionó ese gesto de ternura y preocupación, y el color rojo de sus mejillas cuando retiró la mano, avergonzada. ¿La habría afectado ese contacto tanto como a él? Momentos más tarde, llegaron al edificio en el que ella vivía. «Lo mejor —pensó el joven— va a ser que se baje,irme y no volver a verla en mi perra vida para evitar tentaciones...». Pero no había caso, esa chica lo atraía como el fuego a la polilla, y era cantado que se iba a terminar quemando... Así que, como el idiota incurable que era, paró el auto, se bajó, dio la vuelta, abrió la puerta del acompañante y, pasando un

brazo por detrás de la espalda y el otro bajo las rodillas de Milagros, la levantó en el aire.

Ella lo miró, avergonzada y alarmada, mientras se retorció para tratar de apoyar los pies en el piso.

—¿Qué hacés?

—Te llevo en brazos. Con lo hinchado que tenés ese tobillo, no podés apoyarlo hasta que no te lo vea un médico —le respondió Sebas, apretándola contra él para que se quedara quieta, antes de comenzar a caminar hacia el edificio, al tiempo que su perfume de jazmines y el calor que emanaba de su cuerpo lo volvían loco.

—¡Ni sueñes que te voy a dejar entrar a mi departamento! ¡Bajame! —dijo Mili, con tono de enojo y alarma, volviendo a retorcerse para tratar de bajar los pies al suelo.

Sebastián frenó de golpe, con un ataque de furia ¿Otra vez sopa? ¿Hasta cuándo iba a seguir desconfiando de él? Tenía unas ganas locas de abrir los brazos y dejar que se estampara ese culo redondo y hermoso contra la vereda. En cambio, se contuvo, respiró hondo y le contestó:

—Quedate tranquila, que, con la nohecita que pasé hoy, tenés el traste asegurado.

La chica se puso roja y le gritó con furia:

—¡Sos un ordinario!

—¡Y vos una hinchapelotas! —le retrucó él, con el mismo tono de enojo.

—Y si soy una hinchapelotas, ¿qué hacés al lado mío? —volvió a gritarle ella, con el ceño fruncido y contemplándolo con fijeza.

—¡Es lo que me estuve preguntando toda la noche! — contestó él, con un tono entre enojado y resignado.

Y así se quedaron, estancados en medio de la vereda y mirándose a los ojos con furia. Eso duró unos segundos, hasta que a él la situación delirante y la cara de enojo y confusión de ella, le provocaron un ataque de risa tan grande que casi la termina estampando en la vereda de verdad. Milagros lo observó, primero asombrada, como si se hubiera vuelto loco, pero luego comenzó a reírse a carcajadas ella también, tanto que tuvo que sostenerse fuerte de su cuello para no caerse.

—Vamos, sacá la llave y abrí esa puerta de una buena vez, que me estoy acalambrando —le dijo él entre risas.

—¡Pues te jodés, te dije que me bajaras! No soy livianita, ¿sabés? —le

respondió ella, ofendida, porque ese «acalambrando» le sonó a pesada, y pesada le sonó a gordita, todo en uno. Ese tipo era una bestia, pensó mientras rebuscaba las llaves en su mochila.

—No quise decir que eras pesada, pero digas lo que digas y, aunque me acalambre hasta las pestañas, no pienso bajarte hasta que no estés cómoda e instalada en tu casa, ¿Estamos? —le aseguró él, leyéndole el pensamiento y con tono conciliador—. Sos una plumita —agregó, en tanto que pensaba: «Una plumita bonita, tibia, mullida y suave», pero eso no se lo dijo, porque ahí sí que se iba a querer bajar. Igual, con la excusa de alzarla más arriba, la apretó de nuevo contra su cuerpo.

Eso de «plumita» le había gustado más. Después de todo, pensó Milagros, no se vive dos años en el ambiente del modelaje sin convertirse en una coqueta incurable, y «gordita» es el peor insulto que un hombre le podía hacer a una mujer, y más si era uno lindo como ese. Mientras tanto, iba abriendo primero la reja y luego la puerta del pasillo central. Una vez que estuvieron en el ascensor, apretó el botón «Piso 3» y subieron, ella siempre en brazos de él, que ya mostraba señales de cansancio. «¿Se fumó un caballero andante? ¡Que se jorobe!» continuó pensando ella, en tanto que, por un lado, evitaba mirarlo para no sentir más vergüenza que la que ya le daban esas manos cálidas sobre la piel desnuda de sus muslos y su espalda, y, por el otro, ponía la llave y abría la puerta para que entraran a su departamento.

Al entrar, la calidez del ambiente lo envolvió. Olía a jazmines, como ella, y todo estaba limpio, ordenado e impecable. Lo único que rompía ese orden perfecto eran los libros y fotocopias desparramados sobre las mesas del living y la cocina, cuyos títulos leyó de soslayo: *Anatomía I y II*. ¿Así que estudiaba Medicina? Con razón le gustaba curarse sola. Él paseó la vista a su alrededor; los muebles eran sencillos y sobrios, de estilo antiguo y de madera; no había adornos, solo plantas de interiores y portarretratos también de madera rústica. Después vio un sillón grande y cómodo, color manteca, y con cuidado la acostó ahí, colocándole un almohadón bajo el tobillo hinchado. Luego, le sacó la mochila y, metiendo su mano dentro, comenzó a rebuscar.

Milagros se enderezó alarmada y trató de levantarse para quitársela.

—¿Qué hacés con mi mochila? ¡Dámela, eso es invasión de la privacidad! —le dijo, molesta y avergonzada.

El muchacho le puso una mano sobre el estómago y volvió a recostarla, luego sacó el teléfono de ella de adentro de su bolsa.

—Quedate quieta ahí, buscaba tu celular para cargarlo, ya que, si querés llamar al médico, estás incomunicada —le respondió con tono tranquilizador.

Ella lo miró enojada.

—¿Y vos cómo sabés que no tiene carga? —Sebas alzó las cejas con gesto pícaro—. ¡Espión! —continuó Mili, cruzándose de brazos.

—Vamos, decime dónde tenés el cargador —le pidió él, mientras abría los cajones del bajomesada buscando dentro de ellos.

—Perdón, ¿alguna vez te enseñaron el concepto de «propiedad privada»? —ironizó ella, con tono seco y asomándose por encima del espaldar del sillón.

—Y sí, pero se ve que no lo aprendí —respondió él, con tono de sorna, en tanto que sacaba un cargador del último cajón, lo conectaba al celular y lo enchufaba—. ¡Listo! ¿Dónde tenés gasa y antisépticos? —continuó el chico, colocándose las manos en la cintura y mirando hacia todas partes.

La muchacha respondió sin pensar.

—En el baño. —Al ver que él se metía en el pasillo que comunicaba a su habitación, se levantó y salió rengueando detrás de él—. ¡Ni se te ocurra que te vas a meter a mi pieza! ¡Volá, andate a tu casa! —le gritó, señalando hacia la puerta de salida.

—¿Qué hacés? ¡Te dije que no apoyaras el pie en el piso! —le dijo él, mientras la alzaba en brazos y la recostaba, esta vez en la cama de una plaza y media, cubierta por un cubrecama de raso color beige.

—¡Vos qué hacés! —le gritó Mili, enderezándose. Estaba asombrada del grado de invasión de su privacidad que había adoptado ese buen hombre.

Sebastián se agachó al lado de la cama y le dijo con voz calma.

—Te voy a decir lo que voy a hacer: voy a prepararte la tina, te vas a bañar y después te voy a desinfectar y cubrir esa lastimadura del cuello y a curarte y vendarte el tobillo. Cuando estés tranquila, limpia, curada y dormida, ahí me voy, pero mañana vuelvo con un médico para que te revise bien.

El tono suave y seguro y la mirada tierna que lo acompañó, llegaron al alma de la chica, que lo miró fijo a los ojos y le preguntó con tristeza:

—¿Por qué?

Él la observó en silencio por unos instantes, en tanto que pensaba:

«Porque sos la cosa más hermosa que vi en mi vida; porque tu timidez, tu terquedad y tu valentía me llegaron al alma y me la taladraron; porque en estas poquitas horas desde que te conozco me llenaste el cuerpo y el corazón de emociones y sensaciones que no había sentido nunca, y no me dejaste espacio para nada ni nadie; porque no sé por qué mierda se me aprieta el estómago si pienso que me tengo que alejar de vos». Pensó todo eso, pero, de nuevo, no se animó a decírselo, ya que presentía que la iba a asustar, porque seguía viendo en la mirada de ella una tristeza infinita, un recelo que ponía distancia y levantaba una barrera que iba a ser muy difícil cruzar. En cambio, le respondió:

—Porque me siento responsable por lo que te pasó. Si yo no te hubiera dicho esa burrada, no hubieses salido corriendo sola de la fiesta y estas cosas no te hubiesen sucedido.

Milagros se puso roja de vergüenza y miró hacia abajo, antes de interrogarlo.

—¿Por qué me dijiste eso?

Él se sentó junto a ella en la cama, le colocó un dedo bajo el mentón para contemplarla y comenzó:

—Hace dos semanas fuimos a navegar por el delta con mis amigos Lucas y Tomás, los que estaban conmigo en la fiesta. Ellos tenían un evento en una isla y estaban trajeados, y yo, para hacerles una broma, hice un viraje brusco con el timón y los mandé al agua...

—¡Lindo amigo sos vos, ¿eh?! —lo interrumpió Mili, sonriendo—. Pero no entiendo qué tiene que ver eso conmigo...

—Todo. Ellos querían vengarse haciéndome una broma más pesada, así que me llevaron al desfile con la excusa de que tenía que conocer a la chica más linda de Argentina, vos...

—¡Qué exagerados! —dijo ella, meneando la cabeza con incredulidad.

—Para nada, después me dijeron que eras prostituta y que cobrabas mil dólares la noche y me animaron a que te encarara, para vengarse con tu rechazo.

—¡Y vos, por supuesto, les creíste! —Se cruzó de brazos ella, molesta y ofendida.

—Bueno, tampoco estabas vestida como una carmelita descalza... —le respondió él, con tono irónico y a la defensiva.

—¡Ay, pero qué ordinario! ¡Uno no es lo que lleva puesto, ¿sabes?!

¡Además, yo tenía que usar este vestido horrible por contrato, para promocionarlo! —le gritó ella inquieta y, tomando la otra punta del cubrecama, se envolvió y se tapó hasta el cuello. Luego volvió a mirarlo furiosa—. Y después de todo, por más que les hayas creído, ¿vos acostumbrás pagarle a las mujeres para tener sexo? ¿Tan poco hombre te consideras que no podés conquistarlas como corresponde?

Ahora el ofendido, que comenzó a espetarle cerca de la cara y con el dedo en alto, fue él. Eso de «poco hombre» le había caído como una patada al hígado.

—¡Jamás! ¿Me escuchás? ¡Jamás le pagué a una mujer para que se acostara conmigo! ¡No tengo necesidad, ¿sabés?! ¡Las minas se me regalan gratis!

—¡Soberbio, prepotente, creído! Y si eso es cierto, ¿por qué me querías pagar a mí? —Mili se enderezó y se lo gritó en la cara, enfurecida.

Él pensó: «Porque me calentaste tanto la sangre que no podía esperar para conquistarte», pero no se lo dijo. En cambio, se paró, se pasó la mano por el cabello, nervioso y confundido, la observó fijamente y le respondió:

—No sé, estaba medio borracho y te vi tan linda... Fue un momento de boludo... Después me arrepentí, pero ya era tarde.

Milagros lo escudriñó de soslayo, también más tranquila y le dijo con ironía:

—¡El alcohol, la eterna excusa de los hombres para justificar los desatinos que hacen! Igual juraría que mi cachetazo tuvo bastante que ver con tu arrepentimiento —finalizó con tono pícaro.

—Tenés una derecha contundente —reconoció él, sonriendo y frotándose la mejilla—. Pero no, de verdad que nunca lo había hecho, se ve que fuiste una tentación muy grande... —agregó, contemplándola con ternura.

Ella lo observó, avergonzada y dudosa.

—¿De verdad me hubieras pagado mil dólares? ¡Qué estupidez! ¡Yo como un mes entero con ese dinero! —dijo, reflexionando y alzando las manos con tono de asombro.

—Bueno, si cambias de idea, avísame —comentó él con tono de broma, pero pensando que, por ella, hubiese sido capaz de pagar diez veces más. Luego fue hasta el baño, puso a llenar la bañera, revolvió el botiquín, sacó gasas, Pervinox, cinta hipoalergénica y una pomada que decía «Calmaflex» y volvió a la habitación con gesto triunfante—. Acá encontré todo, solo me falta la venda elástica para el tobillo, ¿Dónde la guardás? —preguntó el

muchacho, comenzando a mirar hacia todas partes con intención de seguir buscando.

—¡Alto! ¿No te cansás de husmear en la privacidad ajena? La venda está en el cajón de mi ropa interior, y ni se te ocurra que te voy a dejar meter los garfios ahí! —explotó Mili, comenzando a bajar de la cama.

Él fue hacia ella y volvió a recostarla.

—No te muevas. Vamos a hacer una cosa, yo meto la mano en el cajón sin mirar y cuando toque algo rugoso, lo saco. —Fue hasta el *placard*, abrió la puerta, encontró los cajones y, mirándola fijo, metió la mano en el primero, tanteó y sacó la venda elástica y una bombacha blanca con gesto victorioso.

—¡Esa es una *vedetina*, animal! —aulló Mili, molesta y avergonzada—. ¡Dámela ya mismo!

—Seguro, la vas a necesitar después del baño —dijo él, alcanzándosela—. ¿Y el camisón? A ver... —continuó buscando debajo de su almohada y, segundos después, sacó un camisón blanco con florcitas rosas—. ¡Bingo!

—¡Dejá eso! —lo amonestó ella, luego le dio un manotón y se lo quitó de las manos—. ¿Cómo supiste que las cosas estaban en esos lugares? —agregó con el ceño fruncido.

—Porque las mujeres son muy predecibles, además, tengo dos hermanas mayores —aclaró Sebastián, con una sonrisa pícara, antes de ayudarla a incorporarse y llevarla hacia el baño—. Te estoy llenando la tina, ahora te vas a bañar para que yo pueda curarte. —La dejó parada en la puerta, colgó la toalla y el camisón del toallero, probó la temperatura del agua, cerró la canilla y le dijo—: Princesa, su baño.

Ella lo miró con ojos redondos y asombrados, no podía creer que tuviera tanta desfachatez:

—¡Fuera de «mi» baño! —gritó, resaltando el mí y señalando hacia afuera.

—Tus deseos son órdenes —le respondió él, se inclinó respetuosa y burlonamente y se retiró.

Mili cerró la puerta y puso llave, no fuera a ser que a ese metiche se le diese por espiarla. Luego se desvistió, se ató el cabello en un rodete alto, y tanteó la temperatura del agua con el pie. Estaba perfecta. Se sumergió, dejando el tobillo hinchado para lo último. ¿Qué estaría haciendo ese sinvergüenza? De seguro estaba recostado en «su» sillón y mirando «su» televisión... Su caradurez no tenía límites... Bueno, tampoco tenía que ser tan dura... A pesar de que había estado pésimo y la había avergonzado al

principio, después se había portado muy bien... Eso sí, si su madre se enteraba que había metido a un desconocido a su departamento, se infartaba de una. Sintió la cabeza transpirada y decidió lavársela, así que, tapándose primero la nariz, se sumergió por completo. Luego emergió, se puso champú y comenzó a masajearse el cuero cabelludo con energía.

Mientras tanto, Sebastián recorría el departamento, observando atentamente las imágenes que poblaban los portarretratos para tratar de saber más de ella. Sobre el televisor, una foto más grande mostraba, en un primer plano, a Mili sonriendo feliz en medio de dos jóvenes, casi adultos, que también reían, con sus mejillas apretadas a la de ella. Uno era más morocho y parecía el más grande, pintón, de ojos café, cejas anchas, dientes parejos y nariz grande. El otro era la cara de ella, pero con ojos celestes, pelo rubio más oscuro y bastante mayor que la chica. Por el parecido, si no eran hermanos, eran primos. La foto siguiente le aclaró las dudas. Allí aparecía Milagros de niña, no tendría más de seis años, rodeada por los mismos muchachones y dos adultos, cantado: eran los hermanos y los padres. El hombre tenía el cabello matizado de canas, el rostro cuadrado y unos hombros robustos, pero los ojos eran de un verde inconfundible e idéntico al de la muchacha. La mujer, de piel trigueña y cabello rubio oscuro, teñido de seguro, a juzgar por las canas que mechaban sus raíces, tenía las facciones más delicadas. Por el parecido, era, sin dudas, la mamá de Mili, pero los ojos eran marrones y los labios más finos. ¿A quién habría sacado ella esa boquita tan rellena y tentadora? Todos sonreían, abrazados y con el mar de fondo. Eran una familia de gente hermosa disfrutando sus vacaciones. A juzgar por las canas y las arrugas de los padres, que tenían aspecto de cincuentones, y la diferencia de edad con sus hermanos, llegó a la conclusión de que su princesita era una «hija de la vejez», mimada y consentida. ¡Con razón era tan caprichosa! Sobre la mesa del living había cuatro fotos más. En la primera Milagros sostenía en brazos a una bebé preciosa. ¿Tendría una hija? El corazón comenzó a golpearle muy fuerte, pero en la segunda se le aclararon las dudas y recuperó la tranquilidad. La misma bebé, en brazos de una joven de cabello castaño con rulos, que era abrazada por el hermano mayor, el morocho. ¿Así que ya tenía una sobrinita?

La última foto lo dejó paralizado. Sobre una moto deportiva roja, se veía a Milagros, en los inicios de la adolescencia, no tendría más de catorce o

quince años, con un chico que debería tener más o menos la misma edad y que, salvo en el color de los ojos, se parecía muchísimo a él, o a como él era a esa edad. ¡Con razón ella lo observaba en la fiesta, debió haber notado el parecido! Y él, como un boludo, pensó que era porque se lo quería levantar. Ella estaba sentada detrás del muchacho y los dos tenían los cuerpos inclinados uno a cada lado, con el torso girado hacia el otro, mirándose a los ojos y sonriendo; vio tanto amor en la mirada de la chica que el alma se le fue al piso. Por si le quedaban dudas de la relación que la unía al otro, en la siguiente foto, en un primer plano de perfil, aparecían abrazados y besándose con los ojos cerrados, y, por si fuera poco, Mili tenía una mano apoyada en la mejilla del infeliz ese, como acompañando el beso con una caricia. Ahora sabía por qué no le prestaba atención a nadie: ella tenía un novio al que, sin dudas, amaba, esperándola en algún lugar. Se quedó mirando fijo la imagen, con un nudo en la garganta y unas ganas enormes de sentarse en el suelo y llorar, o de meterse en la foto, agarrar a ese pibe, separarlo de ella y molerlo a trompadas. Al final, no le quedaron fuerzas ni para embroncarse, y se sentó en el sillón, absoluta y definitivamente derrotado.

Era mejor así, él nunca debió haberse olvidado de que se iba a casar con Elena dentro de dos meses. Durante siete años habían sido novios, y las madres de ambos venían preparando la fiesta de bodas desde hacía más de diez meses. Debería estar feliz. Elena era la mujer perfecta para él, bellísima, aunque no tanto como Milagros, culta, elegante, inteligente, habían asistido a la misma escuela, se habían criado en los mismos círculos y sus padres eran socios accionarios en varias empresas. Su único defecto era su excesiva conciencia de clase. Trataba con desprecio o indiferencia a todos los que no pertenecían a su grupo social y eso, a veces, lo fastidiaba y avergonzaba. Pero siempre había sido muy comprensiva con él. Durante años habían llevado una relación muy libre, saliendo cada uno con sus respectivos amigos. Ella también había hecho la vista gorda con sus infidelidades, que habían sido muchas, y él estaba seguro de que se había enterado de unas cuantas. Sin embargo, jamás le había dicho nada. Sospechaba que, alguna vez, Elena también le había sido infiel, pero él era el menos indicado para reprocharle nada. Podía ser muchas cosas, pero no hipócrita.

Igual, le hubiese gustado que, alguna vez, su novia lo contemplase con los mismos ojos de adoración con los que Milagros miraba a ese chico, pero

vamos, nadie puede pedir aquello que no es capaz de dar y, siendo sincero, él nunca había amado de verdad a ninguna mujer, ni siquiera a su novia. Y ahora, cuando se había cansado de buscar algo que ni siquiera sabía lo que era, cuando se había resignado a casarse y sentar cabeza con la chica más conveniente y adecuada, aparecía Milagros y, como un tsunami, le daba vuelta el mundo de cabeza y lo hacía olvidarse de todo, de su familia, de sus compromisos y de sus obligaciones. Quería creer que lo que tenía era una tremenda calentura, que se le iba a pasar en cuanto lograra acostarse con ella, pero esa ensalada de sentimientos encontrados, que se le habían mezclado adentro desde el primer momento en que la vio y la fuerza con la que casi podía sentir correr la sangre en sus venas cuando la tenía cerca, lo hacían sospechar que era algo mucho más fuerte, mucho más profundo, lo que lo ataba a ella como una cadena de acero.

¿Eso sería amor? Nunca lo iba a saber porque Milagros no iba a dejar a ese chico ni por él ni por nadie, y ¡vamos!, salvo que el tipo fuera un pelotudo atómico, tampoco iba a soltarla así nomás.

¿Para qué carajos había aceptado ir a ese desfile de mierda? Si sus amigos supieran lo redondita que les había salido la venganza, se revolcarían de la risa.

Estaba enterrado en la autoconmiseración, cuando escuchó abrirse la puerta del baño, y atraído como el metal a un imán, fue hasta su habitación y golpeó con suavidad, antes de preguntar:

—¿Se puede?

—Sí, pasá —respondió la chica con timidez.

Él entró y la vio, descalza, parada sobre la alfombra, con la cara lavada, el cabello envuelto en un toallón en forma de turbante y enfundada en un camisón blanco y gastado, que le llegaba a la rodilla, sin mangas, con florcitas y botones rosa, y cerrado hasta el cuello. Aun con ese trapo anticuado y mojigato, que contrastaba con el vestido infartante que llevaba cuando la conoció, estaba preciosa. ¿Desde cuándo él le prestaba tanta atención a las ropas? Desde que eran de ella. «Corazón, estás bien muerto», pensó, parodiando al poeta. Luego, tomándola del brazo y llevándola hacia la cama, le dijo:

—Vení, acostate acá, así te curo.

Ella se recostó, obediente, y él retiró la almohada para poder verle mejor la herida del cuello, tomó el Pervinox, que había dejado sobre la mesa de luz, y

mojando una gasa desinfectó el corte.

—¡Ay, que me arde! —se quejó Mili, frunciendo el ceño.

—Aguantá, que ya termino —le pidió él, mientras tomaba una gasa limpia y, coloándola sobre la herida, la pegó con la cinta—. Ya está, quedaste un pimpollo —agregó mirándola a los ojos y sonriendo con tristeza—. Ahora le toca a tu pie —continuó, tomando la pomada, se sentó a sus pies y levantó con cuidado el tobillo hinchado, para colocarlo sobre su pierna.

—¿Qué hacés, nene? —dijo ella, avergonzada ante el contacto y flexionando la rodilla para apartarse de esa mano toquetona e invasiva.

—Masajes con un antibiótico desinflamatorio. ¿No ves? —respondió él molesto, después volvió a tomarla de la pantorrilla para no hacerle mal y le estiró la pierna hasta volver a colocar el talón sobre su muslo, con firmeza—. ¡Quedate quieta, que te vas a hacer mal! No te voy a hacer nada malo, quiero curarte nada más —agregó, en tanto que comenzaba a masajear suavemente el tobillo con la pomada—. Está cada vez más hinchado, yo no lo vendería ahora que está en reposo, pero mañana sin falta te llevo a hacer una resonancia. Se te está empezando a formar un hematoma, eso quiere decir que podrías tener algún ligamento roto.

—¿Y vos cómo sabés todas esas cosas? —preguntó ella, alarmada y curiosa.

—Porque me rompí dos ligamentos jugando al fútbol y me tuve que pasar tres meses enfrascado en un yeso —le respondió él, alzando las cejas y volviendo a colocar el pie sobre la cama con cuidado.

—¡Ay, no, la boca se te haga a un lado, me muero si tengo que pasarme todo ese tiempo enyesada! —dijo Mili, abriendo los ojos como platos, luego se sentó en la cama para inspeccionar mejor su tobillo.

—No te amargués, a lo mejor no es tan grave, pero me juego un ojo de la cara que una distensión de ligamentos tienes seguro —comentó él acariciándole el empeine.

—¿Y eso qué es? ¿Cómo se cura? —preguntó Mili, ansiosa y curiosa.

—Cuando el ligamento se estira, pero no se rompe. Ahí te ponen una bota ortopédica por tres o cuatro semanas y quedás como nueva —le contestó él, masajeándole ahora la pantorrilla.

—Pensar que estoy estudiando justo Anatomía y no sabía todo eso, ¡Qué vergüenza! —dijo la chica mirando hacia abajo—. ¡Ey, dejá de tocar que ya me curaste! —agregó, frunciendo el ceño y tratando de flexionar de nuevo la pierna para alejarla.

—Bueno, señorita arisca —dijo él, al instante se levantó y dejó la crema sobre la mesa de luz. Al hacerlo vio la foto. El mismo chico parecido a él, pero con ojos color miel, sonreía con calidez a la cámara desde un frío portarretrato. Se quedó quieto, observándolo, luego miró fijo a Milagros y le preguntó—: ¿Quién es?

—Cristian —le respondió la joven, contemplando la imagen con enorme tristeza y desamparo.

—¿Es tu novio? —volvió a interrogarla, inquieto, preguntándose por qué ella se había angustiado tanto de golpe.

—Era —respondió ella tomando la foto, después la besó y la cobijó contra su pecho.

—¿Te peleaste? —quiso saber él, ¿Por qué era tan bestia de poner el dedo en la llaga cuando veía que ella estaba sufriendo?, se cuestionó a sí mismo.

—No —respondió Mili con un hilo de voz y las manos temblándole de modo incontrolable en tanto que apretaba el portarretrato.

Él sabía que había llegado la hora de quedarse callado, que ella estaba al límite de cruzar un camino doloroso y terrible que él desconocía, pero el deseo morboso de saber y los celos lo impulsaron a seguir.

—¿Entonces?

—¿No entendés? ¡Está muerto, se murió hace cuatro años! —le espetó la chica, angustiada, con todas las tensiones de esa noche acumuladas detrás de sus ojos. Después, bajando la cabeza, comenzó a llorar con desconsuelo.

Él se quedó mirándola, como atontado, sin saber qué cuernos hacer. Podía lidiar con su furia, pero no con su dolor. Su dolor lo desarmaba tanto que él también sentía ganas de llorar... Esa era la tristeza en su mirada, la que tanto lo había atraído... Desde un primer momento, había podido leer una intensa pena en el fondo de sus ojos y había deseado protegerla, pero lo que Mili sufría era el dolor de la muerte y, contra él, estaba tan indefenso como ella.

Hizo lo único que podía hacer en ese momento, se sentó a su lado en la cabecera y la abrazó, murmurándole palabras de consuelo y acariciándole la espalda hasta que, cuando creyó que no iba a poder seguir escuchando ese llanto desgarrador, ella se quedó sin lágrimas y, con un hondo suspiro, se fue durmiendo lentamente. La acostó despacito, para no despertarla, la tapó y se quedó con las pupilas fijas en su rostro de pestañas húmedas y mejillas rojas y llenas de surcos. Con cuidado, le fue desenroscando el toallón del pelo y se lo sacó para que estuviese más cómoda, al igual que al

portarretrato, que continuaba apretando aún en sueños.

Era la hora de volar, de correr, de huir bien lejos. Si de algo estaba seguro era de que ella era una buena chica. No podía ilusionarla para después hacerla sufrir casándose con otra, y más sabiendo por lo que había pasado, y tampoco podía dejar colgados a Elena y a toda su familia cuando estaban a punto de casarse. Tenía que irse bien lejos... Lejos de Milagros, de su belleza, de su valentía, de su perfume, de su dolor y de su desamparo. Pensó todo eso, pero, con esa terquedad y decisión que solo es capaz de dar un gran amor, se fue acostando despacito de costado y le clavó la mirada. Quería grabarse su rostro en la retina para toda la eternidad. Si lo logró o no, nunca lo supo porque, agotado por las intensas emociones que había vivido a lo largo de esa mágica y fatídica noche, y tomando las manos de ella entre las suyas, se quedó él también profundamente dormido.

CRISTIAN

Teodelina, fines de mayo de 2010, cuatro años antes.

Cuando ella sintió el bocinazo, tomó su carpeta verde y salió corriendo como si la persiguiesen mil demonios. Antes de dar un portazo gritó:

—¡Chau, mami! —Y, sin esperar respuesta, corrió hacia la moto deportiva roja que refulgía al sol. Al verla, a él se le iluminaron los ojos color miel, e inició una sonrisa que se apagó tan rápido como un refucilo al notar su ceño fruncido.

—¿Qué hacías que no venías? Ya me iba a ir en bici —dijo ella con gesto molesto.

—¡Buenas tardes, princesa! —le respondió él, ensayando su mejor sonrisa para tratar de capear el temporal.

—¡Qué princesa ni qué ocho cuartos! ¡Es la segunda vez en la semana que llegamos tarde! ¡Otra media falta que me van a poner por tu culpa, sos un irresponsable! —A Milagros los ojos verdes le relucían de furia y señalaba a Cristian con el dedo índice en alto mientras se subía a la moto.

—Cuando te enojás, te ponés más linda —dijo él, besándole el dedo índice con el cual ella lo señalaba. El muchacho tenía una nariz recta, cejas espesas, boca de líneas marcadas y una cara cuadrada, de pómulos destacados, sobre un cuerpo alto, delgado y fibroso, características que, todas juntas, lo convertían en el chico más atractivo de la escuela.

—Sí, vos reíte nomás, quisiera saber si te vas a reír tanto cuando te quedés libre por faltas a fin de año, y lo peor es que yo también me voy a quedar libre por tu culpa. —En tanto que hablaba, ella lo abrazó por encima de la mochila—. ¡Vamos, arrancá!

—Como vos mandes, mi amor. —Él salió conduciendo con una sola mano, mientras con la otra acariciaba las extremidades pequeñas y delicadas que

ella había unido sobre su abdomen.

—No te enojés, ¿cómo te vas a quedar libre si no faltas nunca?

—Ya sé, pero hoy tenemos lección de Historia en la primera hora y a la vieja la pone verde que entremos tarde. Capaz que no me quiere tomar o me pone un uno.

—¿A vos, a su alumna preferida, al bocho de cuarto de la 318? —Él giró la cabeza para mirarla, con una sonrisa pícaro. Eran la una y diez de la tarde de un fresco y soleado día otoñal, y se desplazaban rápido por las calles del pequeño pueblo de siete mil habitantes, las puntas de sus guardapolvos aleteaban contra los *jeans* y el cabello de ella, rubio dorado y largo hasta la cintura, volaba al viento, al igual que las hojas amarillentas, que giraban en remolinos sobre el pavimento. Eran jóvenes, sanos, hermosos y se amaban profundamente, con toda la fuerza y el ímpetu del primer amor adolescente. El pelo de él, de desprolijas ondas castaño oscuras, hacía cosquillas en la mejilla de Milagros, que lo abrazó más fuerte y apoyó la nariz contra su cuello para sentir su perfume, en tanto que rezongaba:

—Sí, burlate vos nomás, pero si me llega a poner un uno, me vas a tener que dar asilo, porque yo a casa no vuelvo.

Él sonrió y se llevó una mano de ella a los labios para besarla.

—Yo encantado, pero dudo que tu mamá te deje.

La chica frunció el ceño preocupada.

—Ya lo sé, es una tirana. ¿Me decís por qué cuernos tuve que elegir hacer la secundaria justo en la escuela en la que ella trabaja?

Cristian frenó frente al colegio y se dio vuelta para contemplarla, pícaro y sonriente:

—Porque acá venía yo y, en esa época, vos ya estabas loquita por mí...

—¡Tu modestia hay días que me asombra! —dijo la joven, sonriendo con ironía.

—¿Y qué querés que haga si soy irresistible? —le respondió él, abrazándola. Después caminaron hacia la escuela—. Mirá la cara de culo de la secretaria, nos está anotando en la libretita para pasar la falta. Un día de estos se la robo y se la quemo por metiche.

—Si no querés que te anote, llegá temprano —lo amonestó la chica, al tiempo que le tomaba la cara con ambas manos y le daba un beso con ruido en los labios.

—¿Encima que llegan tarde, hacen espectáculos en la puerta de la escuela?

—exclamó la mujer de trajecito gris, una cincuentona robusta con el cabello atado en un rodete tirante. Luego, mirando al muchacho con gesto adusto, continuó—: De usted, Vásquez, se puede esperar cualquier cosa, pero a usted, señorita Salerno, la tenía en otro concepto.

Milagros bajó la vista con incomodidad, en cambio, Cristian se adelantó con gesto prepotente y, cuando su rostro estuvo a cinco centímetros del de la mujer, le dijo despacio:

—¿Y a mí qué mierda me importa lo que usted espere de mí?

—¡Salvaje, maleducado, vaya ya mismo a dirección! —dijo la mujer furiosa y señalando hacia la izquierda. Él le hizo la venia con gesto burlón, giró y se dirigió hacia allí.

Milagros lo miró irse con pena y angustia. Su amiga Malena, una adolescente de cara redondeada, nariz respingona y baja estatura, que entraba también tarde y lo vio todo, le dijo al oído, en tanto que se dirigían al salón:

—¡Uy, seguro que le vuelven a poner amonestaciones! —A Mili se le llenaron los ojos de lágrimas y no respondió—. ¡Es un tonto! Decime, ya que llegó a quinto, ¿qué le cuesta cerrar la boca y terminar bien la escuela? A este paso le van a dar el pase o va a quedar libre por las suspensiones —continuó Malena.

La rubia unió ambas manos y miró hacia arriba con gesto angustiado al tiempo que exclamaba:

—¡Ay, por favor, que sean solo amonestaciones esta vez!

—¡Ah, no! ¿El otro se manda todas las macanas habidas y por haber, y encima rezás por él? ¡No, si vos sí que sos un caso! —La pelirroja meneó la cabeza y sus rizos cobrizos le acariciaron la mejilla.

—¡Dejá de decir esas cosas! —la amonestó Mili en tanto que le daba un manotazo suave.

—Y qué querés, si estoy renerviosa. Encima ahora hay que enfrentar a la bruja Ferreyro. —La rubia la miró con espanto y volvió a unir las manos para continuar rezando.

Male la contempló molesta, en tanto que rezongaba.

—Dale, Santa Teresa, que a ese bulldog no la vas a aplacar con rezos. —Luego la tomó del brazo y ambas entraron al salón.

Matilde Ferreyro, una mujer delgada, de penetrantes ojos azules, cabello castaño corto y nariz fina y encorvada, detuvo su explicación y las miró fijo

por encima de sus lentes de aumento.

—Buenas noches, Salerno; buenas noches, Marchetti, pasen cuando quieran, las estábamos esperando. —El tono filoso e irónico auguraba problemas, las jóvenes se sentaron en sus bancos, ubicados uno al lado del otro en el frente de la clase, con gestos que fluctuaban entre el temor y la vergüenza. Al fondo se escuchaban los cuchicheos burlones de sus compañeros.

—¿Y a qué se debe la tardanza? Digo, si puede saberse... —preguntó la docente.

—Es que a mi papá se le pinchó una goma de la chata justito cuando me traía, profe —dijo nerviosa Malena.

—¡Pero mire que rueda más inoportuna! —La profesora comenzó a caminar alrededor de sus bancos y se detuvo detrás del de Milagros—. ¿Y usted, Salerno? ¿No me va a decir que también pinchó una goma? —El comentario chorreaba ironía y sarcasmo, la chica no podía decirle que estaba lista desde las doce y cuarenta, pero que el papanatas de su novio la había ido a buscar tarde, no podía echar de cabeza a Cristian con todos los problemas que ya tenía en la escuela—. Me... me distraje en el camino, profesora, discúlpeme, por favor...

Matilde giró y la miró de frente.

—Se distrajo... Seguro con el manajo de rulos rebeldes ese que tuvo la brillante idea de aceptar como novio. —Milagros alzó los ojos, molesta, pero, al instante, los bajó—. ¡Acerté! ¡No, si yo erré la carrera, debería haber sido adivina! —Y señalándola con el dedo, continuó—: ¡Ese tarambana la va a llevar por mal camino, señorita! ¡*Dime con quién andas y te diré quién eres!* ¿Qué hace una joven tan inteligente como usted con ese energúmeno?

A la joven le brillaron las pupilas de la rabia y la impotencia, pero se contuvo.

—Con todo respeto, profesora, mi vida es algo personal... Yo...

—¡No tan personal si afecta su desempeño escolar, señorita! —contestó la docente de mal modo.

—Pero yo estudié mucho para hoy, si usted quiere... —Una lágrima empezó a correr de modo lento desde el ojo de la chica a su mejilla izquierda, se introdujo en su boca y le dejó un gusto salado y triste.

—¡Ni sueñe siquiera que voy a tomarle lección a gente que llega tarde a clases! —Matilde se sentó en el escritorio, cuando levantó la vista descubrió

a Malena mirándola con rabia y a Milagros mojando su carpeta con lágrimas silenciosas, entonces agregó—: Sin embargo, por ser la primera vez que sucede «en mí clase» —recalcó—, no voy a ponerles uno, les tomo mañana lección a las dos, de esta unidad y de la que sigue. Y espero que, para la próxima, tengan en cuenta que la puntualidad es uno de los pilares básicos de nuestra institución.

—¡Pero si la que sigue no la terminamos de ver! —saltó Damián desde el fondo, un adolescente larguirucho y asolado por el acné que se pasaba la mayor parte de la clase papando moscas.

—Usted se calla, que nadie le ha dado permiso para opinar —ordenó la profesora. Enseguida se hizo un silencio ominoso en el curso—. Y ahora sí, continuemos... Sanchez, ¿cuáles fueron los bandos que se enfrentaron durante la Primera Guerra Mundial?

El aludido, sintiéndose atacado a traición, abrió los ojos como platos, tragó con dificultad y comenzó una disertación corta, penosa y errónea.

Mientras tanto, Cristian estaba sentado con las piernas estiradas en un banco del pasillo frente al salón de quinto. La profe de Química no lo había dejado entrar al aula por llegar tarde. ¡Esa escuela estaba llena de viejas ortivas! Si no fuese porque quería estar cerca de Mili, les dejaba una linda foto sobre el banco y no aportaba más, pero no, había que seguir en el aguante porque si llegaba a dejar el colegio, su viejo se lo iba a tomar fatal y capaz que hasta le cortaba los víveres. Al final, la había sacado barata, cuatro amonestaciones que se sumaban a las ocho que llevaba acumuladas desde el inicio del año. Se veía que a la vieja Reyes el marido la había atendido bien la noche anterior, porque andaba de buen humor.

Recordó el discurso de su directora con un poco de vergüenza.

—Mire, Vásquez, cada vez que lo veo entrar acá, ya no sé si reírme o largarme a llorar, cinco años de padecerlo ya es como demasiado... ¿Por qué no hace un esfuerzo y trata de llegar a fin de año sin hacerse echar?

La secretaria había intervenido furiosa.

—¡Exijo cinco suspensiones para este maleducado! ¡No quiero verlo por acá en lo que resta de la semana!

La directora Reyes la observó seria.

—Es lo que se merecería, Matilde, pero tanto usted como yo sabemos que, si sigue sumando faltas, este chico se queda libre antes de las vacaciones de julio. —Se paró despacio y apoyó ambas manos sobre el escritorio—. Mirá,

Cristian, teniendo en cuenta tu situación, van a ser solo cuatro amonestaciones por esta vez, pero vas a tener que quedarte toda la semana media hora diaria al finalizar las clases para ayudar a ordenar la biblioteca.

El chico abrió los ojos y se paró alarmado.

—¡Pero, señora, yo a las seis tengo práctica, el técnico me va a matar!

La directora lo miró fijo, en tanto que se cruzaba de brazos.

—¡Llegue tarde, *m'hijito!* ¡Al fin y al cabo, no le cuesta nada llegar todos los días tarde a la escuela!

El muchacho también cruzó sus brazos con gesto prepotente.

—¡A fútbol ni loco! Piense otro castigo.

La directiva agotó su paciencia, lo tomó del brazo y lo sacó a los tirones de dirección.

—¡Volá, Vásquez, criá alitas! ¡Una palabra más y te doy el pase para que te aguanten en otro lado! —A continuación, pegó un portazo y volvió a su escritorio. La secretaria resopló y amagó con empezar a hablar, pero la directora levantó la mano con un gesto seco—. Nada, Matilde, retírese. Su función es tomar asistencia, no hacer comentarios inapropiados a los alumnos.

La otra abrió la boca con asombro, dio media vuelta y se marchó con paso presuroso.

Cristian sonrió al tiempo que, con una birome sin tinta, tallaba en el banco del pasillo las iniciales M y C. Al final, la Reyes era una mina de ley, le pegó en donde más le importaba, el fútbol... No, macanas, lo que más le importaba en el mundo era Mili, pero lo perdonó con las suspensiones. Al fin que con las amonestaciones no pasaba nada. Eso, si no llegaba a las veinticuatro, porque ahí sí que lo echaban. Igual a la biblioteca la habían pintado hacía poco y el pobre viejo López tenía un quilombo y la madre para acomodar los libros. Capaz que la podía convencer a Mili de que lo ayudase y hasta le podía pegar unas apretadas atrás de las estanterías. Total, el jovato era miope y sordo. ¡Pero qué macana con el fútbol! El petiso Sales lo iba a cortar en tiritas y lo iba a freír al sol cuando se enterase. Suerte que para el clásico faltaba como un mes, si no, sí que era como para pegarse un tiro en... Igual, el técnico no tenía muchos delanteros goleadores como él, así que el domingo lo iba a tener que poner igual.

Aburrido, Cristian embocó la lapicera en el cesto de basura ubicado del otro lado del pasillo, acarició la M tallada en el banco y, con el arrullo del

murmullo de la clase que llegaba desde la puerta entreabierta del salón, estirando nuevamente las piernas y colocando sus manos tras la nuca, cerró los ojos, de pestañas largas oscuras y rectas, y comenzó a recordar.

Milagros... La había conocido cuando él estaba en segundo grado y ella ingresó a primero. Se acordaba cuando había entrado la primera vez, de la mano de su mamá. Las piernitas rosadas y regordetas, el guardapolvo a tablitas de un blanco impecable, el cabello color trigo atado en dos colitas tirantes a los lados de la cabeza, los ojitos verdes del color del mar del Caribe cuando está calmo, con chispitas amarillas; «Ojos de gata», abiertos y asustados, que observaban con curiosidad y cautela todo a su alrededor; la naricita respingona, con dos o tres pequitas suaves en la punta, y esa boca. ¡Madre santa! Colorada, rellenita y con forma de corazón. Nunca, en su perra vida, había visto algo tan hermoso. No había podido dejar de mirarla, como un pavo, y tampoco había podido dejar de hacerlo en los años siguientes... Y no solo eso, también había buscado mil formas de acercarse a ella y hacerse su amigo, cuidándola en los recreos para que nadie la molestase, comprándole golosinas en el kiosco de la escuela, prestándole su gorra cuando había mucho sol y se le ponían los cachetes colorados, hasta atándole los cordones cuando se le desprendían para que no se los pisase y se cayese, porque ella era torpe con las manos... Una vez hasta se había agarrado a trompadas con un pibe dos años mayor. Era un prepotente que le había quitado la mochila y la estaba haciendo llorar. Ese día él había visto todo rojo y se había lanzado como una tromba contra el otro, lo había tirado al piso y le había hecho sangrar la nariz a puñetazos. Claro que el grandote también le había aflojado dos dientes de una trompada, pero igual eran de leche, tarde o temprano los iba a tener que cambiar. Habían terminado los dos en dirección, con los padres, la directora, la maestra, la portera y la mar en coche. ¡Qué jabón! Pero Mili había recuperado su mochila y se lo había agradecido como haría muchas veces en los años siguientes: tomándole la cara con las manos y plantándole dos besos, uno en cada mejilla, que le alegraron la tarde, la semana y el mes. Así había sido siempre, ella era su princesita y él su caballero salvador. Ja, aunque a veces, cuando se ponía celoso, se enojaba y le gritaba tanto que más que caballero parecía el ogro. En esas situaciones, Milagros se tapaba los oídos con las manos y gritaba sin pausa:

—¡Lero, lero, no te escucho, no te escucho! —Y a él le resultaba imposible

continuar con el berrinche porque lo hacía reír. Siempre lo hacía reír. Era una personita alegre y optimista por naturaleza que había llenado de felicidad toda su niñez.

Así había llegado séptimo, la primavera y todos sus compañeros queriendo ponerse de novios y, lo que era peor, queriendo encararse a su Mili que, ya en sexto grado, seguía siendo la chica más hermosa de la escuela, del pueblo y del planeta. Había que andar con el fusil al hombro para espantar la competencia y a él los celos le retorcían el hígado, pero era de gusto porque, como le decía Male, la mejor amiga de Milagros, ella solo tenía ojos y sonrisas para él. Y debía ser cierto, porque siempre lo iba a ver jugar al fútbol, lo defendía como una leona si lo criticaban y le hacía las tareas y los trabajos prácticos. ¡Y qué le iba a hacer! Aún con un año menos, ella era mucho más inteligente y aplicada que él, que era un burro de ocho orejas, desprolijo, distraído y haragán, que se bancaba la escuela solo para poder jugar en los recreos con sus amigos y estar cerca de ella.

Así que una tardecita de verano en la que los dos estaban sentados en el cordón de la plaza, con los pies sobre el pavimento, las rodillas flexionadas, el cuerpo inclinado y las manos apoyadas atrás, había aprovechado que el último de sus compañeros acababa de irse y la había encarado de frente, dispuesto a madrugarlos a los otros antes de que ellos lo madrugasen a él, con toda la torpeza del final de la pubertad y el inicio de la adolescencia.

—Oíme Mili, hace rato que ando con ganas de preguntarte algo. —Ella había abierto grandes los ojos e hizo ademán de hablar—. Pero no me interrumpás porque me trabo todo y no me sale nada. —La chica había hecho el gesto de coserse la boca y, enlazando los brazos alrededor de sus pantorrillas y apoyando la mejilla en sus rodillas, lo había mirado fijo y se había dispuesto a escuchar—. Vos sabés que yo siempre te quise mucho, como a una hermanita menor... o mi mejor amiga... Qué se yo.

Ella le había sonreído feliz.

—Ya lo sé, tonto.

Él le había colocado un dedo sobre los labios.

—No me interrumpás, que me trabo. —A continuación, contemplando al piso, rojo como un tomate y con una fina película de transpiración sobre el labio superior, que había comenzado a llenarse de un vello oscuro, había continuado—: Lo que pasa es que últimamente te estoy mirando distinto, no sé, me siento medio raro y, cada vez que te veo, el corazón me empieza a

latir tan fuerte que me parece que lo voy a vomitar por la garganta. —Mili había hecho un gesto de extrañeza y asco—. Sí, ya sé que suena raro, pero es lo que me pasa... Además, si veo que algún boludo te mira fijo, me la agarro con vos y te maltrato de gusto... No, no sé, yo creo que te sigo queriendo, pero distinto... Más fuerte, ¿entendés? —La chica se había puesto roja y lo había mirado alarmada, él le había tomado las manos con fuerza y le había dicho clavando fijo sus ojos en los de ella:

—Mili, ¿querés ser mi novia? —Ella había abierto la boca asombrada y muda—. ¿Y, qué onda, querés o no? —había insistido él con ansiedad.

La chica había pegado un tirón tan fuerte para soltarse que lo hizo caer de espaldas por el empujón, a continuación, se había parado y se había puesto las manos en la cintura, en tanto que le espetaba:

—¿Te volviste loco, nene, o sos idiota natural? ¿Cómo me vas a pedir que sea tu novia? ¿No ves que recién tengo 12 años? ¡Soy una nena, tarado!

Había girado enfurecida y se había marchado a tranco largo, haciendo bambolear ese trasero redondito y duro que estaba comenzando a tomar formas adolescentes.

Él se había quedado sentado en el piso, paralizado, en tanto que la veía irse. Más tarde se había parado y se había rascado la cabeza al tiempo que se decía:

—¡Uy, qué macana me mandé!

En el pasillo de la escuela, Cristian abrió los ojos, sonriendo mientras salía de la nebulosa de los recuerdos. Y sí, Mili era una tremenda mojigata, siempre lo había sido y lo seguía siendo ahora, luego de un año y cuatro meses de novios. Todo había que sacárselo a costa de ruegos y tirones. A veces coincidía con Male cuando le decía que era una pelotuda importante. ¡Qué se le iba a hacer! ¡Algún defecto tenía que tener! Pero él era más paciente con ella que con nadie, y la esperaba porque la amaba demasiado. La joven era como la cebolla, había que irle sacando cada capa de cáscara despacio y con cuidado, si no quería terminar llorando como un marmota.

La puerta de quinto C se abrió de golpe y la profesora Martínez se asomó al pasillo diciendo:

—A ver, Vásquez, pase que voy a dictar los temas para la evaluación.

Cristian asintió, se levantó despacio y entró al salón con paso cansino, al tiempo que pensaba: «La Martínez aflojó. ¡Punto para el perezoso!».

MILAGROS

Eran las seis de la tarde, Milagros, con su eterna carpeta verde bajo el brazo y el guardapolvo desprendido, caminaba lento, cruzando la plaza. Le gustaba ir despacito cuando pasaba por allí, porque así podía disfrutar del aroma de los tilos, el aire fresco, el canto de los pájaros, la risa de los chicos que se hamacaban en los juegos cercanos y el silencio lleno de ruidos amados de los atardeceres de su pueblo. También adoraba mirar el cielo otoñal y buscarles formas a las nubes mientras caminaba, lo que le había traído como consecuencia muchos tropezones y peladuras de rodillas. Vivía «en la luna» y eso que de muchos golpes se había salvado porque Cristian, que estaba siempre pendiente de ella, la tomaba del brazo al verla tropezar y la salvaba de la caída. Él la cuidaba hasta de sí misma, y esa era una de las tantas razones por las que lo amaba tanto. Esa tarde, se había quedado enojado ya que ella no había aceptado ayudarlo con la biblioteca. Era mejor así, porque ella tenía que estudiar otra unidad completa de Historia para el día siguiente, y estudiarla bien si no quería que la bruja Ferreyro la tomase de contrapunto por el resto del año. Además, si se hubiese quedado, ella y don López hubieran terminado haciendo todo el trabajo y el vago de su amor, armando avioncitos y jugando al fútbol dentro de la biblioteca con bollitos de papel. En cambio, así no le iba a quedar otra que trabajar...Y sí, era medio animalito, pero ella veces pensaba que eran esos mismos defectos los que hacían que lo quisiera más.

La rueda de amor seguía girando y, en tanto que encontraba en el cielo una nube con forma de elefante, o parecida, recordó los meses que había pasado sin hablarle después de que él le pidió que fuese su novia cuando tenía doce años. En realidad, ella había reaccionado así de puro susto y vergüenza, no porque él no le gustase, pero tampoco había querido dar el

brazo a torcer. Séptimo había sido un año triste, con Cristian en primero del secundario y de novio con una de segundo, que ya volaba de puro ligerita. Los recreos habían perdido su encanto y, por más que se llevaba muy bien con sus compañeros y que había tenido el famoso viaje a Carlos Paz, nada había sido lo mismo sin él. Igual, y a pesar de que no se hablaban y de que él estaba hecho un agrandado y un canchero, donde coincidían, Cris no le sacaba la vista de encima. Cierto era que ella tampoco. Male le había dejado más de un moretón en las costillas de los codazos que le daba para que dejara de «mirarlo como una tarada». A ella le daba mucha vergüenza, pero los ojos se le iban solos, como si él fuese un imán y ella una herradura. ¡Upa, qué pensamiento poético! Lo iba a aprovechar en el taller literario...

—¡Esperame, Mili! —Malena venía corriendo, con los rulos alborotados, las mejillas paspadas del aire frío y el guardapolvo atado con un nudo a la cintura—. Al viejo Leuco se le quedó sin tinta la fotocopidora y tuvimos que hacerle el aguante hasta que la cambiase. ¿Por qué no me esperaste un rato más?

—Porque vi que la cosa iba para largo y me quiero poner a estudiar.

—No tenías cara de estar repasando Historia. ¿En qué pensabas? O mejor dicho, ¿en quién?

Male acomodó una hoja de su carpeta, que se le estaba cayendo, y alzó las cejas con gesto pícaro.

—Me estaba acordando del tiempo que pasamos peleados con Cristian y de la galería espantosa de novias que tuvo.

—Cierto, qué chico alzado. ¿Te acordás cuando se metió con la Ramos? Él estaba en tercero del secundario y ella en segundo de la universidad... ¡Qué yegua! Era como para acusarla de corrupción de menores...

Milagros frunció los labios.

—Ni me lo recuerdes, que todavía me dura la rabia.

La pelirroja se acomodó los rulos detrás de la oreja y, mientras sacaba el celular y leía los mensajes en el chat del grupo escolar, comentó:

—Igual, el pibe andaba con una cara de felicidad que para qué te cuento, para mí que lo agarró verde y lo soltó bien madurito...

Milagros se frenó y la miró furiosa.

—No seas mala, sabés muy bien que fue él el que la dejó.

—Puede ser, pero que el chico aprendió más en esos cuatro meses que en los cinco años de educación sexual de la secundaria, te lo firmo. —Al tiempo

que hablaba, Malena escribía rápido en su celular.

—Sos de lo que no hay. ¿Para qué me decís esas cosas si sabés que me duelen? —le reprochó Mili bajando la vista, molesta.

—Porque el muchacho de sonso y de quedado no tiene un pelo, y si lo seguís teniendo a pan y agua, se va a volver a buscar a la Ramos y ahí sí que te quiero ver —le respondió su amiga, en tanto que guardaba el teléfono en su bolsillo.

La rubia volvió a frenarse y la señaló furiosa.

—¡Basta, no te aguanto más! ¡Con amigas como vos ni me hacen falta enemigas! ¡Es mi vida, sabés! ¡Deja de meterte en donde no te llaman!

Malena se puso colorada y le gritó también.

—¡Está bien, no digo más nada, pero cuando el otro te deje por frígida, ni se te ocurra venir a llorar sobre mi hombro! ¡Me voy, ni sé para qué gasto pólvora en chimangos yo! —Luego giró furiosa y se fue a tranco largo por entre los tilos.

Estaba comenzando a anochecer, Mili se quedó parada y los ojos comenzaron a llenársele de gruesas lágrimas. «No, si hoy me voy a terminar deshidratando, qué día de miércoles», pensó.

Milagros había llegado al mundo hacía dieciséis años, cuando sus hermanos tenían ya dieciocho y catorce. No la esperaban, su mamá tenía ya cuarenta y tres años cuando quedó embarazada, por eso, cada vez que discutía con Santi, su hermano menor, él la llamaba diu vencido o menopausia, que era lo que su madre había pensado cuando tuvo su primera falta. Había sido una hija-nieta, mimada y consentida por todos, pero, a pesar de eso, no se había convertido en una malcriada. Tenía un carácter dulce y bondadoso que conquistaba a los que la rodeaban, desde su hermano mayor Luis, que venía cada quince o veinte días de Rosario, donde estudiaba Kinesiología, con sus bolsos llenos de golosinas o cuentitos infantiles que luego le leía, hasta su papá, que besaba el suelo que ella pisaba. Con Santiago, su hermano más chico, las cosas habían sido diferentes al principio. Ella había llegado a quitarle el trono de hijo menor mimado, y por más sonrisas sin dientes y besos pegajosos de frutilla que le hubiera dado no lo iba a convencer así nomás. Ella igual había perseverado porque lo adoraba y lo había seguido a todas partes. Era el chico más hermoso que había conocido y podía ser muy simpático si quería, pero contestaba raro, y a veces la gente también lo miraba raro o hacía comentarios y risas burlonas

a sus espaldas, mientras ella los observaba con rabia e impotencia. Por ejemplo, cuando iban juntos al supermercado y la cajera le preguntaba:

— ¿Cómo andás?

Él respondía con gesto serio, tono solemne y voz de robot:

—Bien, por ahora.

También caminaba de puntas de pies, estaba siempre enterrado en su computadora y casi nunca la miraba a los ojos cuando le hablaba, entonces, ella se le subía a upa, le tomaba la cara con las dos manitos y le gritaba:

—¡A ver, niña llamando a hermano! ¿Me oís ahora?

Santi le respondía con una carcajada y, entonces sí, la veía... y tenía unos ojos tan bonitos, del color del mar, con unas pestañas arqueadas que les llegaban a las cejas color trigo, al igual que su pelo. Ella no se cansaba de mirarlo y acariciarle la cara para que ese hermano, que parecía haber venido de la luna, le hiciese mimos como los demás o se diese cuenta de que ella existía. Dos o tres veces al día, lo veía encerrarse en el garaje y caminar de una punta a la otra, dando saltitos cada tanto o sacudiendo las manos. Cuando ella entraba, se detenía como avergonzado y la sacaba carpiendo, pero ella lo veía igual y el dolor de él le estrujaba el alma.

Una vez, cuando Mili tenía cinco años y él dieciocho, se había colado en el garaje y comenzado a caminar de puntas de pie y agitar sus manitos, imitando los movimientos de él.

Santi se había detenido, se había agachado, la había tomado de los hombros y le había dicho:

—¡Pará, Mili! ¿Por qué hacés eso?

Ella le había contestado muy orgullosa:

—Porque yo quiero ser igualita a vos.

Él le había respondido con tristeza:

—No digas eso, Mili, ¿no te das cuenta de que yo soy retardado?

Ella lo había mirado con ojos enormes. No había entendido qué significaba esa palabra, pero había sabido leer el dolor en el gesto de angustia de su hermano y le habían agarrado unas ganas inmensas de llorar. Sin embargo, había pensado que eso a él le iba a hacer mal. Se había contenido, había girado y salido corriendo hacia el comedor, donde estaba su mamá corrigiendo evaluaciones. Se había plantado a su lado, la había tironeado del pulóver y le había preguntado:

—¿Qué significa ser «tardado»?

Su mamá le había limpiado una mancha de chocolate de la mejilla y le había respondido:

—Nada, princesa, esa palabra no significa nada.

Mili había apretado los ojos y la boca tratando de recordar la pronunciación exacta y volvió a preguntar con impaciencia:

—«Retardado», ¿qué significa?

Mara, su mamá, la había mirado seria y le había respondido:

—Así se les dice a las personas que no son como los demás, o que tienen problemas en su cabecita, ¿entendés?

A Milagros la cara se le había contraído en un puchero acompañado de gruesos lagrimones. Hacía un tiempo que lo sospechaba, pero la respuesta de su mamá se lo había confirmado, su hermano era diferente y sufría por eso. Pero eso no lo hacía ser peor que los demás, sino mejor y tenía que saberlo. Había salido corriendo de nuevo hacia el garaje, se había plantado frente a Santi con las manos en la cintura, las piernitas abiertas y una rabia feroz en la mirada:

—¡Agachate, ¿querés?, que así no te alcanzo!

Su hermano se había agachado, sorprendido y flexionando las rodillas:

—¡Epa! ¿Por qué estás tan enojada?

Mili lo había aferrado de la remera con los puñitos apretados y, mirándolo fijo a los ojos, le había gritado:

—¡Vos no sos ningún tardado, nene! ¿Me entendés? ¡Nunca, jamás me vuelvas a decir que sos un tardado! —Después le había tomado la cara con las dos manitos y le había dicho con voz más suave—: Vos sos distinto a los otros, pero porque sos mejor, ¿entendés? ¡Sos bueno, y, y herm... oso y, y simpático y, y a... alegre y, y sos mi hermano! —recalcado el «mi» con tanta fuerza que eso, sumado al llanto, la había dejado sin voz, así que, con los bracitos enlazados como sunchos al cuello de Santiago, había vuelto a abrazarlo, apretándolo con toda la fuerza que le permitían sus cortos cinco años.

Él, primero, se había quedado paralizado y luego la había abrazado también, con dos gruesos lagrimones corriéndole por las mejillas.

—Está bien, Mili, calmate —le había dicho en tanto que le acariciaba la espalda con suavidad.

Ella había apartado la boca, que tenía apretada contra su remera, la cual ya estaba impregnada en el hombro con un pegote de baba, lágrimas y

chocolate, y mirándolo fijo a los ojos le había respondido:

—Yo te quiero mucho. Vos sos lo que más quiero en el mundo y, y aunque otros no te entiendan, yo sí te entiendo, ¿sabés? Y estoy orgullosa de que seas mi hermano.

Santi se había quedado mudo de la emoción y del asombro. Había sido la primera vez que le escuchaba a la niña un parlamento tan largo y con la contundencia y la seguridad del de un adulto. Nunca había dejado de asombrarlo la inteligencia y la lucidez de su pequeña hermanita y, aunque no estaba acostumbrado a hacer demostraciones de afecto, él también le había besado las mejillas sucias y le había dicho sonriendo con suavidad:

—Vos también, Mili, vos también sos lo que yo más quiero en este mundo.

Después se había sentado con la espalda apoyada contra la pared del garaje, había colocado a la nena sobre sus piernas, la había abrazado y se habían quedado los dos en silencio, en esa comunión única e indisoluble que solo puede existir entre dos hermanos que se aman desde lo profundo del corazón. Él le había besado la cabeza y ella se había quedado quietita, disfrutando del abrazo de oso de ese hermano tan reacio a los abrazos y, cerrando despacio los ojitos, con la calma que sobreviene a las tormentas, se había dormido.

En los años siguientes, Milagros se había manifestado como una ávida lectora e investigadora de la vida. Leía y preguntaba sobre todo, al punto que podía resultar agotadora. Cada lectura la llevaba a realizar nuevas preguntas y cada respuesta no satisfactoria la hacía enterrarse de nuevo en los libros, en busca de otras que la convenciesen.

—Sos una enana —le decía su papá, Raúl, pellizcándole la nariz.

Cuando estaba en quinto grado, había encontrado dentro del cajón de la mesa de luz de su mamá varias fotocopias y dos libros sobre autismo y síndrome de Asperger. Como sabía que eso era lo que tenía su hermano, había comenzado a leer con avidez, comparando esa información con las que daban los médicos en las columnas de salud de los magazine de la mañana. Los síntomas los conocía por observación directa de Santiago que, para ese entonces, ya se encontraba estudiando Analista de Sistemas y haciendo cursos de actuación. La computadora y el teatro siempre habían sido sus grandes pasiones y le iba muy bien en ambos, lo que le confirmó lo que ella ya sabía desde siempre, que Santi era muy inteligente con aquello que le interesaba. Sin embargo, y a pesar de los años que llevaba de

tratamiento psicológico y Risperidona, medicación que tomaba desde los siete años, seguía teniendo muchos problemas de interacción social. Continuaba diciendo cosas fuera de lugar, caminaba infatigablemente, ahora por la orilla de la ruta venadense, hablaba en castellano neutro o «robotizado», como ella le decía, y continuaba con algunas de sus viejas manías, como por ejemplo, dormir con la luz prendida o negarse a comer ciertos alimentos. El sufrimiento por no poder entender el mundo que lo rodeaba o, como pensaba Mili, por la incapacidad del mundo de entenderlo a él, lo llevaba a aislarse, pero su etapa de mayor sufrimiento, la secundaria, ya había pasado. En la actualidad, la miraba a los ojos al hablarle y nunca había vuelto decirle que era un retardado.

Para sexto grado, Milagros se había convertido en una experta en el síndrome de Asperger. El «milagro internet» les había permitido también actualizarse en el tema y contactarse, junto con su mamá, con familiares de otros chicos con esa problemática. Sin embargo, los artículos que más le interesaban eran los que le decían cómo podía ayudar la familia a estos pacientes, y trataba de ponerlos en práctica con Santi, que a veces la soportaba con benevolencia y otras la echaba al diablo. El dolor por la discapacidad de su hermano o, mejor dicho, por la angustia y los conflictos que le traía su síndrome, fue una llaga abierta en su alma durante toda la niñez, pero solo con Male, que también tenía una primita con autismo a la que adoraba, se había animado a abrir su corazón y a contar lo que de verdad sentía.

La de ambas era una amistad que venía desde la sala de tres. Eran el día y la noche: una colorada polvorita, desobediente, verborrágica y mal hablada, la otra más callada, aplicada, obediente, dulce y delicada, salvo cuando se enojaba. Pero eran dos almas gemelas que se complementaban y se entendían solo con mirarse, eran «sicóloga gratis», como bromeaba Malena, una de la otra y nunca había habido secretos entre ellas.

Para cuando comenzó séptimo grado, Milagros ya tenía decidida su profesión futura: iba a ser neuróloga e investigadora, para poder ayudar a los chicos con problemas mentales como Santi, aunque primero le quedaba un largo camino por recorrer: el fin del primario, la secundaria y la carrera de Medicina antes de la especialización. «Despacito se llega a Roma», decía su mamá y ella pensaba que iba a recorrer ese sendero pasito a pasito, pero sin salirse de la huella jamás.

Su papá, Raúl, era un capítulo aparte. Su primer amor de la niñez, el de la eterna sonrisa y los chispeantes ojos verdes, su ídolo número uno, el que la consentía en todo, la llenaba de mimos y la hacía reír a carcajadas con sus dichos ocurrentes. Era capaz de arreglar absolutamente todo lo que ella o cualquier integrante de la casa rompiese. Sabía que había sido un fumador empedernido desde los catorce hasta los cuarenta y tres años, pero había dejado el cigarrillo para dedicarse con devoción a «la flaca», su bicicleta de carreras, con la que recorría cientos de kilómetros al año, yendo y viniendo hacia los pueblos vecinos para mantenerse saludable y en forma. Milagros adoraba hasta el olor a gasoil que traía siempre impregnado en la ropa, ya que trabajaba en un taller mecánico desde los trece años. Era su compinche de travesuras y un gran asador, su papito adorado y perfecto, y ella lo idolatraba y lo defendía siempre, sobre todo cuando a su mamá se le daba por criticarlo, lo que ocurría seguido.

Su mamá, Mara, era otra historia. La eterna rezongona de la casa, se quejaba por todo: «que por qué me dejan las medias tiradas», «que el dentífrico está destapado», «que se olvidan la puerta abierta y la casa se me llena de moscas», «que la perra adentro no, que me masca los muebles», y así de forma sucesiva. Era el «lamento boliviano», como bromeaba su padre, una letanía ininterrumpida que podía durar desde la mañana hasta el anochecer y les ponía los pelos de punta a todos. Era también la de los comentarios ácidos e hirientes, porque su madre siempre le decía lo que la chica sabía que era cierto, pero que, por lo general, no quería escuchar. Para finalizar, Mara era una rellenita que adoraba comer, pero que se negaba a ser gorda, motivo por el cual vivía eternamente a dieta y los tenía con la heladera semivacía o llena de frutas, verduras y productos dietéticos.

—¿Será posible que nunca haya nada rico para comer en esta casa? —se quejaba Santi cerrando la heladera con bronca, y ahí su progenitora sacaba a relucir un paquete de galletitas dulces que tenía siempre guardadas para él, que era el único «flaco escopeta» de la familia y un delicado que se negaba a comer vegetales.

Su mamá no era una gran chef, era rutinaria y repetitiva, pero cocinaba sano y balanceado. Mili pensaba que esa alimentación era la que había hecho que se enfermasen tan poco de chicos. Lo que sí podía asegurar era que su madre era una trabajadora infatigable. Profesora de Historia, había dado clases toda su vida con el máximo de horas cátedra que un docente

podía tener y, sin embargo, se había hecho el tiempo para atender su casa, pagar impuestos, controlar las tareas de sus hijos, planificar y supervisar desde las pequeñas inversiones que su familia, de moderados ingresos, podía realizar, hasta las actividades extraescolares que ellos hacían, porque eso sí, era una metida incurable en la vida de todos los que amaba. Lectora obsesiva, le encantaban sobre todo las novelas histórico-románticas, pero era capaz de leer e investigar sobre cualquier tema, costumbre que Mili también había heredado. Con ella discutían por todo, no estaban de acuerdo en nada, salvo en lograr un único objetivo: que Santiago fuese feliz, o todo lo más feliz que su síndrome le permitiese. En eso sí eran aliadas indisolubles.

Sus padres también peleaban mucho y siempre por las mismas cosas. Milagros había pasado toda su niñez culpando a su madre por estos enfrentamientos y con terror a que ellos se separaran. De hecho, Santi le había contado que, cuando él tenía ocho años, ellos habían estado separados durante seis meses. Sin embargo, cuando fue haciéndose mayor, se dio cuenta de que para discutir hacen falta dos y que ni su papá era tan perfecto ni su mamá tan calamitosa.

Le daba vergüenza siquiera pensar mal de Raúl, pero también recordaba una frase de un famoso escritor español que había dicho una vez que «es posible hablar con extrema dureza de lo que se ama, precisamente porque se ama y con la autoridad moral que nos confiere ese mismo amor». Eso sentía Mili, el inmenso cariño que tenía por su papá la autorizaba a criticarlo y la disculpaba a la vez. Por eso, cuando se hizo mayor, cada vez que escuchaba a su padre insultar o descalificar a su mamá, intervenía. Comenzó a mediar en las discusiones y a aplacar los ánimos, sabedora de la ventaja que le daba el hecho de que Raúl jamás se enojaba con ella y la consentía en todo.

Así fue pasando el tiempo y, a finales de segundo año, había llegado la soñada fiesta de quince. La habían estado planificando durante diez meses. En realidad, Mili había dejado a criterio de su madre la mayoría de las decisiones para no discutir, ya que Mara había estado insoportable. Había peleado con todos, desde el servicio de comidas, pasando por la decoradora, el musicalizador, el fotógrafo y la mar en coche, en su afán por querer que todo fuese perfecto. Los había enloquecido. En la semana anterior a la fiesta, hubo que cuidarse mucho de no cruzarse en su camino, porque te dejaba girando en el lugar como un dibujito animado o te llevaba puesto. ¡Ni que

hubiera sido ella la que cumplía los quince!

Milagros solo había impuesto su voluntad en una cosa, el diseño y el color de su vestido, que era rosa pálido y de corte princesa, con un corsé de raso ajustado, que le dejaba los hombros descubiertos y se abría en una falda de tul de cristal amplísima. La peluquera había logrado maravillas con su cabello, convirtiendo esas largas guedejas lacio llovidas en pesados bucles recogidos en una media cola, que caían en alegre anarquía sobre su espalda.

Esa noche fue mágica, sin grandes lujos, pero con la compañía de toda su familia y amigos. Hubo todos los rituales esperados, los videos de la niñez – ¡nunca le iba a perdonar a su mamá que hubiese incluido esa foto horrenda de los dos años donde aparecía sacándose los mocos!–, la carta de sus amigas –leída y coordinada por Male, que la hizo poner bordó al sacar a relucir todas las vergüenzas de sus travesuras de la niñez–, las clásicas fotos de las mesas, el corte de la torta y las cintas. Pero lo más emocionante para Mili fue el *vals*, que comenzó bailando primero con su papá, pero que terminó en brazos de Cristian. Torpe y descoordinado, le había dado dos tremendos pisotones, pero era su amor, su príncipe encantado, el paladín de toda su niñez. Cuando lo vio caminar hacia ella con esos ojos del color de la miel clavados en los suyos, y sintió el calor de su mano en la cintura, el corazón se le había desbocado tanto que creyó que se le iba a escapar del pecho, y lo había abrazado sonriendo con alegría, sin vergüenzas, ni tabúes ni prejuicios.

El chico había sentido el cambio de disposición de ella en el brillo de sus ojos, en la enorme sonrisa con la cual lo recibió, en la suavidad con la que se dejó llevar y apoyó su cabeza en el pecho de él, y supo, sin lugar a dudas, que había llegado el momento.

En los tres años anteriores, si bien jamás habían dejado de estar pendientes el uno del otro, la relación entre ellos se había vuelto más tirante. Él, ofendido porque ella lo había rechazado, se había dedicado a encarar a cuanta piba más o menos interesante se le cruzase, para demostrarle que no la necesitaba, que se podía conseguir diez mil minas más maduras y con menos vueltas que ella. Al principio, Milagros había fingido ignorarlo y le había cortado el rostro, pero al ver que él no volvía a buscarla con el rabo entre las patas, como estaba acostumbrada, había comenzado a mirarlo con tristeza, sobre todo cuando creía que él no la estaba viendo. Entonces, él no había podido aguantar más y había vuelto a hablarle, pero

esa vez en plan de amigo, no fuera que se le volviese a poner en pie de guerra. Ya para mediados de primer año de secundario de ella, había empezado a acompañarla todos los días hasta su casa a la salida del colegio, bancándose la charla interminable de Male que, por supuesto, iba incluida en el paquete, y haciendo rabiar a su novia de turno, solo para poder disfrutar de un ratito del día junto a su Mili. Igual habían sido años de paz armada, porque si bien ella había vuelto a dispensarle su amistad, le había impuesto una distancia que para qué te cuento. Nada de recostar la cabeza contra sus piernas para hacer una siestita, o de levantarla en el aire y hacerla girar como cuando era más chica. Contacto físico cero, justo cuando él más se moría por abrazarla, tomarla de la mano o acariciarle el cabello. ¡Pero nada! O se portaba como un caballerito inglés o se quedaba fuera de su vida. Así que, mientras esperaba a que ella madurara y se diera cuenta de que él había sido, era y sería el único chico de su vida, se había dedicado a picotear con una y con otra. De hecho, algunas le resultaron bastante didácticas en lo referido a prácticas sexuales, y él, como en eso sí era muy buen alumno, había aprendido bastante. Igual ya hacía dos meses que estaba solo y haciendo letra, por si las moscas.

Por eso lo había emocionado tanto darse cuenta de que esa noche era distinta, de que, a pesar de que la vio bailar, saltar y reír con casi todos los chicos de la fiesta, –¡que estuvieron chochos, los infelices! –, a cada rato los ojitos se le habían ido hacia donde él estaba y le había sonreído con esa dulzura especial que guardaba siempre para él. Eso, sumado a la entrega con la que había aceptado su abrazo durante el *vals*, lo había animado a dar el siguiente paso. Además, con todos esos buitres que la rodeaban y estaban preparados para dar el zarpazo, si él seguía dando vueltas, la iba a terminar perdiendo y, en definitiva y por más que en un tiempo hubiese intentado hacerle creer otra cosa, siempre había sido ella y siempre lo iba a ser, su único amor.

La certeza de que la decisión tomada era la más clara de toda su vida le había sacado una piedra de encima del pecho, y había comenzado a caminar hacia Milagros, seguro, liviano, liberado y feliz, con el deseo o la ilusión de que esas pequeñas señales significasen que ella, al final, había aceptado lo que él siempre había sabido, que estaban hechos el uno para el otro.

Al llegar a su lado, la había tomado del brazo y, arrastrándola a tranco largo detrás de los cortinados blancos de la decoración, le había dicho:

—Vení, que tengo que hablar algo importante con vos.

En lugar de patalear y tironear hacia el otro lado, como él esperaba, ella se había dejado conducir mansita y, al llegar al lugar elegido por él, libre de las miradas indiscretas y los ruidos de la fiesta, había unido las manos delante de su falda y se había quedado contemplándolo con expectativa. A él le habría gustado hacerle una declaración bien romántica, pero, como el bestia que era, continuó con lo que le salió:

—Mirá, la verdad es que a mí me siguen pasando las mismas cosas con vos que cuando tenías doce años. Bueno, me parece que peor, así que, ¿qué decís? —le había soltado todo de golpe, nervioso y emocionado.

Milagros lo había contemplado con seriedad durante unos instantes y luego le había respondido:

—Digo que seguís siendo el mismo animalito que cuando tenías trece años. —Al oír eso, a él las ilusiones se le habían desmoronado como un castillo de naipes y la había mirado con desconsuelo, pero ella se había acercado despacito y, tomándole la cara con las manos, al tiempo que lo miraba fijo a los ojos, había agregado con una enorme dulzura—: Pero eso no importa, porque yo igual te amo y, pase lo que pase, siempre te voy a amar.

Y acto seguido, le había estampado un beso en plena boca, había girado y se había ido caminando con elegancia. Cristian, primero, se había quedado paralizado del asombro. ¡La flauta, la tenía más clara que él! Pero luego la emoción y la alegría le habían puesto alas en los pies y, corriendo detrás de ella, la había tomado del brazo, la había hecho girar y, apretándola contra la pared, la había besado con toda la emoción que venía guardándose desde los trece años, con la lengua, con el alma y con el corazón. Luego había apretado su frente contra la de ella, que estaba tan horrorizada como maravillada por ese primer beso de adultos, y por fin, después de mucho tiempo, había sentido una profunda paz porque había sabido, con toda la certeza de sus cortos dieciséis años, que había encontrado su lugar en el mundo.

Esa madrugada terminaron bailando descalzos, transpirados y pegados uno al otro, borrachos de fernet y de amor, pero enormemente felices y completos.

En el año y cuatro meses que siguieron a ese día, se volvieron inseparables. No iban a ningún lado el uno sin el otro, sus amigos habían aprendido que, si querían incluirlos en un plan o una salida, eran Mili y

Cris, o ninguno. Ella prefería llegar todos los días tarde a la escuela, antes que irse sola y él necesitaba verla cada día, aunque fuese un ratito, para poder descansar tranquilo. Sus padres pensaban, preocupados, que eran demasiado jóvenes para estar tan pegados y que, con el tiempo, se iban a terminar cansando, pero ellos estaban radiantes, su amor los hacía florecer y llenaba de buenas ondas a todos los que los rodeaban.

Así estaban las cosas cuando, una noche fatídica y terrible, el destino terminó con la vida de él y barrió de un plumazo todos los sueños, las ilusiones y las ganas de vivir de ella. Desde esa noche negra, la oscuridad se cerró alrededor suyo, la ahogó, la paralizó, y transcurriría mucho tiempo antes de que Milagros volviese a encontrar una luz al final del camino.

UN DESTINO INESPERADO

—¡*H*ola, amor! ¿Qué hay? —dijo Milagros, apretando el celular entre la oreja y su hombro, mientras colocaba azúcar en el café con leche y lo revolvía.

—Nada, solo te quería avisar que me voy a acompañar a Agustín a Villa Cañas. —La voz de Cristian se escuchaba agitada, como si hubiese estado corriendo.

—¡Pero si ya son casi las siete! Se les va a hacer de noche para volver... ¿Por qué no van mañana temprano? —rezongó ella inquieta porque las últimas noches se había estado levantando mucha niebla.

—Lo que pasa es que aquel está encaprichado con unos botines que acá no los consigue y nos dijo el Pájaro que en la casa Adidas de allá los tienen. — En ese momento se escuchó también un ruido de portazo.

—¡Pero estos días está habiendo mucha neblina, hace un frío bárbaro para andar en moto y vos estás medio resfriado! Te vas a terminar enfermado del todo. ¿No puede ir él solo? —continuó ella, quejosa, en tanto que abría la heladera para sacar el dulce de leche y el queso.

—No, porque para eso están los amigos... ¡No te enojés, negrita, si son veinte kilómetros, vamos y volvemos en un pique! Además, a las nueve tenemos que estar de vuelta, porque dejamos encargada la canchita de don Roque... Y me emponcho bien así no te preocupás. —La voz de él se escuchaba distendida y alegre.

—Bueno, pero abrigate mucho, ponete los guantes y atate bien el casco, que la ruta de noche es peligrosa. ¡Y despacito si hay niebla! ¿Me escuchás? —Milagros dejó el pan a un lado sin poder probar nada. Ese viaje intempestivo y a esa hora le daba mala espina—. Llamame ni bien estés de vuelta... Cuidate... Te quiero mucho, ¿sabés? —terminó ella, mirando el

reloj, intranquila.

—Yo te quiero más. —Así le respondía siempre él, era como una frase tierna con respuesta incluida de los dos.

Cristian apagó el celular, se puso el casco y los guantes, subió a su moto, arrancó y partió raudo en busca de Agustín. Cuando los dos vehículos enfilaron lado a lado hacia Villa Cañás, las luces del acceso de su pueblo ya estaban encendidas. Condujeron rápido. De a ratos, uno aceleraba y adelantaba al otro, que imitaba la acción, mientras ambos sonreían. Agustín iba a la otra escuela, pero se habían hecho amigos en las inferiores de fútbol. Cristian era un delantero imparable y su amigo un defensor que, si no podía quitarte la pelota por las buenas, te hachaba al medio, y andá a gritar «la vida me engañó». Pero se llevaban muy bien, y más desde que, hacía ocho meses, Agus se había puesto de novio con la insoportable de Male y salían en parejas. Y sí, se veía que el pibe era medio masoquista porque, aunque ella lo tenía a los saltos como soldadito en el ejército, él andaba siempre con cara de feliz cumpleaños y le daba los gustos en todo. Qué razón tenían los que decían que el amor, a veces, era ciego, sordo, mudo y, en ese caso, pelotudo.

Media hora después llegaron al local deportivo y Agustín consiguió sus botines color verde manzana fluorescente. ¡Un asco, puaj! Cuando los muchachos lo vieran se le iban a descostillar de la risa. Se veía que el tipo tenía el mismo gusto para los botines que para las mujeres.

Su amigo ató la caja en la parte de atrás de la moto y enfilaron los dos hacia el acceso que llevaba de regreso a la ruta. Esta vez iban un poco más despacio porque, tal y como había pronosticado Mili, se había levantado niebla y no se veía un pomo. Serían las ocho y cuarto, la iba a tener que llamar ni bien llegara porque si no, se le podía armar un lindo quilombo. Al final, cómo no iba a tener cara de feliz cumpleaños ese gil si hacía ocho meses que estaba de novio y ya tenían relaciones. ¡Qué envidia! En cambio, él ya iba para el año y cuatro meses de afilar y nada. Se pegaban unas apretadas que los dejaban a los dos temblando, eso sí, pero del premio mayor, ni miras. Además de vergonzosa, su negrita había resultado miedosa. Dos meses atrás, y luego de arduas luchas, negociaciones y ruegos, había logrado convencerla de hacer el amor, pero ella se había puesto nerviosísima y rígida, había empezado a temblar y a decirle que basta, que le dolía, y él se había detenido porque le daba pena. Además, no soportaba

verla sufrir por nada, y menos si el causante del sufrimiento era él. Igual ya se estaba cansando de andar a las vueltas, si seguía así, en cualquier momento se le iba a terminar reventando o un testículo o un riñón. Ya lo tenía decidido. Esa noche, cuando la fuera a ver después del partido, si tenía la suerte de que los viejos de ella se las tomaran a dormir temprano y le dejaran el sillón libre, le iba a dar para adelante y listo. No le iba a preguntar porque era peor, se ponía más nerviosa. La expectativa por la decisión tomada lo excitó y se movió incómodo sobre el asiento. Ya casi se estaba acostumbrando a pasar de la excitación a la frustración constante, pero basta. Esa noche se la iba a jugar de una vez por todas y que fuera lo que Dios quisiera.

Mientras el joven sonreía feliz, con la mente llena de esperanzas y de sueños, y el rostro de su amor impreso en la retina, en la siguiente curva, dos objetos y un elemento de la naturaleza se conjugaban para arrastrarlo hacia un destino inesperado y mortal. En ese momento se trasladaban en fila india, conducían a ochenta kilómetros por hora, Agustín veinte metros detrás y Cristian adelante. Sobre su carril, un viejo camión que transportaba escombros había dejado caer una piedra en el pavimento, un obstáculo que la niebla, cada vez más densa, iba a impedirle ver o esquivar a tiempo. Por el carril contrario, un camión Scania, último modelo, se trasladaba a ciento diez kilómetros por hora. El conductor estaba cansado, hacía doce horas que viajaba y tenía sueño, pero igual iba atento. De repente, vio venir dos luces, una delante y otra más atrás, bajó la luz alta para no encandilarlos, parecían ser dos motos. En la radio informaban que acababa de producirse un accidente llegando a Venado Tuerto debido a la intensa neblina, dos autos habían colisionado de frente y se desconocía el número de víctimas.

De pronto, entre la bruma, mientras vigilaba al inmenso camión que se acercaba rápido por el carril contrario, Cristian divisó un pequeño bulto sobre el pavimento. El miedo hizo que su corazón comenzara a golpear desbocado. Intentó esquivarlo, pero era tarde, la rueda delantera de la moto saltó sobre la piedra y se desvió directo hacia el Scania patinando de costado. El camionero, presa del pánico, intentó frenar, pero le fue imposible. La mole que conducía estaba cargada con treinta mil kilos de maíz que iban a resultar letales. Agustín previó el impacto y pudo esquivar la piedra y desviarse hacia la banquina al tiempo que gritaba hasta desgañitarse del dolor, la rabia y la impotencia.

Lo último que Cristian vio en su mente, antes de colisionar contra el frente del camión, fue el rostro precioso de la única chica que había amado y la única que iba a poder amar en su corta e intensa vida. Pensó: «Qué pena» antes de que la oscuridad de la muerte se lo tragara.

Milagros caminaba de un lado al otro del living, furiosa y angustiada, marcando muy rápido los números en su celular. ¡Cuando volviera a ver a ese papanatas, desconsiderado e inconsciente, era capaz de morderlo! ¡Las diez de la noche y ni siquiera la había llamado para avisarle si había llegado bien! ¡Peor todavía, ni siquiera le contestaba el teléfono! En los últimos veinte minutos, desde que había escuchado el sonido de la ambulancia de los bomberos, los había llamado a él, a su suegra, a Agustín, a los chicos que estaban en la canchita y nada. El único que le había contestado había sido Tato, que en ese momento estaba haciendo banco, y solo para decirle que Cristian y Agus no habían llegado, y que habían empezado el partido sin ellos. Hacía diez minutos que había hablado con Male, que también estaba con los pelos de punta. ¡Pobre Agustín, ese sí que capaz que la ligaba en serio! Sonrió, casi al borde de las lágrimas, mientras miraba por la ventana cómo la niebla espesa no le permitía ver ni las casas de la cuadra de enfrente.

No iba a llamar a los bomberos o a la policía, jamás. Prefería pensar que Cris se había entretenido en algún lugar y se había olvidado de ella a que... El sonido del timbre la sobresaltó y se puso a temblar. Su madre y su padre, preocupados, habían salido en el auto a averiguar lo que había pasado. Caminó lentamente hacia la puerta, abrió. Casi sobre el dintel estaba parada Malena y, detrás de ella, sus padres. ¡Gracias a Dios no eran los bomberos! Sin embargo, al observar con atención el rostro de su amiga, el alma se le fue al piso. Estaba roja, con las mejillas bañadas en lágrimas y la miraba fijo, con un gesto de profunda, de enorme pena... ¿Agustín...? ¿Le había pasado algo a Agustín? No..., si hubiese sido él, Male no estaría allí con ella... Era Cristian...

De pronto, sintió que le faltaba el aire, que algo le apretaba el pecho buscando ahogarla, sintió cómo el calor de la sangre se iba retirando muy lento de su cara y sus manos, y no quiso ver más la verdad que el rostro de su querida amiga, su hermana del alma, trataba de revelarle. A lo mejor estaba grave, a lo mejor... Buscando mentirse a sí misma, miró las caras de los padres de Male que, tomados con fuerza del brazo, lloraban con

desconsuelo, y ahí comprendió.

Las piernas se le aflojaron y cayó de rodillas. Sintió que Malena se arrodillaba también a su lado y la abrazaba fuerte. Le dolía la garganta, le ardía como si la estuvieran quemando por dentro. ¡Y esos alaridos, por Dios, que pararan esos alaridos que le estaban taladrando el cerebro!

Un segundo antes de caer en una profunda y liberadora inconsciencia, se dio cuenta de que esa era su voz, que era ella la que gritaba, una y otra vez, el nombre amado de alguien que jamás iba a volver a ver.

Los días y los meses que siguieron fueron grises, plagados de una infinita, tremenda y desgarrante tristeza, y también de mucha rabia... Rabia por ese viaje a Bariloche que él jamás iba a poder disfrutar; rabia con Agustín, por pedirle que lo acompañara; con el camionero que no había podido frenar; con la piedra asesina; con él, por no haberse quedado cuando ella se lo pidió, pero, por sobre todo, con Dios, por habérselo llevado de su lado. Dios no existía, y si existía, era un ser cruel al que no le importaba cortar de raíz la vida de alguien tan joven, alegre y vital como su Cristian.

Se arrepintió de tantas cosas, de no haber aceptado ser su novia a los doce años, de hacerlo enojar por pavadas, de haber sido tan cobarde como para negarse a hacer el amor cuando sabía que era lo que él más deseaba, y ya era tarde. Tarde para todo, porque ese cuerpo, una vez fuerte y hermoso, se estaba pudriendo dentro de un cajón y ella no podía hacer nada, nada más que ir todos los días a ese estúpido cementerio a llevarle unas flores que él nunca iba a poder ver.

Había vivido el velatorio, el entierro y los días siguientes como en una nebulosa. El *shock* recibido y la medicación que la habían hecho tomar la habían atontado e insensibilizado a todo. Se había vuelto egoísta, no le importaban el llanto y la angustia de su familia, de la de él, de sus amigos, solo le importaba su propio sufrimiento y el que él había vivido. Lo habían velado a cajón cerrado porque, había escuchado en los murmullos crueles del velatorio, el cuerpo estaba irreconocible, pero Agustín le había asegurado que él había muerto en el acto, que no había sufrido. Igual, lo que a ella la desgarraba era saber si, en el último instante, él había sentido el dolor de la conciencia de la muerte.

Las dos semanas posteriores al accidente, Milagros se encerró en sí misma como una ostra. Pasaba todo el día en su habitación, durmiendo lo más que podía y negándose a comer y a bañarse, en camisón, con los párpados

brillantes e inflamados y los ojos rojos de tanto llorar. Miraba una y otra vez las fotos y los videos de él, y se negaba a recibir a sus amigos, inclusive a Male y a Agustín. Solo salía a la tardecita, cuando pocos podían verla, para ir al cementerio. La escuela había dejado de importarle, las faltas seguían corriendo y ella se negaba a volver, sin responder a los ruegos de sus padres ni de sus docentes.

Todo cambió un día en el cual, al despertar de una siesta, encontró a su hermano Santiago –que había regresado de Venado Tuerto, donde estaba trabajando en una empresa de computación– sentado al lado de su cama y mirándola con expresión desolada, al tiempo que gruesas lágrimas trazaban surcos en su cara. Mili había levantado una mano y le había acariciado el rostro:

—No sufras por mí, Santi, ya se me va a pasar.

—Pero tengo mucho miedo —le había respondido, contemplándola fijo y angustiado. Él, que siempre rehuía las miradas.

—¿De qué, Santi, de qué tenés miedo? —le había preguntado Milagros, preocupada.

—De que te terminés muriendo vos también —le había contestado, en medio de un llanto desgarrador.

Ese día, ella se dio cuenta de que no podía continuar viviendo de ese modo, de que no podía seguir haciendo sufrir así a los que más amaba y menos aún a su adorado hermano. De que por más que llorara, se enfureciera y gritara, no lo iba a resucitar, y de que tenía que seguir adelante sola, costase lo que costase... «¿Cómo será vivir una vida en la que Cristian no está?» se había preguntado con pánico, pero igual, se había levantado despacio de la cama y, sacando fuerzas de donde no tenía, le había dicho:

—Yo me voy a bañar, vos andá y preparame un café con leche. —Mientras buscaba ropa limpia, le comentó como al pasar—: Ah, y traeme el celular, que voy a llamar a la escuela para avisarles que vuelvo.

—Bárbaro, Mili, ahí voy —había dicho Santiago, levantándose del piso con una sonrisa de oreja a oreja y sintiéndose, por primera vez, orgulloso de sí mismo y hacedor de un pequeño milagro.

Así, cumpliendo con todas sus obligaciones como una autómatas, sonriendo de vez en cuando para fingir que podía ser feliz sin él, estudiando y ayudando en su casa, yendo una vez por semana al cementerio a verlo,

transcurrió cuarto año. Dos días antes del acto de graduación de los compañeros de Cristian, se enteró de que era la nueva abanderada y tuvo que estar ahí, escuchando, firme y estoica, la carta de despedida de los chicos de quinto para él y el llanto terrible de sus padres, pero lo soportó. «Día a día, solo por hoy», como le decía Patricia, su sicóloga, que tanto había luchado para que ella, finalmente, lo dejara ir. Pero no podía, podía fingir de la boca para afuera, podía seguir viviendo una vida sin él, pero no podía dejar de pensarlo en cada minuto de cada día.

A veces, se despertaba de mañana soñando que estaba vivo y eran felices, y el choque con la dolorosa realidad era tan fuerte que tenía que hacer un esfuerzo sobrehumano para levantarse y arrancar el día. Otras madrugadas, la despertaba esa pesadilla, y era siempre la misma: la noche, la niebla, la ruta desierta y su voz, que la llamaba en un silencio desolador, ella corría y lo buscaba, pero solo encontraba pedazos de su cuerpo, y ahí se despertaba, dando tremendos alaridos que alarmaban a todos los integrantes de la casa.

El tiempo fue pasando y llegó quinto, con todos sus rituales: eventos para recaudar fondos, orientación vocacional, cursillos universitarios, viaje a Bariloche y promoción. Cumplió con todos menos con uno: no fue al viaje de estudios. En cambio, le regaló a uno de sus compañeros, que era el más humilde, las primeras cuotas que había pagado estando en cuarto. Si Cristian no había podido ir, ella tampoco lo haría. También se negó a asistir a boliches bailables. Cada sábado, mientras sus amigos salían y disfrutaban de la compañía, la música y el alcohol, ella se encerraba en su casa a ver una película o a leer artículos de Medicina y Neurología. A pesar de que tuvo varios ofrecimientos, no volvió a ponerse de novia con nadie; se sentía vacía, pensaba que no tenía nada para ofrecer. Que cuando Cristian se había ido, se había llevado también con él una parte de ella: su alegría y su capacidad de disfrutar de la vida, y no le había dejado nada, solo esa máscara que se ponía para fingir ante los demás que todo estaba bien, cuando en realidad tenía unas ganas enormes de revolcarse y gritar hasta desgañitarse del dolor y la impotencia. Contra cualquier pronóstico, su madre fue quien más la acompañó en su duelo. No la presionó ni la invadió, solo estuvo a su lado, para llorar, para compartir silencios, recuerdos y risas. Supo comprender su deseo de soledad y la ayudó a curar sus heridas.

La primavera anterior al comienzo de la universidad, Milagros se presentó en un concurso zonal para reina del balneario local y resultó elegida.

Después compitió primero para reina provincial y luego para nacional, y los ganó a ambos. Esa última elección y los viajes por el país representando su reinado la hicieron contactarse con el mundo del modelaje, y recibió una muy buena oferta de trabajo de una conocida agencia de modelos de Buenos Aires. Decidió que era una excelente oportunidad para poder costearse su carrera sin pedirle nada a sus padres que, para ese momento, ya estaban jubilados, habían relegado muchas cosas y dejado proyectos personales en el camino por haber tenido que pagar los estudios de sus hermanos mayores. Ella no quería que tuviesen que hacer lo mismo por ella, que, para colmo, les había llegado más tarde y de regalo.

Así que se inscribió en la Universidad de Buenos Aires, en la carrera de Medicina. Sus padres la ayudaron a alquilar un departamento que estuviese a medio camino entre la agencia y la facultad, y a conseguir los muebles, y allí se fue, casi sola, porque la mayoría de sus compañeros se iban a Rosario o a Junín, que eran localidades más cercanas a Teodelina.

Antes de irse para iniciar las clases, le había pedido a su madre una sola cosa, que si ella no podía venir todos los fines de semana, se acordase de llevarle flores frescas a Cristian por ella. Su mamá, con un nudo en la garganta, le había prometido que lo haría, preguntándose por qué Dios no podía hacerle el milagro de trasladarle a ella el dolor que sentía su joven y preciosa hija.

El tres de marzo subió al colectivo que la llevaría a instalarse definitivamente en Buenos Aires. Por la ventanilla observó los rostros queridos de sus padres, sus dos hermanos, su cuñada, la esposa de Luis, con su pequeña sobrinita en brazos, Malena y Agustín, todos la saludaban sonrientes y emocionados. Levantó la mano y los fue saludando ella también, hasta que, al doblar el ómnibus, los perdió de vista.

Diez minutos después, mientras transitaba por la ruta que unía Villa Cañás y Teodelina, vio, a la orilla de la banquina, la cruz de hierro que señalaba el lugar donde Cristian había muerto. Abrió la ventanilla, se persignó, levantó la mano y dijo despacito:

—Chau, amor, te quiero mucho, ¿sabés?

Y en ese momento, le pareció que la inconfundible voz de él era llevada por el viento hasta su oído para decirle «Yo te quiero más».

UN NUEVO AMOR

Buenos Aires, diciembre de 2014

—Hola, ¿tío? —Sebas caminó hacia el fondo de la cocina. Tratando de hablar despacio y con el celular apretado entre la oreja y el hombro, continuó—: Bien, muy bien, te llamo porque necesito que me hagás un favor.

Milagros se despertó con el sonido de su voz, desorientada. Primero se asustó, luego recordó los acontecimientos de la noche anterior y tomó su celular de la mesa de luz para mirar la hora. ¿Las once de la mañana y él todavía no se había ido? ¡Ese pibe era una plaga en serio!, pensó. Después continuó escuchando, interesada.

—Sí, ya sé que para las resonancias hay que pedir turno con anticipación, pero es un caso de urgencia, deciles que se la pago de contado. —Mientras hablaba, él retiró la pava del fuego, que estaba ya echando vapor, y volcó el agua sobre un filtro que contenía café y se encontraba colocado sobre una jarra de vidrio—. Es una amiga que se dobló el tobillo y tengo miedo de que se haya cortado un ligamento. —En tanto que decía esto, abrió las puertas de la alacena, sacó dos tazas y sirvió el oscuro líquido en ellas.

La chica sintió el aroma inconfundible del café ¿Así que ahora también cocinaba? ¡Genial! Si se descuidaba, ese metiche le iba a terminar usando hasta los tampones. Con cuidado, se bajó de la cama y, tratando de no apoyar mucho el tobillo dolorido, se dirigió rengueando hacia la cocina, al tiempo que seguía escuchando.

—Gracias, te debo una, en media horita andamos por allá.

Él cortó y colocó el café y la azucarera sobre una bandeja, la levantó y, al girar, casi se choca con Milagros que, parada sobre un solo pie, lo observaba con el ceño fruncido.

—¿Y dónde se supone que vamos vos y yo? —le dijo cruzándose de brazos y observando que él continuaba con la misma camisa arrugada, rota y manchada de sangre, tenía la cabeza hecha un nudo de rulos despatarrados y los ojitos azules le brillaban con buen humor.

—¡Hola, preciosa! —le contestó él con una alegre sonrisa, en tanto que la tomaba del brazo, la acercaba a una silla y la hacía sentar—. Quédate quietita ahí, no apoyes el pie. Vamos a un sanatorio a hacerte una resonancia magnética. Parece que hoy es tu día de suerte, mi padrino es traumatólogo y aceptó realizarla sin turno previo. ¿Dos o tres cucharadas? —preguntó, mientras le servía azúcar en la taza—. Busqué leche en la heladera, por si te gustaba cortado, pero no encontré —continuó, al tiempo que revolvía el pocillo y se lo daba.

Al final, como el ventarrón que era, le había puesto tres cucharadas. ¿Para qué le preguntaba si después iba a hacer la suya? Milagros se bebió el café mirándolo fijo y pensando que no sabía de qué tenía más ganas, si de morderlo o de besarlo. Ese pensamiento espontáneo la asustó y, como siempre, se puso a la defensiva:

—¡Primero, buen día, que no dormimos juntos! —Él la miró alzando las cejas con picardía. «Qué tonta, claro que hemos dormido juntos, —supuso— teniendo en cuenta que en este pequeño departamento solo hay una cama». Por lo menos, él había tenido la buena educación de dormir vestido, a juzgar por el estado de sus ropas. Señalándolo con el dedo, continuó—: En segundo lugar, no me consultaste si yo quería ir a ese médico. —Él abrió la boca para responder, pero ella lo detuvo alzando su mano—. En tercer lugar, ni sueños que voy a dejarte pagar ese estudio, tengo mutual, para que lo sepas —finalizó cruzándose de brazos.

Él se sentó a su lado, le levantó el tobillo y, colocándolo sobre su pierna, lo observó con atención, luego le respondió:

—En primer lugar, sí dormimos juntos y me encantó. —Al decir esto, le guiñó un ojo con malicia. Ese gesto tan típico de Cristian casi la pone a llorar—. En segundo lugar, me dijiste que no tenías médicos conocidos acá, y en tercer lugar, si lo querés hacer por la mutual, tenés que esperar a que lo autoricen y no hay tiempo. Yo lo pago y, cuando tu mutual te reintegre el dinero, me lo devolvés. ¿Te parece? —terminó, acariciándole con suavidad la pantorrilla.

Mili retiró su pie, se paró y le espetó:

—Lo que me parece es que vos sos de los que te dan la mano y te tomas el codo, y que si te llevo a decir que no, sos muy capaz de cargarme otra vez al hombro y llevarme al sanatorio en camión. ¡Así que sí, voy, pero porque yo quiero, no porque vos me obligues! ¿Está claro? —concluyó gritando ofuscada, en medio del berrinche mañanero más fuerte de los últimos años, porque de chiquita había hecho unos cuantos.

—¡Esa es mi chica! —dijo él sonriente, se levantó, la tomó de los hombros y le dio un suave beso en la frente que la desorientó, la enterneció y le calmó el enojo, todo al mismo tiempo.

¿Sería posible que nunca iba a poder permanecer mucho tiempo enojada con ese hombre? se preguntó ella, meneando la cabeza. Para disimular su incomodidad, giró y se fue rengueando hasta su habitación, abrió el ropero, sacó una camisa, y volvió hasta donde él estaba.

—Tomá, es de mi hermano. Ponetela, no podés salir con esa en las condiciones en que quedó. Yo me cambio y ya vengo —le pidió la joven, con una mirada mansa y resignada.

A él le encantó que ella también se preocupase por él. Tomó su taza de café y comenzó a beberlo mientras miraba con fijeza la foto en la que ella y su novio se besaban. Cuando lo terminó, fue hasta la cocina, se sacó la camisa y, pensando que ella necesitaría usar el único baño, se lavó la cara la cara, el torso y debajo de los brazos, y se secó con un repasador limpio al que luego escondió en el fondo del cajón. «Ojos que no ven...», se dijo con picardía, pensando que, con lo pulcra que era ella, si se daba cuenta que le había usado el repasador para esos menesteres, le iba a caer fatal. Luego tomó la camisa que ella le había dejado y, cuando iba a ponérsela, la vio entrar rengueando, con un vestidito azul sin mangas, corto y acampanado que le marcaba las curvas y le quedaba pintado, y peinándose el cabello con un cepillo. Al verlo con el torso desnudo, abrió grandes los ojos, se puso roja de vergüenza y diciendo «Perdón», giró haciendo volar su pelo por el aire y se volvió a su habitación lo más rápido que podía. A Sebas le causó gracia y ternura que fuera tan vergonzosa. ¡Ni que nunca hubiera visto un tipo en cueros!

—¿Ahora ya estás presentable? —escuchó que ella preguntaba desde su habitación dos minutos después.

—Sí, vení —le contestó él sonriendo, al tiempo que se prendía hasta el último botón del cuello solo para embromarla. Ella entró y, al verlo,ladeó la

cabeza y se lo quedó mirando con las manos en la cintura. Él continuó con tono burlón—: Espero estar lo suficientemente tapado como para no ofender tu pudor.

Ella entendió y, entrecerrando los ojos, caminó hacia él con toda la seguridad que le permitía su tobillo dolorido y, pegando sus caderas a las de él, le acarició el pecho con las dos manos y luego le desprendió los primeros tres botones diciendo:

—Nada de eso, no sabes lo que me excita ver un poco de pecho masculino desnudo.

El que terminó excitado y con una erección vergonzosa e inocultable fue él. Se lo merecía por provocarla. Se quedó contempládola fijo. ¿Así que la gatita sí tenía uñas? Hacía instantes, ella se había atado el pelo en una cola alta que destacaba la delicadeza de su perfil, y había completado su atuendo con unas chatitas y una cartera blancas. Con la cara lavada y bronceada resultaba casi más bonita que con maquillaje.

—¿Vamos? —preguntó ella, con la llave y los lentes oscuros en la mano, en tanto que lo sacaba de sus pensamientos.

—Bueno, pero apoyate en mí, así no forzás tanto el pie —dijo él, después se acercó, tomó el brazo de ella, lo puso sobre su hombro y le colocó la mano en la cintura. Ella aceptó la ayuda, cerró con llave y comenzaron a caminar despacio hacia el ascensor. Milagros, incómoda, evitó mirarlo, pero aprovechó que lo tenía tan cerquita para oler su perfume, mezclado con un suave olor a transpiración. Pobre, ni siquiera había podido bañarse. Él tenía casi los mismos pensamientos, el olor limpio y el perfume de jazmines de ella le llegaban en oleadas, lo trastornaban y lo hacían sentirse más sucio. Encerrados en ese abrazo excitante e incómodo, llegaron hasta el auto, subieron y partieron.

El doctor Marcos Canevare los vio llegar y los condujo hasta su consultorio. Luego de revisarla y hacerle una primera radiografía, la llevó al cuarto de resonancias. Sebastián gestionó los papeles para el reintegro de la mutual y estaba sentado esperando que terminaran de realizarle el estudio a ella, cuando vio venir a su tío por el pasillo con gesto preocupado.

Se levantó alarmado.

—¿Qué pasó, tiene roto un ligamento nomás?

Su tío lo miró serio.

—No sabemos, todavía le estamos haciendo el estudio, pero es casi seguro

que no. Si hubiese sido así, tendría hematomas mucho más grandes... Igual no es eso lo que me preocupa. —El médico lo tomó de los hombros y le clavó la vista—. Decime la verdad, esa chica no es solo una amiga para vos. Acá está pasando algo grande.

—Ideas tuyas —le respondió Sebas, mirando incómodo hacia el piso.

—Hijo, estaré viejo, pero no soy ciego, vi cómo la mirabas.

—Dejá de pensar pavadas, si la conocí anoche —le contestó el joven, molesto.

—La habrás conocido anoche, pero nunca te vi mirar a tu novia como mirás a esta joven.

—¿Y cómo la miro, a ver? —le preguntó Sebas, irritado y cruzándose de brazos.

—¡Como miró toda la vida tu padre a tu madre, así la mirás! —le respondió Marcos, también molesto—. Hijo, yo no quiero ser metido, pero tenés que tener cuidado con lo que estás haciendo, no necesito recordarte que te casás en dos meses con una chica que te viene esperando hace siete años, y que mi hermana y tu suegra ya llevan un año gastando fortunas en los preparativos. Aquí no cuentan solo Elena y vos, ¿entendés? Las familias son amigas hace años, hay negocios de por medio. ¿Vos tenés una idea del lío que podés armar si rompés el compromiso ahora?

—Tío, ¿Vos te fumaste un porrito o qué? ¿De dónde sacás que pienso romper mi compromiso? —le preguntó el muchacho. Marcos alzó las cejas como dudando, entonces, Sebas continuó—: ¡Nada que ver! Si la miro así es porque me gusta mucho, nada más. Cuando pueda acostarme con ella, se me pasa —terminó, incómodo y evitando mirarlo a la cara.

—¿Seguro? Yo juraría que acá hay mucho más que eso. No me malinterpretes ahijado, sos mi único sobrino y quiero lo mejor para vos, pero tampoco me gusta lo que me estás dando a entender. Esta no es una chica cualquiera, se nota a leguas que es una muchacha buena, seria. ¿Qué pensás hacer? ¿Usarla mientras tu novia está en Europa y después hacerla a un lado para casarte con Elena? ¡Te creía mejor que eso! Dejala tranquila, Sebastián, no la veas más...

—¡No puedo tío! ¡No entendés que no puedo! —le gritó el joven, alzando las manos con rabia e impotencia. Luego le dio la espalda y comenzó a masajearse el cuello, que se le había puesto rígido de golpe.

—Entonces tengo razón yo, esto es mucho más que una calentura pasajera.

¡La que se nos viene!

Sebas giró de golpe y lo señaló con el dedo.

—¡Vos te vas a quedar mudo, ni una palabra a mamá ni a nadie! —Fue y vino por el pasillo, nervioso y agitado. Luego se frenó y tomó a su tío del brazo, mirándolo a la cara con tono angustiado—. Padrino, yo lo sé, todo lo que vos me estás diciendo yo ya lo sé. Lo que no sé es qué cuernos voy a hacer con lo que me está pasando... Es todo reciente... Ni la conozco... Qué se yo, a lo mejor cuando la trate más descubro que no es como yo pensaba y...

—¿Y si no es así? ¿Y si te gusta cada vez más, qué vas a hacer? Haceme caso, hijo, cortá con todo ahora que todavía estás a tiempo. Si fuiste feliz con Elena hasta ahora, podés seguir siéndolo, no te compliqués la vida de gusto.

—¿Y a vos quién te dijo que yo soy feliz con Elena? —le espetó Sebastián, contemplándolo fijo.

—Y entonces, ¿para qué carajo te quisiste casar, pelotudo? —le respondió su tío haciendo ademanes. Después se fue a grandes trancos por el pasillo, entró al cuarto de resonancia y se quedó observándola. Allí, quieta, con los ojos cerrados, parecía una muñequita de porcelana. ¿Cómo no iba a estar embobado el muchacho si hasta él, que tenía casi sesenta años, no había podido dejar de mirarla cuando la vio? ¡Pobre Elena, qué mal la veía!

A la una y media, los jóvenes volvieron al departamento. Gracias a Dios, si bien aún no había informes escritos, los estudios mostraban que era solo una distensión de ligamentos, como había pronosticado el chico, y que podía resolverse con tres días de reposo absoluto y dos semanas de uso de una bota ortopédica para inmovilizar el tobillo. Luego podría continuar con una venda elástica.

Sebastián paró en una farmacia para comprarle la medicación recetada, la ayudó a bajar e instalarse en su departamento y fue a adquirir comida a una rotisería. Así terminaron almorzando a las tres de la tarde. Después él se fue, pero esa noche, con la excusa de que ella estaba sola y no podía levantarse a cocinar, volvió a aparecer con una vianda de comida lista. Mili insistió en pagar su parte, pero él no quiso saber nada. Al terminar de cenar, el joven la recostó en el sillón, lavó los platos, preparó un café y se quedaron charlando hasta las dos de la madrugada, hora en la que Milagros terminó durmiéndose, vencida por el cansancio. Él la levantó y la acostó despacito en su cama para que no se despertase. Le dio un beso suave en la mejilla y se

fue.

En los dos días siguientes repitieron la misma rutina. Después de echarlo repetidas veces –sobre todo luego de descubrir que, con la excusa de su convalecencia, él se había hecho hacer una llave de su departamento sin su permiso, motivo por el cual Mili armó un escándalo de catálogo con el que no logró recuperar la llave–, la chica se resignó a su presencia, a la que, por otra parte, no solo se estaba acostumbrando, sino que había comenzado a necesitar. Era un loco de atar, que la hacía reír a carcajadas con las historias y ocurrencias más desopilantes. Tras esas tres noches de sobremesa y quietud obligada, terminó con los músculos de las costillas doloridos de tanta hilaridad. Lo que ella no sabía era que él también se divertía mucho con ella, que lo descolocaba con sus salidas, lo asombraba con sus dichos camperos y lo contagiaba con su buen humor; salvo cuando miraba esas fotos. Ahí, invariablemente, se ponía triste y se quedaba en silencio.

Milagros le había contado sobre todo: su pueblo, sus familiares, sus amigos, su trabajo, lo que le gustaba y lo que no. Ahora él sabía que ella venía de un pueblito de siete mil habitantes, de una familia de clase media y que era muy estudiosa y responsable. ¡Como si él no se hubiera dado cuenta, si cada vez que llegaba la encontraba enterrada entre libros! Aunque ella no se lo había dicho, se había percatado de que también era una chica muy inteligente, a la que le gustaba planificar hasta el más mínimo detalle. Todo lo que había adivinado observando las fotos era verdad, solo que estas eran viejas. En este momento su sobrina ya tenía seis años y su cuñada, Rocío, estaba embarazada de nuevo, esa vez de un varón que iba a ser su ahijado. Y había otra integrante en la familia, Luna, la pareja de su hermano menor, Santiago, que era una profesora de Educación Física con la que convivía desde hacía tres años en Venado Tuerto, una localidad cercana a su pueblo. Lo que él también desconocía era que la decisión de estudiar Medicina tenía que ver con la discapacidad de su hermano menor, Asperger. Había estado leyendo sobre ese síndrome y los que lo padecían y eran unos tipos bárbaros, de lo más originales, y el tal Santi debía ser muy especial, porque a Mili le brillaban los ojitos cuando hablaba de él.

También le contó que, hasta hacía tres meses, ella había convivido con una chica de Olavarría, Karen, que estaba en su misma aula, pero había quedado embarazada y se había vuelto a su ciudad para casarse con su novio y esperar a su bebé. Así que ahora vivía sola, en un departamento propio que

había logrado comprar, en una parte gracias a un crédito hipotecario, y en otra con el dinero que ganaba con su trabajo como modelo. También se mantenía y se pagaba los estudios sola, sin pedirle un peso a sus viejos, y llevaba su carrera al día y con muy buenas notas, cosa que no le había contado ella, que no era de naturaleza vanidosa, sino que lo había descubierto cuando había encontrado la libreta de la universidad, curioseando en sus carpetas.

Él recordó con ternura la cara de orgullo con la que ella había afirmado que era una persona autosuficiente y que, en un futuro, soñaba con ser útil a la sociedad. Era una joya rara, su Mili. A él, que todo en la vida le había costado tan poco, le daba hasta un poco de vergüenza.

Sin embargo, Sebastián todavía no se animaba a preguntarle sobre ese chico. ¿Qué le habría pasado? ¿Por qué se habría muerto tan joven? Igual se prendía fuego de los celos, y le daban unas ganas enormes de romper o desaparecer esas fotos para borrarle la tristeza de la mirada, pero no podía porque eran una parte de ella, sagrada y privada, a la que él no tenía y nunca iba a tener acceso. Así que debería seguir aguantándose.

Él también le había contado sobre su vida, sobre el profundo amor que se tenían sus padres, sobre su niñez feliz, transcurrida en una quinta con un parque enorme en las afueras de la ciudad, en donde jugaba con sus dos hermanas, sus primos, tres perros pequineses, dos gatos siameses, un mono eternamente chillón, que vivía montado sobre el lomo de Yac, su manso perro labrador, y un loro chiflado que lo llamaba a comer y a bañarse imitando la voz de su madre.

Único hijo varón y el menor de la familia, reconocía que había sido un terrible salvaje al que sus hermanas y su madre habían criado combinando mimos, abrazos, besos, coscorriones, pellizcos y tiradas de pelo, todo en el mismo combo y de acuerdo al grado de gravedad de las travesuras que se hubiese mandado ese día, las que iban desde hacer descomponer al loro dándole la comida del perro, hasta asarles las *Barbies* en las brasas del asado.

Así, el chico había llegado a su juventud y había elegido estudiar Administración de empresas para poder ayudar a su padre en la fábrica, donde trabajaba desde antes de recibirse, lo que había ocurrido cuatro años atrás. No quiso contarle de los otros bienes e inversiones en acciones y empresas que tenía la familia porque sospechaba, con justa razón, que su adorada Milagros tenía una almita zurda y, si se enteraba, era capaz de

echarlo a patadas de su casa por el solo delito de ser vergonzosamente rico.

Él le habló también de Lucía, su segunda hermana, que tenía treinta y un años, y siempre había sido una tremenda polvorita, ella se había casado con su novio de toda la vida, un tipo bonachón que utilizaba, varias veces al día, las palabras «Sí, querida», y le había dado dos sobrinos, Kevin, de ocho y Alex, de cinco años, a los que adoraba y que habían salido casi tan salvajes como había sido él a sus edades. Lucía, que era, en su opinión, una actriz dramática frustrada, solía terminar el día tirada en el sillón, con un terrible dolor de cabeza y aullando que eran dos delincuentes que la iban a terminar llevando a la tumba, mientras el papanatas de su marido juntaba juguetes, arreglaba destrozos, acostaba los niños y le preparaba un té con dos aspirinas, que le alcanzaba con una mirada de amor ciego y medio bobo, según su modesto entender. Sin dudas, decía su madre, su hija había tenido mucha suerte.

Sofía, su hermana mayor, era todo lo opuesto a ellos, callada y tranquila. Después de sufrir durante años por su primer novio, que la había dejado por su mejor amiga, y por otras relaciones frustradas que le siguieron, se dedicó por completo a ejercer su profesión de traductora de inglés y francés, y a viajar por todo el mundo, así, conocía y disfrutaba de los diferentes países y culturas y de su soledad. Con sus treinta y cuatro años, ya pintaba para solterona, pero no resentida ni amargada, sino conforme y orgullosa de sí misma y de la vida que había construido para ella.

Cuando Milagros le preguntó si él había tenido novia, le respondió:

—Varias. —Y cambió rápido de tema.

Ni loco le iba a contar de Elena, que, por cierto, esos tres días lo había torturado por teléfono porque quería que fueran juntos a elegir la torta de bodas y porque nunca estaba disponible para ella y tenía que tomar todas las decisiones sola. Él se justificaba diciendo que estaba tapado de trabajo y que, cuando se desocupara un poco, iba a ir a verla. Pero lo cierto era que se había pasado esos días pendiente de Mili y de su salud y de su belleza y de sus ojos y de su risa... Podía seguir toda la noche enumerando las cosas que lo ataban a ella con sunchos de acero, y nada iba a cambiar. La verdad era que no tenía ganas de pensar ni de tomar decisiones definitivas, solo quería disfrutar lo que estaba viviendo y ver qué pasaba. Dentro de cuatro días, Elena partía hacia Europa por un mes y él iba a estar libre para disfrutar de su princesita pueblerina.

El mayor problema lo representaba su madre, que lo había escuchado llegar dos días seguidos a las dos y media de la mañana y ya andaba preguntándose adónde había ido, y si él la conocía lo suficiente, estaba seguro de que no iba a parar hasta averiguarlo.

Al cuarto día, como Milagros ya tenía permiso para caminar usando una bota ortopédica y quería ir a la universidad para hacer consultas sobre su próximo examen, pasó a buscarla en su auto, a las ocho menos cuarto, con la excusa de que le quedaba de pasada hacia la fábrica. Utilizando el mismo argumento, que era una terrible mentira, ya que su trabajo estaba para el otro lado y a media hora de viaje, fue a retirarla de la facultad al mediodía y, ya que estaba, llamó a un *delivery* de pizzas para que ella no tuviese que cocinar. Cuando terminaron de almorzar, y con la excusa de que tenía mucho sueño, lo cual era una rotunda verdad después de cuatro días de traspasar, se acostó a dormir en el sillón, vestido, para no despertar sospechas y por si lo sacaban carpiendo. Pero no, era su día de suerte. Con los ojos cerrados y fingiéndose dormido, sintió que ella se paraba a su lado, le sacaba los zapatos y las medias para que descansase más cómodo, y tras bajar la persiana le daba un suave beso en la mejilla y le acariciaba el cabello, antes de retirarse, ella también, a dormir una reparadora siesta. Él entreabrió los ojos y la observó irse, despacio y rengueando, escuchó el sonido de su zapato y su bota al caer al piso, y el ruido de los resortes del colchón al hundirse, y tuvo ganas de seguirla y acostarse a su lado haciendo cucharita, pegado a su cuerpo y abrazándola, porque había observado que ella dormía de costado y hecha un bollito. Pero no quería tentar demasiado a su suerte, porque Mili continuaba poniéndole distancia y retrayéndose si él se acercaba demasiado. Así que se quedó muy quieto, disfrutando de su cercanía, y con una pacífica sonrisa, se durmió.

Los tres días siguientes continuaron con la misma rutina: la llevaba a la facultad, la iba a buscar, almorzaban juntos, él dormía la siesta en el sillón y, a las tres y media, ella lo despertaba con el mate para que, a las cuatro, se fuese a trabajar.

A las ocho en punto lo tenía de vuelta paradito en el pasillo, «Firme como granadero de catedral», pensaba Milagros, y con los brazos llenos de paquetes, ya que, como a él le gustaba cocinar y ella estaba a días de rendir y estudiando *full time*, Sebastián se encargaba de la cena. Comían juntos, alegres uno en la compañía del otro, y hablando de todo y de todos.

Ideología, deportes, política, inseguridad, economía del país, todo les venía bien para polemizar y acordar. A las doce, como la Cenicienta del cuento y obedeciendo a órdenes inapelables, él se iba porque ella tenía que acostarse a una hora prudencial para poder estudiar al otro día. Sin embargo, a veces, se lo encontraba mirándola fijo, como preguntándole algo con esos ojos del color del cielo que tanto la atraían. Ella bajaba la vista avergonzada porque la verdad era que no sabía muy bien qué respuesta darle a esa mirada azul y demandante, y prefería disfrutar de él, de su compañía, de su hermosura, de su risa contagiosa, de su picardía y hasta de su humor negro, sin hacerse cuestionamientos ni preguntas a futuro. Él había irrumpido y se había instalado en su casa y en su vida así, de golpe, avasallándola y sin pedir permiso, decidiendo por ella y arrastrándola con su enloquecedora energía masculina, pero debía reconocer que le había hecho bien ponerse, por una vez, en las manos de otro y descansar. A veces se sentía tan sola y triste, con ese dolor lacerante que nunca la abandonaba, lejos de su familia y tratando de cumplir con todas las responsabilidades de su trabajo y su carrera, que Sebastián representaba una tregua, un remanso en el cual podía ponerse a hacer la plancha y dejarse llevar por la corriente, porque él iba a cuidar de que no se hundiese. Hasta su llegada, y a pesar de que solo tenía veinte años, a veces se sentía como de cincuenta. Vivir sin Cristian le dolía tanto..., pero Sebas la había devuelto a su juventud, le había contagiado su vitalidad y su optimismo, y le llenaba de burbujas el estómago cada vez que le sonreía o la tocaba como al pasar.

A veces le venían unas ganas enormes de abrazarlo y besarlo con pasión, como lo había hecho con Cristian. Deseaba saber cómo se sentirían otros labios que no fuesen los de él, pero después se enfurecía consigo misma, porque se negaba a serle infiel, ni siquiera con el pensamiento. Sin embargo, los días pasaban y Milagros sabía bien que, en algún momento, iba a tener que responder a la pregunta implícita en la mirada de Sebastián, o a la que ella misma había estado haciéndose, cada vez con más insistencia, ante la enormidad de los sentimientos y las sensaciones que la embargaban y que no iba a poder seguir ignorando por más tiempo.

Ese día Sebas se sentía intranquilo. Había acompañado a Elena al aeropuerto y la había visto partir en el avión, un poco ofendida porque él no había ido a verla tampoco la noche anterior e iba a pasar un largo mes antes de que pudiesen volver a hacer el amor. Él se sentía culpable por partida

doble. Con su novia porque, desde que había conocido a Mili, no había podido volver a tocarla. En realidad, no había tenido ganas, y ella no se merecía que la engañara ni la descuidara así. Y con Milagros porque ella creía que él era un tipo libre y sin ataduras. Le estaba mintiendo y la estaba ilusionando al mismo tiempo, y ella tampoco se lo merecía, ella menos que nadie. Se sentía un egoísta, una basura, una rata inmundada, pero no lograba sacar las fuerzas para dejarla en paz. En los pocos días que llevaba junto a ella, se le había vuelto tan necesaria como el aire y solo podía sentirse tranquilo teniéndola cerca. Se sentía un cobarde y un hijo de puta, no quería blanquear la situación con su familia y con Elena, en la esperanza de que, con el tiempo, esa atracción tan grande que sentía por Milagros disminuyera y no tuviese que soportar el tremendo quilombo familiar que se le iba a venir encima como un ciclón, pero sentía que, tarde o temprano, se encaminaba irremediabilmente a eso. En fin, por el momento, se iba a tomar tiempo para disfrutar de su compañía y ver qué pasaba, y que el tiempo terminara de decantar las cosas.

Esa misma noche, a solo tres días de festejar la Navidad, cuando estaban los dos sentados en el sillón uno frente al otro, a la una de la madrugada, compartiendo una cerveza helada para festejar que ella había aprobado Anatomía II, Mili lo miró fijo a los ojos y, con seriedad y firmeza, le preguntó:

—¿Qué somos?

—¿Cómo que qué somos? —respondió él a la pregunta con otra pregunta que intentaba evitar una respuesta.

—Claro, no somos ni amigos, ni novios, ni amantes, entonces, ¿qué somos? —le dijo ella, alzando las manos y mirando al techo.

—¿Cómo es eso, cabecita loca? —le preguntó él sonriendo con picardía, aunque sospechaba a lo que ella quería llegar con tanto rodeo.

—Mirá —empezó ella, enderezándose en el sillón; acomodó su corto y holgado vestido de algodón sobre sus piernas y comenzó a acompañar su monólogo con un conteo de dedos—, no somos amigos porque, para ser amigos, primero no hay que sentirse atraído por el otro y, segundo, hay que llevarse bárbaro, y nosotros somos como Tom y Jerry.

—No siempre —le respondió él, pensando que ella había obviado explicarle lo de la atracción, pero le había dado a entender que él también la atraía. ¡Al fin!

—Bueno, a veces —continuó ella, concentrada—. Que yo recuerde, tampoco somos amantes...

—Eso seguro, si lo fuéramos, te aseguro que yo me acordaría —le dijo él con mirada intencionada.

Ella se removi6, inc6moda, y continu6:

—Y tampoco somos novios. Bueno, no recuerdo que me hayas pedido que sea tu novia —termin6, poni6ndose roja como un tomate.

—¿Y? —le pregunt6 6l, conteni6ndose para no largarse a reír a carcajadas con la incomodidad de ella.

—¡Y nada, nene, que no entiendo, eso! ¡Me llevás y me traés a la escuela, me cocinás, me tomás las lecciones, te pasás todo el día en mi casa...! Digo, actuás como si yo fuera importante para vos, pero al final... no somos nada... —termin6 ella, mirando avergonzada hacia el piso.

—¿Y a vos qué te gustaría que fuéramos? —le dijo 6l, acercándose más a ella, serio y con tono seductor.

Ella se ech6 atrás y se alej6 alarmada, como hacía siempre que 6l se acercaba demasiado.

—No sé, pero... me gustaría saber dónde estoy parada... —Ya más molesta, agreg6 con tono c6mico—: En síntesis, ¿qué intenciones tiene usted conmigo, seńor?

6l se acerc6 de nuevo a ella, recuper6 el terreno perdido, y la tom6 de los hombros:

—Yo no sé lo que somos, ponele vos el nombre que quieras. Si decís amigo, te voy a ser fiel siempre. Si decís novio, aunque ya estoy medio grande para ese rótulo, para mí está bien también. Si decís amante, ya mismo te desnudo y te hago el amor toda la noche. — Ella se puso pálida y trat6 de alejarse otra vez, pero 6l continu6—: ¿No te das cuenta? Yo puedo ser lo que vos quieras que sea, y no sé qué es lo que querés... Lo que sí sé es lo que yo quiero. —Y acercándose de nuevo, casi sobre su boca y tomándole la cara con las manos, le dijo con voz apasionada—: Yo quiero ser tu amor... Eso nomás... Tu amor... Yo sueño con que, alg6n día, me mires con la misma devoci6n y con la misma entrega con la que mirás a ese chico en la foto — agreg6, seńalando con la mirada al portarretrato de la moto—. Ya sé, yo sé que vos estás pensando que soy como el perro que le aúlla a una luna que nunca va a poder tener... y la verdad..., yo tampoco sé lo que somos..., pero sé lo que vos sos para mí... Vos sos mi amor y siempre lo vas a ser...

A continuación, con mucho cuidado para no espantarla, mientras se perdía en esos ojos enormes y brillantes, él la besó en la boca. Fue un roce suave como la caricia del ala de una mariposa, pero esos labios llenos y cálidos, y ese aliento tibio, le provocaron una corriente de electricidad que le pasó por el estómago, le llegó hasta el sexo y lo puso duro como una estaca.

Ella se quedó contemplándolo fijo y dos gruesas lágrimas le resbalaron por la mejilla, así que, tomándole ella también el rostro con las manos, muy cerquita, le respondió:

—Qué hermoso es eso que me dijiste... Yo no sé si algún día voy a poder mirarte como lo miraba a él, o quererte como lo quería a él, pero lo podemos intentar, porque yo ya te estoy queriendo... —Luego se enderezó en el sillón y lo besó con más fuerza, tomándolo de la nuca y enredándole los dedos en el cabello con una mano, mientras que con la otra le acariciaba la espalda, dándole permiso, por primera vez, para avanzar.

Él acompañó ese beso dulce y firme con cautela, como atontado, controlándose. Pero cuando ella sacó su lengua y le acarició con suavidad el labio inferior, la cordura se le fue al diablo. La recostó sobre el sillón, apretándola y acariciándola por todas partes, se ubicó entre sus piernas sin aceptar protestas y sintió, por entre la ropa, el enloquecedor calor de su interior contra su entrepierna. La besó sin controles ni pudores, enredando su lengua con la de ella, mordiéndole suave los labios y volviendo a besarla una y otra vez, ciego a todo lo que no fuera su olor, su contacto y su calor. Cuando, luego de acariciarle el muslo, estaba subiendo la mano por su cadera y comenzando a tironear de su ropa interior para bajársela, sintió el ardor en el dorso de la mano y el sonido del chirlo todo al mismo tiempo. A continuación, ella lo empujó con fuerza y se tiró al piso para escaparse del cuerpo de él. Desde ahí, nerviosa y excitada, se arrodilló, se sentó sobre su trasero y, con el ceño fruncido y haciendo grandes ademanes, le dijo:

—¿Ves que es como yo te digo, nene? ¡Te dan la mano y te tomas el codo! ¡Pará un poquito, bajá unos cambios, que despacito se llega lejos!

Sebastián se quedó mirándola, sin poder creer lo que estaba escuchando. No sabía si estrangularla o tirársele otra vez encima, arrancarle la ropa con los dientes y violarla. ¿Quién se creía que era para dejarlo con semejante calentura? Pero no hizo nada de eso. Como el dolor en los testículos lo hizo removerse, incómodo, se sentó en el sillón, tomó una gran bocanada de aire, se tironeó el cabello con las manos y, contemplándola fijo, le espetó lo más

calmo que pudo:

—¿Nadie te dijo nunca que sos una histérica, nena?

«Sí, Cristian», pensó ella con tristeza, mirando hacia el piso. Luego, lo observó seria y le respondió:

—Perdoname, a lo mejor tenés razón, lo que pasa es que yo te quería dar un beso nada más, y vos te me tiraste encima y me asustaste... Dame tiempo para acostumbrarme a vos, a tu contacto, recién nos estamos conociendo... A mí estas cosas me cuestan... No puedo así, de una... ¿Me entendés?

—Sí que te comprendo, lo que pasa es que tus tiempos no son los míos, yo no soy un mocoso de dieciséis años, yo tengo veintiséis, y no estoy acostumbrado a esperar a nadie... —Después él se paró, incómodo, y masajeándose el cuello, continuó—: Perdoname vos también a mí, ya sé que te asusté, las cosas se me fueron de las manos. ¿Me perdonás? —La miró más calmado y con cierta ternura.

Mili se paró, se acercó, le echó los brazos al cuello y le plantó un beso con ruido en plena boca. Pero, cuando él iba a intensificarlo, ella se apartó y, con una gran sonrisa, le dijo:

—Por si no te enteraste, sí, acepto ser tu novia.

Él sonrió y la miró con picardía:

—¡Genial!, ahora, digo yo, ¿no podremos pasar también a la etapa siguiente? —Mientras decía esto, le colocó las manos sobre los glúteos y la alzó en el aire para apretarla contra su erección.

Ella le sacó las manos de su trasero, se alejó a dos metros de distancia y le señaló la puerta, entre risas, en tanto que le espetaba.

—¡Chau, fuera, andate a tu casa! ¡Sos un sinvergüenza!

Sebastián se quedó observándola fijo y volvió a sonreír, antes de comentar:

—No va a ser fácil esto, ¿sabés?

Ella le respondió también, con otra sonrisa dulce y triste:

—¿Y a vos quién te dijo que la vida es fácil? —Luego, acercándose a la puerta, la abrió y, con un amplio ademán, le señaló el pasillo. Él fue a salir y, al pasar a su lado, intentó tomarla otra vez de la cintura. Ella se escabulló rápido y le señaló otra vez la salida con gesto de alarma.

—Ni se te ocurra, adiós, andá a dormir y que sueñes con los angelitos.

Él caminó hacia la puerta y, al llegar al dintel, se dio vuelta y le dijo:

—Con los angelitos no, voy a soñar con vos, mi único sueño sos vos.

La miró con intensidad, se fue y la dejó acalorada y frustrada. Y así, despacito, casi sin que se diera cuenta, el amor comenzó a anidar de nuevo en el corazón de Milagros.

UNA NAVIDAD ESPECIAL

—*B*árbaro, vayan a buscarme a la terminal, que llevo un montón de bolsos. —Mientras decía esto, con el teléfono sostenido en una mano y apoyado en su oído, con la otra, Milagros terminaba de cerrar el último bolso—. Y sí, calculá que estaré llegando seis de la tarde. —Sintió el ruido de la llave en la cerradura y, al mirar, vio entrar a Sebas, el cual venía recién bañado y dejó un rastro de perfume por todo el departamento. ¡Qué hombre más hermoso! A veces le daba rabia ver cómo, cuando iban por la calle, otras mujeres se daban vuelta para mirarlo, y le venían unas tremendas ganas de gritarles que observaran todo lo que quisieran, pero que él era suyo y no se los iba a prestar.

—¡Celosa como una turca! —la embromaba riendo su mamá, y tenía razón, no sabía compartir lo que amaba... Entonces..., ¿se estaría enamorando de él?

Después del chirlo en la mano se había comportado como un caballerito inglés. Bueno, eso había sido hasta el día anterior... Mientras lo miraba comenzó a recordar. Él había armado un alboroto mayúsculo cuando ella le dijo que se iba a su pueblo a pasar la Navidad con su familia.

—¡Ah, claro, qué bonito, y a mí que me parta un rayo! —le había espetado, frunciendo el ceño y con las manos en la cintura—. ¡Es la primera Navidad que íbamos a pasar juntos, yo ya había hecho un montón de planes! —continuó, en tanto que se paseaba de un lado al otro del departamento como un tigre enjaulado. Solo le faltaba hacer restallar la cola contra el piso, había pensado Mili tentada.

—¡Mirá, yo no nací de un hongo, sabés! Tengo una familia y, si me quedara acá con vos, sería la primera Navidad de mi vida que pasaría sin ellos. Además, hace un mes que no los veo —le había retrucado ella,

cruzándose de brazos con terquedad.

—Entonces, déjame ir con vos —le había respondido él, con una mirada suplicante.

—¡Ni ahí! Vos también tenés que pasar las fiestas con tu familia, y comer y brindar y darles los regalitos a tus sobrinos... Sí, todo eso —le había dicho ella con firmeza. Él la había mirado haciendo un gracioso puchero y Mili no había podido aguantar la risa, lo había abrazado y había pegado su cuerpo al de él.

—No seas sonso, ¿querés? Si total el veinticinco a la noche ya estoy pegando la vuelta —le había dicho, frotando suave su nariz contra la de él, situación que Sebas había aprovechado para darle un beso en la boca, ardiente y profundo, luego había continuado bajando por su cuello con caricias suaves de los labios, en tanto que aspiraba su aroma, para grabárselo en los días en que la tuviera lejos.

—¡Qué me olés así, parecés un perrito cuzco! —le había dicho ella, entre risas, y había cortado de golpe con su romanticismo y su excitación. A veces le daban ganas de estrangularla, sin embargo, él también había sonreído y le había respondido, mientras la besaba detrás de la oreja—: Porque me encanta tu perfume, es único.

—Ni tanto, lo venden en la farmacia de la esquina —le había retrucado ella, después de apoyarle las manos en el pecho para apartarlo y haciendo que riera a carcajadas.

¿Así que otra vez usaba el humor para enfriarlo?, había pensado él... «Paciencia —se había dicho—, paciencia». Y le había vuelto a colocar las manos sobre su cuello para volver a sentir esos dos pechos tibios, llenos y rozagantes contra el suyo, al tiempo que le respondía:

— No te hagás la sonsa, yo me refiero a la mezcla de tu olor natural con el de los jazmines, ese es el que me vuelve loco. —En tanto que le decía eso, había vuelto a refregarle su nariz en el cuello, a la vez que la besaba.

—¿Muy, muy loco te vuelvo? Y yo que creía que ya estabas loquito antes de conocerme —le había susurrado ella con tono seductor, después le tomó la cara con las manos para besarlo en la boca y enlazó su lengua con la de él.

«¡Ah no! ¡Jueguitos histéricos a mí!», había pensado el muchacho en tanto que, con gesto pícaro, la alzaba en brazos, la llevaba a grandes zancadas al cuarto, la dejaba sobre la cama y se arrojaba encima de ella, antes de sostenerle las manos a los lados de su cabeza para inmovilizarla.

—¡Ese insulto merece un castigo! —le había dicho al tiempo que comenzaba a besarla primero en la boca, después en el cuello y al final, luego de desprenderle la camisa y correrle el corpiño a un costado, sin escuchar sus dudosas protestas, en los pechos. La maniobra le había resultado bastante complicada al inicio, ya que, al tener una mano ocupada sosteniendo las de ella, que forcejeaba sin mucha convicción y entre risas, le había quedado solo la otra para desvestirla. Cuando él vio su torso desnudo, se paralizó, maravillado. Eran los pechos más bellos que había visto en su vida, redondos, enhiestos, blanquísimos y de pezones rosados. La había mirado fijo a los ojos, como pidiéndole permiso, y luego había comenzado a acariciarlos, besarlos y morderlos con suavidad hasta llegar al pezón, que había succionado con fuerza, en tanto que sentía que se moría de las ganas de estar dentro de ella.

Mili se había resistido, entre risas, al principio, pero luego había ido aflojando sus brazos y había comenzado a respirar entrecortado y a emitir suaves gemidos, en tanto que arqueaba sus caderas contra él y enredaba los dedos en su cabello para acercarlo más. Él había aprovechado esta tregua para meter su mano entre ambos y comenzar a acariciar, en círculos apretados, su monte de Venus por encima de la ropa.

La sensación de calor en su mano y los ronroneos de gatita en celo que salían de la garganta de ella, le hicieron perder el poco control que le quedaba y había comenzado a desprenderse el pantalón con ansiedad y rapidez.

En ese instante, Milagros había recordado una situación similar, vivida hacía cuatro años, y ese recuerdo había actuado como un balde de agua fría sobre su cuerpo... Cristian le había pedido por favor que lo dejara continuar y ella no se lo había permitido...Y tampoco lo iba a hacer ahora, no le iba a dar a Sebastián lo que le había negado a Cristian, por más que ella también se muriese de las ganas de tenerlo dentro suyo. Era como un autocastigo que se imponía por haber sido tan cruel y tan cobarde con su primer amor... ¿Y si él la estaba viendo ahora? ¿Y si lo seguía haciendo sufrir, después de muerto, traicionándolo con otro?

—¡Soltame! —había gritado desesperada, al tiempo que lo empujaba, se tapaba y retorció sus caderas para tratar de salir de debajo de él—. ¡Soltame te digo! —había vuelto a gritar pegándole en el pecho, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.

Él, primero, se había quedado como atontado. La tremenda excitación que había tenido hasta hacía un segundo y este enfriamiento repentino lo habían dejado sin reacción. Después, el dolor de los riñones y la impotencia lo habían llenado de furia y, enderezándose y tomándola de los brazos, le había espetado:

—¡Pero, quién carajo te crees que sos! ¿Me tomaste de boludo? ¡No podés llegar hasta acá y después echarte para atrás, no sos una nena, tenés veinte años! ¡Madurá, crecé!

Ella había enrollado las piernas contra su torso y, abrazándose las pantorrillas, se había puesto a llorar desconsoladamente.

—¡Andate de mi casa, andate y no vuelvas nunca más! ¡Salvaje, ordinario, idiota! —le había gritado, mientras le revoleaba un almohadón a la cara, dolida más por la verdad de sus palabras que por sus gritos—. ¿Quién te creés que sos vos para obligarme a hacer cosas que no quiero? ¿Quién te creés que sos?

Él se había quedado estático. Verla llorar así lo partía en dos. La había mirado fijo a los ojos y, con voz profunda, le había dicho:

—El hombre que te quiere con locura, ese soy... y te quiero toda, te quiero entera, entregada, sin medias tintas... y te juro por Dios que te voy a conseguir.

Al terminar de hablar, se había levantado despacio y se había ido en silencio, escuchando su llanto desgarrador, con la certeza de que lloraba por él, pero también lloraba por el otro, al que le seguía siendo fiel aún después de muerto. Él presentía que era el fantasma de ese chico el que no la dejaba ser feliz, pero era ella la que no lo dejaba ir.

Al verlo ahora parado en su puerta, sonriente y relajado, Mili recordó ese momento y recordó también cómo había salido corriendo detrás de él como una loca, cómo lo había alcanzado metiéndose en el ascensor, donde él la había apretado contra un lateral y se habían abrazado y besado con desesperación, y como, si no hubiese llegado una mujer con un bolso de supermercado bajo el brazo, hubieran acabado haciendo el amor allí.

Después los dos se habían calmado y pedido perdón, y así, más tranquilos, con la calma que sucede al huracán, se habían quedado dormidos, abrazados en el sillón, aunque, en algún momento de la noche él se había despertado y se había ido, no sin antes acostarla en la cama.

Ahora él estaba ahí de nuevo, esperándola para llevarla al colectivo que la

dejaría en su pueblo, y mirándola con el mismo amor y devoción con el que la miraba Cristian. ¡Otra vez Cristian! ¡Hasta cuándo, Dios Santo! Ella trató de borrar de su rostro esos pensamientos tristes y se acercó a Sebastián, lo abrazó y le dio un sonoro y casto beso en la mejilla, no fuera a ser que la cosa se desmadrara y terminasen otra vez como el día anterior.

—¡Buen día, mi cielo!

—¿Ya estás lista? —le preguntó él acariciándole la nuca.

—Sí, pero dejá que me voy en taxi. El viaje a la terminal es un engorro, nos despedimos acá y listo —le respondió ella, apartándose para mirarlo.

—¡Ni se te ocurra! Salí antes de la empresa para llevarte, no me gustan nada las caras que se ven ahí —negó él con gesto alarmado.

—Sí, pero hoy va a estar tranquilo, es temprano y debe estar lleno de estudiantes que vuelven a sus casas para las fiestas.

—¡Peor todavía! A ver si a alguno se le ocurre arrastrarte el ala y yo acá lo más piola —le respondió Sebas con tono pícaro, abrazándola otra vez.

—¡Después soy yo la de los dichos camperos! —le retrucó la muchacha con malicia.

—Es que los vicios se contagian —le dijo él con gesto seductor, bajando las manos hasta sus glúteos para alzarla contra él.

—¿Otra vez la burra al trigo? ¿Es que vos no podés dejar las manos un ratito quietas? —lo amonestó ella, antes de tomárselas y alzarlas otra vez hasta su cintura, en tanto que lo besaba en la base del cuello.

—Ja, ese está bueno. Pero la burra ¿quién vendría a ser? —le retrucó él, mirando con un mohín intencionado la mancha de rouge que ella le había dejado en el cuello de la camisa.

La joven alzó las cejas con vergüenza, lo soltó y se apartó. Tenía razón el atorrante, últimamente parecía que ella tampoco le podía sacar las manos de encima, pensó inquieta. Luego le dijo:

—Bueno, si estás decidido a llevarme, apurate porque me vas a hacer perder el colectivo. —Tomó dos bolsos del piso y pasó a su lado derecha, con su bota ortopédica a cuestas y con el gesto más digno que pudo poner.

Él la miró sonriente y meneando la cabeza. Por esa vez la iba a dejar que creyera que había ganado la batalla. Se agachó, recogió los dos bolsos que habían quedado y el celular, que Mili se había dejado sobre la mesa del living, y partió detrás de ella. ¡Mujeres, no se olvidaban la cabeza porque la llevaban puesta!

Sebastián esperó a que saliera el colectivo y la saludó desde el andén, pensando en cómo podía ser que, en solo diez días, ella se hubiese vuelto tan indispensable para él. La amaba con locura. No era una atracción pasajera, de eso estaba muy seguro, la cuestión era qué iba a hacer con ese amor.

El colectivo llegó a su pueblo al atardecer. Los colores y olores de su plaza, el rumor tranquilo de los autos, el repique de las campanas de la iglesia y la enorme sonrisa con la que su padre la esperaba, apoyado en su auto, la llenaron de alegría. Allí estaba su hogar, su gente, sus raíces, el cementerio donde descansaba el cuerpo de su amor, y allí era donde pensaba volver cuando se recibiese. El mundo superficial del modelaje, basado solo en la apariencia, poblado de envidia y deshumanizado, solo representaba un medio para lograr un fin, terminar su carrera sin pedirles un peso a sus padres. Pero su lugar era este, el que había sido también de Cristian. De golpe, el rostro de Sebastián se cruzó por su mente... Con toda su riqueza y su poder, porque ya se había dado cuenta de que era muy rico, ¿qué lugar podía tener él en ese mundo pueblerino, pequeño y sencillo? No quería pensar en eso, así que tiró los bolsos en el suelo y se fue rengueando a abrazar y besar a su papá.

—¡Hola, papi! ¡Te extrañé tanto! —le dijo besándolo en ambas mejillas.

—Hola, hijita, ¿cómo está tu tobillo? —le preguntó él, acariciándole la cabeza y mirando hacia su bota.

—Bien, se me deshinchó un montón y ya casi no me duele, pero igual tengo que seguir usando esta bota molesta por diez días más —le comentó ella, señalando hacia su pie.

—Hay que hacerles caso a los médicos, hija, ellos saben lo que hacen —respondió Raúl alzando las cejas.

—Y sí, papi, pero ¿sabés lo que es andar con este armatoste a cuestas, con el calor que está haciendo? —rezongó Mili, mientras volvían los dos hasta donde habían quedado los bolsos, los alzaban, los llevaban y los subían en el auto.

—Paciencia, princesa, que diez días pasan volando —la consoló su papá, desordenándole el cabello—. Vamos, así le das una mano a mamá con la comida, que está rezongando de lo lindo con que no termina.

—Como siempre. ¿Santi y Luna ya llegaron? —le preguntó la joven con interés.

—Sí, hace un ratito, pero tu cuñada, en vez de ayudar a mamá, lo sacó a tu

hermano a correr por la orilla de la ruta —rezongó su papá.

—Pero no lo hace de mala, pa', es que es una obsesiva del físico. A lo mejor ni se dio cuenta —la justificó la chica con una sonrisa, porque el solo hecho de saber que Luna amaba profundamente a su Santi y lo aceptaba así, como era, con todos sus rituales y manías, la convertía, a sus ojos, en la cuñada perfecta—. ¿Luis y Rocío también vienen? —lo interrogó para cambiar de tema.

—Seguro, pero Rocío llamó hace media hora y está que trina porque tu hermano dio turnos de rehabilitación también para hoy y todavía está trabajando —le contó Raúl, en tanto que ponía marcha atrás y partían.

—Uy, Luis no cambia más, es un esclavo del trabajo como mami —comentó ella pesarosa. Luego los ojos se le iluminaron y continuó—: ¡No sabés la muñeca que le compré a Costi! ¡Es preciosa! ¡Le va a encantar! —terminó emocionada e imaginando el rostro de su sobrina cuando abriese el paquete.

—Lo que le va a encantar es verte. Se ha pasado todo el día preguntando por vos. Está celosa porque tiene miedo de que cuando nazca su hermanito, lo quieras más que a ella, y apurada para mostrarte la mochila que se compró para primer grado.

—¡Pero si todavía le faltan dos meses! Le gusta planificar todo con tiempo, salió a su tía —exclamó Mili con una gran sonrisa. De pronto, vio que su padre doblaba hacia la calle que llevaba a su hogar y, apoyándole una mano en el brazo, le dijo—: Pará, papi, no quiero que vayamos todavía a casa, necesito que primero me lleves a la florería y al cementerio.

Su padre la miró con pena.

—Pero, mi cielo, mamá nos está esperando...

—Nada, pa, hoy es Nochebuena y quiero que tenga flores fresquitas.

—Pero seguro que la madre ya le llevó... —protestó su papá.

—No me importa, papi, le quiero llevar yo también. Vamos, sé bueno —insistió ella, dándole dos palmaditas en el brazo.

Raúl la miró, sonriendo con lástima.

—Está bien, te llevo. —Y cambió el rumbo del auto.

Compraron las flores y tomaron la ruta angosta que llevaba al cementerio, rodeada de antiguos árboles cuyas hojas se movían lento con el viento del atardecer. Al llegar a la tumba, tal y como había predicho su padre, la encontraron rebotando de flores frescas. Seguro que María, la madre de Cristian, las había traído más temprano. Igual, Milagros fue haciendo lugar

en los frascos y colocando, con cuidado, los claveles blancos que había llevado. Luego se quedó observando su foto con ojos húmedos. En ella, el chico miraba hacia la cámara y sonreía con esa hilera de dientes brillantes y parejos que tenía, y con cara de estar tramando algo. Ella se dio vuelta hacia su padre, que estaba parado unos metros detrás, y le dijo con gesto triste:

—Papi, no te ofendás, pero quiero charlar un ratito a solas con él... ¿Me podés esperar en el auto?

Su papá asintió, se persignó, giró y se fue alejando despacio, con el mismo vacío en el estómago que le sobrevenía cada vez que veía a su única hija sufrir así. Cuando lo vio lejos, ella acarició con suavidad la imagen y comenzó a hablar.

—Hola, mi amor, perdoname por no venir antes, es que estaba rindiendo los finales... Me va muy bien, ¿sabés? Pero hay días que te extraño tanto, tanto... Duele mucho vivir sin vos... —En ese momento se quedó en silencio y dos gruesas lágrimas resbalaron desde sus ojos hasta su mentón—. Igual, yo quería contarte otra cosa. A lo mejor ya la sabés, porque yo sé que me ves desde el cielo, pero por las dudas... Conocí a un chico, ¿sabés? Bueno, ya es casi un hombre..., pero se parece tanto a vos... Tiene tu pelo y tu boca, pero los ojos son distintos, son azules y preciosos... y me cuida como me cuidabas vos... y es gracioso, me hace reír mucho, ¿sabés? Y yo hacía tanto tiempo que no me reía, que no me reía de verdad... y no es que sea feliz, porque nunca voy a volver a ser completamente feliz si no te tengo, pero me da paz, me hace bien... y creo que lo estoy empezando a querer de a poquito... Así que te venía a contar que lo voy a intentar, mi vida, quiero intentar tratar de ser feliz de nuevo. ¡Tengo derecho, ¿sabés?! —exclamó llorando a mares y limpiándose las lágrimas con rabia—. ¡Y estoy viva y tengo que seguir adelante! ¡Y me enfurece saber que yo puedo seguir creciendo y vos no, y que yo voy a poder tener hijos y criarlos, y vos no! ¡Que te quedaste acá para siempre y yo no puedo hacer nada más que llorarte! —gritó con tono ronco y desesperado, y luego se inclinó, rendida, sobre la lápida—. Estoy tan cansada de estar triste, tan cansada... —terminó con voz estrangulada y apoyando con suavidad la frente en esa foto—. Yo sé que vos eras muy celoso, y te juro que si pienso que me ves con él y sufrís, me muero de la angustia..., pero perdoname... Perdoname y déjame seguir adelante... Déjame intentar, mi amor... Déjame intentar ser feliz sin vos...

Su padre la vio llegar con los ojos rojos e hinchados y se dijo que iba a ser

imposible ocultarle a Mara la visita al cementerio. Ella subió al auto en silencio, él arrancó y salió. Esperó un rato a que se calmase y, cuando estaban por llegar de nuevo al pueblo, le palmeó la mano y le dijo con tono compinche:

—¿Qué te parece si ahora no vamos a dar una vuelta por el centro y a tomar un helado, así nos salvamos por un rato de que la mandona de mamá nos ponga a trabajar?

—Dale, papi —le respondió ella con una sonrisa, pensando que su padre adorado siempre había sabido cómo hacerla feliz con pequeños gestos y pequeñas cosas.

Media hora después, cuando llegaron a su casa, Mara los recibió hecha un tornado. Iba y venía de un lado al otro haciendo cinco cosas al mismo tiempo, mientras hablaba sin parar.

—¡Hola, hijita hermosa! ¡Qué alegría que hayas llegado! ¡Te extrañé tanto! —exclamó abrazándola y apretándola, en tanto que le dejaba un pedacito de lechuga enredado en el pelo—. ¿Cómo va ese pie? ¿Bien? ¡Bárbaro! Andá a ponerte de entrecasa así me ayudás. ¡No llego, no llego, esta vez sí que no llego! ¡Ay, se me pasan las papas! —continuó, al tiempo que la chocaba al pasar, sacaba la fuente del fuego con una mano, un colador con la otra, y volcaba las papas sobre este—. ¡Vamos, nena, apurate que tenés que decorar el postre! ¡Qué chica tranquila! ¿A quién saliste?

—Hogar, dulce hogar —dijo Mili con ironía, poniendo los ojos en blanco, después de mirar a su padre con complicidad.

—¿Y vos qué hacés parado ahí como una marmota? Andá hasta lo de tu mamá y sacá las bebidas del freezer, que se van a congelar —continuó Mara, cargando ahora contra su esposo.

«¡Uy, pobre papi, ahora le tocó a él! Con razón dio tantas vueltas», pensó la chica, tentada.

—¡Vamos, agilicen, que no tengo todo el día! ¡No, si un día de estos me van a agarrar cruzada, voy a armar la valija, me interno en un spa y qué se arreglen! —concluyó su madre en tanto que abría las latas de las alverjas y las escurría junto con las papas.

Mili y su padre se miraron, se alzaron de hombros y, sonriendo, hicieron una venia y se dirigieron cada uno al destino que le habían ordenado. La chica pensó que, por suerte, desde que se había jubilado, su papá estaba de mejor humor y soportaba la eterna letanía de su madre con un estoicismo

que daba gusto. Diez años antes, la hubiera mandado al diablo y se hubiese armado una gresca que bueno, bueno... «Igual, siempre era hermoso volver a casa», se dijo, en tanto que se ponía un viejo vestido de algodón manchado con lavandina y se ataba el pelo en un rodete sobre la nuca.

Lo que ella no sabía era que el buen humor de su padre provenía de saber que ese día iba a tener a sus tres hijos sentados a la misma mesa, disfrutando de la charla y la alegría de estar juntos, cosa que, debido a las obligaciones y trabajos de cada uno, ocurría cada vez con menos frecuencia.

Fue una noche de reencuentro y alegría. Milagros pudo conocer a su futuro ahijadito gracias a la ecografía tridimensional que se había hecho Rocío hacía una semana. ¡Era igualito a Luis! Hasta se chupaba el dedo, como decía su mamá que hacía él cuando era chiquito. Verlo la derritió de ternura, hasta que, por el rabillo del ojo, observó la carita de enojo y el pucherito de Constanza y, para disimular, dijo:

—¡Ah, pero Costi era mucho más bonita cuando estaba en la panza! —A lo que su sobrinita respondió con una enorme sonrisa presuntuosa y un gran abrazo, que le dejó la camisa pegoteada de dulce de leche. Sucedió que le había tocado decorar también la torta y Constanza la había «ayudado» comiéndose el dulce y los recortes que sobraron.

Cenaron felices y charlando todos al mismo tiempo, con su abuela materna quejándose de que no escuchaba nada, ni siquiera con el audífono, y su abuelo paterno escondiéndose en el pasillo para poder tomar ese vino que tanto le gustaba sin que su señora lo descubriese. Su papá asó el lechón y le quedó riquísimo, al igual que la mayonesa de ave sazónada con quejas, que había preparado su mamá.

Pero también fue una noche de sorpresas, ya que, al acercarse la hora del brindis de medianoche, Santiago pidió a todos que hiciesen silencio, porque tenían que darles una hermosa noticia. Dicho esto, miró a su esposa con emoción.

—Estoy embarazada —dijo Luna, observando también a su esposo con gesto radiante. A partir de ahí fue el pandemónium. Todos se levantaron para abrazarlos, besarlos, felicitarlos y tocar la panza de Luna. Lo más emotivo para Milagros fue el momento en que Luis, con lágrimas en los ojos, abrazó fuerte a su hermano y aseguró:

—Por supuesto, yo soy el padrino.

—Ni lo dudes —le respondió Santiago, con los ojos también húmedos. Y

Mili lloró también de felicidad... Era tan especial la relación entre ellos, al llevarse solo cuatro años, habían compartido toda la niñez, creando lazos indisolubles. Siempre lamentaba haber llegado tanto más tarde y haberse perdido la infancia de esos dos.

—¡No lo puedo creer! —le dijo Mara a su nuera, cortando la algarabía general—. ¿Sabías que estabas de encargo y te fuiste a correr? —Luego miró alterada a Santiago—. ¡Ey! ¿Vos no tenés nada que decir?

—Él no, pero yo sí —dijo Luna levantándose también molesta—. Por si usted no lo sabe, suegra, a las mujeres que estamos acostumbradas a la actividad física intensa, el embarazo no nos impide continuar haciéndola y, además, hoy no corrimos, caminamos —terminó, alzando el dedo en alto.

—Menos mal, nena, porque, por si vos no te enteraste, eso que tenés ahí también es mi nieto —dijo señalándole primero la panza, para abrazarla y besarla después.

«Gracias a Dios, mamá bajó los decibeles. Lindo hubiera estado recibir la Navidad a los gritos, aunque en mi loca y temperamental familia, todo puede suceder», pensó Mili, mirándolas a ambas con alivio. En eso estaban cuando se escuchó la sirena y todos comenzaron a llenar sus copas con sidra y champaña para brindar. Ella saludó a todos, especial a sus dos hermanos, a los que abrazó fuerte, uno a cada lado, y los besó. Luego alzó la copa hacia el cielo y dijo bajito:

—¡Feliz Navidad, mi amor!

Después, respirando hondo para tranquilizarse, alzó a Constanza y se fueron las dos a los pies del árbol de Navidad para abrir sus regalos.

Media hora más tarde, estaba observando emocionada el arrobamiento agradecido que mostraba Costi hacia su muñeca, cuando sintió sonar su celular. Era Sebastián.

—¡Feliz navidad, mi vida! —Escuchó su voz grave a la distancia.

—¡Feliz navidad para vos también! —le dijo, emocionada de que se hubiese acordado de llamarla.

—¿Qué estás haciendo, hermosa? —Volvió a escucharlo.

—Estamos acá, abriendo los regalos con Constanza —respondió ella, en tanto que sacaba del paquete la enorme bombacha rosa que le había comprado su mamá. «¡Qué sola me voy a sentir acá adentro! Me va venir muy bien para enfriarle los ardores a Sebas, porque si me llega a ver con esto puesto, le voy a bajar la libido por toda la eternidad», pensó sonriendo

con malicia.

—¡No me digas! Pero te está faltando el mío, voy a tener que ir a llevártelo —le comentó él con tono feliz.

—¡No seas tonto! Lo estás diciendo en broma, ¿no es cierto? —le preguntó ella con ojos asombrados.

—Para nada. Es más, en este mismo momento estoy saliendo para allá, así nos vamos a festejar la Navidad a algún boliche —agregó él con voz agitada, como si estuviese corriendo.

—¿Te volviste loquito del todo? ¿Adónde vamos a ir si tenés como cinco horas de viaje? Para cuando llegués los boliches van a estar cerrados —le informó Milagros, entre ilusionada y alarmada.

—No si voy en mi avión —le respondió el joven mientras, por encima de su voz, se escuchaba el sonido de un avión despegando.

—¿No me digas que sabés manejar un avión? —le preguntó la muchacha, con la boca colgando de asombro.

—Señorita, la sorprendería la cantidad de cosas que yo sé hacer. Si no fuera tan arisca y me dejara, no sabe todo lo que podría llegar a aprender conmigo —le contestó él, con tono pícaro y sensual.

—No seas presuntuoso, querés, y vení despacito —lo retó ella, preocupada—. ¡Ay, no debés haber alcanzado ni a brindar con tu familia! Si yo fuera tu mamá, no te hablo más, ¡pobre! ¿Cuánto vas a tardar en llegar? ¿Y adónde pensás aterrizar?

—Creo que, si está despejado, en una horita estoy allá. Voy a aterrizar en el aeródromo de Villa Cañas, ya averigüé que está a pocos kilómetros de tu pueblo, así que vas a tener que ir con el auto a buscarme.

—Bueno, pero me da miedo por vos... ¿Está despejado? ¿Cuánto tomaste? —le preguntó la chica, alarmada de nuevo y llevándose una mano al pecho.

—Está como de día y no tomé alcohol porque ya tenía planificado ir. Además, vuelo desde los dieciocho, así que tranquilizate que no me va a pasar nada —le dijo él con tono calmo, al tiempo que pensaba: «Pobrecita, el que se quemó con leche, ve la vaca y llora»; ¡Otro dicho campero que se le había pegado de ella!

—Bueno, te corto porque es peligroso que habléis mientras manejas...

—Mientras vuelo —la corrigió él con una sonrisa.

—Claro, qué tonta, estoy tan nerviosa que ni pienso lo que digo... Cuidate mucho, ¿sabés? Yo te voy a estar esperando. —La joven cortó y salió

corriendo hacia donde estaba Raúl.

—Papi, necesito que me prestés el auto. ¿Puede ser? —le preguntó con una mirada suplicante.

—Por supuesto, hijita, pero ¿adónde querés ir? —le contestó su padre sonriendo.

—Hasta Villa Cañas, papá, tengo que ir a buscar a un amigo que está viniendo en avión desde Buenos Aires.

—¿Un amigo? ¿Cómo es eso, hija? Debe ser más que un amigo si se viene de tan lejos, a esta hora y, encima, en avión. Le va a salir una fortuna.

—Papi, no seas metido —le contestó ella, avergonzada con sus conclusiones.

—¿Y es buen chico? ¿Adónde lo pensás llevar? —le preguntó su padre, más preocupado.

—¿No me digas que vas a ir a bailar de nuevo? —intervino Mara, que había estado escuchando desde atrás con una sonrisa ilusionada, ya que hacía cuatro años que Mili no salía de noche.

—No sé, todavía no lo decidimos y, por si no lo recuerdan, yo ya tengo veinte años y vivo sola hace dos, así que no sean tan metiches y déjenme hacer mi vida en paz —les informó la joven, pero, cuando vio el gesto ofendido que puso su padre, se arrepintió de su dureza y agregó—: Y quédense tranquilos, que sí es un buen muchacho.

—Todos somos buenos hasta que dejamos de serlo —sentenció su papá, celoso y con los sensores en alerta.

—Además, no sabemos nada de él —agregó su madre, con el ceño fruncido y las manos en la cintura.

Milagros claudicó, era evidente que no le iban a ceder las llaves hasta que no soltara todo lo que sabía sobre el presunto “candidato” ante ese terrible dúo inquisitorial, así que recitó en una letanía ininterrumpida:

—Se llama Sebastián Martínez Salgado, tiene veintiséis años, estudió Administración de empresas y trabaja en la fábrica de su padre. Tiene papá, mamá, dos hermanas, dos sobrinos, un cuñado, dos perros y un loro, es cinturón negro de karate, sabe pilotar barcos y aviones, y es talla cuarenta y seis. ¿Conformes? —terminó, tomando una gran bocanada de aire y cruzándose de brazos.

—Bárbaro, hija, pero no nos contaste lo más importante. ¿Es buen mozo? —preguntó su madre con interés, en tanto que su padre se preguntaba cómo

era que su pura y adorada hijita conocía la medida de los pantalones del renacuajo ese.

—No, mamá, es super atractivo. Ahora, papi, ¿me prestás la llave, por favor? —respondió la muchacha, mientras extendía su mano con la palma abierta hacia arriba, en dirección a Raúl.

Este sacó el llavero de su bolsillo y se lo dio con gesto apesadumbrado, al tiempo que le pedía:

—Está bien, pero tené cuidado, hijita.

—Gracias, papi, y no te preocupés tanto, que ni en un millón de años lo voy a querer como te quiero a vos —le dijo la chica, abrazándolo y besándolo fuerte en la mejilla, para calmarle la desconfianza y los celos. Después se fue corriendo a su habitación para cambiarse.

Mientras tanto, Sebastián piloteaba el avión, vigilando el despejado cielo nocturno. Esa nochecita, al llegar a su casa después de comprar los regalos navideños, había encontrado el parque transformado. Por todas partes se veían mesas redondas con manteles blancos hasta el piso y floreros transparentes llenos de isofilas y rosas naturales, rodeadas de sillas cubiertas con telas. De un árbol a otro colgaban cables con luces de colores, se escuchaba una música instrumental suave y los empleados del servicio de comidas contratado, vestidos de etiqueta, iban de un lado a otro ultimando los detalles. Como siempre, a su mamá le gustaba festejar la Nochebuena a lo grande. Invitaba, además de a la familia, tanto a los socios de su padre como a sus amigas y sus esposos. Por desgracia, también estaban invitados los padres de Elena. «Paciencia», pensó el muchacho.

Luego de bañarse y cambiarse, bajó las escaleras de dos en dos, escuchando las risas y corridas de sus sobrinos, y los aullidos y quejas de su hermana Lucía, que trataba de que, por lo menos esa noche, se portaran de modo civilizado. El esfuerzo resultó inútil. Dos horas después, los dos vándalos habían tirado abajo una mesa con florero y todo, cuando gateaban persiguiéndose por debajo de ella y, al chocar a un mozo que venía caminando con una bandeja llena, hicieron que desparramara los canapés y los refrescos encima de tres invitados. Cuando Sebas vio que su madre y su hermana ya estaban al borde del colapso, tomó a los terribles pequeños de la mano y se los llevó al *living* para darles su regalo de Navidad por anticipado, a ver si así lograba que se quedasen un poco quietos. Lo consiguió y, al abrir y armar su nueva Play Station 4, Kevin y Alex pasaron de ser dos apaches

ingobernables a dos momias estáticas frente al LSD gigante del *living*. El único signo que delataba que seguían con vida era el movimiento constante de sus deditos sobre los *joystics* y sus pupilas siguiendo la pantalla. En ese intervalo de paz estaban, cuando llegó su hermana a romper la quietud y armonía logradas.

—¿Te das cuenta que te pasás por el culo lo que yo te digo? ¿No te pedí el otro día que dejaras de regalarles esas máquinas de porquería que los convierten en *zombies* idiotizados? —le gritó a Sebastián, que seguía con la vista, concentrado, la batalla aérea que estaban librando sus sobrinos.

—¡Dejate de joder, Lula! No pasa nada, si yo también me pasaba horas jugando al Sega a la edad de ellos —le respondió el muchacho, sin mirarla y con tono molesto.

—¡Por eso mismo! ¡Mirá como quedaste! —le espetó ella, con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

—Gracias, hermanita, yo también te quiero —le contestó él con ironía.

Sofía, que estaba observándolos a distancia, intervino con tono amonestador.

—¡Ay, Lucía! ¿No te das cuenta de que si los chicos son tan inquietos es porque están sanos y bien alimentados y tienen energía para derrochar? Te voy a llevar en mi próximo viaje a la India para que observes lo doloroso que es ver esas criaturas estáticas, sentadas todo el día a la sombra, porque la desnutrición y el hambre no los dejan mover.

Sin dudas, su hermana mayor tenía una almita zurda como la de su Mili, y había usado ese ejemplo para hacerle ver a Lucía que debía quejarse menos y disfrutar más de la hermosa familia que tenía.

—¡Mirá, el día que vos criés a tus propios hijos, ahí podés opinar, mientras tanto, abstenete! —le respondió Lucía, con tono molesto y alzando el dedo índice. Sofía hizo un gesto apesadumbrado y, girando con lentitud, se fue con la cabeza gacha.

—¡Sos una bestia, Lula! —le dijo Sebastián a su hermana, enojado. Al instante, Lucía abrió grandes los ojos, que comenzaron a adquirir un brillo sospechoso, y se llevó la mano a la boca con gesto alarmado. «Típico de ella —pensó él—, esta mujer es capaz de soltarte los insultos más atroces y después llorar dos días seguidos de puro y sincero arrepentimiento».

—¡Perdoname, Sofi, no quise decir eso! ¡Vos podés opinar todo lo que quieras, si sos la tía que más quieren! ¡Perdoname! —le pidió, en tanto que

corría detrás de su hermana y la abrazaba, arrepentida de su arranque.

Sofía la abrazó también y le palmeó la espalda:

—Te perdono, aparato, pero habla más bajo que, si tus cuñadas te llegan a escuchar, se lo van a tomar fatal.

—Qué me importa, si es cierto. Ellos te quieren más a vos porque saben que vos también los amas más. Qué se van a enojar, si ni los miran a los chicos.

Una hora después estaban brindando en el parque, entre abrazos y deseos de buenos augurios, mientras el cielo explotaba en multicolores fuegos artificiales y el sonido era tan atronador que parecía que se hallaban en una zona de guerra. Al terminar el brindis, Sebastián fue también a encender las cañitas voladoras que había comprado a pedido de Viet y Nam, como llamaba, cariñosamente y a escondidas de Lucía, a sus terribles y adorados sobrinos. Sin embargo, esa noche estaba apurado, así que luego de prender dos o tres, llamó a su padre, el abuelo Pedro, para que lo relevara en la tarea y corrió hacia adentro a buscar las llaves de su auto. Su madre, extrañada, lo siguió y lo detuvo al llegar a la puerta, tomándolo del brazo para interrogarlo.

—¿Adónde vas?

—A festejar con los chicos. Hacete a un lado mamá, que se me hace tarde —le respondió él, intentando seguir su camino.

—No señor, con los chicos podés ir más tarde. Ni siquiera terminaste de brindar y ni probaste la mesa de dulces —le dijo ella, colocándose delante de la puerta con terquedad.

—Mamá, ¿no te parece que ya estoy medio grandecito para que me des órdenes? Dejate de embromar —se quejó el muchacho, al tiempo que trataba de correrla y pasar.

Isabel lo tomó de los hombros y, mirándolo fijo a los ojos, le espetó:

—¡Vos dejate de embromar! ¿Qué está pasando? Hace una semana que, prácticamente, no estás en casa, te vas temprano, volvés tarde, no atendés el teléfono a nadie... —Él miró hacia arriba, resoplando—. No, no me hagás caras, hoy me vas a escuchar porque ya es el colmo. Tu suegra se estuvo quejando de que Elena la llamó llorando porque o no la atendés o le cortás enseguida. Ni siquiera la escuchaste cuando quiso consultarte sobre el vestido. ¿En qué andás?

—En nada que a vos te incumba. Dejame pasar, mamá, que estoy llegando

tarde.

—¿Adónde? —insistió ella, nerviosa.

—Cosas mías —respondió él, y esquivando la mirada, pasó a su lado y corrió por el parque hacia su auto.

—Dejalo ir, Isabel —le dijo su hermano, Marcos, que se había ido acercando despacio y en silencio al verlos discutir.

—¿Cómo dejalo ir? ¿Sabés la cara que va a poner su suegra cuando se entere? ¿No te das cuenta? ¡Tiene otra, a dos meses de casarse! ¡Cómo va a funcionar ese matrimonio, si él sigue yéndose detrás de la primera pollera que se le cruza! —gritó ella alzando las manos con enojo.

—Bajá la voz, no creo que esta vez sea tan así —aseguró Marcos, mirando que no viniese nadie y escuchando la acelerada del auto de Sebastián al salir del *country*.

—¿Cómo que «esta vez»? ¡Me decís ya mismo lo que sabés! —le ordenó ella, alarmada.

—Está bien, te lo voy a decir para que parés un poco con la organización de la fiesta de casamiento, pero solo si me prometés no contarle nada a nadie, ni siquiera a Pedro —le pidió Marcos, sabiendo que Isabel era una mujer que acostumbraba a respetar su palabra.

—Te lo prometo, contame —dijo ella cediendo, y se sentó en el sillón, porque habían comenzado a temblarle las piernas de los nervios y la expectativa.

Él se sentó también a su lado y comenzó:

—Hace unos diez días, Sebas se apareció en el sanatorio con una chica que tenía el tobillo luxado, para que le hiciera una resonancia. Era una muñequita. Según me dijo él, se habían conocido la noche anterior.

—¿Te dijo cómo se llamaba o a qué se dedica? —le preguntó ella, más alarmada aun.

—Sí, se llama Milagros Salerno y es modelo, lo sé porque le tuve que solicitar una licencia de tres semanas para una conocida agencia de modelaje.

—¡Modelo! De seguro es también una prostituta cara —aseguró la mujer con tono displicente—. Debe ser un deslumbramiento pasajero, como todos los otros. Para cuando Elena vuelva de Europa ya se le habrá pasado.

—Ojalá fuera como vos decís, pero no creo, Isabel. Parecía una chica seria, en ningún momento le dio confianza, y él la miraba embobado... No tengo

los años que tengo de gusto, hermana, y conozco a mi ahijado. Eso no era solo una atracción pasajera, está enamorado. Además, cuando le pedí que la dejara tranquila, me dijo que no podía.

—¿Pero vos me querés volver loca? ¡Con todo lo que estamos trabajando con esa boda! ¿Y Elena? ¿Siete años esperándolo para esto? ¡No, no, no, no! Si fuera la primera vez que pasa, te lo creería, pero ya la ha engañado antes y siempre termina volviendo con ella. Esta vez va a ser igual —aseguró la mujer cruzándose de brazos.

—No creo. Haceme caso, enfría un poco los preparativos hasta que la cosa se decante para un lado o el otro. La verdad, a mí Elena no me da pena. Si aceptó sus infidelidades tantas veces, ella tenía que saber que se arriesgaba a que, algún día, él se terminara enamorando de otra —opinó el hombre con gesto serio.

—¡Ah, no, si ahora va a resultar que la culpa de todo la tiene Elena! ¡Da gusto ver cómo los hombres se defienden entre ellos! —le gritó Isabel, alzando los brazos al cielo.

—¿Vos le aceptarías una infidelidad a Pedro? —le preguntó su hermano, con el ceño fruncido.

—¡Por supuesto que no! ¿Y eso qué tiene que ver?

—No sé, pensalo —finalizó él, antes de levantarse y dirigirse a la puerta de salida.

La mujer se echó hacia atrás en el sillón, cerró los ojos con fuerza y pensó «Que Dios nos ampare».

Más de una hora después, Sebastián aterrizaba en el aeródromo iluminado y desierto de Villa Cañas. Al bajar del avión, vio a unos setenta metros una Surán verde agua y a Milagros parada a su lado, haciéndole señas con una sonrisa. A medida que se iba acercando a ella, el corazón comenzó a latirle desbocado. Era casi un pecado ser tan hermosa. Se había puesto un enterito de licra blanco, con un cierre relámpago hasta mitad de espalda y un corpiño atado con un nudo detrás del cuello, que se le adhería al cuerpo como una segunda piel hasta llegar a las rodillas, donde se abría en dos amplios vuelos que le servían para disimular la bota ortopédica que asomaba por debajo de uno de ellos. En el otro pie llevaba una chatita blanca y se había recogido el pesado pelo en una cola alta y tirante, que hacía destacar su nariz respingona y sus enormes ojos verdes.

Ella también lo miró. Traía puesto un *jean* azul y una camisa con cuadros

escoceses, en azul, negro y celeste, entallada, que le destacaba los músculos marcados y le hacía resaltar el color de sus ojos. Él la observaba con intensidad y una enorme sonrisa de dientes parejos y blancos, que dibujaba dos hoyuelos infantiles en su cara recia, cuadrada y bronceada. «¡Dios mío, qué hombre tan bello!», pensó la chica, al tiempo que sentía que el vientre se le llenaba de inquietos colibríes.

Cuando él llegó a tres metros de su lado, el viento le llevó su perfume, lo que terminó de trastornarlo, así que corrió hacia ella, la alzó contra su cuerpo y la hizo girar en el aire mientras le decía:

—¡Feliz Navidad, amor mío!

—¡Feliz Navidad para vos también! —le respondió ella, antes de tomarle la cara con las manos y darle un suave beso en los labios que, como siempre, él aprovechó para intensificar.

—¿Tuviste un buen viaje? —continuó ella, cuando pudo volver a tomar aire.

—Bárbaro —le respondió él, en tanto que sacaba un estuche pequeño de su bolsillo trasero —. Tu regalo de Papá Noel —le dijo, entregándoselo con una sonrisa expectante.

—¡Gracias! —le respondió la joven con una sonrisa dulce y emocionada. Al abrirlo se quedó con la boca abierta. Era un grueso anillo de oro con las letras MS en la parte superior—. No, esto es demasiado —agregó mirando su obsequio, maravillada.

—Nada es demasiado para vos —le respondió él contemplándola con ternura, luego sacó el anillo del estuche y se lo colocó en el dedo anular. Le quedaba perfecto.

—¿Cómo supiste la medida exacta? —le preguntó Milagros, asombrada y observando los reflejos de las luces sobre el anillo.

—Te robé uno del alhajero y se lo di al joyero. Ya lo devolví —le contestó Sebastián, con un gesto pícaro.

—¿Cuándo no, él, hurgueteando en mis cosas? —le dijo ella, primero se fingió ofendida, pero de inmediato sonrió y le dio un sonoro beso en la mejilla—. Gracias de nuevo, es precioso... Yo también te compré un regalo, pero ahora me da vergüenza dártelo porque es muy poquito comparado con este —agregó al tiempo que abría la puerta, sacaba un paquete rectangular y se lo entregaba. Él lo abrió. Era un perfume de Antonio Banderas.

—¡Gracias! Me viene bárbaro, ¿cómo supiste que es el que yo uso? —le

preguntó el chico, abrazándola antes de devolverle el beso.

—Porque yo también te revisé la guantera del auto y encontré uno vacío — le aclaró ella, avergonzada. Él la miró sonriendo y meneando la cabeza.

—La noche está en pañales —aseguró observando el reloj, eran las dos de la mañana—. ¿Adónde me pensás llevar a bailar? —le preguntó él, subiendo al auto por el lado del acompañante.

Ella lo miró con pena.

—No sé, la verdad es que no soy muy buena guía en esto, porque hace cuatro años que no salgo a un boliche. —«Desde la muerte de ese pibe», pensó él contemplándola con lástima. Ella se removió, incómoda, y agregó —: Pero no te preocupés, mi amiga Malena dice que lo que se pone bueno ahora es Base 1, es un boliche que está a sesenta kilómetros, en Venado Tuerto, que es una ciudad bastante grande. ¿Nunca la escuchaste nombrar? —le dijo Milagros, al tiempo que arrancaba el auto y tomaba el camino de salida del aeródromo.

—Puede ser, no me acuerdo bien... ¿No es ahí donde vive tu hermano?

—Sí, el más chico, porque el mayor está en Teodelina. Hablando de ellos, tengo dos noticias hermosas, conocí a mi ahijadito por ecografía y es igual a Luis, y qué te cuento que mi otra cuñada también está embarazada.

—¿En serio? ¡Qué bueno! Te felicito, tía.

—Gracias, estoy segura de que lo estaban buscando hace rato, aunque ellos no decían nada. ¿Y cómo están los tuyos? —Mientras hablaba, llegó a la ruta principal y la tomó en dirección a Venado Tuerto.

—Bien, dejé a Viet y Nam tirando cañitas voladoras con mi papá y me ligué un flor de reto de mi hermana por regalarles la última Play Station. Es infumable esa mujer, se vive quejando de que no se quedan quietos y, cuando juegan con la consola, rezonga porque parecen momias. ¿Quién la entiende? —dijo él alzando las manos al cielo.

—Es una mamá, y las madres son así. Te voy a presentar a la mía y vas a ver que, cuando vuelvas a ver Lucía, en vez de quejarte de ella, la abrazas y le das un beso en cada mejilla —le respondió la chica, sonriendo.

—¿En serio me pensás presentar a tu mamá? —le preguntó él, alarmado porque no quería llevar las cosas tan lejos. Por lo menos, no hasta que resolviera su situación con Elena.

—¡Pero no, tonto, es muy pronto para eso, si apenas nos estamos conociendo nosotros! Te lo decía porque mi mamá también es una plaga,

aunque hubo momentos de mi vida en los que no hubiese sabido cómo seguir sin ella —terminó, contemplando la ruta con tristeza.

«Cuando murió ese chico», adivinó él para sus adentros y cambió de tema. Siguieron conversando hasta llegar al boliche, grande e iluminado. Se bajaron y, luego de hacer una larga cola, lograron ingresar y estuvieron hasta la madrugada, sonriendo felices, bailando de a ratos, o sentándose a dialogar en lugares más alejados y tranquilos del patio, para que a ella no le doliera el tobillo. Tomaron poco, él un Fernet con Coca y ella una Seven Up. Había varios conocidos de Milagros que, al verla, la saludaban felices y asombrados de encontrarla allí y, encima, acompañada. Ella le presentó a algunos ex compañeros de curso que, por la forma en que la miraron, le hicieron sospechar que habían estado enamorados de ella alguna vez. También la vinieron a saludar tres compañeras, y ahí le tocó a la chica ponerse incómoda, ya que se lo comieron con los ojos. «¡Cómo están de regaladas las minas hoy en día! Bueno, todas salvo Mili, para mi mala suerte», ironizó mentalmente Sebastián.

Cuando vio que ella recostaba la cabeza en su hombro y cerraba los ojos, consultó la hora en su celular y vio que eran las seis menos cuarto de la mañana.

—Tenés sueño y es tarde, ¿vamos? —le preguntó él, sonriendo.

—Vamos, es que no estoy acostumbrada a estar levantada hasta esta hora. Encima llegué después de viajar cinco horas y mi mamá me puso a trabajar como una hormiguita —le contestó ella, en tanto que iban saliendo del boliche, abrazados.

—¿Con el pie así? En serio que es una tirana —comentó él.

—Ni lo dudes —le respondió la joven al tiempo que, al salir al aire fresco, bostezaba con libertad, abriendo toda la boca y estirando su brazo. Hasta que vio que él la estaba contemplando con fijeza y gesto cómico, ahí se puso roja y se tapó la boca de golpe.

—¡Perdón! —dijo sonriendo avergonzada.

—No es nada... Linda garganta —le contestó él, e hizo que ella se pusiese más incómoda todavía —. Dame las llaves, manejo yo —agregó extendiendo la mano, después buscó dentro de su cartera blanca y las sacó.

—Pero si vos no tenés tarjeta azul —protestó ella, tironeando para quitárselas—. Nos llega a pasar algo y papi me mata.

—Algo nos puede pasar si te dejas manejar a vos. ¿No ves que te estás

durmiendo parada? —le dijo él, antes de abrir la puerta del acompañante, hacerla sentar, colocarle el cinturón y reclinarle el asiento.

—Pero si me duermo y no te hablo, capaz que te dormís vos—protestó ella, acomodándose de costado hacia él, ya somnolienta, mientras lo veía subir, arrancar y salir con gesto seguro.

—Yo me dormí flor de siesta y estoy más acostumbrado que vos a trasnochar. Dormite, bonita, que se te están cerrando los ojitos —le aconsejó él, acariciándole con suavidad la mejilla.

—Bueno, pero si te llega a dar sueño a vos, me despertás —claudicó ella, después volvió a bostezar con lentitud y cerró los ojos.

Sebastián asintió y siguió conduciendo por la ruta, muy transitada, al principio, y más tranquila al alejarse de la ciudad. De a ratos desviaba la vista hacia ella. No podía dejar de mirarla. Dormía con las manos cruzadas delante del pecho y las piernas arrolladas, lo que destacaba lo fino de su cintura y lo redondeado de sus caderas. Al inicio del viaje, él había estacionado en un costado y le había sacado la bota y el zapato para que estuviese más cómoda, observando que, otra vez, tenía el tobillo un poco hinchado. Tiempo después, en un momento a mitad de camino entre Villa Cañas y Teodelina, le dio sueño. «Al final, yo también estoy cansado», pensó. Pestañeó varias veces y, en eso, el auto mordió la banquina. Volvió a subir a la ruta, pero el cimbronazo hizo que ella se despertara alarmada.

—¿Qué pasó? ¿Por qué diste ese volantazo? —le dijo, enderezándose atemorizada y llevándose la mano al pecho.

—Nada, tranquilízate, no fue nada —le respondió él, con tono calmo.

Ella se sentó y subió el asiento, dispuesta a darle charla hasta que llegaran, porque sospechó que él también estaba somnoliento. En eso vio que estaban ya a quince kilómetros de Teodelina.

—¡Uy, te pasaste de largo el aeródromo, vas a tener que volver! —le informó alarmada.

—No, me pasé a propósito. Cambié de planes. Te llevo a tu casa, me quedo a dormir en algún hotel y mañana nos volvemos los dos en el avión, así no te tenés que aguantar el viaje en colectivo. Tienen un hotel en tu pueblo, ¿no? —terminó preguntándole curioso.

—¡Por supuesto que tenemos! —le respondió ella, ofendida. ¿Este porteñito *snob* se pensaría que, cuando llegaran, los iban a salir a recibir con garrotes y en taparrabos? —. No será cinco estrellas, pero tenemos. Además, estás

yendo de gusto porque yo también cambié de planes, ¿sabés? Me quedo en casa hasta Año Nuevo —finalizó con el ceño fruncido, molesta porque él seguía decidiendo por ella sin consultarla.

—¡Ah, bueno! ¿Y qué, me pensás dejar toda la semana solo allá? —la interrogó él, alarmado.

—No seas egoísta, que no estás solo, tenés a tu familia. Además, ya terminé de rendir, no puedo trabajar con este tobillo, y mis viejos estaban emocionados con que iba a pasar estos días con ellos. No tuve corazón para decirles que me iba de nuevo.

—¡Ah, pero sí lo tenés para abandonarme a mí! —le respondió él, contemplándola ofendido. Acto seguido frenó, bajó a la banquina y apagó el motor en pleno berrinche.

—¡No seas tan posesivo, entendeme! —le dijo la chica, tomándole la cara con las manos—. Si me extrañas, me venís a visitar a mitad de semana y listo —continuó con una sonrisa.

—Tenés razón, son tus vacaciones y yo soy un egoísta. Lo que pasa es que ya me había acostumbrado a verte todos los días... Sos como una droga para mí, y de las fuertes. Si no te veo seguido, siento como si me faltara el aire —le respondió él, abrazándola con gesto arrepentido. Ella también lo abrazó pero, de repente, se puso tiesa y se apartó, contemplando, con fijeza y gesto atormentado, a un punto detrás de él, antes de persignarse. Sebastián sintió el cambio. Siguió la dirección de su mirada y ahí la vio, del otro lado de la ruta, clavada a la orilla. Era una cruz de hierro que se recortaba, solitaria, contra el fondo pintado de rosa y violeta del amanecer. Se hizo un silencio tenso.

—¿Por qué está ahí? —le preguntó él, con un mal presentimiento.

—Porque aquí murió Cristian —le respondió ella, preguntándose por qué razón él había tenido que venir a parar justo en ese lugar. ¿Era solo una casualidad, o había sido Cris que quería recordarle que seguía estando allí?

—Me has contado todo de tu vida, pero nunca me hablaste de él. Contame, por favor —le pidió el muchacho con tono manso y tranquilo.

—No sé si puedo —le dijo la joven, con esa mirada triste que tanto lo había atraído desde el primer momento en que la vio.

—Intentalo —insistió acariciándole la mano—. A lo mejor te hace bien.

Luego de unos instantes de duda y con el canto de una lechuza apostada sobre el alambrado como sonido de fondo, ella inspiró y comenzó a hablar:

—Nos conocimos cuando empecé primer grado y él estaba en segundo... Enseguida nos hicimos inseparables. Era todo para mí, mi amigo, mi defensor, mi compañero. Me hacía reír tanto, era una sabandija. Las maestras y las profesoras lo odiaban porque decían que les sacaba canas verdes, y era cierto. Se pasó la secundaria acumulando un rosario de suspensiones y amonestaciones... Pero conmigo era tan bueno, tan cariñoso, tan atento, era como si tuviese dos caras, una para el mundo y otra para mí, y yo lo amaba tanto... —Él la escuchaba atento y en silencio, pensando en cómo podía ser tan hijo de puta de tenerle celos a un pibe que estaba muerto, pero era lo que sentía. Ese «lo amaba tanto» le había caído como una patada al estómago, pero no movió ni un músculo porque quería seguir escuchando. Quería saber todo, ahora que por fin ella se había decidido a abrir su corazón para él.

—En mi fiesta de quince nos pusimos de novios y nos hicimos más inseparables todavía, íbamos juntos a todas partes. Así, salimos durante un año y cuatro meses. —Ella suspiró hondo y miró con angustia la cruz, lo que lo hizo pensar que llegaba la peor parte del relato—. Una noche, era fines de mayo del 2010, se fue en su moto a Villa Cañas a acompañar a un amigo, yo me quedé intranquila porque se estaba levantando mucha neblina y a él le gustaba andar rápido... A la vuelta, había una piedra caída sobre el pavimento y venía un camión Scania cargado de frente. —Volvió a suspirar con voz ahogada—. Imaginate el resto... Dicen que fue en el acto, que no sufrió. —Ahí las lágrimas comenzaron a rodar por su cara sin control—. ¡Tenía solo diecisiete años, entendés! ¡Estaba preparando su viaje a Bariloche, soñaba con tantos proyectos, quería hacer tantas cosas! —Ella se limpió la cara con rabia, antes de continuar—. Cuando escuché la sirena y él no llegaba ni contestaba el teléfono, yo lo sospeché, y cuando sonó el timbre y vi la cara de Malena, lo supe... Ese día, un pedazo de mí se murió también. Por unas semanas me quedé como en *standby*... No tenía ganas de vivir, no le veía sentido a nada, hasta que un día Santi me hizo dar cuenta de que no era yo sola la que sufría, que los estaba haciendo sufrir a todos. Así que me levanté, volví a la escuela y a todas mis obligaciones, tratando de sonreír de vez en cuando para que creyeran que ya estaba bien, pero no era así... Es como cuando tenés un florero bello y valioso y se te rompe... Vos lo volvéis a pegar con cuidado, tratando de que no se note, pero por dentro está roto y nunca va a volver a ser como antes... Eso es lo que quedó de mí después de

la muerte de Cristian, pedazos rotos y mal pegados que intentan parecerse a lo que fueron, pero no pueden, ¿sabés? No pude ir a Bariloche, no pude volver a salir con chicos, era como si mi capacidad de ser feliz, de sentir, se hubiese muerto con él...

Sebastián la escuchaba en silencio, sintiendo cómo su dolor se le enroscaba alrededor del pecho y lo aplastaba como una boa constrictor. Las lágrimas se le agolparon en la garganta y pensó: «¿Por qué tuviste que sufrir tanto, mi amor?».

Ahí ella sonrió entre las lágrimas y agregó:

—Hasta que llegaste vos y me hiciste enfurecer, y lograste que volviese a reír a carcajadas otra vez. Me espantaste la tristeza con tus ocurrencias y me hiciste soñar con que se puede volver a amar, y no sabés cuánto te lo agradezco... El otro día, cuando te enojaste tanto, tenías razón, pero no es que yo haya querido histeriquearte, es que cuando estaba con vos, así, me acordé de él y me entró pánico de que me estuviera viendo. Él era muy celoso, ¿sabés? —«Yo también», pensó él—. Y vos vas a pensar que es una estupidez, pero ¿qué sabemos de lo que hay después de la muerte? ¿Y si me ve con vos y lo hago sufrir?

Sebas la tomó de los hombros y suspiró con paciencia, taladrándola con la mirada.

—Si es verdad que te quería tanto como vos decís, se va a alegrar mucho de saber que por fin estás feliz, y de que tenés a tu lado a alguien que te quiere y te cuida como lo hacía él.

—¿Vos decís? —le preguntó ella, esperanzada.

—Seguro —le respondió él, antes de abrazarla y arrullarla con ternura—. No tengas miedo, yo estoy acá, con vos, y siempre voy a estar porque te amo, te amo como jamás amé a nadie en mi vida —terminó al tiempo que la besaba con pasión, comenzando a acariciarla por todas partes. Para «espantarle la tristeza», como había dicho ella, y porque le estaban picando las manos de las ganas de tocarla desde que la había visto, tan bella como una aparición, al bajar del avión.

—Ey, pará un poquito —le dijo ella, en tanto que le agarraba ambas manos, las unía delante del pecho de ella, y volvía a atarse el enterito al cuello, nerviosa, ya que él se lo había bajado hasta la cintura y no llevaba corpiño debajo.

—¿Cómo, no habíamos quedado en que el pibe no iba a estar celoso? —le

respondió el muchacho, molesto por la excitación y recostándose contra el asiento.

—Y sí, pero aquí me da cosita —le contestó ella, acalorada.

—A ver nena, tenés veinte años y, si es como yo sospecho, hace cuatro que no le ves la cara a Dios. «Cosita» debería darte desperdiciar ese cuerpo impresionante que tenés llevando una vida de monja. ¡Se te va a llenar de telarañas! —terminó enfurruñado.

—¡Siempre el mismo ordinario, llevame a mi casa! —le gritó ella, enfurecida.

Él resopló, arrancó el auto y la contempló alzando una ceja con gesto especulativo.

—Digo yo, de coger esta noche ni hablar, ¿no?

Ella lo miró abriendo la boca de par en par, asombrada de que fuera tan boca sucia y caradura. De repente, le agarró tal ataque de risa que no podía ni embocarle al cierre del cinturón de seguridad. Él la ayudó a ajustarlo, sonriendo también, y agregó quejoso:

—Sí, reite vos nomás, vamos a ver si cuando empecés a rayar el piso con los cuernos te voy a resultar tan gracioso.

Ahí fue ella la que se puso seria, frunció el ceño, se cruzó de brazos y, mirando hacia el frente, se pasó el resto del camino sin dirigirle la palabra.

LOS DESCANSOS Y LOS DÍAS

Milagros se despertó a las doce y media, con un beso y una caricia de su padre que la llamaba a comer. Ahí se acordó de Sebastián, lo había dejado en el hotel y se había ido a dormir a su casa. «¡Si no había lugar, que se arregle!». Unas horas después y ya descansada, le remordió la conciencia. «¡Pobre! Está solo en un pueblo que no conoce y yo ni siquiera le he dicho mi dirección». Apartó la sábana de un tirón y bajó ambas piernas de la cama.

—Correte, papi, que estoy apurada —le dijo a Raúl, mientras buscaba un vestido liviano en el ropero, se calzaba las ojotas y se dirigía al baño a cambiarse.

—No te preocupés, nena, que todavía faltan diez minutos —le gritó Mara al verla pasar, malinterpretando su apuro.

—No es por la comida, mami, es que tengo que ir a buscar a Sebastián al hotel —le respondió la chica desde el baño.

—¿Por qué no lo invitás a comer? Es Navidad —le dijo su mamá con gesto esperanzado.

—Ni se te ocurra, le llevo a presentar a toda la patota junta, huye despavorido, y no lo cazo más ni con un mediomundo —exclamó Mili con tono gracioso.

—¡Gracias! —le gritaron a coro sus dos hermanos, que ya se encontraban sentados a la mesa junto a sus esposas, esperando para comer lo que había quedado de la noche anterior.

—¡Para que sepan, a mí sola me lo va a presentar la tía, porque ustedes son recargosos! —les informó Costanza, levantándose de la mesa—. ¿No es cierto tía que yo sí voy con vos? —agregó la nena, mientras asomaba su carita de ojos enormes por la puerta entreabierta del baño.

—Hoy no te puedo llevar, Costi, pero te prometo que, cuando me decida, a la primera de la familia que se lo voy a presentar es a vos. ¿Okis? —le respondió Milagros, antes de agacharse y besarla en ambas mejillas.

—Juramelo por la Tata —la exhortó la pequeña, haciendo referencia al apodo cariñoso que usaba para referirse a su abuela.

—Te lo juro, bonita. ¿Cuándo te he mentido yo a vos? —le contestó la chica, abrazándola y evitando jurar por su madre, porque la incomodaba poner de por medio a otros en un juramento.

Ahí sí la niña le sonrió y se quedó tranquila.

—Mami, ¿me puedo llevar algo de comida para los dos en la conservadora? —preguntó la muchacha, al tiempo que, sin esperar la respuesta, iba sacando mayonesa de ave y lechón, los colocaba en bandejas plásticas y los cubría con nailon transparente.

—¡Ey, el cuarto del lechón no, que es lo más rico! —le gritó Luis alarmado. “¡A ver si ese advenedizo se iba a comer lo mejor que había quedado de la carne!”

—Si este piensa entrar a la familia dejándonos para comer el cuero, la grasa y las patitas, arrancó mal. Hay que pagar derecho de piso, viejo —agregó Santiago, apoyando a su hermano.

—No sean angurrientos ustedes dos, que hay comida de sobra —los retó Mara, dándoles, de paso, un manotazo en la nuca a cada uno—. ¡Tiene razón la chica! ¿Cómo va a querer presentarle a dos orangutanes como ustedes? ¡Lo van a espantar! —terminó, mientras sacaba un vino, una gaseosa y una soda de la heladera y comenzaba a colocarlas dentro de la conservadora.

—¡El Latitud 33 no, que es para mí! —gritó Luis, observando la cara botella de vino con gesto alarmado.

—Eso, que le lleve un tetrabrik —agregó Santi, para picanearla.

Rocío y Luna se miraron como preguntándose «¿Quién nos mandó a meternos en esta familia de desquiciados?» y luego se pusieron a reír a dúo, meneando la cabeza.

—¿De qué se ríen ustedes dos? —les preguntó Luis, molesto, viendo, descorazonado, cómo su adorado vino desaparecía definitivamente de su vista.

—¡De los dos gansos pichones que tienen de maridos, de eso se ríen! —les dijo Milagros, y pasó a su lado rengueando, con su bota ortopédica a cuestas, en tanto que arrastraba la conservadora y les daba, antes de partir,

un sonoro beso en la mejilla a cada hermano.

—Pará, hijita, que te ayudo —dijo Raúl, y a continuación le quitó la conservadora y la cargó hasta el auto.

—¿Seguro que no preferís invitarlo a almorzar? —la persiguió su madre, mientras la chica se subía al auto.

—Sí, mami, seguro —le respondió Mili, tirándole un beso al tiempo que partía hacia el hotel.

Al llegar se acercó al conserje, un sesentón bajito, morocho y simpático que estaba sentado detrás de la mesa de entrada.

—Buen día, Juan, y feliz Navidad. Vengo a buscar a Sebastián, el chico que se hospedó anoche —le dijo con tono amable.

—Buen día, Mili, y feliz Navidad para vos también. Ahí le aviso que estás —le contestó él con tono paternal, ya que era un viejo conocido de la familia. Se metió por un largo pasillo y volvió a los dos minutos—. Dice que pases.

Al entrar a la habitación, lo vio y se murió de amor. Por las rendijas de la ventana abierta entraba una fuerte luz matinal. Estaba reclinado sobre las almohadas, con el torso descubierto, las manos unidas tras la nuca y mirándola con una enorme sonrisa. Era evidente que él también había recuperado su buen humor, porque al verla abrió grandes los brazos y le dijo con honda ternura:

—Bienvenida, mi amor.

Ella se lanzó a su encuentro y comenzó a besarlo en todo el rostro.

—Buen día, mi cielo, y feliz Navidad —le contestó sonriendo.

—Feliz Navidad también —le respondió Sebas acariciándole la mejilla.

Ella giró su rostro para besarle la palma de la mano y le aclaró:

—Vengo a invitarte a conocer el mayor atractivo turístico que tiene mi pueblo.

—Error, el mayor atractivo que tiene tu pueblo lo tengo en mis brazos —la contradujo él, apretándola fuerte contra su pecho.

«Upa, que me está tirando con munición pesada, y está dando en el blanco», pensó ella, alejándose hasta los pies de la cama antes de que terminara haciéndola olvidar de sus propósitos.

—Vamos, levántate que te invito a hacer un picnic navideño en el balneario —le soltó, al tiempo que le daba una palmada suave en la pantorrilla y salía del cuarto rápido, antes de que él se levantara. Estar solos en la misma habitación la ponía nerviosa e incómoda, y el brillo casi lascivo

con el que él la estaba mirando la alteraba todavía más.

Llegaron al balneario, llamado El Edén, pasado el mediodía. Estaba ubicado entre el pueblo y la laguna, a unos cincuenta metros de esta. Tenía una gran pileta de agua salada, rodeada de un predio en el que se apreciaban distintas tonalidades de verde, formadas por los diferentes tipos de árboles que poblaban el lugar. Por sobre la música, que surgía de unos parlantes ubicados en una alta columna, y el rumor de las voces de la gente, podía escucharse el canto de los pájaros y el sonido característico de las cotorras, ubicadas en bandadas sobre los árboles más altos. En el ambiente se combinaban lo nuevo y lo viejo, y le daban una armonía y belleza que lo dejó asombrado. Antiguas parrillas, mesas y bancos de cemento se intercalaban con modernas reposeras blancas reclinables y hongos hechos de gruesos palos con techos de paja, ubicados sobre bancos de arena artificiales, que daban sombra y belleza al lugar. Había también una pequeña plaza con juegos para los niños, una pileta más chica y una playa destinada a los menores de ocho años. En el centro del predio se encontraban las canchas de vóley y fútbol que estaban rodeadas, por un lado, por un alto escenario en el que se presentaban bandas de música, según le iba contando Milagros, y por el otro, por un amplio bar que vendía también comidas rápidas.

Distribuidos en el resto del lugar, había puestos que ofrecían los productos más variados: heladería, kiosco, tienda de ropa, elementos de playa y juguetes, proveeduría y hasta venta de tortas fritas, pasteles y churros, elaborados por mujeres de la localidad, que ocupaban su espacio los fines de semana, que era cuando llegaba, desde pueblos y ciudades vecinas, el mayor caudal de gente, tanto para pasar el día como para instalar su campamento de viernes a domingo. Había lugares para acampar, poblados de carpas y casillas rodantes, aunque estos estaban ubicados en dos sectores alejados uno del otro. El primero, que lindaba con la laguna, se destinaba a las familias que iban en busca de paz y descanso y solían, aprovechando un antiguo portillo externo, cruzar las altas vallas de tejido que rodeaban el lugar para pescar pejerreyes en las costas de la laguna El chañar. El segundo, ubicado cerca de las puertas de acceso y con control policial permanente durante los fines de semana, era el destinado a los jóvenes, que iban a acampar en grupos desde distintas localidades, allí los diferentes bafles, ubicados cerca de las carpas, retumbaban las veinticuatro horas, lo

que tornaba bastante difícil el descanso.

A los lejos, surcando la laguna, podían observarse desde los botes más precarios y antiguos hasta las más modernas motos acuáticas. También se veían lanchas con potentes motores, que llevaban de tiro a jóvenes que practicaba esquí acuático, y los kayaks que realizaban competencias. En la orilla había un desteñido muelle de madera y tres bajadas para estas embarcaciones.

Las mesas se encontraban pobladas de familias que habían decidido pasar su Navidad al aire libre, y hablaban y reían todos al mismo tiempo, con lo que se creaba un murmullo semejante al zumbido de las abejas. Se respiraba un clima de festejo y distensión, y, a pesar del ruido constante, el aire fresco que llegaba de la laguna traía paz, lo que se evidenciaba en algunos que, ya de sobremesa, habían reclinado su reposera bajo la sombra de los árboles y dormían una reparadora siesta.

Sebastián observaba el lugar con las manos en la cintura, una suave sonrisa y ojos maravillados, y Milagros se sentía orgullosa de poder compartir con él su pequeño y adorado mundo, ya que, como su madre era fanática de la vida al aire libre y socia vitalicia de El Edén, la chica había pasado allí todos los veranos desde que tenía uso de razón y amaba profundamente ese ambiente, su aire, su agua y su gente.

— ¿Te gusta? —le preguntó ella sonriendo.

—Es hermoso —le respondió él con sinceridad—. Pero era de esperarse, una cosita tan bella no podía venir de un lugar feo, ¿no te parece? —agregó abrazándola emocionado, antes de besarla en la frente con suavidad.

—¿Qué tendrán que ver la sopa y el dulce de leche? —le contestó ella, alzando las cejas con picardía para cortar, como siempre, el momento emotivo.

Encontraron, de casualidad, una mesa vacía a la sombra de los árboles y allí almorzaron, conversando felices. Se notaba que el lechón y la mayonesa de ave le habían gustado mucho al muchacho porque se comió todo. «Si me descuido, este *critter* me traga hasta a mí», pensó la joven, mientras lo observaba pasar el pan sobre el plato descartable y comérselo con gesto placentero.

—¡Qué bien que cocina tu mamá! Le voy a pedir la receta para dársela a Catita —comentó Sebastián, en tanto que se servía un nuevo vaso del vino que, con tanto dolor y a regañadientes, habían terminado cediendo sus

hermanos.

—¿Quién es Catita? —preguntó ella con curiosidad.

—La cocinera, está con nosotros desde hace treinta años y es una bendición, porque mi vieja no sabe cocinar ni un huevo frito. Si hubiese sido por ella, nos hubiésemos muerto de hambre de chicos —le contó él, mientras pelaba una costilla del lechón con los dientes.

—Se ve que a tu papá no lo conquistó por el estómago, entonces —dijo ella, al tiempo que se preguntaba cómo hacía ese chico para meter tanta comida en un vientre tan plano.

—Se ve que no, pero igual él la adora. Nunca vi a un tipo tan embobado con su mujer. Bueno, sí, al mártir de mi cuñado —le respondió él con gesto gracioso.

—¿Y ella? —continuó interrogándolo Mili, deseando saber más cosas de su familia.

—Mamá también ve por los ojos de él, funcionan sincronizados. Cuando éramos chicos, estaban siempre de acuerdo, sobre todo si se trataba de cantarnos a retos a mi hermana Lucía y a mí. Muy pocas veces los vi discutir.

—¡Qué suerte! —dijo Milagros, recordando las maratónicas peleas entre sus padres, que tanto la habían angustiado de chica.

Él se quedó contemplándola fijo y con ternura, antes de contarle:

—¿Sabés una cosa? El día que fuimos a la clínica donde trabaja mi padrino para que te atendiera el tobillo, él me dijo que yo te miraba a vos igual que como mi papá la mira a mi mamá. Fíjate si me conocerá, que se dio cuenta antes que yo de lo que me estaba pasando con vos.

—Me cayó muy bien tu tío, me pareció un hombre muy cálido y amable —comentó ella, incómoda como cada vez que él le hablaba de sus sentimientos.

—Sí, es un tipazo, el único hermano de mi mamá, quedó viudo hace diez años y no quiso volverse a casar. Como no tuvo hijos, se dedicó a pescar los fines de semana y a malcriarnos, antes a nosotros, y ahora a sus sobrinos nietos... —De repente se quedó callado, con una costilla pelada a medio camino hacia la boca—. ¡Un momento! No tenemos por qué pasar tantos días separados, tengo una idea —dijo él, al tiempo que dejaba el hueso, se limpiaba las manos en el repasador y la tomaba de ambos brazos—. Mi tío tiene una casilla muy cómoda y una camioneta que usa para ir de pesca, se

las pido prestadas y me vengo unos días acá de campamento. ¿Qué te parece?

—¡Bárbaro! —contestó ella con los ojos iluminados de alegría, luego hizo un gesto de duda—. Uy, pero ¿y si las precisa? —agregó preocupada.

—¡Que se aguante! Mirá si le va a negar un favor a su único ahijado —le contestó él, comenzando a hacer planes a velocidad supersónica, como era su estilo cuando algo se le metía entre ceja y ceja.

Así lo hicieron. Milagros lo llevó de nuevo hasta el aeródromo y Sebastián voló hacia Buenos Aires. A las cinco de la tarde del día siguiente ya le estaba pagando al encargado por el acampe de seis días. No había sido fácil. Su padre había puesto el grito en el cielo porque lo dejaba colgado justo en ese momento, cuando era mayor el trabajo por el cierre del mes. Con su madre las cosas habían ido peor, sobre todo cuando se negó a contarle adónde iba a ir a acampar. Ella gritó, zapateó y hasta lo amenazó con llamar a Elena y contarle, pero el muchacho le dijo que lo hiciera, que le iba a hacer un favor y se fue pegando un portazo.

—¿Me imagino que volverás para el treinta y uno? —le gritó Isabel, corriendo hacia la camioneta mientras él le daba arranque.

—Sí, mamá, vuelvo, chau —le respondió él, y partió hacia la salida del country, al tiempo que saludaba a su padrino, sonriéndole y alzando una mano.

—¿Pero qué le pasa a este chico? ¿Se le fundieron los tapones? —exclamó ella, furiosa y cerrando los puños.

—¡Epa, hermana! ¿Qué es eso, lenguaje futbolero usamos ahora? —le dijo Marcos, sonriente, colocándole una mano en el hombro para calmarla.

—¡Se me pegó de mis nietos, que hablan como dos villeritos! ¿Pero a vos te parece? ¿Adónde va? ¿Qué tiene este chico? —continuó ella, alzando una mano al cielo.

—Está enamorado por primera vez en su vida, eso tiene. Y adónde va no sé, pero que va a estar con esa muñequita rubia, te lo firmo —terminó, sonriente, el doctor, mientras observaba cómo su querida casilla se desvanecía en la distancia.

—¡Que Dios nos ayude! —volvió a decir Isabel, con gesto cansado.

Así que ahí estaba Sebas, de nuevo en su adorado balneario, mostrándole a ella la casilla de su tío que, por cierto, era un palacio en miniatura, ya que contaba con una cocina muy bien amoblada y equipada, baño, aire

acondicionado, una mullida cama grande, televisor, equipo de música y hasta grupo electrógeno propio. Se veía que al tío le gustaba viajar cómodo.

Habían quedado por teléfono en encontrarse directamente en El Edén, ya que ella iba a guardarle lugar en el sector de acampe de los más jóvenes. Mili lo esperaba con un *short* azul y una remera rosa sin mangas, el cabello suelto, la cara bronceada y libre de maquillaje, su molesta bota y una enorme sonrisa, que acompañó con gestos de su mano para indicarle el lugar elegido para estacionar. Él lo hizo, se bajó corriendo, la abrazó y la besó varias veces, haciendo que girara por los aires, como si hiciese años que no se veían. Julio, el encargado, meneó la cabeza sonriendo, feliz de escuchar de nuevo las carcajadas de Milagros, luego de años de silenciosa tristeza. Así, en alegre armonía y con el amor que iba colmándoles el pecho hasta desbordarlo, comenzaron a sucederse los descansos y los días.

La tercera jornada desde la llegada de Sebastián al balneario, y contra la opinión de él, Milagros, luego de comprobar que su tobillo no estaba hinchado, se sacó en forma definitiva la bota ortopédica, porque el calor, el sol y el agua no iban de acuerdo con ese armatoste. Igual, no realizó ningún deporte, salvo nadar, y se cuidó mucho, caminando despacio y apoyando su pie con suavidad. Así que pudo tomar sol con libertad y correrle a él una carrera de nado de una punta a otra de la pileta, la cual, aunque perdió, la dejó extenuada. «¡Podría haberme dejado ganar, también! Se ve que a él no le gusta perder ni jugando a las bolitas», pensó ella meneando la cabeza.

Su nuevo novio nunca dejaba de asombrarla, se notaba que la vida al aire libre le sentaba muy bien, porque se prendía en cuanto baile o deporte organizaran los campamentistas en el predio, ya que los parlantes retumbaban en todas partes y a todas horas, y se podía, caminando solo diez pasos, pasar de la cumbia al *rock* pesado o a los latinos con la mayor naturalidad, e incorporarse a los grupos de chicos que movían sus cuerpos al son de cada ritmo. Como sabía que Milagros no podía forzar su tobillo, él a veces bailaba con ella en brazos, apretándola y besándola más de la cuenta, pero, por más que protestara, no la bajaba al piso hasta no terminar la canción. Sebas estaba siempre de buen humor y dispuesto a «atar con alambre» todos los problemas que surgiesen en los campamentos. Si la soga de una carpa se soltaba con el viento, ahí estaba él para volver a atarla, y más si las ocupantes eran femeninas, lo cual la hacía rabiar. Para calmarla, al atardecer, él le compraba un helado de chocolate y la invitaba a caminar

despacio hasta la laguna, que refulgía con los últimos rayos del sol, a solo cincuenta metros de la pileta. Ahí se quedaban los dos, abrazados y quietos, disfrutando del aire puro, de la vista del vuelo de los pájaros, de la nochecita cayendo sobre el agua, y de estar, simplemente, juntos. En esos momentos, ella se sentía aún más orgullosa de la belleza y calidez de su pueblo y presentía que él, con todo su conocimiento del mundo, también estaba aprendiendo a apreciarlo y amarlo.

El muchacho era un gran asador, que convertía la elección y compra de la carne en todo un ritual sagrado en el cual no le permitía participar, pero asaba de noche, con la fresca, ya que, al mediodía, con el intenso calor, prefería comprar los sándwiches que vendía Laura, la dueña del bar central. Alumbrados con las luces tenues del camping y el resplandor del fuego, Mili hacía la ensalada y ponía la mesa mientras, esperando a que la carne estuviese a punto, conversaban sobre las cosas más banales o insólitas.

En ese lugar, los melones con vino también estaban a la orden del día, al igual que el infaltable Fernet con coca y la cerveza. Una noche, el aire trajo hasta sus narices el aroma de la marihuana, pero prefirieron no investigar de dónde provenía. «Menos pregunta Dios, y perdona» era el dicho preferido de su mamá, lo que, traducido, significaba «no metas la nariz en donde no te importa» o «vive y deja vivir». Como fuera, en el sector de carpas de los jóvenes se respiraba un clima de alegría y libertad que contagiaba.

Una tardecita, él se puso a jugar un picadito en la cancha central junto a un grupo de chicos de Colón y Arenales que estaban también de campamento allí, y con los que habían hecho amistad y compartido los bailes y la parrilla.

Milagros se sentó a la sombra, en el pasto, a observarlo... Era tan hermoso... Jugaban descalzos y en malla, con los torsos al aire, pero el único que ella veía era el de él, delgado, fuerte, bronceado, de músculos firmes. Se veía que el fútbol le encantaba, porque sonreía a cada rato. En una jugada de tiro libre, en tanto que su improvisado equipo esperaba para tratar de convertir un gol de tiro libre, él le clavó una mirada intencionada, una mirada que hablaba de deseo y frustración, y que la hizo desviar la vista, avergonzada.

Para la chica, no habían sido fáciles esos tres días. Ese hombre tenía más manos que tentáculos un pulpo, y sabía usarlas con mucha pericia. Por eso,

ella había tratado de evitar que se quedaran a solas o en lugares aislados y oscuros del predio, pero había sido inútil. Él siempre encontraba la forma de estar con ella, a salvo de miradas indiscretas, tanto por las buenas, utilizando ruegos o sonrisas zalameras, como por las malas. Así había ocurrido el día anterior, cuando, ante la negativa de ella de quedarse a dormir la siesta con él, se la había cargado al hombro y la había llevado, pataleando entre risas, hasta tirarla despatarrada en la blanda cama de la casilla, luego se acostó encima suyo para que no pudiera escaparse. Los demás los habían visto pasar soltando ruidosas risotadas, pero nadie se había acercado a rescatarla, porque, en solo tres días, ese atorrante se los había metido a todos en el bolsillo, y ya podía descuartizarla y cocinarla en la parrilla que ninguno iba a intervenir. Por supuesto, hicieron de todo menos dormir. Bueno, de todo, lo que se dice de todo, no, porque cuando ella lo sintió desnudo sobre ella, presionando la entrada a su interior con esa cosa aterradora, había entrado en pánico y, tomándolo desprevenido, lo había empujado y tirado al piso, para comenzar después a cambiarse a una velocidad maratónica. Sebastián se había enfurruñado, le había vuelto a decir que era una histérica y la había echado de la casilla, y Milagros se había subido a la moto y se había ido a su casa, con los ojos nublados de vergüenza y frustración. Al sacar la llave para abrir la puerta de su casa, ya habían comenzado a llegarle mensajes de WhatsApp de él, en los que le pedía perdón y le rogaba que volviera. Ella no le había respondido enseguida, para castigarlo por ser tan irascible. Pero al final había regresado. Eso sí, cuando ya había pasado la hora de la siesta, no fuera cosa que se le ocurriese invitarla a dormir otra vez. ¡Ni ahí!

Por eso, cuando él la miró, así, profundo, como haciéndole una pregunta, ella sabía que los dos estaban pensando en la misma cosa, y sabía también que aún no se sentía preparada para darle ninguna respuesta.

Esa noche cumplieron todos los rituales de las anteriores, la ducha en la lluvia tibia de agua dulce de los baños públicos, el sabroso asado, el helado de postre y el paseo por el balneario compartiendo un vino con melón. Solo algo fue distinto, como era domingo, muchos de los campamentistas habían regresado a sus pueblos de origen. Quedaban pocas carpas y ningún parlante retumbando, ya que, por orden del encargado del lugar, debieron apagarlos para que los vecinos del predio pudiesen descansar bien porque debían trabajar al otro día.

Era la una de la madrugada y solo quedaban pequeños grupos, que conversaban tranquilos en diferentes lugares del predio. Sebas aprovechó para poner, desde su celular y con un sonido bajo, un tema lento, y la invitó a bailar. Era *Todo lo que hago lo hago por ti*, de Brian Adams, y a ella le resultó muy significativo, así que se sacó sus ojotas y, pasando una mano por su cuello y acariciando su pelo con la otra, se dejó abrazar, mientras apoyaba la cabeza en su pecho, cerraba los ojos y se mecía lento, pegada a él, al ritmo de la canción, sintiendo el pasto frío bajo sus pies desnudos y el alma en paz.

Sebastián pensó que, si el paraíso existía, debía parecerse mucho a eso, la música suave, la noche estrellada, el aire tibio, el perfume de jazmines que lo embriagaba y el cuerpo firme y cálido de la chica que amaba abrazado a él, y se sintió agradecido de estar vivo. Sintió también el momento exacto en el que ella aflojó los brazos y bostezó sonoramente. Elena nunca había bostezado delante de él porque decía que era de mala educación, sin embargo, él adoraba ver bostezar a su princesita con esa desprejuiciada libertad que, para su mala suerte, no la regía en todos sus actos. «¿Por qué cuernos es tan arisca?», se dijo frustrado.

—¿Tenés sueño? —le preguntó, besándole la frente.

—Bastante —le respondió ella, somnolienta—. Me voy a mi casa antes de que me duerma parada —agregó, besándolo en la mejilla.

—Quedate, quedate conmigo esta noche —le pidió él, con mirada suplicante—. Yo te prometo que no te toco, quiero dormir a tu lado nada más, como el día que nos conocimos, ¿te acordás?

Ella dudó por unos largos instantes.

—Está bien —dijo al final, sonriendo suavemente—. Voy a confiar en vos, pero primero le voy a mandar un mensaje a mami, para decirle que me quedo en lo de Malena, y otro a Male para que me cubra —continuó, sacando su celular antes de comenzar a escribir.

—Tenés veinte años, ¿qué necesidad hay de mentir? Estás conmigo y punto —protestó él.

—¡Cómo se ve que vos no conocés a mi mamá! Si le llego a decir eso, es capaz de venirse aquí y acostarse a dormir en medio de los dos —le respondió Mili, sonriendo y meneando la cabeza, alarmada.

«Con una madre así, ¡¿cómo no va a salir acomplejada la chica?!», pensó él, pero le dijo, resignado:

—Bueno, hacé como quieras.

Cuando ella terminó de escribir, sabiendo que había dejado a Malena con los pelos erizados de curiosidad, los dos se dirigieron a la casilla tomados de la mano. Se acostaron de costado, con la ropa puesta y mirándose de frente. Por la pequeña ventana abierta entraba un tenue halo de luz, corría aire fresco y podía escucharse el canto de los grillos camuflados en el pasto.

—Duermo vestida —le advirtió ella, señalándose la ropa, una musculosa blanca y un pantalón corto estampado y colorido.

—Te quiero —le dijo él con dulzura, acariciándole la cara.

—Y yo te estoy empezando a querer a vos —le respondió ella suavemente, mientras cerraba los ojos, ganada por el sueño.

Era de noche, estaban solos, abrazados y desnudos, ella se apoyaba contra la pared, en la parte más honda de la pileta. Se besaban y tocaban con frenesí, en tanto que levantaban ondas concéntricas a su alrededor. De repente, él no pudo más y, pasando sus manos por debajo de los muslos de la chica, la alzó y se entró profundo dentro de ella, que, con un suspiro de satisfacción, comenzó a moverse rítmicamente, siguiendo los movimientos de él... De repente, era de día y la pileta desierta estaba poblada de gente que los miraba con gesto de asombro y repudio. Milagros comenzó a retorcerse para soltarse y lo empujó y, en ese momento, Sebastián despertó.

«¡Dios santo, qué sueño tan vívido! ¡Por qué cuernos me he tenido que despertar!», pensó, confundido y enfurruñado. Estaba acostado boca arriba, transpirado, el sexo le latía y tenía una erección caliente y dolorosa. Estaba seguro de que había estado a punto de eyacular dormido, como le había sucedido algunas veces en la adolescencia. Giró buscando el celular y vio la hora, eran las cinco y media de la madrugada. Después, se puso de costado y la miró. Estaba de espaldas a él, como siempre, en posición fetal.

Se enderezó sobre un codo para observarle el rostro. Ella dormía profundamente, con un gesto pacífico y los labios entreabiertos. Pobrecita, con todo lo que había nadado ese día, estaría agotada. «¿Por qué no serás como la Mili del sueño, vos?», pensó quejoso. Vio que ella también estaba transpirada y, con cuidado, le apartó el pelo, que tenía desparramado sobre el cuello y los pechos, y lo volcó sobre la almohada. Como siempre, su perfume le llegó en oleadas que, sumadas a la excitación que no daba

señales de apaciguarse, lo trastornaron. Así que, olvidándose de su promesa de no tocarla, pegó su cuerpo al de ella y, pasando la mano por debajo de su musculosa, comenzó a acariciarle los senos con suavidad, porque no quería que se despertase y comenzara con sus reproches. Pero ella no despertó, por el contrario, comenzó a emitir gemidos suaves, al tiempo que él sentía cómo, al calor de sus manos, los pezones se le endurecían.

Al percibir la reacción de la chica él se volvió más osado, le desprendió el corpiño y le subió la remera para poder sentir su piel tibia contra su pecho. No se animó a quitársela por miedo a despabilarla. Sin embargo, sí se enderezó para sacarse su propia remera y, en un gesto de rebeldía pura, también el short y el slip hasta quedarse desnudo. Así, volvió a pegar su torso a la espalda de ella y continuó acariciando sus pechos en forma lenta. Sus gemidos roncós, cada vez más audibles, lo alentaron más y continuó bajando su mano, primero por su estómago, luego, por debajo de la ropa, por su vientre suave y liso y, al final, por el monte de Venus, después comenzó a tocarla con movimientos circulares. Ahí ella suspiró y se movió, y él se quedó estático. «¡Por favor, que no se despierte todavía!», rogó, ya que, al sentir sus dedos húmedos y el calor que emanaba de su sexo, supo con certeza que ella también lo deseaba, solo que ese falso sentido de fidelidad hacia su novio muerto la paralizaba. Esa vez no le iba a permitir pensar ni rechazarlo.

Así, esperó a que ella volviese a respirar con regularidad para reiniciar sus caricias. Luego de algunos minutos, cuando la sintió temblar y estremecerse al borde del orgasmo, le apoyó la mano en el vientre y la hizo girar despacio hasta ponerla boca arriba. Con sumo cuidado le sacó el pantalón y la ropa interior. Al acercarse a su vientre tuvo unos deseos enormes de besar su sexo hasta hacerla gritar, pero se contuvo, porque si se llegaba a despertar en eso, ahí sí que iba a armar un escándalo y chau planes. En cambio, se colocó entre sus piernas y, poniendo las manos a sus costados, cuidando de no apoyar el peso de su cuerpo sobre la chica, utilizó su glande, húmedo, caliente e hinchado, para continuar acariciándola de arriba hacia abajo, escuchando cómo sus gemidos aumentaban en intensidad, en tanto que ella levantaba sus caderas hacia él.

Cuando no pudo más, el dolor de los riñones y la excitación lo llevaron a introducirse lento en ella. Bueno, a intentarlo, ya que, al llegar a un punto medio, sintió como si una banda elástica los impulsase con fuerza de nuevo

hacia afuera. “¿Qué carajo pasa?”, pensó frustrado, En esa lucha estaba cuando ella despertó de golpe y, desorientada, exclamó:

—¿Qué hacés? —al tiempo que comenzaba a retorcer las caderas y empujarlo por los hombros para tratar de apartarlo.

—Esta vez no —le dijo él con tono decidido—. Por favor, mi amor, por favor —agregó mirándola fijo con gesto de ruego.

En la semioscuridad, Milagros lo contempló durante unos instantes, con todas las dudas y los miedos del mundo anidados en su pecho, pero luego, el amor que había empezado a sentir por él y su sangre encendida por sus caricias la rindieron y, sin pensarlo dos veces, alzó sus manos para tomar su rostro, áspero por la barba reciente, y comenzó a besarlo con pasión, dándole así un mudo permiso para continuar.

Entonces sí, sonriendo de dicha y agradecimiento, el joven se impulsó con fuerza dentro de la chica y sintió cómo, al fin, algo se rompía para permitirle el paso. El grito de ella le taladró los oídos y, en ese instante, Sebastián comprendió, y se quedó quieto y mudo del asombro.

—Me duele mucho —se quejó Mili, suspirando bajito, al tiempo que sentía el vientre acalambreado del dolor.

—No, quedate un rato quietita, relajá el cuerpo, es hasta que te acostumbres —le respondió él, antes de acariciarle la frente húmeda y besarla en la boca con ternura, mientras percibía que el abdomen de ella se había puesto rígido como una tabla.

—No me voy a acostumbrar nunca, esa cosa es muy grande —continuó ella tensa y con un hilo de voz, en tanto que lo tomaba de las caderas para intentar sacarlo.

—No es muy grande, es normal, lo que pasa es que estás asustada. Tranquila, por favor, relajate —le pidió él, con una mirada de profundo amor, al tiempo que le tomaba las manos para llevárselas a los costados, comenzaba a besarla en el rostro y el cuello, y le acariciaba primero los pechos y luego, bajando su mano entre los dos, el monte de Venus, para volver a excitarla, tratando de que olvidara el dolor. Por fin el círculo se cerraba y él entendía todo, no era solo fidelidad lo que ella sentía, era vergüenza y, sobre todo, miedo. Su princesita pueblerina sabía muchas menos cosas de las que él pensaba, y él había sido un tremendo idiota por no darse cuenta antes.

Minutos después, su paciencia y sus tácticas comenzaron a surtir efecto,

ya que ella relajó el cuerpo y comenzó a gemir despacito, en tanto que lo abrazaba y respondía a sus besos de nuevo, arqueando sus caderas hacia él en una muda bienvenida. En ese instante, Sebastián aprovechó para sacarle la remera y el corpiño, alzarle las piernas a los costados e introducirse más profundo en ella. Empezó a moverse, primero lento, luego cada vez más rápido, ciego a todo lo que no fuera ese placer enorme que se iba acumulando en el centro de su sexo y amenazaba con explotar. Cerca del fin, él apoyó sus manos a ambos lados y alzó su cuerpo por sobre el de ella, entrando y saliendo primero con más intensidad, para quedarse luego inmóvil y echar la cabeza hacia atrás, mientras de su garganta brotaba una mezcla de gruñido y gemido de alivio que la alarmó y asustó. “¿Le dolería algo a él también?” Pensó, pero no le dio tiempo ni a preguntar, porque se desplomó sobre ella, con todo el peso de su anatomía y la dejó sin aire.

Él estaba maravillado, había sido el orgasmo más intenso que había tenido en toda su vida y, por alguna razón, ya había sentido que con ella iba a ser así, mágico y sublime, como había sido siempre todo entre ellos. Con cuidado, se retiró de adentro de la chica, y volvió a recostar su cabeza sobre sus pechos, sintiendo una enorme paz.

Los pensamientos de Milagros discurrían por caminos distintos. Enojo porque se había despertado con esa cosa queriendo entrar dentro de ella cuando él le había prometido no tocarla; alivio porque todo había pasado y, en realidad, había descubierto que, al final, no era para asustarse tanto; desconcierto porque, después de que ese dolor lacerante remitió un poco y, cuando, a pesar de las molestias, estaba comenzando a disfrutar del placer de sentirlo dentro de ella, él se había quedado quieto y... nada... ¿Tanto lío para eso? Molesta, alzó su mano y, tomando un mechón de cabello de él, le dio un fuerte tirón.

—¡Aia! —lo escuchó lamentarse, lo que hizo que saliera de su pacífico letargo.

—¡Me hiciste trampa! —le reprochó ella con tono de enojo, en la semioscuridad del amanecer.

—Vos también —le respondió él, alzándose sobre los codos para no aplastarla y para ver cómo los ojitos de gata le brillaban de furia—. ¿Por qué no me dijiste que eras virgen? —continuó con tono de reclamo.

—¿Y vos por qué no me preguntaste? —le contestó ella en el mismo tono.

—¡Ah, bueno! —respondió él, quejoso—. ¿Y qué querías que pensara? ¿Qué

se supone que estuviste haciendo un año y medio con ese pobre pibe, jugando al ajedrez? —terminó, también inquieto.

Ella se enderezó, furiosa, en la cama, empujándolo para sacárselo de encima, al tiempo que le aclaraba:

—¡Siempre el mismo bruto! No te atrevas ni a nombrarlo. ¡Éramos chicos, ¿sabés? y Cristian no era tan desconsiderado como vos! —Mientras hablaba, comenzó a mirar hacia los costados buscando su ropa.

—¡Si yo no hubiese sido «desconsiderado», vos hubieras llegado virgen a los noventa! —le dijo él molesto, porque parecía que, en las comparaciones, el otro siempre salía oliendo a flores y él embarrado hasta los dientes.

—¡Ah, sí, como si fueses el único hombre en el mundo! —le gritó ella, arrodillándose en la cama, gloriosamente desnuda.

—Para vos sí, para vos soy y siempre voy a ser el único —le contestó el muchacho con tono más tierno, al tiempo que se arrodillaba también sobre el colchón para abrazarla y besarla con pasión, sintiendo un enorme orgullo por saber que había sido, no su primer amor, pero sí su primer hombre, y por Dios que, de verdad, pensaba ser el último.

Mientras él volvía a besarla y acariciarla por todas partes, ella sintió cómo esa cosa, a la que todavía no se animaba a ponerle un nombre, se ponía rígida de nuevo y se frotaba contra su entrepierna. Entonces se alejó, alarmada.

—¡Ah no, otra vez no, me duelen hasta las pestañas, paso!

—Está bien, no te asustes, quiero hacerte mimos nada más. —La tranquilizó el joven, abrazándola de nuevo con gesto dulce—. Lo que pasa es que este hace siempre lo que quiere —agregó, avergonzado y con tono cómico, señalando hacia su sexo.

—¡Mirá vos, así que ahora va a resultar que el único culpable de todo este zafarrancho es él! —le respondió ella, besándolo en el cuello con tono burlón, al tiempo que, por la ventana, comenzaban a filtrarse los primeros rayos del amanecer.

—Bueno, princesa, yo prometí portarme bien, pero vos no abuses —le dijo Sebas, quejoso, tomándola en brazos para volver a recostarla. Ahí la vio. Sobre la cama había una mancha de sangre del tamaño de un puño que lo asustó. Con preocupación se inclinó sobre su vientre, mientras le preguntaba con el ceño fruncido—: ¿Te duele mucho, estás muy lastimada?

Ella le dio un manotazo suave sobre la cabeza y cerró y arrolló las piernas

contra su cuerpo, avergonzada.

—Salí de ahí, ¿qué mirás? No me duele más, me late solamente —lo amonestó, poniéndose colorada como un tomate.

—No seas tan arisca, miro que no sigas sangrando —le contestó él, con gesto preocupado.

Ella siguió la dirección de su mirada, vio la mancha y frunció también el ceño.

—Dicen que es normal —comentó con tono bajo y dudoso.

—Y sí, pero ¿tanto? —continuó él preocupado.

—¡Y qué sé yo! El que deberías saber sos vos—le contestó ella, molesta y un poco asustada.

—No, mi cielo, yo nunca había estado con una chica virgen, así que de esto sé tanto como vos. ¿Querés que vayamos a un médico para que te revise? —le dijo él, intranquilo y ansioso.

—¡Ni se te ocurra que voy a abrir las piernas delante de otro hombre para que me vea ahí! ¡Suficiente por hoy! —exclamó ella alarmada, al tiempo que se levantaba buscando su ropa.

Él la tomó del brazo, para detenerla y hacerla recostar nuevamente.

—Quedate quietita y acostada, creo que así la sangre coagula mejor. Yo voy a buscar algo para lavarte —terminó, antes de levantarse y dirigirse hacia el baño. Allí primero se higienizó y luego humedeció una toalla, que llevó de vuelta y con la cual comenzó a limpiarla con pasadas suaves, mientras ella cerraba las piernas, se tapaba los pechos con las manos y miraba hacia la pared para no verlo desnudo. “¡Era la situación más abochornante que había vivido en toda su vida!”, pensó.

—Mi amor, ¿podrías abrir las piernas así puedo lavarte mejor? —le dijo el chico, tocándole el brazo con suavidad.

—¿Y vos podrías ponerte algo encima, por favor? —le respondió la joven, con los ojos fijos en la pared.

Sebastián la observó, comenzando a molestarse, pero luego comprendió que habían sido demasiadas cosas juntas para ella y no tenía que seguir tentando a su suerte, así que, en obediencia a su pedido, buscó su calzoncillo y se lo puso, luego continuó tratando de higienizarla:

—A ver, si cierro los ojos o miro hacia otro lado, ¿será posible que abras esas piernas un poquito? —le pidió ya exasperado.

—Bueno, si me miras a los ojos sin bajarlos nunca, te hago caso —le

contestó Milagros, con tono serio y las manos cruzadas con porfía sobre sus senos. Él clavó la vista en sus pupilas y, ella, con lentitud, comenzó a ceder, separando sus rodillas. El muchacho continuó lavándola lo mejor que podía sin verla, hasta que le dio un ataque de risa y exclamó:

—¿Sabés que vos estás muy, pero muy loca?

—La locura siempre busca compañía —afirmó ella, con una sonrisa traviesa.

Sebas aumentó las carcajadas.

—Es cierto, desde que te conocí no hago más que hacer una locura tras otra, debe ser contagioso —reconoció él, y la besó dulcemente en la boca.

—Son locuras de amor, las más hermosas —continuó ella, en tanto que lo miraba con ternura y lo abrazaba fuerte.

Al chico la garganta se le cerró de emoción. «¡Gracias, Dios mío, por haberme permitido encontrarla!», pensó. Como siempre, ella le cortó el romanticismo con un aullido estridente.

—¡Ay! ¡El colchón de tu tío, lo arruinamos! No voy a poder sacarle esa mancha, ¡qué vergüenza! —gritó la joven, mientras se incorporaba de nuevo en la cama, tapándose con las manos.

—No te preocupés, le compro uno igual y a este me lo guardo de recuerdo —le respondió él, volviendo a recostarla. Después, fue de nuevo hacia el baño, enjuagó la toalla, la escurrió y volvió a traerla junto con un trozo de algodón que encontró en el botiquín. Al pasar, juntó la ropa de ella y le alcanzó todo—. Tomá, ponete esto.

—Gracias —le contestó ella con una suave sonrisa, antes de hacerle señas de que se diese vuelta. Él la obedeció y se puso de espaldas, meneando la cabeza con gesto resignado.

—¿Puedo? —la interrogó dos minutos después.

—Podés —lo autorizó ella. Sebastián se dio vuelta y la vio ya vestida y de pie. Había hecho un bollo con las sábanas y las había puesto en el piso, y miraba la mancha en el colchón con preocupación.

—No te preocupes más —le dijo él, al tiempo que la abrazaba y la besaba en la coronilla.

—Es que no es solo eso lo que me preocupa, ¿Te cuidaste? —le preguntó, contemplándolo con el ceño fruncido.

¡Y él que había tenido la esperanza de que ella fuera tan inexperta como para no darse cuenta!

—No —le respondió, contemplándola con sinceridad.

—¿Por qué? —volvió a interrogarlo ella con angustia—. ¿Cómo pudiste olvidarte de algo tan importante?

—No es que me olvidé... No sé... Me atonté, no tuve ganas, qué se yo... —le contestó él, mirando hacia el piso con gesto avergonzado.

Milagros sintió que le ardían las mejillas de furia y le picaban los ojos por el deseo de llorar.

—¿Cómo que no tuviste ganas? ¿Tan poco te importo? ¿No te dije que yo era contraria al aborto? ¿Y si me hubieras dejado embarazada?

—Lo tenemos y listo —le respondió él, con un gesto despreocupado.

—¿Cómo que «y listo»? ¿Vos te olvidas de que trabajo con mi cuerpo y que con eso me pago la carrera? ¡Me faltan cuatro años para recibirme! ¿Qué hago con un bebé? —lo increpó la chica, alzando las manos ofuscada.

—Primero, no te alarmes tanto que, por una vez, no pasa nada. Además, si te casás conmigo no vas a tener que trabajar, y yo me puedo encargar de cuidarlo cuando vayas a estudiar —la tranquilizó el muchacho, tomándola por los hombros.

—Mirá, estudio Medicina, no me tomes por tonta. Una vez es más que suficiente, sobre todo estando a esta altura del ciclo —le aclaró ella, al tiempo que, mentalmente, hacía cuentas y llegaba a la conclusión de que estaba en plena ovulación. ¡Qué puntería! —. Y si lo pensás cuidar como te cuidaste vos, estamos en el horno —terminó, cruzándose de brazos con furia.

Él le tomó la cara entre las manos para apaciguarla y le dijo, mirándola a los ojos con ternura:

—No puedo creer que, después de pasar la noche más hermosa de mi vida, nos estemos peleando por esta pavada. Aflojá, querés.

A Milagros, esa declaración la conmovió y halagó.

—¿En serio fue la noche más hermosa de tu vida? —le preguntó avergonzada.

—Yo sé que a lo mejor para vos no es igual, pero para mí, hacer el amor con vos fue lo más grande que me ha pasado —le respondió él, abrazándola fuerte antes de hundir la nariz en su cabello. Luego se apartó para contemplarla con gesto arrobado.

«¡Qué bueno que, por lo menos, uno de los dos lo disfrutó!», pensó ella, irónica y frustrada.

Él debió leerle el pensamiento en el gesto, porque le dijo con picardía:

—Un día no muy lejano, a vos también te va a encantar y me vas a perseguir por todas partes rogándome que te haga el amor, vas a ver.

Ella frunció su nariz con incredulidad, sin saber lo premonitorias que iban a ser, en un futuro cercano, esas palabras.

Después, sacaron el cotín, dieron vuelta el colchón, colocaron sábanas limpias y volvieron a dormirse, abrazados y felices, hasta el mediodía. Ahí, Milagros subió a su moto y corrió hasta su casa a dar el presente, antes de que a su metiche mamá se le ocurriera llamar a Malena para ver por qué no llegaba.

La muchacha almorzó y se bañó como en una nube. Constantemente las imágenes de la noche volvían a su cabeza y la hacían sonreír y ponerse colorada todo en uno.

—¡Mili, estás volando, hijita! —le dijo Mara en un tono más alto, porque era la segunda vez que no le contestaba, ni tomaba el mate que ella le alcanzaba. Eran las cuatro de la tarde y estaban mateando en el quincho con su papá.

—No grites, mami, que me vas a dejar sorda —le respondió la joven, tapándose un oído.

—Te pregunté hasta cuándo se piensa quedar ese muchacho —insistió su madre, mirándola fijo.

—No sé, no me dijo, pero supongo que el treinta y uno lo irá a pasar con su familia.

—¿Recién el treinta y uno? ¡Nena, hace nueve meses que estamos esperando para tenerte en casa de nuevo, y, con la visita de ese chico, te la has pasado en el balneario—se quejó Mara—. ¿Por qué no lo traés esta noche a cenar, así lo conocemos? —agregó esperanzada.

Raúl contempló a su esposa, alzando las cejas.

—Vieja, son sus vacaciones, dejala que las pase con quien ella quiera. — Luego, dirigiéndose a Milagros, continuó—: No le hagas caso, hijita, cuando vos tengás ganas, lo traés, y si no, está todo bien.

—¡No está nada bien! En mis tiempos, a esas relaciones en las que el candidato no da la cara con la familia se les decía levante, y yo no crie a mi hija para que sea levante de nadie —acotó Mara, con tono firme.

—No seas antigua, mami, ahora las cosas son distintas —le respondió Mili, inquieta.

—Lo que pasa es que tu madre es una curiosa incurable y se muere de

ganas por conocerlo y hacerle hasta una radiografía bucodental —acotó su padre, sonriendo con picardía.

—¿Y eso qué tiene de malo, a ver? Cualquier madre se preocuparía por averiguar el tipo de persona con la que sale su hija. ¿O no? —le retrucó Mara, molesta.

—Sí, mamita, y “recién el día que yo también sea madre te voy a comprender” —le contestó la chica, imitándole el tono, al tiempo que se levantaba para abrazarla y besarla sonriendo—. Quedate tranquila, yo sé juzgar a la gente y te aseguro que Sebastián es una buena persona. ¿Podés confiar en mí alguna vez?

—Yo confío en vos, tesoro, lo que no sé es si puedo confiar en él —le dijo Mara preocupada, mientras la besaba también.

Esa tarde, a las cinco, la joven llegó en su moto al balneario y, al subir a la casilla, lo encontró cerrando sus bolsos. Al ver eso, se le cayó el alma al piso. ¿Se iba? Y claro, como decía muy bien el dicho, «pájaro que comió, voló». Uy, ya se estaba pareciendo a su mamá en lo malpensada.

—¿Te vas? —le preguntó ella con tono triste.

Él se dio vuelta para mirarla y los ojos se le iluminaron.

—¡Llegaste, bonita! Sí, me voy —le contestó, Antes de abrazarla y sentarse en la cama con ella en la falda.

—Pero si me habías dicho que te quedabas tres días más —le reclamó ella, casi haciendo un puchero de pura desilusión.

—Sí, ya sé, pero, por un lado, tengo algunas cuestiones urgentes que resolver allá, y, por el otro, yo me conozco. Si me quedo acá, no voy a poder sacarte las manos de encima, y vos necesitás curarte.

La chica lo contempló acariciándolo con ternura. «Pobre, él preocupándose por mí y yo imaginando siempre lo peor», pensó antes de contestarle:

—Está bien, andá. Además, mis padres se van a poner muy contentos, ya estaban rezongando porque me vieron poco en estos días.

—Por eso, quedate así te reponés. El treinta y uno brindamos cada cual con su familia y el primero, tempranito, te vengo a buscar en el avión y nos vamos los dos para Buenos Aires, ¿te parece? —le preguntó él, tocándole la nariz con la suya.

Ella lo miró fijo a los ojos y le dijo con tono serio:

—Te quiero mucho, ¿sabés?

—Yo te quiero más —le respondió Sebastián, dándole un beso suave y emocionado, al darse cuenta de que, por fin, ella había reconocido su afecto hacia él.

A la joven las pupilas se le nublaron de lágrimas. ¡Cristian siempre le decía esa frase! Con un nudo en la garganta, le preguntó:

—¿Por qué me dijiste así?

Él se alzó de hombros y le contestó:

—No sé, me salió, nunca había dicho eso antes. ¿Será porque nunca quise a nadie tanto como te quiero a vos? —Después la observó, serio, extrañado y preguntándose por qué ella había vuelto a poner esa mirada tan triste y ajena—. ¿Pasa algo? —agregó con preocupación.

—No, nada mi vida —le respondió la muchacha, pensando que, a lo mejor, en su inconsciente, Cristian le había dictado esa frase para hacerle ver que aprobaba su relación con Sebas, o algo peor, tal vez lo había hecho para recordarle que su alma seguía allí, paralizada por la muerte en sus eternos diecisiete años, mientras ella empezaba, lentamente, a olvidarlo. Ella lo abrazó fuerte y él presintió que, lo que fuera que la hubiese entristecido, tenía que ver con ese chico.

Sebastián se fue con su casilla a cuestas, sonriéndole en tanto que ella lo saludaba moviendo la mano. Milagros sintió un vacío enorme al verlo partir y antes de ponerse a llorar, como presentía que iba a pasarle si se quedaba en el predio cuando él ya no estuviera, decidió ir a tomar unos mates con la trastornada y ocurrente de Malena, que de seguro le mataba la tristeza a fuerza de carcajadas.

—¡Me contás ya mismo lo que pasó anoche! —le dijo su amiga a los gritos, al tiempo que la recibía con los brazos abiertos.

—¡Callate, loca, que se va a enterar todo el barrio! —le respondió la rubia, en voz baja y mirando hacia todas partes.

—Entonces, algo pasó, ¿me contás ya! —exclamó la pelirroja, antes de tomarla de la mano y conducirla hasta su habitación—. No te hagas problema, que mis viejos están trabajando y el tarambana de mi hermano todavía duerme con el aire prendido, y con el quilombo que hace ese armatoste viejo, ni se enteró de que llegaste. Contá —insistió observándola con curiosidad.

—Son cosas privadas, Male, me da vergüenza —le respondió Milagros, incómoda.

—¡Ay, entonces lo hicieron! ¡Hurra, al fin! ¡Te felicito! ¿Y? —terminó su amiga, apretando sus manos y contemplándola fijo.

—¿Y qué? —preguntó la rubia, haciéndose la desentendida.

—¿Cómo que qué? ¿Te gustó? —Mili frunció la nariz en un gesto poco alentador—. Y sí, nunca es lindo la primera vez. No importa, ya te va a gustar —terminó Malena, dándole tres palmaditas suaves sobre el dorso de la mano con gesto de experta y repitiendo, sin saberlo, las mismas palabras que le había dicho Sebastián—. ¡Y ni te cuento cuando tengas sexo oral, es lo mejor después de las milanesas con papas fritas! ¿O ya tuviste? —agregó su amiga, que amaba comer, lo cual se evidenciaba en su cara y sus caderas redondeadas.

—¡Pero no, Male, cómo se te ocurre! Además, ¿no sabés que es de mala educación andar husmeando en la privacidad ajena? —le contestó Milagros, completamente abochornada y con las mejillas al rojo vivo.

—¡No me importa, soy una husmeona profesional! ¡Vamos, contame! —insistió Malena, abriendo los ojos con cómica curiosidad.

—Y qué sé yo, me desperté y él ya estaba casi adentro mío.

—¡Entonces te forzó! —dijo su amiga, alarmada.

—¡No! Yo le di permiso.

—Bárbaro, de todos modos, está bueno que te haya apurado un poco porque si no, ¡vos ibas a terminar criando murciélagos ahí adentro! —aseguró la pelirroja, más tranquila al notar que su primera vez no había resultado una experiencia traumática para su querida amiga.

—¡Ay, sos un aparato! —exclamó Milagros riéndose a carcajadas—. Contame vos ahora, ¿cómo terminaste el año escolar? —agregó, para cambiarle de tema, haciendo referencia a los estudios de maestra jardinera de Malena.

—¡Arañando las paredes, no sabés! En noviembre me mandaron a hacer ayudantías, yo estaba ilusionada con el cuento de enseñarles los primeros números y letras a esas pequeñas y adorables criaturas, ¡pero no! Me pasé un mes con el trasero hacia arriba, limpiando mocos, atando cordones y escuchando gritar a esos enanos como unos desaforados. Ni te cuento cuando a alguno se le ocurría hacer caca. ¿A quién te crees que le tocaba limpiarles la colita? ¡Un asquito! —le soltó Male todo de un tirón, y con cara de desquiciada.

—¡Pobre! ¿Qué salita te tocó? —le preguntó Mili riéndose a carcajadas.

—La de tres. No te rías, guacha, y decí que culminó el año, porque si no, iba a terminar cometiendo un infanticidio múltiple. Me ibas a ver, pero en los diarios —le respondió Malena, abriendo grandes los ojos.

—No será para tanto —la consoló Milagros, más calmada, mientras se limpiaba las lágrimas que provenían de la risa.

—No sé, me parece que erré la carrera. Creo que, definitivamente, esos piojitos no son para mí —le contestó la pelirroja con gesto reflexivo—. Si me hago estirar los huesos y bajo unos treinta kilos, ¿no me recomendás para modelo? —terminó, codeándola con gesto cómplice.

Mili la abrazó fuerte y las dos terminaron riendo a mares. Como siempre, su amiga del alma la colmaba de alegría y le hacía olvidar todas las penas.

Para Sebastián, en cambio, las cosas fueron más complicadas. Esa misma noche, después de cenar, les dijo a sus padres que tenía que hablar algo importante con ellos y se sentaron los tres en el *living*. Él los miró con fijeza y seriedad antes de comenzar.

—Necesito que suspendan los preparativos para la boda, voy a dejar a Elena.

—¿Cómo que vas a dejar a Elena? ¿Te volviste loco? ¿Por qué? —se alarmó Pedro, que no estaba enterado de nada, ya que su esposa había respetado la palabra dada a su hermano de no contarle.

—No, papá, nunca estuve más cuerdo en mi vida. Estoy enamorado de otra chica —le respondió el joven, seguro, al tiempo que sentía la mirada de su madre taladrándole los ojos con furia.

—¿Otra chica? ¿Qué chica, desde cuándo? —preguntó su padre desorientado, mientras sentía una fuerte pulsación en las sienes—. ¿Isa, me podés traer la pastilla de la presión? —agregó contemplando con desamparo a su mujer. Ella se levantó en silencio y se la trajo, junto con un vaso de agua, que él se bebió completo en tanto que la tragaba.

«Lo único que me falta es que le dé un patatús al viejo», pensó Sebas preocupado, luego le contestó:

—La conocí hace quince días, se llama Milagros, tiene veinte años, estudia Medicina y es modelo.

—¿Cómo que hace quince días? ¿Vas a dejar a la mujer con la que estás de novio desde hace siete años por una chica que conociste hace tan poco tiempo? —El padre seguía haciendo preguntas, tratando de entender—. ¿Vos tuviste en cuenta las consecuencias que puede traernos todo esto? Tenemos

una amistad de veinte años con la familia de Elena, muchos negocios en común. ¿Qué hago yo si Osvaldo decide romper la sociedad y vender sus acciones? Vos sabés que hemos estado haciendo inversiones grandes, no estamos en condiciones de comprar... Además, yo te crie para que fueras una persona de palabra, hijo. ¿Qué es esto? Ya está el salón contratado, las invitaciones, el servicio. ¿Me querés decir qué cuernos le decimos a nuestras amistades? Va a ser un escándalo —continuó Pedro, respirando agitado y poniéndose rojo.

—Y todo por una modelo que, de seguro, es una buscona trepadora... — terminó Isabel.

—¡Basta, mamá! —la interrumpió Sebastián, molesto.

—¿Y qué querés que piense de una mujer a la que no le importa quitarle el novio a otra al pie del altar? —le gritó su madre, furiosa.

—¡Basta, no sabés nada! Mili no es ninguna buscona, es la chica más buena que conocí en mi vida, y era virgen hasta ayer. Además, no sabe nada de Elena. Es más, si de mí depende nunca lo va a saber. Si querés tomártelas con alguien, tomatelas conmigo, el único hijo de puta que hizo todo mal acá soy yo. —Comenzó enojado y terminó con gesto abatido, mientras apoyaba los codos en la mesa y se tomaba la cabeza con las manos, más angustiado por todas las verdades que le había recordado su padre que por los insultos de su madre. Ellos se quedaron contemplándolo en silencio, con la boca abierta.

—¡Gracias por la parte que me toca! —le dijo Isabel, ofendida, cuando pudo recuperar el habla.

—No lo dije por vos, mamá, lo dije por mí —le respondió él chico, con tono de disculpa.

—Ya lo sé, pero decime, ¿qué se supone que tenemos que hacer tu padre y yo con todo esto? —le preguntó ella con angustia e impotencia.

—Nada, aguantar y tragar vergüenza, otra no queda —afirmó Pedro, levantándose lento y apoyando una mano en el hombro de su mujer, al tiempo que observaba a su hijo con honda decepción y tristeza.

A Sebastián, el comentario y la mirada de su padre le provocaron un profundo dolor, ya que, desde pequeño, lo había mirado con un gran orgullo. Eran compinches inseparables, le había enseñado todo lo importante que un hombre necesitaba para moverse en la vida, con infinitas paciencia y sabiduría. Desde chico, lo había tapado en muchas diabluras y

jamás le había puesto una mano encima, sin embargo, con una sola mirada le había impuesto más respeto que todas las zamarreadas y tirones de pelo de su madre. Por eso le dolía tanto haberlo decepcionado. Con un nudo en la garganta, se levantó de golpe, rodeó la mesa y lo tomó del brazo.

—Perdoname, papá, de veras te lo pido. Me duele muchísimo hacerles esto, pero ¿qué querés que haga? ¡Me enamoré! ¿Vos la hubieses dejado escapar a mamá cuando la conociste si te hubieras estado por casar con otra?

Su padre lo miró unos segundos en silencio, luego le respondió:

—No, pero ¿sabés una cosa? Yo no hubiese ni hablado con otras mujeres cuando estaba a punto de casarme con una. En la pareja hay que tener códigos, hijo, y vos los rompiste a todos.

—¿Y qué hubiesen preferido ustedes? ¿Qué no hubiera hablado jamás con Milagros y me casase con Elena, para pasarme toda una vida siendo feliz a medias, engañándola con cuanta loca se cruzaba porque lo que tenía con ella no me llenaba? —les dijo el muchacho con rabia, respiró hondo y luego continuó—: Yo sé que no tengo derecho a pedirles que confíen en mí, después de que he sido un mujeriego toda mi vida, y que quince días es poco tiempo, pero les juro que, desde que conocí a Mili, me da hasta asco la idea de tocar a otra chica que no sea ella. Jamás nadie en la vida me hizo sentir tan pleno, ¡y por Dios que no voy a renunciar a ser feliz ni por ustedes, ni por Elena, ni por los negocios, ni por nadie!

Ya más calmo, apoyó una mano en el hombro de su padre, mientras las lágrimas que tenía agolpadas en la garganta comenzaban a correr en libertad por sus mejillas sin rasurar.

—Lamento profundamente decepcionarlos, viejo, pero un tren como este pasa una sola vez en la vida, y yo me subo, papá. Me subo aunque el mundo se venga abajo. —El joven palmeó dos veces en el hombro a su padre y salió caminando hacia su habitación. No le gustaba llorar delante de nadie, ni siquiera de sus padres. La voz de su madre lo detuvo a mitad de camino:

—¿Y qué vas a hacer ahora? Porque me imagino que no pensarás dejar a Elena por teléfono, se merece un poquito de respeto después de tanto tiempo, ¿no te parece? —le dijo con los labios temblando de tristeza por todo. Por su nuera a la que quería como a una hija, pero también por el dolor de su marido y de su hijo ya que, conociendo a Pedro y su arraigado sentido del honor, presentía que iba a tardar mucho tiempo en recomponer su relación con Sebastián.

—No te preocupes vieja, primero la voy a llamar y le voy a pedir que vuelva. Aunque sea un sinvergüenza, todavía me queda algo de dignidad para dar la cara y hacerme cargo de las macanas que me mando —le respondió el muchacho, de espaldas, antes de seguir a tranco largo hacia su habitación.

—Llamá a la oficina, Isabel, hoy me quedo en casa. No me da la cara para mirar a los ojos a Osvaldo —le pidió Pedro, refiriéndose a su socio y consuegro, en tanto que recostaba la cabeza en el sillón y cerraba los ojos con un cansancio sideral, sintiendo que, en diez minutos, había envejecido cien años. Su esposa hizo lo que le pedía y luego se sentó a su lado, lo abrazó por la cintura, apoyó la cabeza en su hombro y lo observó en silencio. Su Pedro, tan idéntico a su hijo que, si no fuese por las señales que el paso de los años le habían ido dejando en forma de canas, arrugas y una incipiente pancita, serían dos gotas de agua. Luego de unos minutos se enderezó, lo miró fijo y citó un viejo refrán que compartían.

—Hijos chicos, problemas chicos...

—Hijos grandes, problemas grandes —terminó de citar él, con una sonrisa triste y resignada, la misma con la que había sabido encarar y sobrellevar todos los problemas de su vida. A continuación, la besó en la frente y la abrazó.

Catita, que había estado escuchando todo el griterío detrás de la puerta, no aguantó más la emoción y apareció por el fondo, limpiándose las lágrimas con los dedos, después se sentó al lado de ellos en el sillón, mientras decía con tono acongojado:

—¡Ay, señora, qué desgracia tan grande, nos salió torcido el nene! —Luego continuó llorando, en tanto que se sonaba ruidosamente los mocos con el delantal.

Isabel quedó hecha un sándwich entre los dos. Quería retar a Catita por su manía de escuchar a escondidas y opinar sin tapujos sobre la familia, y tenía unas enormes ganas de ponerse a llorar ella también, pero luego la situación le resultó tan delirante que, mirando fijo a Pedro, comenzó a reírse a carcajadas hasta ahogarse y al final, contagió también a los otros dos.

—Ya estamos viejos para estas cosas —comentó él, al tiempo que le palmeaba la espalda para tranquilizarla, entre risas.

Una hora después, Sebastián, luego de llamar a Milagros para asegurarse de que seguía feliz e ignorante de todo, entre los suyos, juntaba coraje para

realizar una segunda llamada, esta vez internacional.

—Hola, ¿Elena? —dijo él, inspirando para calmarse.

—¡Hola, mi vida, qué alegría escucharte! ¡Te extraño tanto! ¿Ya volviste de tu viaje?

La voz de ella le sonaba rara y distante. ¿De qué viaje le hablaba? ¡Cierto que había inventado que se iba al norte por cinco días debido a negocios, para no responderle el teléfono, justificándose en que allí no había señal! Había estado inventando tantas mentiras en esas últimas semanas que ya ni se acordaba de cuál era la última.

—Sí, volví hace unas horas. ¿Cómo estás? —le preguntó para hacer tiempo, mientras se rompía la cabeza buscando la mejor manera de encararla.

—¡Bárbaro! Lo del vestido ya está encaminado, pero en lugar de comprármelo hecho, se lo di a una diseñadora que es lo más chic de Francia. Viste que te dije que no me convencía ninguno, así que ya me tomó las medidas y está trabajando en forma exclusiva en él para terminarlo más pronto. Además, tiene cuatro chicas más dedicadas a la pedrería y el bordado, va a quedar divino —le contó ella, entusiasmada.

Al tiempo que la escuchaba, él sentía cómo el estómago se le iba estrujando. «¡Putá madre! No estoy enamorado de ella, pero le tengo mucho afecto, y hacerla sufrir me corta al medio».

—Elena, surgió un problema, necesito que te vuelvas lo más pronto posible para Argentina —le soltó incómodo.

—¡Ay, mi amor, no puedo! Si es algo de la organización de la fiesta, decime por teléfono y vemos cómo hacemos —le contestó ella, preocupada.

—No es de la fiesta, es algo que tenemos que hablar personalmente. ¿Podés venir? —insistió nervioso, en tanto que tamborileaba con los dedos sobre la mesa.

—¡Ay, Sebas, cuando te digo que no puedo es literal! Estoy viajando en un crucero por las costas del Mediterráneo. Es un sueño, no sabés. Como el vestido tenía para dos semanas, Celine, mi amiga francesa, ¿te acordás?, me invitó a conocer las islas del Egeo. Es un viaje increíble que siempre había querido hacer, solo que no pude avisarte porque estabas incomunicado —le respondió ella, hablando rápido, como siempre que se ponía muy nerviosa.

—¿Y para cuánto tenés? —le preguntó él, mirando hacia el techo con gesto de impotencia, mientras caminaba de un lado al otro con ganas de dar el celular contra el piso.

—Para quince días más. ¿Por qué estás tan preocupado? ¿Pasa algo grave? Contame, por favor —le pidió con tono alarmado.

—No, no es nada grave, puede esperar —le contestó él, dando un puñetazo de frustración sobre la mesa. Encima que pensaba dejarla, no iba a ser tan hijo de puta de arruinarle también el viaje con el que siempre había soñado. Que lo disfrutara, pobre, total, ya le había dado órdenes a su madre de que frenara todos los preparativos hasta que Elena volviera.

—No, si querés que vuelva, es algo importante, ¿me contás? —insistió ella, con tono de ruego.

—No, Ele, disfrutá de tu viaje, no es nada que yo no pueda resolver. Cuando regresés, lo hablamos personalmente —le respondió Sebastián, tratando de aparentar un tono calmo.

—¿Seguro? —le preguntó ella con tono mimoso—. ¿Cómo te estarás portando vos, allá sin mí? —continuó con timbre de sospecha.

—No te preocupes, pasala bien y dale mis saludos a Celine. ¡Ah, Elena, me olvidaba! A partir del primero tengo que volver al norte por una semana a cerrar ese negocio que te conté, así que voy a estar incomunicado —le informó él disimulando la rabia. ¡Hasta cuándo iba a tener que seguir embarrando la cancha con macanas! ¡Estaba harto de engaños y mentiras! Pero su madre tenía razón, no podía ser tan basura de dejarla cuando estaba sola y a miles de kilómetros de distancia.

—¿Otra vez? ¡Pero yo te extraño más si no te escucho! —protestó ella con acento de queja.

—No te preocupés, los días pasan volando. Divertite mucho, adiós —le respondió el muchacho en tanto que le cortaba.

—Chau, amor —le dijo ella con tristeza, mientras pensaba que él ni siquiera había esperado a que ella le contestara para cortarle. ¿Qué estaba pasando con Sebas? ¿Habría vuelto a las andadas? ¿Y por qué no había querido contarle? La angustia hizo que las manos comenzaran a temblarle descontroladamente.

—¡Elena, vení que ya se avista la isla de Creta, es preciosa! —le gritó Celine desde lo alto de la proa del barco. Ella dejó el celular con una mueca de enojo y subió las estrechas y lujosas escaleras hasta llegar adonde se encontraba su amiga.

—Es cierto, es una belleza —aseguró al tiempo que, haciéndose sombra con la mano para poder ver mejor, se olvidaba momentáneamente de sus

sospechas y preocupaciones.

Los días siguientes fueron difíciles para Sebastián. Sus padres ni siquiera le dirigían la palabra. Hasta Catita, que siempre era tan cariñosa con él, ahora lo miraba con gesto de reproche y le respondía con monosílabos. De golpe, parecía que estuviera apestado. Sospechaba que sus hermanas todavía no sabían nada porque seguían tratándolo con cariño, sin embargo, pensaba que eso les iba a durar solo hasta que se enteraran, ya que ellas también querían mucho a Elena. Su único consuelo eran las largas conversaciones que mantenía con Mili, a la que llamaba religiosamente todas las noches, para que le dijese lo que había hecho durante el día. Le encantaba escuchar su voz grave y modulada, y el entusiasmo con el que le contaba las cosas más triviales, por ejemplo, que tenía las yemas los dedos lastimadas de tanto pelar duraznos, ya que a la tirana de su nueva suegrita se le había ocurrido hacer dulce en toneladas para aprovechar la fruta. La chica también había pintado su pieza de un tono rosa suave y estaba haciendo limpieza general para esperar el 2015 con la casa impecable. Era muy hacendosa su princesita pueblerina, y realizaba cualquier tipo de trabajo con la mayor alegría, lo cual hacía que estuviese más orgulloso aún de ella. Lo hizo descostillar de la risa con las peripecias de Malena como maestra jardinera y con las andanzas de Lola, la perrita labradora de Costanza, que ya se había robado y masticado las ojotas de toda la familia, motivo por el cual su amor andaba con una ojota de cada color, una suya y una de su madre, las que habían logrado sobrevivir a los dientes de la terrible cachorra. Él anotó en su mente comprarle dos pares nuevos, ya que no le parecía bien que la dueña de su corazón anduviese por la vida hecha una zaparrastrosa. Como el horno no estaba para bollos, no se había animado a pedirle la avioneta a su padre, así que le había dicho a Milagros que, como la necesitaban en la empresa, iba a ir a buscarla, pero en el auto, y ella se había comprometido a preparar el equipo de mate para ir tomando por el camino. Cuando él le preguntó si ya se había repuesto, ella le dijo que sí y le cambió rápido de tema. Sebastián cerró los ojos sonriendo, casi podía ver el color rosado fuerte que deberían haber tomado sus mejillas. En ese aspecto, sospechaba que haber tenido relaciones íntimas no le había modificado ni lo tímida ni lo asustadiza. Iba a tener que ir muy despacio y actuar con mucha paciencia para poder recuperar su confianza. «¡Con las ganas que tengo de ir directo a los bifés ni bien vuelva a verla!» pensó, y se excitó al instante con solo recordar la

belleza de su cuerpo desnudo al amanecer o el sonido de sus gemidos graves. Quería tener todo eso de nuevo y lo quería pronto, pero sin hacerle trampas ni asustarla, esa vez tenía que ser perfecta. También iba a tener que ser muy cuidadoso para que ella no se enterara de lo de Elena hasta que él pudiese resolver esa situación, ya que, al no tener que usar más la bota y al finalizar su licencia, iba a volver a su trabajo y cualquier infeliz podía contarle de lo de su futura boda. Conociendo sus valores éticos y morales, sospechaba que Milagros jamás le iba a perdonar un engaño así, y lo iba a mandar a freír churros en menos de lo que cantaba un gallo. Era como un complicado juego de ajedrez en el cual tenía que pensar muy bien cómo mover sus peones porque, si se descuidaba, le iban a hacer jaque mate, y «a llorar a la iglesia».

Todos los años pasaban el treinta y uno en una fiesta en el country de sus futuros ex suegros, pero en este, Isabel, con la excusa de que Lucía los había invitado a su hogar, se negó a ir. Así que fueron todos a la casa de su hermana. A diferencia de la del veinticuatro, fue una reunión muy sencilla e íntima, solo estuvieron sus padres, su tío Marcos, sus hermanas y sobrinos, los suegros de Lula y, por supuesto, el santo varón de su marido que era el encargado de hacer el asado. Viet y Nam actuaron más civilizadamente, ya que se habían pasado todo el día nadando en la enorme pileta de sus abuelos y estaban fusilados de puro cansancio.

Faltando cinco minutos para las doce, su hermana Lucía se acercó a él y le dijo en voz baja, con ironía:

—Si tenés alguna macanita más para mandarte en el dos mil catorce, apúrate que ya se te termina.

¡Su madre, cuándo no! «Tanto trabajo le cuesta quedarse callada», pensó, mirándola molesto, luego giró hacia su querida hermanita y exclamó con tono amenazante—: Mira, Lula, un día de estos te voy a agarrar esa lengua venenosa que tenés...

—Y me la vas a cortar —terminó ella, sonriendo con sorna mientras bebía—. Igual a vos te va a ir peor, porque cuando se entere tu suegro, te castra —agregó, al tiempo que le daba un beso suave en la mejilla—. ¿No me mostrás una foto? —continuó con tono curioso y zalamero.

—¿De quién? —le preguntó él, haciéndose el desentendido, porque la alusión a sus testículos en peligro le había provocado hasta un dolor físico.

—¿Cómo que de quién? De esa supuesta beldad que te hizo tirar al diablo

siete años de noviazgo. Vamos, mostrame el celular —terminó, en tanto que le metía la mano en el bolsillo trasero para sacárselo—. ¿Y? —lo conminó, abriendo grandes los ojos y alzando las cejas.

—Un día de estos, Lula, un día de estos... —le dijo él con tono amenazante al tiempo que le quitaba su teléfono móvil y comenzaba a buscar las fotos que Malena les había tomado juntos en el balneario y las que le había sacado él a Milagros cuando estaba distraída. Su hermana comenzó a verlas con gesto asombrado.

—¡Decime ya mismo que esas tetas son compradas! —exclamó Lucía, abriendo más los ojos mientras ampliaba la imagen.

—No, son naturales y tibiecitas, no plásticas y frías como deben ser las tuyas —le respondió él burlón, aludiendo a sus pechos recientemente operados.

—Con razón no querés saber más nada con Elena, esta chica es una preciosidad. ¡Dan ganas de fumigarla! —finalizó ella con un tono de admiración y envidia.

—Permiso —dijo Sofía y, asomando la cabeza entre los dos, miró las fotos con atención—. Es hermosísima —agregó con suavidad—. ¿Es buena persona? —continuó, preocupada por el nuevo rumbo que su adorado hermano estaba tomando.

—Sí, Sofi, es tan buena como vos—le respondió Sebastián, abrazándola con suavidad.

—¡Dame que se la quiero mostrar a los viejos! —dijo Lucía, antes de quitarle el celular y correr hacia sus padres, con el mismo gesto ladino que ponían sus hijos cuando estaban haciendo alguna travesura.

Sebas la miró con enojo.

—Digo yo, Sofía, vos que sos más grande, ¿no te acordás si esta piba se golpeó la cabeza de chica? —preguntó luego, con voz lo suficientemente alta como para que Lucía lo oyese.

—Eso no, pero recuerdo que se la pasaba mordiendo los barrotes blancos de la cuna, y tienen titanio —le respondió su hermana mayor, también en voz alta, continuando la broma, mientras apoyaba su dedo índice en su sien y lo hacía girar.

—Ah, debió ser eso, nomás —agregó él, observando fijo a Lucía, que les respondió despeinándose, cruzando los ojos y sacándoles la lengua, todo a un tiempo, en tanto que huía con el teléfono en mano como trofeo de

guerra.

«Y después Milagros se atreve a quejarse de que su familia es peor que la de los locos Adams. Le voy a presentar a la mía así se siente realizada», pensó él con una sonrisa torcida.

Mientras tanto, Lucía llamaba aparte a sus padres para mostrarles las fotos. Pedro las miró con atención. En la primera aparecían los dos, Sebastián con ella en brazos y un campo verde lleno de jóvenes de fondo, mirándose los dos y riendo a carcajadas. En la segunda, también de cuerpo entero, aparecían tomados de la mano al borde de una pileta. En la tercera, mismo lugar, pero ella tenía el cuerpo inclinado hacia adelante y una pierna como tratando de escapar, y él aparecía detrás de ella, también inclinado y con un brazo alrededor de su torso como reteniéndola para que no huyese, riendo de nuevo los dos. La cuarta era un plano medio de sus caras, cuando estaban acostados boca abajo, tomando sol, con los brazos doblados y apoyados sobre el cemento de la pileta y contemplándose con ternura uno al otro. La última era una obra de arte, se veía un primer plano del rostro de la chica. Miraba a lo lejos con una expresión lejana y triste, con los colores del atardecer dibujados sobre la laguna de fondo. Ahí podían apreciarse mejor lo tupido y largo de sus pestañas, el verde esmeralda de sus ojos, la perfección de su nariz, el dibujo delicado de sus labios llenos. Sin dudas, esa chica tenía un cuerpo de sirena, pero esa carita era especial, podía entender la atracción de su hijo hacia ella, y algo en sus gestos le decía que era una buena persona.

Isabel, en cambio, luego de observarla y reconocer que, aunque le costara aceptarlo, esa chica era más hermosa aún que sus propias hijas, centró su atención en el rostro de Sebastián. Marcos tenía razón, había tanto amor en su mirada, tanta alegría en sus ojos y sus gestos cuando estaba con ella, que se arrepintió de haberle dicho todas esas cosas. Presentía que, si quería seguir conservando intacto el amor de su hijo, iba a tener que aprender a llevarse bien con esa jovencita. Pero primero había que capear el temporal que se les venía encima con la ruptura del noviazgo con Elena.

Para Milagros habían sido días felices, había trabajado mucho junto a su mamá, disfrutado de su sobrinita, cocinado para sus hermanos, chismorreando con sus cuñadas, comprado regalitos para los futuros bebés a

escondidas de Costi y mateado con todos, pero ya estaba extrañando a Sebastián, y tenía ganas de volver a su departamento para disfrutar de la calma y la intimidad de su única compañía.

Ese día, el primero de enero de 2015, luego de pasar por el cementerio a dejar un ramo de jazmines, que había tomado del jardín de su papá, en la tumba de Cristian, esperaba ansiosa y con los bolsos preparados el arribo de su novio. Le había dado por teléfono las indicaciones de cómo llegar hasta su casa, y ya había mirado el reloj por tercera vez para corroborar que eran las cinco y cuarto, cuando sintió la inconfundible frenada de su auto y salió corriendo a recibirlo.

Al llegar, él observó la casa. Era un sencillo chalet a dos aguas, pintado de blanco y gris hielo, con grandes ventanales de madera, rejas negras al frente y un pequeño parque al costado con diferentes tipos de plantas, frutales y decorativas, y flores de diferentes formas y colores, que su futuro suegro cuidaba con esmero, según le había contado Milagros. «Sencillez, armonía y belleza, como ella», pensó él. Luego la vio salir y correr hacia él, con el cabello suelto y un sencillo vestido corto de algodón, y ya no pudo ver nada más que no fuera ella. La había extrañado tanto. Se llenó los ojos con su imagen fresca y sonriente mientras el corazón comenzaba a latirle con fuerza. No había podido regresar a ella siendo un hombre libre, como se lo había propuesto cuando la vio por última vez, y le rogaba a Dios que ella no se enterase de nada hasta que él pudiese resolver su situación con Elena. Abrió la puerta, se bajó y caminó también hacia Milagros, después la abrazó fuerte, sintió como ese perfume que lo volvía loco volvía a impregnarle las fosas nasales y, por primera vez, tuvo un miedo visceral de perderla.

Ella también lo abrazó al inicio, y luego se apartó un poco para tomarle la cara entre sus manos y besarlo con suavidad en la boca, beso que, como siempre, él iba a aprovechar para incrementar cuando vio, por el rabillo del ojo, a su cuñado menor, parado en el dintel de la puerta de rejas, cruzado de brazos y mirándolos fijamente. Con todo el dolor de su alma, la soltó y, tomándola después de la mano, se dirigió hacia Santiago.

—Hola, soy Sebastián, encantado de conocerte —le dijo con tono formal, ofreciéndole la mano.

—Santiago, espero poder decirte lo mismo dentro de un tiempo —respondió su cuñado con tono solemne, estrechando la mano que él le brindaba, luego de dudar unos instantes.

—¡Santi! —le dijo Milagros con tono de queja.

Sebas recordó que los aspergianos tendían a decir lo que pensaban sin ningún tipo de filtros, y decidió dejar pasar el comentario casi ofensivo, recordando el enorme afecto que su chica profesaba por ese hermano.

—¿Cómo estás? —le preguntó al otro, tratando de romper el hielo.

—Bien, por ahora —le respondió Santiago, serio y observándolo fijo.

Mili se acordó de que, cuando se ponía nervioso, volvía a usar ese tono robotizado y monocorde de su niñez, así que, para tranquilizarlo, lo tomó del brazo y, al tiempo que lo llevaba hacia adentro, le pidió:

—Vení, Santi, ayudame a cargar los bolsos.

Sebastián se quedó cruzado de brazos y apoyado sobre su auto, pensando en que era mejor que no lo hubiese invitado a pasar, ya que, conociendo su actual situación de bígamo, le iba a resultar muy difícil mirar a la familia de ella a la cara. Se sentía como «el perro que tumbó la olla», otro dicho campero que se le había pegado de su princesita, y estaba tratando de tapar los destrozos tirando tierra arriba con la patita a toda velocidad, pensó con gesto cómico, mientras veía que no era su día de suerte, ya que los padres de ella y Costi salían en patota de la casa con la intención de saludarlo.

—Raúl —le dijo su suegro, tendiéndole una mano con una sonrisa. El chico notó que el hombre tenía el mismo color de ojos y el mismo brillo en la mirada de su Mili.

—Sebastián, un gusto conocerlo —le respondió él con tono respetuoso, al tiempo que le estrechaba la mano con fuerza.

—Mara, encantada de conocerte al fin —le dijo su suegra en tanto que, tomándolo de un hombro, lo besaba en la mejilla.

—Lo mismo digo, señora —le contestó él, incómodo ante la mirada inteligente y penetrante con la que ella lo taladraba. Para calmarse, se agachó, besó a Constanza y le, acarició un cachete regordete—. Hola, Costi, yo soy Sebas, el novio de la tía Mili —le informó, mientras veía cómo esos ojos enormes y oscuros, como los de su padre, lo contemplaban asombrados.

—Sos más lindo que los actores de la tele —exclamó la niña con una gran sonrisa.

—Vení, que te traje algo —le dijo el muchacho, la llevó de la mano hasta el auto y sacó una enorme tableta de chocolate con maní, que le entregó con una sonrisa, antes de agregar—: Me contó un pajarito que son los que más te gustan.

—¡Ey, si los pajaritos no hablan! Pero igual está re-rico, gracias —le contestó la pequeña, en tanto que tomaba el chocolate y comenzaba a saborearlo con otra gran sonrisa.

—¡Qué calor de locos! —acotó Raúl para romper el hielo.

—Sí, igual aquí corre más aire fresco. En Buenos Aires, con esos edificios de cemento que bloquean todo, nos estamos cocinando vivos —comentó Sebastián, para continuar el diálogo con temas impersonales.

—Bueno, si ya se conocieron, nos vamos —dijo Mili, apareciendo con los brazos cargados con un bolso chico y una matera que colocó en el auto, del lado del acompañante. Detrás venía Santiago llevando dos bolsos más grandes que puso en el baúl, luego de que Sebastián lo abriera.

—¿Pero no vas a invitarlo a tomar unos mates? —preguntó Mara con tono de queja.

—No, mamita, si seguimos esperando se nos va a hacer de noche y a mí me da miedo viajar cuando está oscuro. Otro día venimos con tiempo y nos quedamos todo el día, ¿te parece? —le respondió Milagros dándole un abrazo y un beso.

—Tenés razón, hijita, es imprudente viajar de noche. Más vale vayan con tiempo y despacio —dijo Raúl, echándole a Sebastián una mirada de advertencia al decir lo último.

—Y, Costi, ¿qué te pareció el tío nuevo? —dijo Mili, luego de arrodillarse para hablarle a la niña al oído, al tiempo que le acomodaba el cabello detrás de la oreja con ternura.

—Un churro bárbaro —le respondió la pequeña, imitando una frase de su abuela—. Cuando sea grande te lo quito —terminó mirándola con convicción. Todos se pusieron a reír a carcajadas. Luego, Sebastián y Milagros terminaron de despedirse, se subieron al auto y partieron agitando las manos en señal de saludo.

Las primeras tres horas de viaje charlaron de todo un poco, parecía que nunca se les terminaban los temas ni la necesidad de saber el uno del otro. Iban a ciento veinte kilómetros por hora, porque ella le había ordenado no pasar de esa velocidad y vigilaba el marcador cada tanto. Después, se quedaron en silencio y Mili, fiel a su costumbre, bostezó sonoramente estirando los brazos.

—Tenés sueño —afirmó el joven contemplándola con ternura, mientras comenzaba a reclinarle el asiento—. Dormí tranquila, que yo hoy le pegué

derecho hasta las doce y estoy muy despabilado —agregó, sabiendo que ella seguía con el miedo de que, si no le daba charla, él se durmiera manejando.

—¿Seguro? —le preguntó la chica con duda, antes de acomodarse de costado hacia él y colocarle una mano sobre la pierna al tiempo que los párpados comenzaban a pesarle.

—Segurísimo, descansa —le respondió él, acariciándole la mano. Ella cerró los ojos y, cinco minutos después, había caído en un profundo sueño, hecho que él aprovechó para subir la velocidad a ciento cuarenta. «Si no, vamos a terminar volviendo a medianoche como la Cenicienta del cuento», pensó con ironía.

—Llegamos —le dijo Sebastián casi dos horas después, besándola en la sien con ternura luego de estacionar delante del departamento.

—¿Ya? Viajamos rápido —contestó ella, estirándose soñolienta. Se bajaron, cargaron los bolsos en el ascensor y llegaron, cansados, a destino.

—¡Hogar, dulce hogar! No sabés cómo extrañé estar a solas en casa con vos —le comentó él, estirando los brazos entumecidos.

«¿Y desde cuándo mi casa es tu casa?», pensó Mili, mirándolo con dulzura. «¡Desde que se la adueñó, por supuesto!» se dijo después, observando el televisor de pantalla plana gigante que él había traído para mirar los partidos, sus carpetas de la oficina desparramadas sobre la mesa del *living* y sus ojotas deportivas asomando debajo del sillón. Sonriendo, al tiempo que meneaba la cabeza, ella se dirigió a su habitación, desde allí pasó al baño, puso a llenar la bañera y después volvió a su cuarto, para desarmar los bolsos y ubicar la ropa en el *placard*—. Me voy a bañar. ¿Por qué no te fijás en la heladera que hay para cocinar, mientras tanto? —le gritó desde el cuarto.

Él la escuchó y le respondió, bajando antes el volumen del televisor:

— Ya llamé a un *delivery* y encargué dos pizzas, en cuarenta minutos las traen. —En tanto pensaba en que lo menos que tenía ganas era de comer, ahora que por fin la tenía de nuevo a su lado. La había estado observando dormir en el viaje, deseándola cada vez más. Para colmar sus males, faltando media hora para llegar, ella había movido su mano en sueños y la había apoyado sobre su entrepierna, y él había tenido que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no parar a la orilla de la ruta y hacerle el amor ahí mismo.

—¡Bárbaro! —le contestó ella, mientras comenzaba a desnudarse para sumergirse en el agua.

Él se levantó, caminó hasta su cuarto, se quedó escuchando tras la puerta del baño y la tanteó. No tenía llave. «¡Hurra! Es su día de suerte». En silencio y tratando de no hacer ruido, se desnudó, al tiempo que la escuchaba canturrear bajito un ritmo latino. Cuando se estaba bajando el bóxer, cambió de idea y se lo dejó. Tenía que ir despacio, no fuera cosa que comenzasen a discutir desde temprano.

Entró al baño caminando en puntas de pie y, antes de que la chica pudiese protestar, se metió también a la amplia bañera y la hizo rebalsar, en tanto que espiaba sus pechos preciosos, que se asomaban entre el agua y la espuma.

Ella lo vio, siguió la dirección de su mirada y se sumergió hasta el mentón, todo en uno, en tanto que lanzaba un chillido:

—¡Ay, salí de acá, descarado! ¿No podés respetar la privacidad ajena? — exclamó pateándolo suavemente por debajo del agua.

—En lo que respecta a vos, no, todo lo tuyo es mío —le respondió el joven mirándola con picardía, al tiempo que la tomaba de las caderas, la alzaba en el aire, la sentaba a horcajadas sobre él y provocaba otro aluvión de agua sobre el piso—. Y conste que me dejé el bóxer puesto en honor a tu pudor — terminó, poniendo cara de angelito San Gabriel. «Lo que, por cierto, no pega ni con cola con su mirada lasciva», pensó ella.

—¡Para lo que te va a durar! —comentó, rezongona, en tanto que se tapaba los senos con las manos, porque ya estaba conociendo un poco a ese bruto espécimen que se había agenciado como novio.

—Bueno, ya que insistís, me lo saco —le dijo él, alzándola de nuevo para quitarse el bóxer por debajo de ella. Después, le tomó las manos, pequeñas y blancas, y se las puso alrededor de su cuello, para poder sentir el contacto de esos pechos tibios sobre su torso. Enseguida, comenzó a besarla y tocarla con pericia, apretándola contra él, mientras le decía con voz ronca—: Te extrañé, te extrañé, te extrañé.

—Sos un sinvergüenza —le dijo ella con voz rendida y dulce, a la vez que le devolvía las caricias y los besos con alegría y entrega, en tanto que sentía, con un poco de miedo y otro de expectativa, cómo esa cosa se ponía dura, comenzaba a frotarse contra su entrepierna y le provocaba un hormigueo de placer en el vientre que iba cobrando tanta fuerza como las olas de un huracán tropical.

Minutos después, cuando tenía la sensación de que el agua comenzaba a

hervir y percibía la tensión pulsando en su sexo, él se levantó, la sacó de la bañera, la envolvió en una toalla y la llevó a la cama. Luego se acostó a su lado y comenzó a besar sus senos con suavidad al tiempo que, llevando una mano hasta el centro de placer de la joven, lo frotaba en círculos cada vez más rápidos y apretados, mientras sus roncós gemidos le llenaban los oídos, y le colmaban el corazón de alegría. Cuando sintió que no podía seguir conteniéndose, se dispuso a recostarse sobre ella, pero se encontró con sus piernas fuertemente apretadas. «¿Y ahora qué?», pensó con impaciencia.

—Esperá, si querés que las abra, te ponés un gorrito —lo condicionó ella en un jadeo, abriendo los ojos nublados de deseo.

Él casi se pone a reír a carcajadas. «Solo a esa loca de atar se le puede ocurrir llamar *gorrito* al condón, aunque, pensándolo bien, el nombre no está tan mal puesto», concluyó, en tanto que, sonriendo, estiraba la mano, tomaba un profiláctico de la caja que había dejado sobre la mesa de luz, y se lo colocaba con rapidez y eficiencia.

Ella siguió el movimiento de sus manos con los ojos, y se puso roja de vergüenza cuando llegó a su sexo, en ese instante se acobardó de nuevo y apartó la mirada. «Por más que él me diga lo contrario, esa cosa es grande, por eso me hace mal», pensó, poniéndose rígida como una tabla.

Sebastián sintió el cambio en su disposición, pero fingió ignorarlo, y se acostó sobre ella, comenzando a presionar para entrar. Estaba tensa y cerrada, volvió a besarla y le alzó los muslos alrededor de sus caderas, al tiempo que volvía a empujar lo más despacio que podía. No quería hacerle mal esa vez, deseaba que ella también lo disfrutara, pero la vio morderse los labios y emitir un quejido bajo mientras retraía más la pelvis. «¡Putá madre!, es este maldito condón que le hace más mal». Despacio, metió su mano entre los dos, introdujo un dedo en el interior de la chica, y comenzó a entrar y salir lento para tratar de abrirla, al tiempo que, con un movimiento rápido, para que ella no lo notara, se sacó el profiláctico y lo dejó a un costado. «Total, cuando esté por acabar me pongo otro y listo». Minutos después, ella volvió a emitir esos gemidos roncós que lo trastornaban, en tanto que se relajaba y alzaba las caderas para ir al encuentro de sus mágicos dedos. Ahí sí, él retiró su mano y, con un gruñido de placer, se introdujo profundo dentro de ella, obligándose a moverse con lentitud, para darle tiempo a acostumbrarse y no hacerle daño.

Para Milagros esa vez fue distinta, no hubo dolor, solo una tensión y una

molestia iniciales que fueron remitiendo hasta desaparecer a medida que él se movía, cada vez más rápido, dentro de ella. En cambio, sentía arder todo su cuerpo y un placer intenso, que iba creciendo en espirales y se concentraba en su vientre conmocionado. Guiada por un instinto femenino ancestral, comenzó a acompañarlo en sus movimientos de caderas, mientras, con una mano, se tomaba de los barrotos de la cama para poder darle más firmeza a sus empujes, y, con la otra, le acariciaba los glúteos apretándolo más contra ella.

Él estaba maravillado, su larga experiencia, adquirida en las camas de infinitas mujeres, le decía que ella estaba disfrutando esto tanto como él y, pasados sus miedos iniciales, lo había asombrado descubrir que era sumamente apasionada. Enredaba su lengua con la suya, lo mordía, y alzaba sus caderas hacia él, gimiendo con libertad y sin prejuicios. «La pasión en una mujer siempre es una bendición, pero la de la mujer que se ama es algo sublime», pensó emocionado, al tiempo que se impulsaba cada vez más rápido dentro de ella, sintiendo cómo el interior de la chica se cerraba en movimientos concéntricos alrededor de su sexo, en un crescendo que terminó en una explosión intensa y liberadora para los dos. Gritó y la sintió gritar ronco y ahogado, al tiempo que ella alzaba su pelvis para ir a su encuentro por última vez. Cuando todo terminó, Sebastián se alzó sobre los brazos y la miró, Milagros tenía las pupilas brillantes y maravilladas de lujuria y asombro, y le regaló una enorme sonrisa que hizo que los ojos de él se llenaran de intensas lágrimas de emoción.

—¡Guau, con razón tanto lío! —le dijo ella, alzando las cejas en una mueca satisfecha mientras le acariciaba con suavidad las mejillas.

Él giró la cara y le besó los dedos con devoción.

—Presumo que esta vez sí te gustó —le comentó sonriendo.

—¡Ni que lo digas! ¿Siempre va a ser así? —le preguntó ella con ternura y curiosidad, en tanto que enredaba los dedos en el pelo de su novio.

—Para nosotros sí —le respondió él, al tiempo que le acariciaba la frente y le besaba los labios, hinchados de pasión, ahora con lentitud. Enseguida, la sintió moverse, incómoda.

—¿Qué pasa, te duele? —la interrogó preocupado.

—No, pero tengo algo debajo de la cola que me molesta —le respondió ella con el ceño fruncido, al tiempo que metía su mano bajo sus caderas y sacaba el condón vacío. Al verlo, sus ojos comenzaron a echar chispas de furia y él

supo que, irremediablemente, se le venía la noche.

—¡A ver, corregime si me equivoco, pero si esa cosa tuya sigue adentro de mí, ¿me querés decir qué cuernos hace esto acá? —exclamó ella, alzando el profiláctico por sobre sus cabezas.

—Ah, eso —dijo él, mirándolo con cara de angelito de la guarda—. Lo que pasa es que me lo saqué al principio porque vi que te hacía doler más y después, cuando me iba a poner otro, vos me tomaste de las caderas y no me dejaste salir a tiempo...

—¡No te atrevas, no te atrevas a echarme la culpa a mí! ¡Sos un inconsciente! ¿Cómo iba a saber yo que te lo habías sacado? ¡Idiota! —le gritó ella, dándole un manotazo en el hombro, al tiempo que se retorció y lo empujaba para salir de debajo de él—. ¡Es imposible confiar en vos! ¡Sos un fraude! ¡Olvidate de que me vas a volver a poner una mano encima! ¡Irresponsable! —aulló, mientras caminaba, impúdica y gloriosamente desnuda, hacia el baño, roja de indignación, haciendo bambolear esos pechos y esas caderas redondos y firmes. Con incomodidad y vergüenza, el sintió que volvía a estar duro como un granito. «Después de todo, está bueno hacerla enojar en la cama, porque es la única manera de que, con la furia, se le pase la timidez y me deje verla en cueros», pensó el muchacho, en tanto que, rascándose la cabeza con culpabilidad, se levantaba también, se dirigía hacia el baño y le golpeaba la puerta.

—Disculpame, Mili, tenés razón, la culpa es mía. ¿Me perdonás si te prometo usarlos de ahora en más? —le pidió él, con tono contrito.

—¡No, no te perdono y no te creo! ¡Porque si pensás cumplir esta promesa como cumpliste la de dormir a mi lado sin tocarme, estamos fritos! ¡Sos una plaga, nene! ¡Andate a tu casa! —le gritó furiosa, en tanto que abría el bidé a fondo, para tratar de lavarse lo mejor posible, al tiempo que se tiraba los pelos de pura rabia.

Él caminó de un lado al otro, con impotencia y sin destino. ¿Por qué cuernos tenían que terminar peleando otra vez después de una relación sexual tan maravillosa? Porque ella tenía razón, él era un irresponsable y un pelotudo atómico. En su subconsciente, sabía que no le importaría para nada dejarla embarazada. Al contrario, lo ayudaría a dar más peso, ante su familia, a su decisión de cortar con Elena, pero Milagros era muy jovencita y tenía muchos planes que no incluían un hijo ni por las tapas. No, si él se dedicara a escribir un manual sobre cómo joder la vida propia y la de los

demás, seguro que hacía fortunas.

Con una mueca entre amargada e irónica, él se colocó el bóxer y el pantalón y, cuando iba a ponerse la camisa, se acordó de algo y se acercó de nuevo a la puerta del baño, para volver a golpear con suavidad.

—Mili, no te enojés, pero me acordé de una cosa. ¿Te acordás que me dijiste que estabas ovulando hace unos días? Bueno, Lucía se cuida con el método Billings, y ella dice que quedás embarazada solo si estás ovulando, así que ya está, pasó el peligro, por este mes no quedás más —le dijo con tono esperanzado, tratando de hacerle pasar el enojo, sin tener demasiado claro si la cosa era así o no.

Sentada en el bidé, ella sintió que una furia ciega le subía desde los dedos gordos del pie, le explotaba en las raíces del cabello y se los erizaba como púas. Se levantó hecha un viento, se envolvió en un toallón y salió a grandes zancadas del baño.

—¡Tu hermana encargó dos chicos en tres años usando ese método, estúpido! ¡Andate ya mismo de mi casa antes de que te parta algo en la cabeza! —le gritó la joven, al tiempo que alzaba del piso las chinelas y la camisa de él, y lo llevaba a empujones hasta el pasillo de salida, antes de tirarle a la cara la ropa y el calzado, y cerrar de un fuerte portazo.

Sebastián, desprevenido, y asombrado de que una cosita tan delicada pudiera armar tan tremendo alboroto, no atinó a otra cosa más que a cubrirse la cara con los brazos primero, y recoger las cosas desparramadas por el piso, después. Así lo encontró el vecino, era un viejo jubilado, tranquilo y bonachón, que vivía en el departamento de al lado, que más de una vez la había ayudado a Milagros con una persiana trabada o una canilla que perdía, y que le tenía mucho aprecio. Por eso, al escuchar el griterío, se había asomado a la puerta.

—Como decía el general Perón, «hay que desensillar hasta que aclare», muchacho —le dijo el anciano, asintiendo con certeza y sabiduría, y luego agregó—: Hágame caso, con esa política, yo llegué a festejar las bodas de oro.

—Gracias por el consejo, don —le dijo el chico, alzando las cejas con resignación, mientras se ponía la camisa y las chinelas, y se iba caminando despacio hacia el ascensor.

Al otro día, después de una noche en la que se había dormido llorando de la furia y la frustración, la joven sintió sonar el timbre a las ocho de la

mañana. Se levantó lentamente, se puso una bata sobre el camisón y se dirigió, descalza y con el cabello revuelto, hacia la puerta de entrada, en tanto que bostezaba y se refregaba los ojos para sacarse las lagañas. Al abrir diez centímetros, y dejar la abertura trabada con una cadena, por la rendija vio un enorme oso rosa de peluche que sostenía otro enorme ramo de rosas rojas en la mano. Bueno, mejor dicho, por delante del estómago del oso, aparecían dos manos delgadas y bronceadas, que ella conocía muy bien y que eran las que, en realidad, sostenían el oso y el ramo.

—¿Me perdonás? —le preguntó Sebas, asomando la cabeza con gesto contrito e implorante por detrás del oso.

Por supuesto, terminaron el oso y las flores abandonados sobre el sillón del *living*, ellos en la cama, celebrando la más dulce y pasional de las reconciliaciones, y Pedro en la oficina, mirando el reloj cada cinco minutos y esperando a un hijo al que el amor había vuelto un total irresponsable, que no solo lo iba a dejar plantado para quedarse toda la mañana retozando con su novia, sino que tampoco se iba a acordar de avisarle que no iba.

En la misma dirección se desarrollaron los días siguientes. En el despertar de ella a la sexualidad y de él al verdadero amor, el tiempo que estaban juntos lo pasaban más desnudos que vestidos. Él quería enseñarle todo lo que sabía sobre el placer sexual, porque disfrutaba una enormidad tanto de sus propias sensaciones como de verla gozar a ella, y ella había resultado una alumna ejemplar, libre y desprejuiciada, una vez que lograba vencer su timidez inicial. Habían probado distintas posiciones, aprendido a explorar y conocer cada rincón del cuerpo de su pareja, experimentando entre risas y jadeos, contándose lo que les gustaba y lo que no, maravillados en el profundo amor y el descubrimiento de la sensualidad del otro.

Un día, él arribó a media mañana con los brazos cargados de mercadería y la encontró de espaldas, ataviada con un corto, gastado y ajustado vestido de algodón de color celeste y bamboleando sus caderas al ritmo del reguetón de una forma tan sensual y lujuriosa que le provocó una erección instantánea. Ella no lo había escuchado llegar y seguía cantando y bailando, acompañando el fuerte sonido de la música, libre y desatada, mientras batía con energía una mezcla en un recipiente de vidrio. Sebastián dejó la mercadería en el suelo, se apoyó contra la puerta, se cruzó de brazos y se quedó mirándola embobado, en tanto que sentía sus pantalones cada vez más tirantes. Ella giró, danzando con pasión, al tiempo que se dirigía a la

heladera, y, en ese instante, lo vio. Primero se frenó, asustada y sorprendida de que él estuviese allí a esa hora, y luego le sonrió, invitante. Eso bastó para que él se contagiara su locura y, tomándola de la cintura, la alzara en el aire, sin escuchar quejas ni reclamos, la acostara sobre la mesa, con las piernas colgando a sus costados, le sacara el diminuto bikini de un tirón y enterrara la cabeza en su entrepierna, para ver si podía calmar, de una buena vez, ese ardor que la hacía mover la pelvis como una desafortada y lo había puesto al rojo vivo. No la soltó hasta que no la sintió gemir de placer. Ahí sí, se desprendió los pantalones y, subiéndole las extremidades por sobre sus hombros, le hizo el amor sobre la mesa, con tanta fuerza y velocidad como la que ella le imprimía a sus caderas al bailar reguetón.

Media hora después, recostada en el sillón, ella reflexionaba sobre las afirmaciones de Malena. Al final, sacó dos conclusiones sobre ellas: que había acertado al decirle que hacer el amor «ya le iba a gustar», pero se había equivocado con respecto a lo del sexo oral. Definitivamente, este era mucho mejor que las milanesas con papas fritas.

Sin embargo, tanta pasión tenía sus consecuencias. Al quinto día de su regreso al departamento, Milagros se levantó con una terrible pesadez en las piernas, una sorda molestia en los riñones y unas ojeras violáceas que la asustaron.

«¡Basta, es suficiente, si seguimos así nos vamos a terminar enfermado los dos!», se dijo con firmeza. Así que esa noche, cuando él comenzó a acariciarla con suavidad por debajo del camisón, le sacó la mano y le dijo que hoy no, que estaba agotada. Él refunfuñó que de qué le servía tener una novia hermosa si ni siquiera podía tocarla, y ella le reprochó que se quejaba de lleno, lo cual era muy cierto, pero Sebastián no lo pensaba reconocer ni muerto. Finalmente, se dieron vuelta uno hacia cada lado de la cama, lo más lejos posible del otro y se durmieron enojados.

A la madrugada, Milagros se despertó en medio de un sueño erótico en el que estaba teniendo sexo en una playa, con alguien al que no había podido verle el rostro. Después se enderezó en la cama, se sentía húmeda, excitada e inquieta. Por la ventana entraba un tenue resplandor que iluminaba apenas la habitación a oscuras. Se acercó despacio al muchacho, él dormía desnudo, acostado boca arriba, roncando quedamente. Con cuidado, para no despertarlo, introdujo la mano por debajo de las sábanas y comenzó a tocar su sexo con suavidad, sintiendo cómo se iba endureciendo bajo sus caricias,

mientras su respiración se volvía más agitada e irregular. Él se despertó, pero decidió seguir haciéndose el dormido, encantado con que fuera ella la que tomara la iniciativa esa vez. Sintióse más osada y lujuriosa, ella lo destapó y fue bajando despacio por su abdomen plano, para continuar sus caricias con su boca. Ahí él sintió que no podía más de las ganas de tocarla, pero estrujó las sábanas obligándose a quedarse quieto, para disfrutar del placer infinito de su roce húmedo y su calor. Minutos después, Milagros decidió terminar con esa dulce tortura y, luego de desnudarse, se subió a horcajadas sobre él, introdujo su sexo dentro de ella, y comenzó a moverse con lentitud, entre fuertes jadeos. Ahí sí, él le tomó las caderas con las manos para impulsarse con un ímpetu arrollador dentro de ella, al tiempo que sus gemidos roncros traspasaban las paredes y llegaban hasta los vecinos.

Al otro día, ella tendría que aguantar, roja como un tomate, que él la acusara de haberlo forzado, aprovechándose de su dormida inocencia. «¡Ma'sí, basta!», se dijo ella, avergonzada. No pensaba volver a ponerle ningún tipo de frenos, que se sirviese a gusto, como los bebés durante los primeros días de amamantamiento, que ya se iba a terminar hartando. A fin de cuentas, ella disfrutaba enormemente con su sexualidad desaforada, y de paso aprendía cosas nuevas, que a ella siempre le había encantado aprender de todo, se consoló, tratando de justificar esa lujuria loca que sentía por él y por ese cuerpo fuerte, desenfrenado y torneado que tenía.

Así que, en esa tesitura, siguieron transcurriendo los días. Las pocas veces que él volvía a su casa, para buscar ropa o dormir un rato la siesta, Isabel y Catita lo observaban preocupadas.

—Si sigue así, esa chica nos lo va a secar, señora. ¿No vio las ojeras que tiene ese nene? A este paso no llega al invierno —decía Catita con su tonada andaluza mientras codeaba a su patrona y le provocaba ruidosas carcajadas.

—Sí, ríase *usté* nomás, pero este chico está agotado, yo sé lo que le digo, me lo va a vaciar, pobrecito —repetía, haciéndose la señal de la cruz.

Isabel lo veía despatarrarse en la cama y dormir a pierna suelta cinco horas seguidas y se decía que, con la cara de felicidad que traía siempre, seco o extenuado, su pícaro hijito la estaba pasando genial. La que no lo pasaba nada bien era ella, que tenía que aguantar los reclamos de Elena y de su madre porque él no les atendía el teléfono, y ya no sabía cómo hacer para seguir justificándolo.

También tenía que soportar las quejas de Pedro, que se lamentaba porque, de activo, trabajador y emprendedor que era, su hijo se había convertido en un bobo que sonreía solo por cualquier razón, no prestaba atención a los negocios, llegaba tarde, se iba temprano y se dormía sentado en su escritorio. Su esposa lo consolaba, recordándole que con ellos había pasado igual en los inicios de su noviazgo y que, cuando la relación se estabilizara, Sebas iba a volver a la normalidad. De todos modos, nunca lo habían visto tan feliz, a pesar de que cada día estaba más cerca el regreso de Elena y la inevitable tormenta que se cernía sobre sus cabezas como un demoledor tornado.

Igualmente, no todo era sexo en la vida de la nueva pareja, también hablaban y reían muchísimo, se hacían masajes uno al otro, se llevaban el desayuno a la cama, hacían las compras y cocinaban juntos, aunque siempre era ella la que terminaba lavando los platos, y se quedaban de sobremesa hasta la medianoche, recostados en el sillón, mientras él miraba cuanto canal de deporte encontraba y ella estudiaba Fisiología, materia que debía rendir en febrero. Por lo general, era Milagros la que terminaba durmiéndose antes, con la cabeza apoyada en las piernas de él y los libros sobre su estómago.

Ahí era Sebastián el que, si ya había saciado su deseo de ella por ese día, la alzaba en brazos con cuidado, la llevaba a la cama y se acostaba a su lado, de cara a su princesita para verla dormir, hasta que el sueño terminaba ganándolo también a él. Pero, si tenía otros planes, al verla aletargarse, empezaba a hacerle cosquillas o soplarle la cara para despabilarla y, poniendo música suave y relajante en el televisor, comenzaba a desnudarla para hacerle el amor, sin aceptar rechazos. Igual tenía que apurarse, porque ella había comenzado a dormirse cada vez más temprano y más profundamente.

Había habido también otras peleas. Por ejemplo, Sebastián recordaba la del segundo día de su vuelta a Buenos Aires, durante el cual, sabiendo que su licencia se había terminado y Milagros debía regresar a su trabajo, él fue al consultorio de su padrino y le pidió, de favor, que le hiciese otra, por quince días más.

—Me ponés en un aprieto, sabés muy bien que no es ético extender una licencia sin revisar antes al paciente —le había dicho Marcos con gesto molesto.

—Es que ella no quiere venir porque dice que ya está bárbaro, pero yo veo que, de vez en cuando, el tobillo se le vuelve a hinchar —había asegurado Sebastián, mintiendo descaradamente.

—¡La verdad! ¿Ella sabe que viniste a pedirme otra licencia o es cosa tuya? ¿Y por qué es tan importante para vos que ella no vuelva a trabajar? —le había preguntado su tío, con tono de sospecha.

—Está bien, a vos no se te puede ocultar nada, no puedo dejar que vuelva a su trabajo porque puede enterarse de lo de mi supuesta boda con Elena. Vos sabés que, con el tema de que no está acá, todavía no he podido dejarla, y las amigas de ella van todas a los desfiles, mi familia y la de ella son muy conocidas en ese ambiente, ¿Qué tal si alguien va y le cuenta a Mili antes de que yo pueda terminar mi relación con mi novia? —le había soltado el joven, angustiado y caminando de un lado al otro.

—¿Y no sería mejor que, en vez de tenerla engañada, juntaras valor y se lo contaras vos? —le había retrucado Marcos, alzando las cejas al tiempo que se cruzaba de brazos.

—¿Estás loco? ¡Con lo moralista que es, se llega a enterar que la engañé todo este tiempo y me echa al diablo! ¡No, de ninguna manera! Si de mí depende, Milagros ni siquiera va a saber que Elena existió alguna vez en mi vida —le había respondido el muchacho, resoplando nervioso—. ¿Qué querés que haga? Cuando se trata de ella, el perro Coraje es Superman comparado conmigo—había agregado angustiado.

—Mirá que las mentiras tienen patas cortas, lo de tu futura boda salió hasta en las revistas de sociedad y, por más que no vaya a trabajar, cualquiera le puede contar —le había dicho su padrino con tono admonitorio y meneando la cabeza.

—No si no saben que salgo con ella —le había retrucado Sebastián, cruzándose de brazos él también.

—¿Qué, la pensás mantener encerrada, animalito de Dios? —se había alarmado su tío, alzando las manos al cielo—. Porque no creas que tu madre no me contó que te la pasas en la casa de ella —había terminado, mirándolo con el ceño fruncido.

—No, sí. Bah, más o menos, qué se yo, algo se me va a ocurrir, a lo mejor la llevo unos días a navegar por la costa uruguaya, ya veré. ¡Son quince días nomás que te pido, padrino, haceme el favor! —le había pedido el chico con tono de ruego, apoyándole una mano en el hombro.

—¡Qué bien puesto que está ese dicho de que «al que Dios no le da hijos, el diablo le da sobrinos»! —había dicho Marcos con tono resignado, luego de resoplar inquieto.

—¡Gracias tío, sos mi ídolo! —le había gritado el joven, mientras lo tomaba de la cabeza con ambas manos y le estampaba un beso en la frente.

Ese mediodía había regresado feliz al departamento. Ella estaba terminando de poner la mesa y le había sonreído dándole la bienvenida, pero la alegría le iba a durar poco. Después de que él le dijo que no debía preocuparse por volver a su trabajo, que ya le había sacado otra licencia por quince días más y la había llevado a la agencia de modelos, se había desatado el pandemónium.

Ella se había puesto bordó, había cerrado los puños y comenzado a gritarle todos los insultos que se le habían ocurrido y algunos más, diciéndole también que quién se creía que era para decidir por ella con respecto a su trabajo, que si llegaban a venir y ver que su pie ya estaba perfecto no le iban a renovar el contrato, que qué cuernos se pensaba, que ella necesitaba trabajar para seguir pagando la hipoteca del departamento, que era un autoritario, un dominante y un metido al pepe, y todo porque había querido tenerla solo a disposición de él. Él había aguantado todo el griterío a pie firme y sin responder ni mu, pero cuando ella había tomado el celular, diciendo que iba a llamar a la agencia para decirles que había sido un malentendido, ahí se había alarmado y le había quitado el teléfono de las manos, argumentando que ella no podía hacer eso porque iba a poner en entredicho la ética y el prestigio profesional de su tío. Ahí la muchacha se le había ido encima hecha una leona, exclamando que era él el que había hecho eso, y que si no le daba vergüenza poner en semejante compromiso de fabricar una licencia trucha a un hombre amable y bueno que había tenido la desgracia en la vida de tener un ahijado como...

Ahí no había podido seguir hablando porque él la había abrazado y comenzado a besarla con pasión, sin dejarla ni respirar, al tiempo que le unía las manos detrás de la espalda para evitar que le pegara y se preguntaba por qué lo excitaba tanto cuando se enojaba. Milagros igual lo había rechazado al principio, pero después se había dejado contagiar por el loco deseo que sentía por él, así, terminaron en el sillón haciendo el amor salvajemente.

Media hora después, desnuda de cintura para abajo, acostada a su lado y

con las piernas enredadas en las de él, ella había reflexionado en voz alta sobre dos cosas: una, la comida ya debería estar helada y dos, tampoco iba a ser tan terrible tomarse quince días más de vacaciones truchas.

Sebastián volvió al presente, alzando las cejas con preocupación porque sospechaba que, esa noche, se le podía armar otra gresca de padre y señor nuestro, por hacer las cosas sin consultarle. Después de cenar, mientras estaban recostados en el sillón preparándose para ver una película, él le dijo despacio:

—Tengo un regalo para darte, pero tenés que prometerme que no te vas a enojar, es un regalo de cumpleaños anticipado —terminó, mirándola con gesto serio y prevenido.

—Ay, ¿cómo me voy a enojar porque me des un regalo? ¡No soy tan bruja, amor! —le respondió ella, acariciándole la cara.

—Prometeme —la conminó él.

—Prometo —aceptó ella, alzando la palma de la mano con gesto contrito. Él se levantó, fue hasta su portafolio, sacó una carpeta con sello del banco y se la dio. La joven la abrió y comenzó a leerla asombrada, al tiempo que las manos comenzaban a temblarle. Luego alzó los papeles y se los devolvió, emocionada—. Gracias, pero no puedo aceptar esto, es demasiado —aseguró, incómoda y al borde de las lágrimas.

—No se trata de aceptarlo o no, la hipoteca ya está cancelada, lo único que tenés que hacer es ir mañana a firmar y retirar las escrituras —le informó él, contemplándola ansioso, pero con tono tranquilo, en tanto que apoyaba la carpeta sobre la mesa del living.

—Pero yo no puedo devolverte toda esa plata junta, es mucho —le dijo la chica, más angustiada, mientras los ojos empezaban a brillarle.

—No tenés que devolvérmela, ya te dije que es un regalo. No me gustaba que tuvieses que estar siempre preocupándote por esa hipoteca, aceptalo, por favor —le respondió él acariciándole el pelo para tranquilizarla.

—¡Pero no podés regalarme un departamento, inconsciente! ¿Qué va a decir tu papá cuando vea que le sacaste tanto dinero? ¡Te va a querer matar! —le advirtió ella, luego se levantó y comenzó a pasearse, nerviosa.

Él se levantó también, suspirando, y la tomó de los hombros:

—Pará, Mili, no le toqué un peso a mi padre, es plata mía. —Ella lo miró incrédula, luego él continuó—: Sí, yo tengo dinero propio, acompaño a mi viejo en sus negocios desde el secundario, hice toda mi carrera trabajando

en paralelo, y ya hace cuatro años que poseo mis propias acciones en varias empresas.

—¿De veras? —le preguntó la muchacha, abriendo grandes los ojos, asombrada.

—De veras —le respondió él, molesto porque sospechaba que ese asombro respondía a que lo creía un vago y un inútil. Y ¿cómo no lo iba a creer si, desde que la conocía, había abandonado hasta su responsabilidad en el trabajo por estar con ella? —. Mi familia tiene mucho dinero, no solo la fábrica central, hay sucursales en otras partes del país, campos, casas, acciones en otras empresas, qué sé yo. El valor de tu departamento es un vuelto para nosotros, ¿entendés? Un vuelto —continuó serio, mirándola a los ojos.

—¿Quién sos? —le preguntó ella, bajito, en tanto que abría la boca, fruncía el ceño y daba un paso atrás, para alejarse.

—Un hombre que te ama con locura, eso soy, y eso es todo lo que necesitas saber por ahora —le contestó él, antes de abrazarla con fuerza y besarla en la cabeza.

Ella comenzó a temblar y lo abrazó también. ¿Por qué le habría dicho eso? ¿Qué le ocultaba? Si la quería tanto, ¿por qué la escondía? ¿Por qué nunca la había llevado a conocer su casa ni su familia? ¿Y si estaba casado con otra?, pensó alzando las cejas con angustia. No, qué tonta, si él vivía con ella, la mujer tendría que haber sido ciega y sorda para no darse cuenta. A lo mejor, si eran tan ricos, la familia de él no la aceptaba porque ella no pertenecía a su clase social... No, no, tampoco... Unos padres retrógrados y prejuiciosos no podrían haber criado a un hijo tan abierto y amable con todos... ¿Y si, cuando él no estuviera, googleaba su apellido a ver qué averiguaba? No, eso era una terrible falta de ética, no podía hacerle eso, tenía que confiar en él... Si, al final, Sebastián le había mostrado su amor de todas las maneras posibles. Que le contara lo que él quisiera y cuando quisiera, ella lo iba a esperar, decidió al fin, más aliviada.

—¿Qué estará pensando esa cabecita loca? —le dijo él, preocupado y besándola en la frente, temiendo que, con su extrema inteligencia e intuición, ella hubiera podido leer en sus palabras mucho más de lo que él quería revelar.

—Estoy pensando que muchísimas gracias por el regalo, que esto de convertirme en una puta cara me sienta de maravillas, y que ni sueñes que,

si me peleo con vos, te voy a devolver el departamento. ¡Perdiste, chiquito! —le respondió Mili con tono pícaro, antes de darle un ruidoso beso en la boca y usando, como siempre, el humor, para espantar la emoción y los miedos que los dos estaban sintiendo.

Él se rio a carcajadas, agradeciendo en su mente la salida delirante de ella y que no hubiese seguido haciéndole las preguntas incómodas que, de seguro, había pensado.

—Ey, muñeca, eso de puta cara me calentó la sangre —le dijo el joven, e instantes después la besó en el cuello y la tomó de las caderas para alzarla contra él—. ¿Qué te parece si comenzamos a amortizar la deuda?

Fiel a su política de no decirle jamás que no en lo que a sexo se refería, ella lo tomó de las manos, lo llevó hacia la cama, lo empujó sobre esta y, sonriendo en silencio, se tiró a lo largo encima de él, para empezar a besarlo con pasión.

Los días continuaron en armonía. Ese fin de semana, él la llevó a navegar por las costas de Punta del Este hasta llegar al sur de Brasil, ellos dos con la única compañía del capitán. Sebastián le permitió a la chica pilotear el yate y le enseñó a bucear en las profundidades, con los trajes que él había llevado. Anclaron en el medio del mar para poder tirar las cañas y cocinaron lo que lograron pescar, tomaron sol en la cubierta, nadaron cerca de una colonia de delfines utilizando chalecos salvavidas, bailaron, borrachos y enredados, a la luz de la luna, con el cielo que refulgía de estrellas como marco de su amor y, al final, se quedaron en la cama, abrazados de costado, mirando fijamente las luces y sombras que la luz que entraba por el ojo de buey dejaba en el rostro del otro, desnudos, transpirados y saciados.

—¿Se puede morir de amor? —le preguntó ella con tono dulce, acariciándole la cara con suavidad.

—Seguro que no —le respondió él—. Si fuera así, yo me hubiese muerto mil veces desde que te conocí —terminó con ternura, antes de besar, por vigésima vez en el día, esos labios mullidos y suaves que lo habían puesto de cabeza desde el primer instante en que los vio.

Al regresar a la costa, se bajaron abrazados, él le dijo obscenidades al oído, ella le hizo cosquillas y salió corriendo, él la persiguió por el muelle, la levantó por los aires, la hizo girar y la besó con pasión hasta dejarla sin aliento. Después la bajó y siguieron caminando despacio, entre arrumacos, hasta llegar al auto. Sin que ellos lo notaran, Lara, una íntima amiga de

Elena, que acababa de llegar al lugar, filmó toda la escena con su celular, achicando los ojos de la furia y, luego de escribir un rápido mensaje, envió un WhatsApp que iba a recorrer medio mundo en instantes, antes de avisar, con un timbre suave, su llegada a un crucero ubicado en las orillas de Grecia.

Antes de partir en el yate, Milagros había visitado una ginecóloga que le había recetado anticonceptivos orales, los cuales había comprado en la farmacia ubicada en la esquina, frente a su edificio y guardado en el cajón de la mesa de luz, esperando a la llegada de su menstruación para empezar a tomarlos. Después del escándalo que ella le había armado, Sebastián había comenzado a llevar una caja de profilácticos siempre en su bolsillo, por si las moscas, y usaba los gorritos obediente y religiosamente, como niño que sale bajo la nieve en un día de intenso frío. Sin embargo, ni loca pensaba confiar solo en él para cuidarse, con las metidas de pata que se había mandado las dos primeras veces. Solo tenía que esperar, rezándole a la virgen y a todos los santos, para que esa odiosa regla volviese a bajarle como todos los meses.

Sin embargo, luego de diecisiete días de haber tenido su primera relación sexual, y pasados tres de la fecha en la que, supuestamente, debería haber menstruado, la chica trepaba por las paredes. A lo mejor no le bajaba por los nervios, se dijo, caminando de un lado al otro, Podía pasar, ¿no? Si, al final, no tenía ni dolor de cabeza, ni náuseas, ni vómitos, ni mareos, que eran síntomas esperables en toda embarazada. ¿Y si era muy pronto para eso? Al tiempo que se preguntaba esto se tocó, por décima vez en el día, los pechos calientes y doloridos, fue hasta el espejo, se desprendió el corpiño y se los miró. Sí, estaban más grandes, y ese sí que era un síntoma de embarazo, al igual que el sueño terrible que la llevaba a descansar diez o doce horas al día, cuando ella no era de dormir más de ocho. «¡Ay, madre santa, que me baje pronto, porque si no me voy a volver más loca de lo que estoy!», pensó angustiada. Para colmo de males, la noche anterior Sebastián le había preguntado si no tendría que haber menstruado ya. Ella le había respondido que no, que faltaban unos días, para no preocuparlo, suficiente tenía con la angustia de ella.

—¡Que me baje, Diosito, que me baje! —dijo en voz baja, uniendo sus manos delante de su pecho.

Pero era un deseo que no se iba a cumplir. Dos días más tarde, y luego de

comprobar que seguía teniendo los pechos calientes y duros como una piedra, y sueño las veinticuatro horas del día, decidió que ya no podía esperar más. Se levantó temprano y, sin desayunar, fue hasta la farmacia y compró un test de embarazo. Lo desarmó y, siguiendo las instrucciones, orinó dentro del rectángulo plástico y sumergió en él la espátula fina y alargada que venía también en el paquete. Luego, dejó todo sobre el lavabo, se enjuagó las manos, y fue a prepararse el desayuno, temblando de miedo y ansiedad. Cinco minutos después, caminó lento hacia el baño, retiró el test del receptáculo y, con un miedo cerval, lo miró. Dos fuertes rayitas rosadas le confirmaron lo que ya sospechaba, estaba embarazada.

Lágrimas de enojo e impotencia comenzaron a correrle por la cara. «¿Qué voy a hacer, Dios Santo?». Podía seguir yendo a la universidad hasta último momento, pero ni soñar en rendir los finales de tercero con un bebé recién nacido. ¿Y los gastos mensuales, cómo iba a hacer para pagarlos si ya no podía trabajar? A menos que las panzonas se pusiesen de moda en el mundo del modelaje, cosa que dudaba. ¿Y su mamá? Cuando se enterara, iba a poner el grito en el cielo. Toda la vida le había aconsejado que tenía que esperar un buen tiempo y conocerse muy bien antes de tener relaciones con un chico, y ella iba y revoleaba la chancleta a menos de quince días de conocer a uno. Iba a sacar cuentas, no era ninguna tonta. ¡Qué vergüenza! ¿Y su papá? Cuánto lo iba a decepcionar, con lo orgulloso que estaba de lo bien que le iba a ella en la carrera.

«¡Tragame tierra!», pensó con más angustia. ¿Y Sebas? ¿Qué cara iba a poner cuando le contara? Más valía que ni se le ocurriera emitir una queja o mencionar la palabra aborto, porque le iba a meter tal rodillazo en los testículos que lo iba a dejar eunuco. ¡Bien que le había gustado andar faroleando sin gorrito! ¡Ahora que se aguantara!

¿Y si no le decía nada a nadie? Muchas chicas tenían abortos espontáneos antes de los dos meses, a lo mejor tenía suerte y era una de ellas. Se tapó la boca, un poco avergonzada de ese pensamiento. “¡Pobrecito bebé, qué culpa tenía!” Y otro poco porque, con el susto, habían llegado las temidas náuseas. Corrió hasta el inodoro y vomitó lo que había logrado tragar del café con leche. Luego se sentó en el piso y, alzando las piernas y abrazándose las rodillas con sus manos, se puso a llorar desconsoladamente.

Media hora después, con los ojos hinchados y rojos, salió a caminar para tomar aire y despejarse, pensando en que tenía que poner en práctica, con

urgencia, un viejo dicho de su abuelo materno: «Lo que tiene solución, se soluciona, y lo que no, ¿para qué te vas a hacer problema?». Claro que decirlo era fácil, hacerlo era otra historia. En tanto iba pensando en esto, vio una plaza, semivacía a esa hora, salvo por dos ancianos sentados en un banco y una bandada de palomas que escarbaban la tierra buscando qué comer, y en medio de ella cuatro grandes hamacas que colgaban de un grueso tirante pintado de rojo. Un raro impulso la llevó a sentarse en una y comenzó a hamacarse con energía, cada vez más alto, cada vez más lejos, mientras sentía cómo el viento le acariciaba las mejillas y veía acercarse y alejarse las ramas de los árboles enormes y antiguos, las nubes vaporosas y el cielo azul. De a poco, empezó a calmarse y a sentir una profunda paz, pensando, con una sonrisa suave en tanto que la hamaca se iba deteniendo y ella acariciaba su vientre con ternura, que estaba estrenando su primera acción como madre, estaba meciendo a su hijito.

Volvió caminando despacio al departamento, fue hasta su mesa de luz, sacó la caja de pastillas anticonceptivas y, con un gesto irónico y cansado, las tiró a la basura. Se avecinaban grandes cambios en su vida y no estaba segura de estar preparada para afrontarlos. Pensó en Cristian, en los ojitos color miel del hijo que habían soñado juntos y que nunca iba a tener, y volvió a llorar con desconsuelo. Se acostó de lado, hecha un ovillo y, pensando en cuáles serían las mejores palabras para contárselo a Sebas sin provocarle un infarto en el intento, se quedó dormida.

La despertó el sonido del timbre. Miró la hora en el celular, eran las once de la mañana. Se levantó con lentitud y fue hasta la puerta.

—¿Quién es? —preguntó por el intercomunicador.

—Elena Sánchez Fuentes —le respondió una voz de mujer, suave y modulada.

Abrió y se quedó mirándola como atontada, su fuerte perfume le provocó náuseas, era una joven hermosísima, que desparramaba elegancia y distinción. Alta, delgada, de cabello oscuro y corto, peinado impecablemente, inmensos ojos negros enmarcados por unas cejas finas y delineadas, facciones delicadas y piel inmaculada y blanquísima. Le hizo acordar a una modelo de Channel. Tenía puesto un traje informal de hilo, color manteca, de chaqueta con mangas cortas y falda por encima de la rodilla, camisa de seda blanca y sandalias con plataforma de color beige. Mili contempló sus panchitas gastadas y su vestido suelto y descolorido, y

se sintió más incómoda. Siguió observándola, pensando que esa mujer llevaba puesto en joyas de oro lo que a ella le alcanzaría para pagar toda su carrera. ¿Sería la hermana de Sebastián? No, el apellido del marido era otro. Sin saber por qué, comenzó a alarmarse.

La joven la miraba también con fijeza, en silencio, con un gesto entre altivo y temeroso. De pronto, los labios comenzaron a temblarle y los ojos a adquirir un brillo sospechoso. Inspiró hondo y, sin decirle buen día ni sentarse, con un tono tenso y pausado, empezó a hablar:

—Soy la novia de Sebastián desde hace siete años, íbamos a casarnos dentro de un mes, por eso, hace veintisiete días, viajé a París a comprarme el vestido. Hoy, al volver a casa, me dejó. —Miró hacia el piso y dos gruesas lágrimas cayeron de sus ojos, se las limpió con rabia, levantó la vista y continuó—: Él me engañó muchas veces en estos años, pero siempre terminaba volviendo conmigo... Ahora, él ya no quiere casarse porque dice que se ha enamorado de usted...

—No, no, no, no, eso no puede ser... —la interrumpió Milagros negando con la mano—. Su novio debe ser otro, usted...

Entonces fue Elena la que la interrumpió, sacando de su cartera de cuero, a tono con sus sandalias, dos revistas y siete fotos que abrió y desparramó sobre la mesa, mientras decía:

—Supuse que no iba a creerme, él me contó que usted no sabía nada, por eso le traje pruebas de que lo que le estoy diciendo es verdad.

Milagros miró las fotos sin poder creerlo. En una Sebastián aparecía allí, casi un adolescente, besándose con esa joven; en otra estaban ya mayores, caminando de la mano por la playa... Las imágenes se siguieron sucediendo: brindando sonrientes, navegando en el yate, poniéndole un anillo en la mano en su fiesta de compromiso. La chica también vio las revistas, con grandes titulares que anunciaban, con una foto de la pareja en primera plana, la próxima boda de los hijos de dos de las familias más poderosas del país. Se tapó la boca con la mano para ahogar un sollozo, en tanto que las lágrimas le hacían ver todo nublado. ¡Ahora entendía tantas cosas! Su negación a llevarla a lugares públicos, su licencia trucha, el no haberle presentado a su familia, sus silencios en cuanto a su vida amorosa pasada, ¡tantas! Milagros levantó la vista y miró a la otra con desconsuelo.

—Sí, así de adorable y traicionero es nuestro Sebastián, ¿verdad? No la culpo, es muy difícil resistirse a su encanto cuando se propone conquistar a

una mujer, y hasta estaría de acuerdo en dejarlo libre por el afecto que le tengo, pero no puedo, ¿sabe? Estoy embarazada de dos meses, y no estoy dispuesta a dejar que mi hijo nazca sin su padre. No se enoje con él por no contarle eso, no lo sabía, en realidad, Yo me di cuenta hace muy pocos días, por eso volví antes —terminó Elena, contemplándola fijamente y esperando su respuesta.

La rubia escuchaba su voz entre una bruma, como un zumbido de abejas. Las piernas habían comenzado a aflojarsele y, cuando quiso hablar, su voz se escuchó como un graznido ronco:

—Perdón, le juro que yo no sabía...

—Ya lo sé, pero ahora tiene que hacer algo por mí. Él no va a aceptar dejarla, así que usted tiene que irse, irse lejos por un tiempo, hasta que él la olvide, como ya le sucedió otras veces. Usted es bellísima y joven, ya va a encontrar a otro que sea mejor que Sebastián, en cambio yo ya perdí media vida a su lado, y ahora tengo a su hijo, no puedo separarme de él. ¡Por favor, se lo suplico por lo que más quiera, váyase! —terminó la morena, llorando con desconsuelo y sentándose en la silla.

Milagros se quedó observándola fijo, muda y estática, hasta que, de golpe, sintió que Elena y el mundo comenzaban a girar a su alrededor y, en medio de una total oscuridad, cayó desvanecida al piso. El último de los síntomas que esperaba para confirmar definitivamente su embarazo, ahora había llegado.

Sebastián abrió la puerta del departamento cinco segundos después y una mirada a su alrededor le bastó para comprender todo. Las revistas y fotos sobre la mesa, Milagros en el piso y Elena parada junto a ella, contemplándola como atontada.

Corrió hacia Mili, se arrodillo a su lado y le alzó la cabeza sobre sus piernas, mientras le daba suaves palmadas en las mejillas y le decía:

—¡Vamos, mi amor, despertate, reacciona por favor! —Desesperado, alzó la vista hacia Elena y le gritó—: ¿Qué le hiciste, la golpeaste?

—No, te juro que se desmayó sola, yo ni la toqué — le contestó ella, asustada.

—¿No te pedí que no la buscaras, que la dejaras afuera de esto? ¿Por qué mierda no me hiciste caso? —le gritó él, al tiempo que tocaba la nuca de Milagros para ver si no tenía algún chichón.

—¡Ella tenía derecho a saber y yo tengo derecho a luchar por lo mío! —le

respondió Elena, llorando y sentándose de nuevo, porque se le habían aflojado las piernas a ella también.

Milagros escuchó el llanto y comenzó a volver en sí, al abrir los ojos lo vio. Él tenía la angustia pintada en el rostro. Sintió que ya no lo conocía. Se quedaron mirando fijamente. De pronto, ella ahogó un sollozo histérico y se incorporó, mareada, se tomó de la silla para poder pararse, rechazando la ayuda que él intentaba darle.

—¡No me toques! ¡Te vas de mi casa ya mismo! ¡No quiero verte nunca más! —le gritó, llorando enfurecida y alzando una mano por delante para alejarlo de ella. Elena los observaba estática, sin poder reaccionar.

Sebastián intentó volver a acercarse en tanto que le hablaba:

—Mili, las cosas no son como vos las pensás, dejame explicarte —le dijo, sintiendo que el corazón le golpeaba tan fuerte que se le iba a escapar del pecho.

—¿Y qué es lo que yo pienso? ¿Que te buscaste una idiota útil para que te calentara la cama en el mes en que tu novia se fue a comprar su vestido de bodas? —le gritó ella, con los ojos achicados, mirándolo con un odio que él nunca la había creído capaz de sentir.

—¡No, no, no, eso no fue así! ¡Yo me enamoré de vos, te lo juro, me enamoré como un loco! —Al escucharlo, Elena emitió un gemido ahogado y lastimero.

—¡Mentira, eso es lo que quisiste hacerme creer! Pero tus intenciones estuvieron bien claras desde un principio ¿O no me trataste como a una puta barata, ofreciéndome dinero a cambio de sexo el primer día que me conociste? —le gritó Milagros alzando el dedo, con los labios afinados y llorando de la rabia, después, lo miró fijo a los ojos en tanto que continuaba —: Vos nunca cambiaste, la estúpida fui yo, que me creí el cuento de que el sapo era un príncipe..., pero no sos ningún príncipe, siempre fuiste un sapo —terminó con voz ahogada, antes de taparse la boca con la mano para callar el llanto que pugnaba por salir.

Él se quedó contemplándola con intensidad y gruesas lágrimas comenzaron a correrle también por el rostro. “¿Qué le iba a decir si ella tenía razón? Desde el mismo momento de conocerla, se había mandado todas las macanas habidas y por haber, y así lo estaba pagando”. Inspiró profundamente y le contestó con lo poco que tenía para alegar en su defensa.

—Seré un sapo, pero te amo, te amo con locura, eso es lo único en lo que jamás te mentí. — Elena comenzó a llorar, apoyando los brazos sobre la mesa con desamparo.

Milagros la miró y sintió una rabia ciega que la impulsó encima de él para darle varios puñetazos en el pecho mientras aullaba:

—¡Cómo podés ser tan hijo de puta! ¡Fue tu novia por siete años! Encima que le pusiste cuernos, ¿con qué derecho la humillás así? ¡Basura! ¡Está embarazada! ¿No ves que le hacés mal?

Típico de ella y su corazón de leona, golpearlo por lo que le estaba haciendo a la otra en lugar de hacerlo por lo que le había hecho a ella, pensó él, y se sintió una cucaracha apestosa. Igual, siempre había sabido que no la merecía, que jamás la iba a merecer. Después, la tomó de las muñecas para calmarla y le contestó:

—Ya lo sé y lo hablamos, vamos a hacer un análisis de ADN y, si es mío, le voy a dar mi apellido y lo voy a mantener, pero no me pienso casar con Elena... Yo te quiero y no voy a renunciar a vos.

Milagros lo oía con los ojos enormes del asombro, sin poder creer lo que estaba escuchando. La situación de la otra la llevó a la de ella y comenzó a reír históricamente... Y ella que había tenido miedo de que la quisiera hacer abortar... No, no iba a pedirle eso, no señor, le iba a pedir un ADN para asegurarse de que su fortuna no fuese a parar a alguien que no tuviera su sangre. ¡No, si el tipo no era un sapo, era un parásito de los sapos! Una furia ciega hizo que se le cerrara el estómago y le volviesen las ganas de vomitar. Igualmente, con todas las energías que le quedaban, cerró la mano y le pegó tal puñetazo en el pecho que se quebró tres uñas contra su propia palma con la fuerza del golpe, a la vez que vociferaba:

—¿Pero qué clase de monstruo inmundo sos? ¡Es tu novia de toda la vida, cómo podés ofenderla así! —A continuación, la joven sintió como la bilis le subía a la garganta y le quemaba la piel, así que corrió hacia el baño y se arrodillo en el piso, para vomitar en el inodoro y llorar compulsivamente, todo a un mismo tiempo.

Sebastián se quedó paralizado por el dolor y el asombro, pensando que, de nuevo, lo tenía merecido. Pero, al escuchar sus arcadas, se dirigió también hacia el baño, se arrodilló a su lado, le sostuvo el pelo para que no se le ensuciara y trató de limpiarle la boca con una toalla, mientras le decía con tono solícito:

—¿Te sentís mal? ¿Querés que llame a un médico?

Ahí sí fue el acabose. Milagros se levantó, se limpió la cara y, con el mayor odio que le podía imprimir a su voz y la mayor potencia que podía darles a sus brazos, lo fue empujando hacia atrás, hasta la puerta de salida, al tiempo que le gritaba como una desahogada:

—¡No, no quiero un médico, quiero que te vayas! ¡Que te lleves a tu novia, que críes a tu hijito y que no te vuelvas a aparecer nunca más en mi vida! ¡Estás muerto! ¿Entendés? ¡Más muerto y enterrado que Cristian porque, por lo menos, él es un muerto al que siempre voy a recordar con amor y a vos te odio, te odio con la misma pasión con la que alguna vez te amé! ¡Desaparecé de mi vida! —terminó la chica, arrodillándose en el piso después de darle el último empujón, porque ahora también le habían vuelto los mareos y ya no podía tenerse en pie.

Elena la miró con pena. Pobrecita, ella también era una víctima de él, pero así la iba a pagar, pensó con rabia, en tanto que alzaba las revistas y fotos, y las guardaba en la cartera, antes de girar e irse con la cabeza baja.

Sebastián se arrodilló al lado de Milagros, tenía la garganta ahogada por las lágrimas y la sensación de tener una piedra sobre el pecho que lo apretaba y no lo dejaba respirar, pero igual le habló pausado y con calma.

—Me voy, porque quiero que te tranquilices, yo sé que me mandé mil macanas, que hice todo mal y te pido perdón, una y mil veces te pido perdón, pero hay dos cosas que no voy a hacer: no me voy a casar con Elena y jamás, por nada del mundo, voy a renunciar a vos. Olvidate, eso sí que sería como morirme en vida.

Mili siguió mirando al piso y llorando en silencio, él se levantó, cerró la puerta y se fue pensando que, ahora sí, iba a tener que desensillar hasta que aclare, e ignorando que esa vez iba a ser una larga noche, y que transcurrirían varios meses para que la claridad volviese de nuevo a su vida.

ELENA

Elena había nacido y vivido entre algodones. Era hija única, no había tenido hermanos porque a su madre le practicaron una histerectomía debido a una infección posterior al parto de la chica. Protegida por el poder y el dinero de su familia, era adorada y mimada por todos. Educada en los mejores colegios, vestida siempre en forma impecable y a la moda, simpática, bella e inteligente, era la envidia de sus amigas y el orgullo de sus padres. Tenía abuelos, tíos y primos por parte de su padre, y un tío soltero por parte de su madre, al que esta idolatraba. Los primeros años de su infancia los vivió como en un cuento de hadas, en medio de muñecas, juegos de té, gatos mimosos y golosinas. Su alegría solo era empañada, de vez en cuando, por el capricho de su madre de no permitirle jugar con chicos que no perteneciesen a su misma clase social. Recordaba una vez, cuando tenía cuatro años y la había encontrado armando una casita en el jardín con la hija de la niñera, su mamá se había enojado tanto que la había encerrado en su habitación, a oscuras, durante dos horas. Desde ese día le ocurrieron dos cosas. La primera, obedeciendo con sumisión los deseos maternos, nunca volvió a jugar con esa nena ni con ninguna otra que fuese pobre. La segunda, nunca más pudo volver a dormir con la luz apagada.

Igual, hasta los siete años tuvo una vida plena y feliz. Sin embargo, a partir de allí, su mundo se volvió de cabeza. Franco, su tío materno, era abogado y trabajaba en un conocido estudio de la ciudad. Tenía treinta y dos años y Susana, la madre de Elena, se quejaba de que nunca les había presentado una novia. Era un hombre calculador, controlador, frío y obsesivo, solo demostraba afecto y devoción por su pequeña sobrina, a la que colmaba de regalos y de cuentos que le leía cuando iba a visitarlos los fines de semana. Una noche de invierno, cuando estaba acostado con la nena en su estrecha

cama, terminando de leerle el relato de un caballero que salvaba a la princesa de un dragón, las cosas comenzaron a cambiar para ella, y su luminoso mundo se volvió tortuoso y oscuro. Al principio, la niña creyó que era un juego más de los tantos que jugaba con su adorado tío, pero eran cosas raras, incómodas, que no le gustaban y la hacían angustiarse y evitar quedarse a solas con él. Un día confirmó que esas eran cosas muy malas cuando su tío la amenazó con que, si le contaba a Susana de sus juegos ocultos, esta podía morir. Sintió terror, su madre era el centro de su universo y no podía soportar que le pasara algo. Así que se calló. Fueron años de silencio triste, rencoroso y oscuro. En la semana, su vida transcurría tranquila, pero los fines de semana, cuando sus padres salían a la noche y su tío se ofrecía a cuidarla, volvía su calvario.

Al principio, fueron manoseos, pero a partir de los once años, comenzaron las violaciones y el odio y el dolor empezaron a ahogarla, se volvió una niña triste, insegura, retraída y caprichosa. Como no podía contarle a su madre lo que estaba pasando, sabiendo la devoción que sentía por su único hermano, la castigaba haciéndole reclamos y pedidos insólitos y angustiándola con los caprichos más inverosímiles; y lo hacía porque, muy en el fondo, la culpaba por ser tan ciega, por no darse cuenta de lo que le estaba pasando, por no defenderla. Tampoco podía entender a su tío, ¿cómo alguien que la quería tanto y al que ella también había querido tanto, podía dañarla así?

Encerrada en un espiral de odio del cual no podía escapar sin provocar un escándalo familiar y un enorme dolor en su madre, con la certeza, marcada a fuego desde su más tierna niñez, de que eso era una de las tantas cosas de las que «no se habla», aprendió a disimular su angustia y su impotencia y, cuando se hizo mayor, a defenderse de los ataques de su tío, manteniéndose lejos y evitando su contacto, simulando estar enojada por alguna estupidez para justificar su trato distante para con él.

Pero no todo era padecimiento. Su estadía en la escuela fue para ella un motivo de alegría desde el mismo momento en que allí conoció a Sebastián. Era dos años mayor que ella y el chico más atractivo del colegio, bondadoso, alegre, amigo de todo el mundo, desprejuiciado y salvaje, la había conquistado con su risa contagiosa y su mirada despreocupada sobre cualquier cuestión. Era solidario y comprensivo, y le gustaba resolver los problemas de todo el mundo, pero no podía resolver los de ella, nadie podía. Sin embargo, la hacía reír y olvidar sus pesares por un rato. Por eso siempre

buscaba estar cerca de él, para tratar de absorber, aunque fuera un poco, esa luminosa alegría que parecía rodearlo siempre.

Lo vio convertirse en un joven fuerte y hermoso. Era bueno en todo lo que hacía, los deportes, los estudios, todo se le daba con facilidad y sin esfuerzo. Era cinturón negro en karate, defensor aguerrido en el fútbol, campeón en los torneos locales de tenis y presidente del centro de estudiantes durante la secundaria, y ella estaba profundamente orgullosa de que la hubiese distinguido con su amistad. Porque, aunque sabía que muchos la envidiaban por su belleza, su porte fino y delicado, su dinero y su posición social, ella, por dentro, se sentía sucia e indigna de él.

Así que, aunque se fue enamorando de Sebastián cada día más, nunca lo buscó ni le hizo insinuaciones. Tuvo que verlo pasar por infinidad de novias y amantes con una fingida sonrisa, mientras ella se limitaba a estar a su lado, admirándolo, acompañándolo, atendiéndolo, tratando de hacer su vida más cómoda, escudándose en una simple relación de amigos. Hasta que un maravilloso día, el menos pensado, cuando Elena tenía diecisiete años, él reparó en ella, en su dulzura silenciosa, en su rara belleza, y le pidió que fuese su novia. Ella lo aceptó, enamorada y feliz por primera vez después de muchos años, así como aceptó también que él siguiese saliendo con sus amigos, viajando y engañándola, de vez en cuando, con mujeres que no le llegaban ni a los talones. Pero lo aceptó porque sabía que él era un alma libre y porque sospechaba que atarlo equivalía a perderlo, y que la única forma de retenerlo a su lado era no presionarlo ni reclamarle nada. Su abuela le había dicho una vez cierta frase que decía: «Si amas a alguien déjalo libre, si vuelve es porque es tuyo, y si no vuelve, nunca lo fue». Eso había hecho ella, y él siempre había vuelto a su lado, tal vez por costumbre o por comodidad, aunque prefería pensar que era el amor el que hacía que retornara siempre con ella.

Cierto que él también había sido comprensivo y respetuoso con sus cosas. Por ejemplo, cuando habían tenido relaciones por primera vez, y a pesar de saber que ella había tenido solo dos noviazgos muy cortos con otros chicos, nunca le preguntó quién había sido su primer hombre, y eso era algo que la joven le iba a agradecer toda su vida porque no habría sabido qué contestarle.

Finalmente, luego de siete largos años de idas y venidas, había logrado convencerlo de que se casasen. Los preparativos de la boda la habían tenido

tan alterada que hasta se había olvidado de tomar las pastillas anticonceptivas durante cuatro días. Al principio, pensó que no tendría importancia y se dedicó a disfrutar de las tiendas de París y de la compañía y amistad de Celine. Solo le preocupaba lo alejado, frío y distante que había estado su novio durante la última semana antes de su partida para Europa, pero lo disculpó, atribuyendo esos cambios a los nervios por el cercano casamiento. Así, mientras esperaba a que su vestido estuviese listo, se embarcó en el crucero. Estando allí comenzó a preocuparse, ya que, habiendo llegado la fecha para indisponerse, su regla no aparecía. Esperó más de siete días, y, finalmente, aprovechando el desembarco de unas horas en la costa mediterránea, se compró un test de embarazo y lo usó. En efecto, estaba embarazada. Al principio se alegró, a un mes de casarse, lo único que podía preocuparla eran las habladurías de las amigas de su madre, pero eso era un problema menor al lado de la alegría de tener, en su vientre, a un hijo de su amor. Porque estaba segura que era de él. No obstante, recordó con angustia que, la noche antes de partir hacia Europa, su tío había llegado de visita, borracho, y, aprovechando que sus padres no estaban en casa, había vuelto a forzarla. Ella ni siquiera había podido gritar para defenderse, por miedo a que los sirvientes escucharan y se armara un escándalo. En ese momento, lo tomó con resignación, estaba acostumbrada a sufrir en silencio ese calvario dos o tres veces al año, cada vez que esa bestia podía arrinconarla a solas, o aprovechaba la cercanía de su madre en otro cuarto para asegurarse de que ella no pudiera gritar por ayuda. Contaba con su miedo cerval al qué dirán o a que Sebastián o Susana se enterasen, para someterla. Pero ahora era distinto. No, su hijito no podía ser de ese monstruo, de ninguna manera. Había hecho el amor siete u ocho veces a lo largo de ese último mes con su novio, y solo en una ocasión había tenido relaciones forzadas con su tío. Las probabilidades estaban a su favor, sin embargo, sintió un profundo miedo. Miedo a que Dios la castigase por su cobardía, por su silencio, por su sufriente pasividad, enviándole un hijo fruto del incesto. Se negó a seguir pensando en esas cosas, pero decidió volver a casa antes de lo previsto.

Ese mismo día, cuando estaba a bordo del crucero frente a las costas griegas, su amiga Lara le hizo llegar un video delator, terrible, inesperado y doloroso que la hizo darse cuenta de que, irremediablemente, algo había cambiado para siempre en su vida. Había sido filmado ese día. En él se veía a

Sebastián en el puerto, bajando del yate con una chica joven y bellísima, abrazándose, sonriéndose, besándose, jugando, radiantes y enamorados bajo la luz del sol. Algo en la forma en que él la miraba, en su alegría de tenerla cerca, le hizo sospechar que esta vez su novio no iba a volver.

Ahí comprendió muchas cosas, su seriedad y distancia para con ella, su desinterés por la boda, sus gestos de tristeza, su negación a hacer el amor, las excusas para no llamarla o no responderle el teléfono. Todo eso tenía un nombre, o, mejor dicho, un rostro, el de esa chica. Empezó a temblar de la angustia y tuvo que sentarse en una reposera de cubierta, hasta poder recuperar las fuerzas. Tenía que regresar a Argentina lo más rápido posible.

Así, bajó a la costa y consiguió un vuelo de Grecia hasta Madrid. Al llegar allí, tomó otro avión que la llevaría directo a su país y le envió un mensaje a su madre para que fuese a buscarla al aeropuerto. Al regresar a su hogar, después de casi un mes de ausencia, se dio un baño y llamó a Sebastián para avisarle que estaba de vuelta. Como siempre, decidió no contarle lo del video y esperar a que él diese el primer paso. Por más dolor que sintiese, su hijito necesitaba a su padre y ella iba a luchar por retenerlo a su lado.

Sebastián llegó a casa de Elena con el estómago revuelto, no era fácil lo que tenía que decirle ya que, si bien no la amaba, le tenía un profundo afecto. La sabía una mujer sensible y frágil, y le partía el alma hacerla sufrir. Pero no le quedaba otra, eran su futuro y su felicidad lo que estaban en juego y, por más que lo intentase, el corazón jamás le iba a empezar a galopar desbocado cuando la viese como le pasaba con Mili. Su princesita pueblerina era su amor y, después de haberla conocido, le resultaba imposible pensar en vivir una vida en la que no estuviese ella.

—¡Hola, mi vida, te extrañé tanto! —le dijo Elena, apretándolo, cuando lo vio. Él se dejó abrazar. Sin embargo, cuando ella intentó besarle en los labios, se echó hacia atrás, espantado, como si lo hubiese atacado una yarará. Ella se quedó mirándolo, asombrada.

—No Ele, no hagas eso, tenemos que hablar —le dijo Sebastián, tomándola de los hombros y apartándola de él. A continuación, se sentó en el sofá y la hizo sentar a su lado. Contemplándola serio y con gesto triste, comenzó—: Mirá, pasó algo inesperado, conocí a una chica...

Elena lo interrumpió, tapándole la boca, alarmada, para que no siguiese hablando.

—No me digás nada, no quiero escucharte.

—Es que es necesario, Elena, yo no quise que las cosas fueran así, pero pasaron. Me enamoré de ella, de verdad me enamoré, y ya no puedo casarme con vos. —Ella lo observaba con ojos agrandados, en silencio, su falta de reproches hacía que él se sintiera más basura todavía—. Perdoname, por favor, lo siento en el alma, te juro que haría lo que fuera para evitarte este sufrimiento, pero...

—No podés dejarme —lo interrumpió ella, con un hilo de voz.

—Lo estoy haciendo ahora —le respondió Sebastián, con voz firme—. Pensalo, Elena, ¿de qué te serviría tener a tu lado a un hombre que quiere a otra? Si nos casáramos, seríamos unos pobres infelices los dos —terminó él con tono persuasivo.

—No entendés, no puedes dejarme porque estoy embarazada —le soltó ella con tono angustiada.

Él se la quedó mirando con ojos enormes, en silencio, mientras que el estómago se le revolvía del todo.

—¿Cómo que embarazada si vos tomás pastillas? ¿Qué mierda me estás diciendo? —explotó con tono incrédulo, al tiempo que volvía a asirla de los hombros.

—Es que, con los preparativos de la boda, me olvidé de tomarlas por unos días —le respondió ella, temblando de miedo.

—¿Cómo que te olvidaste? ¡No, es mentira, vos estás inventando esto para evitar que te deje! —exclamó el muchacho, luego se levantó y comenzó a caminar desesperado, de una punta a la otra del *living*, al tiempo que se pasaba la mano por el cabello en un gesto nervioso.

—¡Es verdad! Me hice un Evatest en Grecia y una ecografía transvaginal en una escala en Madrid! Está confirmado —le informó ella, parándose también con angustia.

—¡Entonces no es mío, yo hace más de cuarenta días que no te toco! —le gritó él, girando hacia ella y señalándola con el dedo, al tiempo que sentía una rabia que lo cegaba y unas ganas enormes de llorar.

—¡Pero estoy de dos meses! No me di cuenta antes porque siempre fui irregular, vos lo sabés, creía que era un atraso por los nervios de la boda —le explicó ella, retorciéndose las manos y comenzando a sollozar.

—¡Pero qué mierda! —aulló él alzando las manos al cielo con impotencia. Caminó de un lado al otro, al llegar frente a ella se frenó y volvió a tomarla de los brazos con firmeza.

—Escuchame bien, por más que vos jamás lo reconozcas, yo sospecho que ya una vez me engañaste y, si nunca te dije nada, es porque yo era el tipo menos indicado para hacerte reproches, pero no me pienso comer este garrón de que te pasés un mes sola en Europa y después me vengas con el cuento del embarazo...

—¡Pero es la verdad y es tuyo! ¿Por qué no me creés? —le gritó la joven, llorando más fuerte, en tanto que se cubría el rostro con las manos.

A él le dio pena por ella y pensó que se estaba comportando como un hijo de puta porque no quería aceptar que sus planes se hubiesen vuelto de cabeza en un segundo. «¡Dios santo, por qué! ¿Es un castigo por haberlas engañado a las dos?». Con voz más tranquila, continuó:

—Está bien, cuando nazca, le vamos a hacer un examen genético y, si es mío como vos decís, le voy a dar mi apellido y lo voy a mantener, pero no me pienso casar con vos. ¡No me voy a arruinar la vida por vos! ¿Entendés? —terminó él, con los ojos brillando de impotencia.

—Es por ella, ¿verdad? ¡Es por ella! ¿Cómo podés estar tan enamorado de una mujer a la que no le importa quitarle el novio a otra o dejar a un bebé sin su papá? —le gritó Elena, esta vez con enojo.

—¡Lávate la boca antes de hablar de ella! Milagros ni sabe que existís y, si de mí depende, ¡tampoco se va a enterar de tu embarazo! —le advirtió, él con tono intimidante.

—¡Sí que se va a enterar, se va a enterar porque yo se lo voy a contar! —le dijo ella señalándolo con rabia—. Tiene derecho a saber la porquería que tiene al lado, vamos a ver si, después de saber la verdad, sigue queriendo estar con vos —terminó con gesto amenazante.

—¡Jamás! ¡Te llegás a acercar a Milagros y te estrangulo! ¿Me escuchaste? —le gritó él, tomándola de un brazo con fuerza.

—Matame, qué me importa, yo no quiero vivir más si no estás a mi lado —le respondió ella, antes de sentarse en el sillón y taparse la cara con las manos en tanto que lloraba desconsolada.

En ese instante, a Sebastián la joven le dio pena, y, dudando un momento, se sentó a su lado y le apoyó una mano en la espalda.

—Perdoname, Elena, calmate. Estoy tan loco con todo esto que ni sé lo que digo, pero no puedo atarme a vos, ¿entendés? Yo la quiero a ella, y vos sos una chica buena, hermosa, y te mereces tener a tu lado a alguien que realmente te quiera y te valore, que te haga feliz, y yo no puedo, ya no.

—Podías antes de conocerla a ella —le dijo la muchacha con tono dolorido, mirándolo con ojos bañados en lágrimas.

—Vos lo dijiste, eso fue antes de saber lo que es amar de verdad a alguien —le respondió él, antes de levantarse despacio y dirigirse hacia la puerta, allí se detuvo y la miró fijo—. Perdoname, de veras que lo siento muchísimo —terminó, con los ojos azules brillantes, antes de irse con los hombros encorvados, una infinita amargura y llevando todo el peso del mundo sobre sus espaldas

Esa noche apagó su celular y fue a casa de sus padres, no se animaba a mirar a Milagros a la cara, tenía miedo de que ella, con esa terrible intuición femenina que tenía, pudiera leer la verdad en sus ojos. Se sentía como si le hubiesen dado un mazazo en la nuca. ¡Se iba a enterar, por más que él quisiera ocultárselo, se iba a enterar y la iba a perder! Si antes había tenido la mínima esperanza de que ella aceptara que él hubiese dejado a Elena, sabía que, ni en sueños, Mili iba a estar de acuerdo en que abandonase a la otra estando embarazada. Escuchó golpes en la puerta y gritó que pasaran. Era su padre, que abrió y se acercó hasta la cama. Luego de consultarlo con Isabel, ambos habían decidido que fuera él el que hablase con su hijo, ya que tenían mejor diálogo.

—Elena llamó y nos contó. ¿Qué pensás hacer? —le preguntó Pedro con tono serio.

—Lo que le dije a ella —le respondió Sebastián, nervioso, antes de levantarse con lentitud de la cama y contemplarlo desafiante.

—Hijo, yo había estado de acuerdo en que la dejaras, a pesar del escándalo y de todo, pero ahora las cosas cambiaron, hay un bebé de por medio... A veces, aunque nos duela, es necesario renunciar a lo que más queremos y hacer lo que debemos hacer... Yo te crie para que fueses un hombre de bien, no puedo aceptar que hagas semejante canallada... El día que vos también seas padre me vas a entender —terminó, antes de irse con la cabeza gacha y los hombros derrotados. Parecía que hubiese envejecido veinte años de golpe. «Igual que yo», pensó Sebastián.

Aguantó, acostado en su cama, hasta las once de la noche. Ahí no pudo más, bajó las escaleras corriendo, tomó las llaves y, sin saludar a nadie, subió a su auto y partió, a toda velocidad, hacia el departamento de Milagros. Al salir del *country*, no vio el automóvil que estaba estacionado, esperando a un costado, con las luces apagadas. Era Elena, que comenzó a

seguirlo a distancia por las calles de Buenos Aires, ya poco transitadas para esa hora, porque sospechaba que tarde o temprano él iba a ir a ver a la otra.

Milagros lo esperaba nerviosa. Había estado llamándolo al celular desde las nueve de la noche, había calentado dos veces el asado con puré, y nada. Cuando se hicieron las once y el chico no llegaba, se sentó a comer sola y angustiada, pensando que algo grave debería haberle pasado para que no le contestara el teléfono ni hubiera vuelto. Cuando estaba lavando los platos, sintió el ruido de la llave en la cerradura y corrió hacia la puerta, al llegar hasta él, lo abrazó y lo besó en todo el rostro.

—¡Hola amor! ¿Por qué no llegabas? ¡Me tenías preocupada! —le dijo, mirándolo con ternura y observando que él traía una terrible cara de velorio. Decididamente, esa no era la noche indicada para contarle sus sospechas sobre un posible embarazo, pensó, al tiempo que le acariciaba el cabello y volvía a besarlo con suavidad en la boca. Él, como siempre, intensificó el beso, pero esta vez la apretó muy fuerte contra su cuerpo y enterró la nariz en su pelo, luego inhaló su perfume con fuerza. Ella intuyó su angustia y le preguntó con alarma—: ¿Pasó algo grave?

—No, nada grave, una huelga de obreros por aumento de sueldos nomás, pero estuvimos hasta ahora para llegar a un acuerdo —mintió él, preguntándose hasta cuándo iba a tener que seguir amontonando una macana sobre la otra. Estaba harto de engañarla.

—¿Ya comiste? —le preguntó ella, observando su palidez y sus ojos enrojecidos.

—Sí, comí unas pizzas en la fábrica —volvió a mentir él, ya que ni siquiera había intentado cenar, la comida no le hubiera pasado—. ¿Y vos?

—Sí, yo ya cené, pero quedó, si todavía tenés hambre, te caliento algo —le informó ella, tomándole la cara con las manos y recordando el hambre voraz que siempre cargaba él.

—No, gracias, estoy lleno y cansado. Vení a acostarte conmigo, por favor —le respondió el muchacho, tomándola de la cintura con gesto de agotamiento y dándole un beso en la sien.

—Bueno, vamos —le dijo la chica, sonriendo con docilidad y sospechando, conociéndolo como lo conocía, por qué estaba apurado para ir a la cama. Sin embargo, cuando alzó la sábana y se acostó a su lado, de costado, él se limitó a abrazarla por detrás, pegándose a ella y apretándola en un silencio casto contra su cuerpo. «¡Bueno, esto sí que es nuevo!», pensó la joven, que

estaba acostumbrada a sus insaciables demandas. «Pobrecito, está agotado», se dijo acariciándole la mano que él tenía apoyada sobre su vientre, como si intuyera lo del hipotético bebé, continuó discurrendo mentalmente, al tiempo que concluía que había sido un largo y difícil día para los dos, y que les iba a venir muy bien descansar una noche.

Mientras tanto, afuera, Elena hablaba con el portero, haciéndose pasar por la hermana de Sebastián, para averiguar el número de departamento en el que vivía esa joven que quería quitarle lo que ella más amaba.

Contra lo que Milagros supuso, esa noche no pudieron dormir ninguno de los dos, ella, incómoda por la forma en que él seguía apretándola contra él cada vez que intentaba alejarse o darse vuelta y preocupada por cómo podrían tomar Sebastián, sus parientes y la familia de ella, la noticia del supuesto retoño, si era que, como sospechaba, estaba de encargo. De todos modos, ella ya había decidido hacerse un Evatest al otro día, para salir de dudas, porque no podía más del miedo y la ansiedad. Él, por su parte, se angustiaba pensando en cómo evitar que ella se enterase de todo, o cómo contarle las cosas de manera tal que aceptara seguir con él a pesar del bebé. Porque, pasara lo que pasase, no se iba a separar de su amor, así tuviera que raptarla y llevársela a vivir al Congo Belga, decidió, apretándola más fuerte contra su cuerpo, como si así pudiese evitar la separación que se cernía sobre él como una espada justiciera.

Al día siguiente, un test de embarazo positivo para Milagros y la visita de Elena acabaron con las dudas, los miedos, los secretos y las sospechas de los dos, para darle un nuevo rumbo a la vida de ambos.

Después de la partida de Elena y Sebastián de su departamento, cuando pudo reaccionar y levantarse de la cama, luego de llorar de rabia, de impotencia y de dolor durante dos horas, Milagros decidió que jamás le iba a contar a él lo de su bebé, porque el de su novia tenía más derechos. Ella era la otra en esa historia, la aventura pasajera, la que estaba de más y la que tenía que dar, irrevocablemente, un paso al costado... Se lo debía a Elena por los siete años que hacía que estaba con él.

La novia de Sebastián tenía razón, ella era la que tenía que irse lejos porque él no iba a renunciar, lo había visto en sus ojos desesperados. Y, por otra parte, si era verdad que realmente estaba enamorado de ella, se merecía

esa angustia por ser tan falso, hipócrita y cruel de jugar con los sentimientos de las dos sin importarle lo que iban a sufrir.

Tenía que abandonar su departamento, pero ¿adónde ir? Con sus padres era el primer lugar donde el muchacho iría a ir a buscarla. 'Por lo mismo, tampoco podía volver a la facultad. Igual sabía que había materias que podía rendir libre, yendo solo a los exámenes sin que él se enterase. En cuanto a su trabajo... En ese momento recordó una propuesta, la cual, dos meses antes, había rechazado por imposible. Le habían ofrecido un muy buen contrato por ir a modelar, durante tres meses, en pasarelas de Turquía. Ella no lo había aceptado porque no quería irse tan lejos de los suyos, pero, ante las nuevas circunstancias, pensó que podía averiguar si el ofrecimiento seguía en pie. Inspiró profundo y tomó el celular, buscando el número de la agencia en los contactos.

Esa noche, cuando Sebastián volvió al departamento, lo encontró silencioso y vacío. Corrió hasta el *placard*, abrió las puertas y se tranquilizó al ver que su ropa seguía colgada allí. Luego buscó su bolso de viaje y no lo halló, así que supuso que ella habría ido a buscar consuelo en brazos de su familia. Se acostó boca arriba en la cama y, al cerrar los ojos, dos gruesas lágrimas llegaron hasta su pelo. Durmió solo, con el perfume de ella en las fosas nasales y una honda angustia en el alma.

Al otro día él se levantó temprano y, luego de llamarla varias veces al celular, sin que ella le contestase, se decidió a viajar hasta Teodelina para ver si la chica había ido allí. Al llegar a la rotonda de entrada al pueblo, se cruzó con un automóvil azul con vidrios polarizados, que giraba en dirección hacia la ruta, saliendo del lugar. No le prestó demasiada atención, venía desolado, pensando en con qué cara iba a mirar a la familia de ella después de lo que había pasado y rogándole a Dios que Milagros estuviese allí. Lo que el muchacho no sabía era que la mujer que ocupaba todos sus pensamientos iba en ese auto y que, al verlo, se había recostado sobre el asiento para que él no la reconociera. Con una profunda tristeza, luego de visitar el cementerio local, se marchaba hacia un nuevo destino, un destino que la atemorizaba por lo incierto y porque la alejaba de los que más amaba. Pero era necesario, tenía que tomar distancia, tenía que pensar, pero, por sobre todas las cosas, tenía que alejarse de Sebastián porque, si se quedaba, iba a terminar cediendo y no podía. Aunque la hubiese tomado por una idiota, ella iba a demostrarle que tenía dignidad y respeto por sí misma. ¿Él

se había tendido una cama solito? Bueno, pues ahora que se acostara y durmiera en ella. Cerró los ojos con fuerza para evitar el llanto, en tanto que, en su cabeza, la rabia, la tristeza, la angustia y el miedo se mezclaban en remolinos cada vez más huracanados.

Al llegar a la casa de los padres de Milagros, el joven inspiró hondo y tocó el timbre. Mara fue a abrir y, al verlo parado allí, la furia la dejó ciega. Recordó la llegada de su hija, el día anterior, desolada y triste. Se acordó de cómo se había echado en sus brazos y había comenzado a llorar con desconsuelo, antes de contarles, a ella y a Raúl, lo de la novia de Sebastián y su embarazo. También les informó de su decisión de viajar a Turquía por unos meses y les pidió que, por nada del mundo, le contasen a él en dónde se encontraba. Ellos, sin saber que también iban a ser abuelos, estuvieron de acuerdo con que debía alejarse de ese sinvergüenza. Por eso, Mara ayudó a Mili a armar sus bolsos sintiendo cómo su angustia la contagiaba. Habían terminado contratando un *remise* que llevase a la chica de nuevo a Buenos Aires, para que el joven no pudiese rastrearla en los micros. Y ahora ese tipo tenía la caradurez de aparecerse por su casa, con el mismo gesto de tristeza con el que había visto partir a su hija. La rabia que la envolvió de golpe hizo que, sin decirle ni «agua va», cerrara el puño con fuerza, lo estampara en la cara de Sebastián, y lo hiciera retroceder.

«Bueno, ahora ya sé de dónde heredó mi princesita ese puño tan contundente. ¿Estudiarán boxeo las mujeres de esta familia?», pensó el muchacho al tiempo que se frotaba la mejilla magullada. Luego de recuperar la estabilidad, él alzó la cabeza, avergonzado, la miró con firmeza y le preguntó:

—¿Ella está aquí?

—¡No! ¡No está, váyase ya mismo de mi casa! —le gritó Mara, señalando hacia afuera.

El muchacho la tomó de los brazos y la corrió hacia un costado diciéndole: —Permiso, señora. —A continuación, entró a la casa y comenzó a recorrer las distintas habitaciones llamando a Milagros.

La mujer volvió a gritarle enfurecida:

—¡Váyase en este instante si no quiere que llame a la policía y lo haga meter preso! —«Qué se piensa este mocoso maleducado y prepotente», se dijo rabiosa.

Luego de confirmar que ni ella ni sus bolsos estaban allí, fue de nuevo

hacia la madre y le dijo, nervioso:

—Me voy si usted me dice dónde está. —Luego, contemplándola con gesto implorante, continuó—: Por favor señora, le juro que no le voy a hacer nada, quiero hablarle nada más.

—¡Mire, mocoso sinvergüenza, usted no va a hacerle nada porque ya le hizo bastante! Sabiendo lo que ella había sufrido con la muerte de su novio, ¿cómo pudo ser tan desgraciado? —le preguntó ella, furiosa y amargada.

—Yo iba a dejar a mi novia cuando volviese del viaje, señora, no le conté porque tenía miedo de que Milagros me echara al saberlo. Nunca esperé que Elena iba a volver con semejante noticia —le contestó él con tristeza, mirando hacia el piso, avergonzado al final.

—¡A mí me importa un pito lo que usted esperaba! ¡Acá lo que importan son los hechos! ¡Usted va a ser papá, mi hijito, así que hágase cargo de sus responsabilidades y deje en paz a mi hija! —le espetó ella, comenzando a empujarlo hacia afuera.

—Es que yo sí me voy a hacer cargo de ese bebé, pero no me pienso casar con la madre. Por favor, señora, se lo ruego, si usted sabe dónde está, dígamelo. Mili es un imán de problemas, tengo miedo de que, si está sola y angustiada, le pase algo. Por favor, yo la quiero, la quiero con toda el alma —terminó, observándola con gesto implorante.

—No se preocupe por mi hija, ella es mucho más fuerte de lo que usted cree y ha sobrevivido a cosas peores que esta. Hágame caso, no la busque más, déjela tranquila, es una chica honesta y noble, jamás va a aceptar que usted no se case con la madre de su hijo. Si la quiere tanto como dice, lo mejor es que renuncie a ella y la deje rehacer su vida —le respondió la mujer, con un tono más calmo y persuasivo porque, más allá de lo mal que se había portado ese muchacho, ella le creía y también le daba pena.

—¡Jamás, me oye, jamás! —le gritó él, antes de girar y correr hacia su auto, donde se subió y partió a gran velocidad hacia la casa de Malena.

Al llegar, ella salió a atenderlo y, si bien esta vez no ligó ninguna trompada, le gritó tantos insultos y en voz tan alta que le dejó ardiendo los oídos. “¡Lindo vocabulario cargaba la futura maestra jardinera!” La colorada había ido acumulando un adjetivo descalificativo detrás del otro hasta dejarlo machacado contra el piso. Pobre Agustín si cuando se enojaba con él lo trataba así. Ella terminó cerrando su monólogo de insultos con un contundente «¡Pelotudo!» vociferado a voz de cuello, al tiempo que le

cerraba la puerta en las narices con furia.

Desde allí, Sebastián averiguó en un comercio dónde quedaba la casa de Luis y fue hasta allá, con una última esperanza de que Milagros se encontrase allí, pero no tuvo suerte. Su cuñada, Rocío, salió a recibirlo con gesto alarmado y pidiéndole que, por favor, se fuese, porque Luis estaba por llegar y, si lo encontraba ahí, lo iba a moler a golpes como había prometido. Él aceptó retirarse, no porque tuviese miedo a los puños del mastodonte de su cuñado –era más, una buena pelea le hubiese venido bárbaro para sacarse la rabia que tenía acumulada–, sino porque su esposa estaba a días de parir, y no quería provocarle un disgusto. Sin embargo, antes de que partiera, ella fue la única que se apiadó de él y le dijo que Mili había estado con ellos, pero que se había vuelto a Buenos Aires, que la buscara allá. Sebastián le dio las gracias, avergonzado, y se fue.

Para colmar sus males, en el camino, pasando Junín, se encontró un accidente en la ruta, un camión y un auto habían colisionado de frente. Los bomberos los tuvieron cuarenta minutos detenidos, a él y a los vehículos que se habían ido amontonando detrás, y al final, cuando lograron mover el acoplado que había volcado y ocupaba también la banquina, les permitieron pasar por un costado. Llegó de nuevo frente al departamento de Mili a las once doce de la noche, estaba agotado física y mentalmente.

La chica había vuelto a su hogar al anochecer, luego de retirar el pasaje que la agencia le había sacado para agilizar su viaje. Por suerte, su visa y su pasaporte estaban al día. Los que deseaban contratarla en Estambul la habían aceptado de inmediato y le estaban gestionando las cosas allá con rapidez, incluso, hasta le habían conseguido un departamento para alojarse durante su estadía. Ella quería irse lo más rápido posible, pero todo había sucedido tan aceleradamente que estaba mareada. Mientras armaba sus valijas, iba repasando todas las cosas que debía tener en cuenta, por ejemplo, cambiar el chip de sus celulares, comprando uno a nombre de otros para que él no pudiese interferir su línea ni la de sus padres cuando los llamase, tomar también precauciones al comunicarse por *face*. Por eso había quedado de acuerdo con Mara en crear dos facebook con identidades y fotografías falsas y sin subir nuevas fotos, para poder mantenerse en contacto en privado sin que él pudiese hacer *hackear* su cuenta. Sabía que Sebastián era sumamente inteligente y contaba con el dinero suficiente para rastrearla por todo el mundo, pero ella también lo era y pensaba cerrarle

todos los caminos que pudiesen permitirle encontrarla. Estaba segura de que, una vez que él se resignase, iba a aceptar casarse con su novia y darle a su hijito una familia como debía ser.

Terminó de guardar la ropa y los cosméticos, y cerró sus valijas. Ya había retirado del cajero sus pocos ahorros y el horario de salida del vuelo, según rezaba el pasaje, era a las cuatro de la madrugada, así que, luego de contratar a un *remise*, para que viniese a buscarla y la llevase a Ezeiza con anticipación, se dio un baño y se puso el camisón. Antes de acostarse, decidió ir a la cocina a prepararse un té con limón, ya que tenía el estómago revuelto. Lo estaba tomando cuando sintió el sonido de la llave al girar en la cerradura, corrió hacia la puerta al darse cuenta de que, con los preparativos del viaje, se había olvidado de poner la traba interna. Cuando llegó hasta ella ya era tarde, Sebas había entrado y cerrado con llave para que ella no pudiese escaparse, pensó. Se había apoyado con cansancio contra la pared y la contemplaba con intensidad. Se veía agotado, despeinado, con su ropa, por lo general impecable, ahora arrugada y sucia, el cabello alborotado, la barba reciente y ojeras violetas debajo de esos preciosos ojos azules que ella tanto amaba mirar.

Él se quedó observándola, aliviado de saber que se encontraba bien y pensando cómo así, sin maquillar, con el pelo mojado, ese viejo, desteñido y corto camisón, y esa expresión de desolación en el rostro, podía seguir siendo la mujer más hermosa del mundo, la más deseable, la más suya. A pesar del cansancio, su cuerpo reaccionó en forma instantánea a su cercanía, a su olor natural y, con la fuerza de un animal en celo, sin quitarle la vista, en forma fija e hipnótica, se acercó a ella con sigilo y en silencio.

Milagros leyó el deseo en sus ojos y retrocedió, asustada. No podía permitirle que la tocara, sabía lo débil y maleable que se volvía ella bajo esas mágicas manos que tanto placer le daban y que eran capaces de barrer, de un plumazo, todas sus decisiones y su determinación.

—¡No! —le gritó alarmada y con el corazón acelerado, en tanto que alzaba una mano para detenerlo.

Él siguió avanzando. Decidió no hablar, ya le había dicho todo lo que quería decir y ella no lo había escuchado, las palabras para lo único que servían era para embarrar más la cancha. Además, él no tenía muchos argumentos para defenderse. De verdad se había portado como un canalla, pero la amaba tanto que le dolía y, si no podía demostrárselo con palabras,

lo iba a hacer con el lenguaje de los sentidos, el único capaz de llevarlos del infierno al cielo y convertirlos en uno solo otra vez. Así que, con suavidad y determinación, la tomó de la cintura con una mano y de la nuca con la otra, y comenzó a besarla apasionadamente. Ella le apoyó las manos en el pecho para sacarlo y, al ver que él era más fuerte y no podía soltarse, lo mordió.

—¡No! —volvió a gritarle, asustada y furiosa. Él se limpió el labio inferior, que le sangraba, y siempre mirándola con intensidad y en silencio, la apoyó contra la pared, la apretó con su cuerpo para que no pudiese escaparse y, mientras le tomaba ambas muñecas con una mano y las alzaba por encima de su cabeza para que no pudiese golpearlo ni apartarlo, con la otra comenzó a tocarla, al tiempo que le desprendía el camisón y la besaba en el cuello y en los senos, tratando de provocarle una respuesta.

—¡Basta, si no te vas ya, voy a gritar para que vengan a auxiliarme los vecinos! —lo amenazó ella, retorciéndose para tratar de apartarlo. Él le respondió volviendo a besarla en la boca para silenciarla, y soportó el dolor de una nueva mordida, en tanto que, a la vez que la tomaba de la cintura, metía una mano dentro de su ropa interior, y comenzaba a acariciar su sexo con suavidad. Sentir que, a pesar de sus forcejeos y protestas, estaba húmeda y caliente para recibirlo, lo terminó de enloquecer. Entonces, él se desprendió el pantalón, bajó sus calzoncillos, enlazó los brazos bajo los muslos de la joven, la tomó de las caderas, la alzó en el aire y, corriendo su ropa interior a un costado, se introdujo con fuerza dentro de la chica y comenzó a moverse con una lentitud que se contraponía con su deseo desatado, su desesperación y su miedo de perderla.

Ella, al sentir sus brazos libres, primero le tironeó el pelo para apartarlo, pero no gritó, una porque le daba vergüenza solo de pensar que pudiesen venir y encontrarlos así, y otra porque el placer de tenerlo otra vez dentro de ella era tan fuerte que la mareó. Con el corazón latiéndole golpeando acelerado y sintiendo los latidos desbocados de él contra sus pechos, la chica puso la mente en blanco, justificándose en que esa iba a ser la última vez. Cerró los ojos y se dedicó solo a sentir, los gemidos de él en sus oídos, los sonidos graves de su propia garganta, el roce incómodo de la pared contra su columna, el ruido de las aletas del ventilador, el roce de su pelvis contra la suya, el dolor agrisado de sus pechos hinchados por el incipiente embarazo y ese placer intenso que se concentraba en su vientre y en su sexo hasta estallar. En ese instante, la mente se le llenó de luces multicolores y

percibió que su tensión comenzaba a desaparecer. Él siguió moviéndose, cada vez más rápido y, segundos después, lo sintió gemir y gritar también, mientras le apretaba los muslos, a la vez que la sostenía, y volvía a besarla en los labios, esta vez ya con una pasión aliviada, pero no menos genuina.

Sebastián apoyó su frente transpirada contra la de Milagros, a la vez que quitaba sus brazos de debajo de las piernas de ella con suavidad, para que pudiese volver a apoyar los pies en el piso y pensaba que nunca, nadie, jamás le había dado el placer que le daba esa mujer y que nunca, jamás y por ningún motivo, iba a permitirle que se alejara de él.

—Soltame —le dijo ella bajito, al tiempo que lo empujaba y los ojos comenzaban a poblársele de lágrimas.

—No, vamos a hablarlo —le respondió él, con ternura y la voz todavía ronca por la pasión, en tanto que volvía a abrazarla y acariciarle la espalda tensa.

—No, no hay nada que hablar. Andate, por favor —le dijo ella, antes de girar y hacer presión con el brazo contra su pecho para apartarse, en tanto que sentía cómo el semen caliente bajaba por sus muslos. Otra vez él no se había cuidado. «Claro que, ahora, de qué servía, ¿no?», reflexionó con ironía, para no dejar que el pecho siguiese cerrándosele por la angustia.

—Sí, sí tenemos que hablar, vamos a la cama —insistió él, a continuación la alzó en brazos y giró para dirigirse a la habitación.

Ahí ella recordó sus valijas armadas y entró en pánico. Si Sebastián llegaba a verlas, sus planes se iban a ir al diablo. Alarmada, comenzó a retorcer el cuerpo y darle puñetazos en el pecho para que la bajara.

—¡No, te vas ya mismo de mi casa o empiezo a gritar! ¡Andate y déjame en paz! —terminó gritándole y sintiendo cómo las lágrimas le corrían ya libres por la cara.

El joven volvió a contemplarla con intensidad, le partía el alma hacerla sufrir y la veía al límite de sus fuerzas. No quiso seguir presionándola, tenía que darle tiempo para calmarse. La bajó al suelo y la besó con ternura en la frente, tomándole la cara con las manos mientras le decía:

—Está bien, ahora me voy, pero mañana voy a volver, y pasado y siempre, hasta que entiendas que un amor como el nuestro no se puede terminar por nada ni por nadie. Vos me querés, mi vida, yo lo siento, lo siento en el corazón, y yo te quiero más todavía, así que, aunque me muerdas y me grites y me echés mil veces, siempre voy a volver, porque vos sos mi único

amor y siempre lo vas a ser.

Milagros lo escuchaba, contemplando fijamente su hermoso rostro, en tanto que pensaba que esa era la última vez que lo vería en muchos meses, o tal vez para siempre. En un impulso ciego, ella lo abrazó y, enredando sus dedos en su pelo y apretándolo fuerte, lo besó con furia, con miedo, con tristeza, con dolor, pero por sobre todo con un profundo amor, porque él tenía razón. Ella lo quería, lo quería más de lo que había querido a Cristian y nada ni nadie iba a poder cambiar eso. Sin embargo, al sentir la excitación de él presionando de nuevo contra su entrepierna, poniendo toda su fuerza de voluntad, lo alejó.

—Andate, por favor —volvió a pedirle, acariciándole el rostro con tristeza.

Él giró la cabeza, le besó la palma de la mano y le respondió:

—Está bien, hasta mañana, mi amor. —Giró hacia la salida y, luego de observarla con angustiada intensidad, se fue.

Ella se quedó mirándolo y, cuando pudo cerrar la puerta, se echó sobre la cama y comenzó a llorar a gritos, con un desconsuelo desesperanzado que la acompañó hasta que, rendida de cansancio y de sueño, cerró sus ojos y se durmió profundamente.

A las dos doce el reloj la sobresaltó, se despertó asustada y, lo primero que vio al prender la luz fue el rostro de Cristian, que la observaba sonriente desde sus congelados diecisiete años. Acarició la foto con ternura, mientras pensaba que él jamás la hubiese buscado teniendo otra novia, ni la hubiese embarazado de forma tan despreocupada, ni hubiese despreciado a su hijito. Había sido de mejor madera, pero él ya no estaba para cuidarla y consolarla, tenía que seguir sola, costase lo que costase. Se levantó despacio para tratar de controlar las náuseas que aparecían ya con regularidad desde hacía dos días. Se vistió, descompuesta, y terminó de organizar todo, tomó un café y bajó con sus valijas hasta el pasillo de salida. Cuando llegó el *remise*, el portero la ayudó a llevarlas hasta el auto y partió hacia el aeropuerto. La noche estaba silenciosa y oscura. Las calles casi desiertas. Las luces de neón pasaban rápido delante de sus ojos, pero ella no las veía. Miraba hacia adentro de su alma, y unos ojos azules y brillantes la acompañaban en su viaje hacia lo desconocido.

Sebastián se levantó temprano y se dirigió a la fábrica. Quería ponerse al día con el trabajo atrasado, hablar con el padre de Elena y, sobre todo, darle tiempo a Milagros para que recapacitara y lo aceptase de nuevo a su lado. Al

llegar, fue directo a la oficina de Osvaldo, su ex suegro. Sabía que no iba a ser una charla fácil, pero tenía que dar la cara y bancarse lo que se viniese. Golpeó la puerta y preguntó:

—¿Se puede?

—¡Por supuesto, hijo! Pasá, por favor —le respondió el padre de su ex novia con una sonrisa. Tenía unos sesenta años, era alto, canoso, de grandes ojos negros y con un abdomen pronunciado que disimulaba debajo de un moderno traje gris. Por su gesto, era evidente que ella no le había contado nada aún. “¡Putá suerte!” se dijo. El hombre estaba sentado ante su escritorio de gruesa madera color caoba, y tenía enfrente una moderna *notebook* en la que estaba escribiendo. Detrás de él, unos grandes ventanales mostraban el cielo azul, salpicado de nubes, como paisaje de fondo.

—¡Buen día! ¡Qué alegría que viniste! Vos sabés que, ahora que Elena está de regreso, Susana me está volviendo loco con que quiere consultarles una pila de cosas sobre la fiesta. Es medio histérica, pero la entiendo, si cuando te quieras acordar, tenemos el casamiento encima —le soltó Osvaldo de un tirón, en tanto que se paraba, daba la vuelta al sillón y le estrechaba la mano.

—Buen día, Osvaldo, escucheme, de eso justamente vengo a hablar con usted. —El joven hizo una pausa incómoda, contemplándolo serio.

—¿Qué pasa? —le preguntó su ex suegro, alarmado.

—Elena está embarazada —le dijo el muchacho con inquietud. Por supuesto, al hombre no se atrevía a soltarle sus sospechas de que el bebé no fuese suyo, suficiente tenía el pobre con lo que le iba a decir.

—Ah, era eso... La verdad es que podrían haber esperado unos meses más, Susana se va a poner como loca cuando le diga, pero bueno... Tampoco es para tanto, total, ya se van a casar —le respondió el empresario con tono aliviado, ya que la mirada de su yerno le había hecho sospechar algo más grave.

Sebastián tomó aire, lo soltó despacio y, observándolo fijamente, le dijo:

—Es que ese es el problema, don Osvaldo, ya no nos vamos a casar.

—¿Cómo que no se van a casar? Me consta que mi hija te quiere... ¿Qué mierda está pasando? —le preguntó el empresario, con gesto confuso.

—Pasa que me enamoré de otra chica, por eso ya no puedo casarme con Elena —le contestó Sebastián, transpirando por la tensión.

—¿Cómo que no? ¿Y el bebé? ¿No te pensás hacer cargo? —le preguntó el

padre de ex novia, nervioso y alarmado, mientras se aflojaba el nudo de la corbata a rayas que, de golpe, parecía querer ahorcarlo.

—Sí que me voy a hacer cargo del bebé, pero el noviazgo con Elena se terminó. Yo le pido mil disculpas, a usted y a doña Susana, pero es lo mejor para todos —le respondió Sebastián, con gesto avergonzado.

—¡Lo mejor para vos, hijo de remil putas! ¡Mi hija se va a morir de la tristeza! ¡Siete años a tu lado haciendo la vista gorda con tus agachadas y así le pagás! —le gritó Osvaldo enfurecido, al tiempo que lo tomaba de las solapas y comenzaba a sacudirlo con violencia, sin poder creer lo que estaba escuchando.

—Pare, no quiero pelear con usted. ¿No se da cuenta de que su hija nunca podría ser feliz con un hombre que quiere a otra? —argumentó el muchacho, tomándolo de las muñecas para evitar que comenzara a golpearlo, ya que sentía muchísimo cariño y respeto por ese hombre honesto y bueno que lo había tratado siempre como a un hijo, pero no pensaba dar marcha atrás en su decisión.

—¿La volviste a engañar otra vez, a un mes de casarte? ¡Sos una basura! —le volvió a gritar el hombre, en tanto que lo sacudía de nuevo, rojo de indignación.

—¿Qué pasa acá? —preguntó Pedro, en tanto que ingresaba a la oficina, alarmado por los gritos, e intentaba separarlos.

—¡Pasa que la joyita de tu hijo embarazó a mi hija y ahora no se quiere casar! ¡Eso pasa! —le gritó el hombre a su consuegro, con los ojos enramados en sangre y respirando con agitación, al tiempo que se apartaba de Sebastián, dándole un fuerte empujón que lo mandó contra la puerta. «La bolilla que faltaba», pensó el muchacho con angustia, al tiempo que le sostenía la mirada a su padre.

—Eso no va a ser así, mi hijo va a cumplir con su palabra y se va a casar con Elena, porque, si no lo hace, ya se puede ir buscando una casa, un trabajo y una familia nuevas —dijo Pedro, contemplando con fijeza a Sebastián y tratando de aparentar un tono calmo, aunque amenazante. Dos pares de ojos azules se observaron sostenidamente, como en un duelo de ajedrez en el que ambos sabían que la próxima jugada podía resultar fatal o definitiva.

Al final, el joven habló con firmeza:

—Lo siento, papá, pero no lo voy a hacer. No creas, te entiendo y no te

reprocho nada, te firmo ahora la renuncia, si querés, y esta tarde voy a casa a buscar mi ropa. Puedo hacer cualquier cosa que me pidas, menos separarme de Milagros. Eso no se negocia —terminó con tono triste y cansado, pero seguro, con el estómago hecho un nudo porque sabía que lo estaba decepcionando profundamente por primera vez en su vida, y eso le dolía en el alma.

—¡Yo te voy a dar negociar, sinvergüenza! ¡Vení acá que yo te voy a enseñar a hacer negocios! —le gritó su ex suegro, en tanto que empujaba al joven contra la pared y comenzaba a golpearlo con furia y con saña en el rostro, el estómago y las costillas. Su padre se limitó a mirarlos desde lejos, estático. No lo defendió, y el muchacho tampoco lo hizo, se dejó golpear. Jamás le iba a levantar la mano a un hombre mayor al que respetaba y que, encima, tenía toda la razón en darle esa tremenda marimba de palos. Que se desahogara, si total, él lo tenía bien merecido. Cuando sintió que no podía seguir aguantando el dolor, se hizo a un costado y, velozmente, tomó los brazos de su ex suegro y se los trabó tras la espalda, antes de decirle al oído:

—Basta, don Osvaldo, yo sé que usted tiene toda la razón y le pido mil perdones, pero esto no va a cambiar mi decisión. Basta, tranquilícese —terminó, agitado, en tanto que sentía cómo un hilo de sangre le corría desde la nariz y una súbita hinchazón comenzaba a cerrarle el ojo izquierdo.

Su padre suspiró aliviado, ya no soportaba más ver esa golpiza y había estado a punto de intervenir. Sinvergüenza o no, era su único hijo y lo quería. Al final Marcos tenía razón, esa chica era para Sebastián lo que Isabel era para él, y aún hoy, después de casi cuarenta años de casados, él también se hubiese dejado moler a golpes antes de que lo apartaran de ella. No lo justificaba ni lo perdonaba, ese era el dolor más grande que le habían dado en la vida y la vergüenza y la humillación que sentía por Elena y sus padres lo iban a acompañar por siempre, pero lo entendía, vaya si lo entendía.

Osvaldo comenzó a llorar de impotencia, con sonidos ahogados, y ahí el muchacho lo soltó y fue retrocediendo hacia la puerta. Al llegar allí miró fijo a su padre, sin atreverse a hablar.

—Andate nomás, para mí ya estás muerto —le dijo Pedro con rabia, porque escuchar el llanto de su amigo de toda una vida lo partía en dos. «¿Qué hicimos mal? ¿A quién salió tan inconsciente este chico?» se preguntó angustiado, mirando hacia el piso y meneando la cabeza. Cuando volvió a

levantar la vista, su hijo ya se había ido y su amigo se había sentado en el amplio sillón de pana verde, con los codos apoyados en las rodillas y las manos tapándose la cara con un ademán de desorientación y desesperanza. Entonces se sentó a su lado y se quedó quieto, compartiendo su dolor en silencio.

Al mediodía, Sebastián se bajó frente al edificio del departamento de Milagros, caminaba muy despacio. En las tres horas anteriores había firmado la renuncia a la empresa, buscado la ropa que tenía en casa de sus padres –gracias a Dios su madre había partido de compras, motivo por el cual se había salvado de pasar por otro drama familiar– y, finalmente, ido a la clínica para pedirle analgésicos a su padrino y corroborar que no tuviese alguna costilla rota. Marcos lo había visto llegar con la camisa destrozada y ensangrentada, encorvado, con la nariz hinchada y un ojo ya semicerrado, que había comenzado a tomar un suave color violeta. Por suerte no tenía el tabique quebrado, pensó el hombre, mientras lo examinaba y curaba en silencio, contemplándolo con un gesto de «te lo dije», del cual el muchacho no quiso acusar recibo.

Sebas se había olvidado de que su ex suegro había practicado boxeo en su juventud, pero los puños del viejo se lo habían recordado en forma contundente. Gracias a Dios, Osvaldo ya estaba medio bichoco, porque cómo pegaba, mamita”. Igual, lo peor de todo había pasado, ahora le quedaba capear el temporal con Milagros. «¿De qué humor andarás vos hoy?». Miró hacia la ventana cerrada de su departamento, sin saber que este se encontraba vacío desde hacía muchas horas.

El muchacho bajó lento del ascensor, fue hasta la puerta e introdujo la llave en la cerradura, la abertura cedió sin inconvenientes. «No puso la traba por dentro, buena señal», se dijo, haciendo una dolorosa semisonrisa, ya que también tenía el labio partido. Tomó las dos valijas que había llevado y pasó. Al entrar, la oscuridad y el silencio, inusuales a esa hora, lo alarmaron. Miró hacia todas partes comenzando a llamarla, pero nada, todo estaba pulcro y ordenado. De repente, vio que la heladera estaba desenchufada. Corrió hacia ella, la abrió y estaba limpia y vacía. El corazón comenzó a latirle a toda velocidad, fue hasta la habitación volviendo a llamarla y, al abrir el *placard*, lo encontró sin nada. También faltaba el portarretrato de Cristian sobre la mesa de luz y los otros que habían estado en el *living*. El alma se le fue a los pies, se sintió mareado y consciente, ahora más que nunca, de todos los

dolores de su cuerpo maltrecho. «¿Dónde estás?», se preguntó con angustia, a la vez que veía, sobre la mesa del *living*, un sobre blanco con el anillo de sello de oro que él le había regalado para Navidad ubicado encima. Con las piernas débiles y un enorme sentimiento de derrota, tomó el sobre, sacó el papel que contenía y empezó a leerlo.

«Sebastián:

¿Te acordás una vez que te dije que la vida no era fácil? Ese día me quedé corta, es más que difícil, vivir es tratar de arrastrar una piedra gigante cuesta arriba, que siempre termina cayéndose y aplastándote. A mí ya me pasó dos veces, con los dos únicos chicos que quise en mi vida, con la diferencia de que Cristian nunca quiso hacerme mal, la muerte se lo llevó casi sin que se enterara del dolor que nos iba a provocar a todos; en cambio vos sí sabías el daño que podías causarnos a Elena y a mí con tus acciones, y seguiste adelante, no te importó, con esa crueldad inconsciente de no pensar en las consecuencias de tus actos. Hace poco te dije que te odiaba y no es verdad, por más que lo intente no puedo odiarte, pero sí siento desprecio por vos, por tu bajeza, por tu cobardía, por tu egoísmo. Ese mismo desprecio es el que me lleva a alejarme. Ya pude levantarme una vez y puedo volver a hacerlo. Me marché muy lejos y por mucho tiempo, no me busques ni molestes a mi familia con preguntas, ellos no saben dónde voy. Casate, como tenías planeado antes de conocerme, y disfruta a tu hijito, él te va a ayudar a olvidarme. Yo, por mi parte, voy a tratar de olvidar también que alguna vez te conocí. Igual, no me arrepiento de nada de lo que viví con vos y, si me dieran a elegir, volvería a repetir los mismos errores con tal de tenerte otra vez a mi lado porque de veras me hiciste muy feliz mientras duró. Estas semanas fueron como una tregua, un oasis en el desierto que era mi vida desde que Cristian murió, pero se ve que la felicidad no se hizo para durar, por lo menos para mí. A pesar de todo, deseo que Dios te cuide y te bendiga siempre, adiós;

Milagros»

Sebastián fue devorando con los ojos cada palabra, apreciando cada trazo de su escritura, reconociendo todas las verdades que ella le había reprochado, sintiendo culpa al darse cuenta de que, a pesar de que la carta

había comenzado con insultos, no había podido evitar terminarla con la ternura que la caracterizaba. Ella no sabía odiar, no estaba en su naturaleza. Los últimos párrafos se le fueron borroneando, echó la cabeza hacia atrás en el sillón y apretó el papel contra su pecho, cerrando los ojos y sintiendo cómo las lágrimas saladas resbalaban lentamente por sus sienes. Tal vez Milagros tenía razón, y él debería renunciar a ella y asumir sus obligaciones. Pero no, estaba decidido, la iba a buscar hasta el fin del mundo y no iba a parar hasta encontrarla. Dijera lo que dijese, ella también lo quería y él no se iba a rendir porque, pensó con una sonrisa triste, eso que sentía por ella tenía solo un camino de ida.

LEJOS

Fines de enero de 2015

Al llegar al aeropuerto de Madrid, Milagros se quedó sentada en la sala de espera con su bolso de mano a un costado. Debía esperar allí la llegada de una joven modelo colombiana, Martina Vega, que iba a viajar con ella hasta Estambul. Estaba muy cansada y le dolía la cintura. La preocupación y la angustia no le habían permitido dormir durante el viaje desde Argentina. El contrato de tres meses estipulaba dos campañas publicitarias, una de perfumes y otra de un jabón, fotografías para revistas de moda y varios desfiles en diferentes ciudades de Turquía. Apoyó su cabeza en el respaldo de la silla y cerró los ojos, cuando volvió a abrirlos, divisó, a diez metros de distancia, a una morocha despampanante, joven, de piel trigueña, cabello a mitad de la espalda, negro y enrulado, labios gruesos, delgada, pero con formas curvilíneas y con unos enormes ojos color miel que sostenía un cartel en el que había escrito «Martina». Milagros alzó la mano saludándola y haciéndole señas de que se acercase y la diosa caribeña lo hizo, dedicándole, al mismo tiempo, una sonrisa de dientes parejos y perfectos. En un derroche de simpatía, corrió hasta Mili, la abrazó y le estampó un beso en cada mejilla mientras vociferaba:

—¡Oye, chica, pero que bonitica eres!

Milagros la miró sonriendo y supo que le iba a costar muy poquito quererla, ya que la muchacha contagiaba alegría. «¡Justo lo que más me está haciendo falta!», pensó.

—Gracias, vos también sos muy linda —le respondió con gesto amable.

Se sentaron juntas para esperar la salida del próximo vuelo que las llevaría a su destino final, Turquía.

En las dos horas que duró esa espera charlaron sobre su vida, sus familias,

sus sueños y sus proyectos futuros. Como Martina demostró ser muchísimo más verborrágica que Mili, esta última pudo enterarse de muchas cosas sobre ella. Que tenía veintitrés años, que era la mayor de seis hermanos, que se había criado en un barrio y una familia muy humildes, que había abandonado la secundaria luego de repetir cuarto año porque «esa vaina no era *pa' ella*» y que, luego de ser elegida miss Simpatía a los diecisiete, había comenzado a dedicarse al modelaje para ganar dinero y poder ayudar a sus familiares. Le contó, muy orgullosa, que había podido comprarles una casa sencilla a sus papás para que pudiesen dejar de alquilar y que pagaba los estudios de dos hermanos.

—Pero lo que más me puede son los sardinos. ¿Qué quieres que te diga? Son tan monos que no puedo pasarme mucho tiempo sin ellos, te digo que me engalleto hoy de uno y *pa'* mañana ya estoy que regaladita con otro —le confesó con total desparpajo.

Ahí Milagros, ya un poco mareada con tanta cháchara, le preguntó qué significaba «engalletar».

—Pues enamorarse. ¡Chica, que eres lerda! —le respondió la morena, con los ojos abiertos por el asombro.

Mili asintió y volvió a preguntar, avergonzada y frunciendo el ceño:

—¿Y sardinos?

—Pues chicos, chusca, ¿qué iba a ser *pue'*? —le dijo la otra, ya un poquito molesta—. Mira, no me hagas emberrecar, que yo sí te he entendido lo que tú me has dicho, ¿eh?

«Seguro, si no me dejaste meter ni cinco frases», pensó la rubia con ironía.

A esas alturas, y aunque nunca había perdido las enormes ansias de investigar y saber sobre todo y se moría de las ganas de preguntarle también qué significaba emberrecar, se contuvo, porque detectó en miss Simpatía un breve gesto de enojo cuando se lo decía, y eso sí que lo comprendió clarito. «Ya fue, de ahora en más lo que no entienda lo adivinaré y, si no puedo, me aguanto y le digo a todo que sí», decidió Mili, mientras le sonreía con timidez y meneando la cabeza.

—Oye, ¿y tú qué? —La codeó la otra, mirándola con complicidad.

—¿Qué de qué? —le respondió la argentina haciéndose la sonsa.

—¿Cómo que qué? Que si no te has *dejao'* algún sardino boqueando por ti allá en tus tierras —le preguntó con esos enormes, bellísimos y curiosos ojos color miel, que se destacaban más en su rostro trigüeño y la hacían

acordarse a los de Cristian.

—Puede ser, pero no tengo ganas de hablar ahora de él, disculpame —le respondió la joven, con mirada implorante y gesto triste.

—Vale, bonita, cuando tengas ganas, tú me cuentas, ¿sí? — le dijo su compañera de viaje, palmeándole el muslo con complicidad.

Milagros le sonrió agradecida, la conversación continuó con un cuasi monólogo de la colombiana, que le fue recitando uno a uno el rosario de novios, amantes, encuentros y desencuentros que había tenido en su larga y azarosa vida amorosa.

—Y qué te digo que con mi manía de andar gallinaceando con monos, sí que la he *embarrao* muchas veces. Así que aquí me tienes, tratando de olvidarme del último chusco del que estaba pero requeteengalletada, pues — terminó frunciendo los labios con tono de lamento.

Para esas alturas, y a pesar de que la otra era simpatiquísima y amena, Mili había comprendido un poco menos de la mitad de lo que su nueva compañera de ruta le contaba, y el sueño y el cansancio habían comenzado a ganarla. De repente, por los altoparlantes, se escuchó una melodiosa voz, anunciando la próxima salida de su esperado vuelo.

Mientras ambas se levantaban y tomaban sus bolsos de mano para dirigirse al lugar indicado, Milagros pensó que, por lo menos, junto a esta chica, uno, el tiempo se pasaba volando y, dos, era muy improbable que se aburriera en los días venideros.

Luego de llegar a Estambul, en el viaje en taxi desde el aeropuerto hasta el departamento que la agencia les había alquilado, la ciudad de las cúpulas y las mezquitas las maravilló con su belleza y armonía.

En el corto tiempo que había tenido desde que tomó la decisión de ir a trabajar allí, Milagros se había comprado un pequeño libro sobre Turquía que le había permitido investigar más sobre este país y su gente. En él había averiguado que Estambul era la única ciudad del mundo que se asentaba sobre dos continentes, Europa y Asia, por eso en ella convergían las civilizaciones del Oriente y del Occidente. Esto hacía que tuviera una enorme riqueza y diversidad cultural. «Mejor, así voy a pasar más desapercibida», concluyó la chica, antes de continuar con su lectura. El libro contenía también imágenes de museos, iglesias, palacios, grandes mezquitas, bazares y espectaculares vistas de la belleza natural del entorno que la admiraron ya en fotos. «Pero verlas ahora personalmente es una experiencia

casi mágica», pensó, en tanto que le sonreía a Martina con complicidad y observaba, en el espejo retrovisor, la mirada orgullosa del taxista que mostraba su hermosa ciudad ante los ojos admirados de sus atractivas pasajeras.

La argentina también había leído que Estambul estaba situada a lo largo del estrecho del Bósforo, que unía el mar de Mármara y el mar Negro y separaba la parte asiática de la europea. Debido a su situación estratégica entre Asia y Europa, la ciudad había tenido, a lo largo de la historia, una gran importancia geopolítica y había sufrido, en más de una ocasión, el dominio de otros estados que querían ejercer su influencia en esa zona. También había cambiado varias veces de nombre: primero, en honor a su fundador, había sido bautizada como Bizancio, posteriormente, durante el reinado del emperador Constantino el Grande, había pasado a llamarse Constantinopla y, para finalizar, y tras la conquista por parte de los turcos, se había convertido en Estambul. Así, había llegado a ser una de las ciudades más grandes y pobladas de Europa. Observó que la belleza del lugar también se manifestaba en su gente, donde había una importante mezcla de razas que, como todo mestizaje, daba como resultado la presencia de rostros bellísimos, sobre todo los femeninos.

—¿Para qué nos habrán contratado a nosotras teniendo todas esas muchachas tan hermosas? —comentó Mili a Martina alzando las cejas.

—¡Chica, deja de dar cantaleta pues, tú sí que eres tontica! ¿Acaso no te miras a un espejo? Nos contrataron porque somos más guapas que todas estas sardinas juntas y ya —le respondió Martina con tono seguro.

Al tiempo que pensaba que la otra tenía el ego más grande que el mundo y abría la boca para responderle, Milagros vio algo que la dejó muda y con los labios formando una o: la imponente mezquita azul se erguía ante sus ojos y era la construcción más armoniosa y bella que había observado en su vida. Solo el verla hacía que ese largo viaje valiese la pena. Recordó haber leído que era un auténtico ejemplar del arte clásico turco, construida a principios del siglo diecisiete, con seis altos alminares que se elevaban por sobre las redondeadas cúpulas y más de veinte mil azulejos dominados por el color azul, a los que debía su coloración y su nombre.

La emoción por ese imprevisto espectáculo y sus hormonas alborotadas por el reciente embarazo, se combinaron para llenarle los ojos de lágrimas, que se apresuró a limpiar antes de que Martina la viera y se riese.

Tal y como le habían indicado en la agencia, media hora después, el taxista las dejó frente al moderno y alto edificio en el cual, en el piso cinco, se ubicaba el departamento donde iban a vivir esos tres meses. Allí las esperaba una mujer de unos cincuenta años y cabello teñido claro, con un traje clásico y sobrio de color chocolate y una amable sonrisa. Era una de las dueñas de la agencia de modas, que las había contratado luego de verlas desfilas en Buenos Aires y Caracas, y ahora les daba una calurosa bienvenida.

—Buen día, chicas, qué alegría verlas. ¿Cómo fue su viaje? —les preguntó, mientras las besaba con calidez en la mejilla y las encaminaba hacia la entrada del edificio.

—Muy bien, gracias —le respondió Milagros, agradeciendo mentalmente que la rubia hablase en castellano neutro, ya que, entre los regionalismos colombianos de Martina y los indescifrables jeroglíficos del idioma turco, y a ese sí que no había tenido tiempo de estudiarlo, ya estaba un poco mareada.

Los días siguientes fueron agotadores, tres desfiles en una semana, maratónicas sesiones de fotos, ensayos para la filmación de una publicidad y, para completar el cuadro, la cháchara interminable de Martina que giraba, para ese momento, alrededor de todos los sardinos que estaba conociendo. De hecho, no solo los había conocido, sino que, a dos de ellos, un atractivo empresario de cabello y ojos negros y más de treinta años, y un fotógrafo uruguayo, alto y delgado, los había traído a dormir al departamento.

Milagros se había llevado un susto mayúsculo cuando la vio aparecer con el moreno y se había encerrado con llave en su habitación hasta que lo había escuchado partir. Al otro día, se había pasado media hora sermoneando a Martina sobre lo inconveniente y peligroso que era traer a ilustres desconocidos que podían ser violadores o asesinos seriales.

—Ay, chica, deja de hacer bronca, pues, que era un mono de lo más correcto —le respondió la colombiana con tono despreocupado, mientras se iba descambiando para entrar a bañarse, dejando un reguero de ropa desde el living hasta la habitación.

—Es que yo también vivo aquí y tengo derecho a opinar —le retrucó la rubia, cruzándose de brazos con tono molesto.

—Ya, ya, chusquita, mira, te prometo que la próxima vez que traiga a alguien, te aviso antes, ¿vale? —le respondió Martina, acompañando su

discurso con una gran sonrisa.

Pero se vio que cumplir la palabra empeñada no era su fuerte porque, tres días después, mientras Milagros se encontraba en camisón y recostada en el sillón del *living* con la *netbook* sobre la falda y chateando con Mara, escuchó, primero, la estampida de la puerta al dar contra la pared, y, segundo, las risotadas de Martina y su rubio fotógrafo, que parecían estar jugando una competencia a ver quién desnudaba primero al otro. Mili se quedó mirándolos con la boca abierta y, cuando pudo reaccionar, partió más rápido que volando hacia su cuarto para que el hombre no la viese. Sin embargo, antes de que ella cerrara la abertura, él alcanzó a vislumbrar una pantorrilla torneada y el vuelo de su largo cabello dorado.

—¿Quién es? —le preguntó a Martina con curiosidad.

—Mi compañera de departamento, pues, espérame tantito aquí, que creo que la he vuelto a embarrar —le respondió la colombiana, al tiempo que se dirigía hacia la habitación de Milagros y golpeaba suavemente.

—Ábreme, chica, que tengo algo *pa'* decirte, pues. —Al sentir el ruido de la llave al girar, bajó el picaporte y entró, observándola con gesto culpable. Milagros se cruzó de brazos y alzó las cejas con gesto de interrogación.

—Ya, ya, sé que te había prometido avisarte, pero que te digo que esta vez sí que me engalleté de veras y no quise dejarla pasar. ¿Tú sí me entiendes, chica?

—No, si yo sí te entiendo, pero si volvés a traer un desconocido a este lugar sin avisarme, me voy a vivir a otra parte. ¿Estamos claras? —le respondió la rubia alzando el dedo y con gesto firme.

—¡Clarísimo, chusquita! Pero tú no te apures, pues, que no se va a volver a repetir, ¿Sí me crees? —le respondió la morena, uniendo sus manos en señal de ruego.

Milagros asintió con gesto desconfiado, fue hasta la puerta, la abrió y le señaló la salida. Cuando Martina partió, Mili se apoyó en el marco con tristeza y acarició su vientre con suavidad. Se sentía agotada, sola y triste. Esa semana se había despertado todos los días con ganas de vomitar, debía sentarse despacio en la cama y esperar hasta que remitiesen los mareos y las náuseas antes de poder levantarse, no tenía hambre y había adelgazado casi dos kilos desde que se enteró de lo de Sebastián. Extrañaba su casa, su familia, su idioma, su país, lo extrañaba con locura a él y tenía unas ganas enormes de llorar a gritos o acostarse y dormir diez días seguidos.

Sin embargo, no podía darse el lujo de deprimirse, tenía que seguir adelante con la decisión que había tomado. Era lo mejor, lo único que podía hacer si quería seguir sintiéndose una persona digna. ¡Pero a veces le costaba tanto! De vez en cuando, le entraban unas ganas feroces de volver a Buenos Aires, correr hacia Sebas, abrazarlo y decirle que no le importaba nada, que lo único real y verdadero era su amor, pero luego aparecían su inflexible orgullo, el dolor por la traición, la lástima por Elena y por su hijito, y se paralizaba, preparándose para vivir otro día más sin él.

Se acostó despacio y cerró los ojos con fuerza, decidida a no llorar, él no se lo merecía. Lentamente, el sueño la fue ganando y, con él, el alivio que implicaba no pensar.

CARLOS

Esa madrugada Carlos, el fotógrafo, se levantó despacio. La maratónica noche de sexo lo había dejado agotado. Esa morocha sí que se las traía, sin embargo, lo que no le había permitido conciliar el sueño no era ella, que a esas alturas dormía a pierna suelta, boca abajo, desnuda y enredada entre las sábanas, sino la curiosidad por la otra. “¿Por qué había huido así? ¿De qué tenía miedo?” Tratando de no hacer ruido, caminó hacia el cuarto de la rubiecita y tanteó la puerta con cuidado. No tenía llave, así que la abrió y entró en puntas de pie. El resplandor del amanecer, que entraba por las persianas entreabiertas, llenaba la cama de luces y sombras y se reflejaba sobre el rostro de la chica que dormía de costado, con las piernas arrolladas y con las manos cruzadas delante del pecho, en tanto que el largo y dorado cabello se desparramaba sobre las almohadas y se enredaba en su cuello. Así, con los ojos cerrados y una expresión pacífica, era la carita más bella y delicada que había visto en su vida.

Carlos se quedó observándola estático por unos segundos, luego se agachó al lado de la cama para poder mirarla más de cerca, y fue tomando nota mentalmente: cejas bien delineadas, pómulos altos, pestañas largas y arqueadas, naricita respingona, labios rosados y llenos, en forma de corazón, que invitaban a besarlos. «Un poema», pensó mientras comenzaba a sonreír lento, con las manos ardiendo de las ganas de tocarle la mejilla para ver si su piel era tan suave como se veía. En eso estaba cuando la belleza abrió los ojos, unos ojos verdes con pintitas amarillas hacia el centro que le hicieron recordar a los de su gata, y, dando un tremendo alarido, rompió el encanto del momento y lo hizo caer sentado del susto.

Al despertar, Milagros vio una mano abierta a dos centímetros de su cara y se alarmó. Gritando como una desafortada, giró hacia el otro lado de la

cama, envuelta en las sábanas, se bajó y retrocedió hasta chocar contra el *placard*. El hombre, al que reconoció como el fotógrafo rubio de cabello largo, aunque ahora se encontraba en calzoncillos, se paró asustado y, alzando las palmas de las manos hacia adelante, como si ella le estuviese apuntando con un revolver, le dijo:

—Tranquila, no pasa nada, perdoname, me equivoqué de habitación.

Mili se envolvió más apretadamente en la sábana y, señalando hacia la puerta, le gritó:

—¡Fuera de mi cuarto!

Él retrocedió hacia la entrada de espaldas, contemplándola fijo, y se marchó. La chica corrió a cerrar con llave, lamentando en su interior el haberse olvidado de hacerlo la noche anterior. ¡Ah, pero ahora sí que Martina la iba a escuchar! ¡Lo único que faltaba, despertar y encontrarse a un tipo en su habitación que, encima, estaba a punto de tocarla!

«¡Basta, esto no es un motel de turno, y si esa tarambana insiste en seguir trayendo a ilustres desconocidos, yo me voy a otra parte! ¡Qué se piensa!», refunfuñó con furia. Unas repentinas náuseas la hicieron correr hacia el baño, pero no vomitó, solo fueron arcadas que le llenaron la boca de un gusto amargo. Había comenzado a lavarse los dientes cuando sintió dos golpes suaves en la puerta y la voz de su compañera.

—Mili, vamos, chica. Ábreme, por favor, que quiero hablar contigo!

—¡No, Martina, andate, si hablamos en este momento te voy a decir cosas que no quiero, así que dejame sola hasta que me calme!

—¡Ya, chusquita, deja la cantaleta que tampoco ha sido *pa'* tanto, el sardino solo se equivocó de cuarto y tiene mucha pena contigo! Dice que no se va a volver a repetir... ¿Tú sí le crees? —volvió a insistir la morena, con gesto preocupado y culpable.

—¡Por supuesto que no se va a volver a repetir, porque es la última vez que me traés un tipo a esta casa! ¡Si te querés acostar con alguien, te vas a un hotel, pero este lugar se respeta! ¿Estamos claras? —le respondió Milagros al tiempo que abría la puerta, con el ceño fruncido y tono furioso.

Martina la abrazó lagrimeando y eso la desarmó.

—Ya, chica, sé que tienes tu derecho a emberrecarte y armar jaleo, que yo también siento pena contigo, pero ¿qué quieres? Cuando me engalleteo con un mono pienso más con la chochis que con la cabeza —terminó con tono apesadumbrado.

Milagros la apartó, tratando de mantenerse seria, porque la última afirmación de la otra le había causado gracia. También se sintió identificada ya que, en el tiempo que había estado con Sebastián, muchas veces le había sucedido lo mismo. «¡Humanos somos!» reflexionó, pero ni muerta lo pensaba reconocer ante su compañera.

—Está bien, pero le decís al melenudo ese que se mande a mudar en menos de lo que canta un gallo, que casi me infarta del susto —le respondió la rubia, ya un poco más calmada.

—¡Gracias, bonitica! ¡A la orden! —La morena dijo esto con tono alegre y despreocupado y la abrazó de nuevo, ya casi olvidada de la discusión que acababan de tener, después, haciéndole una venia, se retiró sonriendo.

Mientras se cambiaba en el cuarto de al lado, Carlos las escuchaba atento. La sirenita era argentina, si el tono característico lo había hecho sospechar, la palabra «melenudo» terminó de confirmárselo. Ese término era utilizado solo «del otro lado del charco», como le decían cariñosamente al país vecino. ¡Pero qué carácter se gastaba la piba! A pesar de él, la atracción instantánea que había sentido por esa chica desde el primer momento en que la vio iba en aumento. Tendría que continuar su relación con Martina si quería mantenerse cerca de la rubiecita o averiguar más cosas sobre ella, aunque la opción de volver a ese departamento estaba descartada. La tal Mili era muy capaz de sacarlo a los escobazos si lo encontraba de nuevo allí.

En silencio y tratando de no hacer ruido, el uruguayo se fue hacia su trabajo.

Ese día, Milagros llegó a la agencia temprano, preparada para soportar otra maratónica sesión de fotos que iban a ser utilizadas en la publicidad de un jabón de tocador. La típica, tenía que sumergirse en una bañera rebosando de espuma, al tiempo que simulaba estar desnuda y se enjabonaba con cara de disfrutar de su lujoso baño como una diosa egipcia. La verdad, a esos turcos no les iban a dar un premio a la originalidad ni en broma, pero trabajo era trabajo, sobre todo ahora que iba a tener otra boca que alimentar y poco tiempo para juntar dinero antes de que la pancita empezara a notársele.

Tratando de ignorar las náuseas, que parecían haberse instalado en su organismo para quedarse una larga temporada, entró a su camarín, se puso un corpiño sin breteles y un bikini color carne, se colocó encima una larga bata blanca y se sentó, resignada a esperar que la peluquera recogiera su

cabello en un rodete alto mientras la maquilladora se ocupaba de su rostro. Ya lista, se dirigió al estudio de fotografía que estaba muy iluminado y simulaba un elegante baño con una enorme bañera en el centro. El fotógrafo, que estaba colocando la cámara en el trípode, se dio vuelta para darle instrucciones, pero, al reconocerla, se quedó mirándola con la boca abierta de genuino asombro.

¡La que le faltaba! El sospechado violador serial, ahora vestido con jeans y remera y con el pelo atado en una cola desprolija, era nada más y nada menos que quien iba a realizarle las benditas fotos.

—¡Usted! —le gritó Mili, observándolo con gesto acusador al tiempo que se envolvía más apretadamente en la bata.

Él se sintió molesto por la reacción de ella. ¡Tampoco la había querido asesinar como para que lo mirara como si fuese una cucaracha! Y le respondió:

—Sí, yo, Carlos Irigaray, uruguayo, treinta y dos años y fotógrafo experimentado, responsable y profesional, aunque vos no lo creas. Y como estoy seguro de que vos también debes ser una profesional responsable, te pido disculpas de nuevo y sugiero que olvidemos el lamentable incidente de esta mañana y nos pongamos a trabajar —terminó su monólogo con las manos en la cintura y alzando las cejas con gesto interrogante.

Ella lo miró con el ceño y los labios fruncidos, y los ojos echando chispas, y pasó a su lado para pararse al lado de la bañera. Allí, imitando la postura de él, se colocó las manos en la cintura y preguntó con tono beligerante:

—¿Qué tengo que hacer?

—Primero, sacarte esa bata y meterte en el agua, segundo, comenzar a enjabonarte los brazos con suavidad, tercero, poner cara de que estás disfrutando intensamente de tu baño. Que mostraras los dientes no estaría mal, para empezar —le respondió él, caminando a su alrededor con gesto evaluativo.

—¿Cómo, así? —le retrucó ella alzando las cejas con ironía y mostrando los dientes en una mueca falsa.

—No, más natural —le dijo Carlos con tono amable y decidido a no dejar que ella lo hiciese enojar otra vez. En eso estaba cuando la chica se sacó la bata dejándolo con la boca abierta. ¡Era sencillamente perfecta! Tratando de disimular la impresión, continuó hablando—: Tenés muy buena piel, eso es fundamental para este tipo de comerciales, pero, cuando te metas al agua,

vas a tener que sacarte ese corpiño, porque con los movimientos de los brazos y la espuma transparente se va a ver.

—¡Ni lo sueñe! ¡En el contrato quedó muy claro que yo no iba a posar desnuda y no lo voy a hacer!

—Vamos por partes. Primero, si vamos a hacer esto juntos, te agradecería que me tutearas; segundo, si estás tapada de espuma nadie te va a ver —le respondió él, con tono de fingida calma y tratando de razonar.

—Y si nadie lo va a ver, ¿para qué querés que me lo saque? —insistió ella con terquedad comenzando a tutearlo.

Por lo menos en algo le hacía caso, ya era un comienzo. Alzando las manos, al tiempo que suspiraba con paciencia, le preguntó:

—Milagros, ¿vos te bañás vestida?

—Por supuesto que no, qué pregunta estúpida —le respondió ella molesta.

—Entonces, decime ¿cómo cuernos les vas a hacer creer a las miles de personas que vean la publicidad que te estás bañando? —le gritó él alzando los brazos, con la paciencia irremediable y definitivamente perdida.

—¡No sé ni me importa, hacé Photoshop porque yo al corpiño no me lo saco! —afirmó la chica, cruzándose de brazos con terquedad.

A Carlos le vino a la mente una imagen de ella con esa preciosa carita sumergida en la bañera, la boca abierta y tragando agua a pleno, por supuesto, con las manos de él sosteniéndola del cuello para que no pudiese emerger, y se le dibujó una semisonrisa de satisfacción. Al final, esa piba lo iba a terminar convirtiendo en lo que había creído que él era. Después caminó de un lado al otro, contando hasta diez para tratar de calmarse, y le contestó:

—Está bien, hacé como vos quieras.

—Gracias —le dijo ella con tono seco, mientras se metía en la bañera con gesto complacido, se humedecía los brazos y comenzaba a enjabonarse.

Él se la quedó mirando con intensidad, tratando de discernir si ella le estaba tomando el pelo. Pero no, ahora que había logrado salirse con la suya, ella estaba haciendo todo lo que él le había pedido con rostro obediente y actitud alegre. ¡Mujeres! Resignado, se dirigió hasta la cámara y comenzó a sacar fotos, dándole indicaciones de vez en cuando sobre gestos o movimientos que ella iba adoptando con sumisión y profesionalismo. Trabajaron casi tres horas en armonía y el resultado obtenido fue muy bueno. Con suerte, ni siquiera iba a tener que utilizar Photoshop para borrar

el corpiño. Antes de salir del agua, ella les pidió, educadamente y por medio de gestos, a él y a su iluminador, que se diesen vuelta, y ellos la obedecieron, no sin antes intercambiar una mirada irónica. Sin embargo, al ver que la chica asentía en señal de agradecimiento y con las mejillas coloradas, el fotógrafo se dio cuenta de que lo de ella no era capricho o extravagancia, sino vergüenza.

En los días y semanas siguientes, continuaron realizando interminables sesiones de fotos, con ella y otras modelos, esa vez para presentar la temporada primavera verano en la revista de mayor tirada de Estambul. Ese trabajo le sirvió a Carlos para darse cuenta de que Milagros, siempre y cuando no se le pidiera que se quitara la ropa, era una joven dulce, amable, bondadosa y solidaria, que no envidiaba ni criticaba a nadie y que trataba de ayudar en todo lo que podía para que las cosas saliesen mejor. Por ejemplo, cuando no estaba posando, no tenía inconvenientes en sostener luces, enchufar cables, hacer mandados, peinar o vestir a sus compañeras o cebar mate amargo, vicio que ambos compartían, siempre que se lo solicitaran.

En los ratos de mateadas y descanso fueron conociéndose mejor. Hablaban sobre todo. Ella le contó de su familia, su pueblito perdido en el medio de la Pampa húmeda, sus amigos, sus estudios de Medicina y sus proyectos futuros. Como no mencionó novios, él le preguntó, pero Mili le dijo que no deseaba hablar de eso y, en su gesto de angustia y desamparo, él pudo adivinar los síntomas, eternos y repetibles en todos los tiempos de la historia humana, del mal de amores. ¿Quién sería el infeliz que tenía la enorme suerte de que una chica como esa lo quisiera? se preguntó con tristeza.

Martina, con la que no había querido volver a acostarse, los miraba conversar con desconfianza y celos, y no estaba nada errada la pobre porque él, casi sin darse cuenta, había empezado a enamorarse de esa dulce y terca sirenita rubia. Y lo peor del caso era que estaba absolutamente consciente de que ella no le correspondía, lo trataba con cariño y respeto, eso sí, pero le imponía distancia. Era más claro que el agua que solo lo veía como un buen amigo, y esa certeza hacía que él también comenzara a padecer el urticante, molesto y a la vez maravilloso, mal de amores.

Milagros, por su parte, comenzaba a encaminar su vida en esas nuevas latitudes. La convivencia con Martina había mejorado y, un mes y medio después de su llegada a Estambul, la colombiana se había vuelto más

ordenada con sus cosas y había cumplido con su palabra de no volver a traer hombres al departamento. Mili sospechaba que eso se debía a que su compañera continuaba sintiéndose atraída por Carlos, ya que, en toda oportunidad que se le presentaba, trataba de estar cerca de él, le hacía bromas y hasta insinuaciones con doble sentido que la habían hecho poner bordó, pero nada. Él parecía no acusar recibo de ese persistente asedio y la trataba con la misma amabilidad y cortesía que utilizaba con las demás modelos. Ella casi podía comprenderla. A pesar de su aspecto desgarrado – el flaco medía casi un metro noventa–, era un hombre muy atractivo, con enormes y cálidos ojos color café que se destacaban en una cara alargada, de piel blanquísima y dientes grandes y parejos que dejaba ver regularmente, ya que sonreía seguido. Ese era otro de sus fuertes, su eterno buen humor y su capacidad para mediar en todos los conflictos que se iban presentando en ese ambiente poblado de envidias, excentricidades e intrigas, en el que él sabía moverse como pez en el agua, al capear todos los temporales y tranquilizar los ánimos exaltados. Milagros admiraba su mesura, su templanza y su enorme capacidad para la estrategia y la negociación, ya que ella, de estar en su lugar, hubiese resuelto más de un problema con una linda y merecida patada en el trasero, incluso para ella misma, ya que reconocía que, el primer día de trabajo con él, se había portado como una caprichosa sin remedio.

Pero eso ya había quedado atrás. Para este momento, él había sabido ganarse su respeto y su admiración y se habían hecho amigos. El vivir en un país lejano, donde la mayoría de la gente hablaba otro idioma, también los había ayudado a unirse. En las mateadas de descanso, entre sesión y sesión, él también le había contado sobre su vida. Era hijo único y sus padres se habían separado cuando él tenía trece años. Su profesión, a la que amaba, lo había llevado a viajar por todo el mundo, desempeñándose en forma independiente para diferentes revistas y países. Unos años atrás, incluso, había trabajado como fotógrafo corresponsal de guerras. Había estado en Kosovo; los serbios lo habían capturado y encarcelado durante una semana, hasta que su embajada y la de Estados Unidos habían logrado su liberación. Había cubierto también los conflictos en la franja de Gaza, donde una bala perdida, que le rompió dos costillas y casi le perfora un pulmón, lo había decidido a dedicarse total y definitivamente a la fotografía artística y de espectáculos, que resultaba mucho más adecuada para poder mantener

intacta la salud y llegar a viejo, como él mismo había afirmado con una sonrisa irónica y simpática.

Milagros, que si no hubiese sido por su vocación por la medicina no se hubiese movido jamás de su amada Teodelina, escuchaba sus relatos con asombro y admiración. Aunque el amor a su profesión le había traído a él también fuertes conflictos personales, ya que, unos días atrás, una tardecita en la que ambos quedaron solos ordenando las cosas en el estudio, luego de que todos se fueran, Carlos le había contado que había estado casi tres años casado con su novia de la adolescencia, una uruguaya a la que había amado mucho, pero que estaba profundamente arraigada a su familia y su país, por lo que no había aceptado acompañarlo en sus viajes alrededor del mundo. Y como tampoco se había podido acostumar a las largas ausencias de él, debidas a sus compromisos laborales, habían terminado separándose en buenos términos. Por un tiempo se habían hablado con regularidad, dejando la relación en *standby*, pero, cuando una año y medio después de la separación ella le pidió el divorcio, él comprendió que la ruptura era definitiva. Había puesto su trabajo por encima de sus sentimientos y estaba pagando las consecuencias, así que, con la misma sonrisa amable y resignada con la que había enfrentado todas las adversidades de su vida, se lo dio. Y más aún, tres meses después hasta asistió a la boda de ella con un abogado montevideano sobrio y conservador que iba «del trabajo a la casa y de la casa al trabajo», él aclaró. Por supuesto, que estos quedaban a cinco cuadras y no a miles de kilómetros de distancia, y terminó su relato con una sonrisa triste que a Mili la conmovió tanto que la hizo tomarle la mano, de dedos largos, pálidos y huesudos, y apretarla con simpatía y ternura.

Carlos se quedó mirando esa mano blanca, tibia y de uñas cuidadas, limpias y perfectas, y la apretó cuando ella intentó soltarse, ya que le había encantado que ella lo tocara, después de haberla visto rehuir todo contacto físico con él y con cualquier integrante del sexo masculino desde que la había conocido.

Lo que él no sabía era que el haber sufrido dos veces por amor le había dejado a ella profundas y dolorosas cicatrices internas. De hecho, la última aún no había cerrado ni creía que lograra cerrarse nunca. Todo eso la hacía sentirse identificada con él, porque había podido leer en sus ojos el dolor que provoca la pérdida o separación de aquellos a quienes se ama.

Igual intentó soltar su mano, porque tuvo miedo de que él malinterpretase

su gesto, pero él siguió apretándola como si no lo hubiese notado.

—No es fácil seguir a veces, ¿no? —comentó él, mientras continuaba observando con fijeza sus manos enlazadas.

—No. ¿Sabés? Una vez le escribí a un chico al que quise con locura que vivir es como arrastrar una piedra enorme cuesta arriba que, al final, siempre termina cayéndose y aplastándonos —le dijo ella, con un gesto de desolación y mirando hacia el piso.

—¿Y qué cosas tan terribles te pasaron a vos para que seas tan pesimista? Sos tan jovencita y, a veces, mirás como si cargaras el peso del mundo sobre tus espaldas. Contame, vamos.

—No, Carlos, no te ofendas, no es con vos, es que me cuesta contarle mis cosas a los demás.

—¿Y nunca te dijeron que la pena compartida es menos pena? Vamos, contame, a lo mejor te hace bien, prometo ser discreto —terminó él con tono solemne y soltándole la mano con pesar, porque veía que ella se sentía incómoda.

—Está bien —le respondió la chica contemplándolo seria y comenzó su relato. Le habló de Cristian, su novio de la adolescencia, y de su muerte absurda e injusta bajo el paso de un camión cuando solo tenía diecisiete años. Le contó del dolor, que la había paralizado emocionalmente durante más de cuatro años. Y después le habló de Sebastián, de la forma loca en que se habían conocido, de su picardía, belleza, simpatía, posesividad y autoritarismo, y del modo en que se había ido adueñando de su casa, de su vida y de su amor en poco más de un mes. Todo había sido tan rápido e intenso entre ellos que la había mareado y la había dejado sin capacidad de reacción para tomar sus propias decisiones. Terminó contándole de la aparición de Elena, que era su novia desde hacía siete años, estaba esperando un hijo de él y con la cual estaba a punto de casarse, de su ruptura y de su huida a Estambul entre gallos y medianoche.

—Bueno, bueno, el típico y trillado culebrón mexicano de la humilde pueblerina que es enamorada, seducida y abandonada por el guapo chico rico —le dijo Carlos con ironía y para ocultar el fantasma de los celos que le estaba clavando astillas en el estómago desde el mismísimo momento en que ella había comenzado a hablar de esa cucaracha humana y se le habían iluminado esos ojitos verdes que tenía.

—Pará un poquito, que él no me abandonó, yo fui la que lo dejé —le

retrucó ella con una media sonrisa y un poco molesta por el comentario—. Tenés razón, es casi un cliché, pero ¿qué querés? Cuando la historia le toca vivirla a uno, las cosas se ven distinto —terminó contemplando el piso, incómoda y tristoná.

—Perdón, soy un guarango, igual hay algo que no me cierra. —Ella alzó los ojos con gesto interrogante—. ¿Cómo pudo el tipo vivir prácticamente con vos sin que la otra se diese cuenta? —le preguntó él, frunciendo el ceño con incredulidad.

—Fácil, mi querido Sherlock, durante el mes que estuvimos juntos, «la otra» estaba de viaje por Europa comprándose el vestido de novia —le respondió Mili alzando las cejas, en ese gesto entre pícaro e irónico tan suyo que él había aprendido a conocer y amar.

—¡Qué reverendo hijo de puta! ¡Le salió redondita! —comentó él sonriendo y alzando las manos.

—Mirá, Carlos, más vale que eso que estoy detectando en tu gesto no sea una muestra de admiración machista porque soy capaz de arrancarte los ojos con las uñas —exclamó ella, al tiempo que se paraba y colocaba sus manos en la cintura con rostro beligerante.

—¿No da para decir «elemental, mi querido Watson», no? —le respondió él, en tanto que se incorporaba también y alzaba las palmas en señal de tregua. Se estaba portando como un animalito con sus comentarios, pero la verdad era que prefería verla enojada a verla triste.

—¡Los hombres son todos iguales, se tapan unos a otros, se festejan las porquerías que nos hacen, me dan asco! —le gritó ella, comenzando a pasearse de un lado al otro furiosa.

—Esperá, Mili, no nos metás a todos en la misma bolsa, que yo estaba bromeando nomás. Vos sabés que soy un buen tipo, sería incapaz de hacer algo así —le dijo el fotógrafo, tomándola del brazo para tratar de frenarla y que se calmase.

—Mirá, mi papá tiene un dicho muy sabio: «Todos somos buenos hasta que dejamos de serlo». A Sebastián le quedó como anillo al dedo y a vos todavía no te conozco bien, así que, como dice mi tía, «desconfía y acertarás» —le contestó ella, con las mejillas encendidas, los ojos brillantes y sacudiendo su brazo para soltarse.

—¡Ah no! ¿Resulta que el que te engañó fue él y ahora la culpa la tengo yo? —le retrucó Carlos mirándola con gesto de asombro.

—¿Y vos para qué me preguntás? Yo ya estaba muy tranquila, ocupada con mi trabajo y olvidándome de él, y tenías que venir a remover el nido.

El fotógrafo continuó observándola mudo y con la boca abierta. ¿De qué nido le hablaba? ¿Sería posible que él realmente fuese un «imán de locas», como le aseguraba su madre? Al final, habló para retrucarle:

—Mentira.

—¿Mentira qué?

—Que te estuvieras olvidando de él. Hace un mes y medio que me vengo rompiendo la cabeza tratando de adivinar en quién estabas pensando cuando mirabas al vacío con esos ojitos tristes. Ahora lo sé, pero resulta que, como no te las podés tomar con él, te la agarrás conmigo —terminó él, contemplándola fijamente.

Milagros se acercó a Carlos con gesto culpable y lágrimas acumuladas que, al cerrar los ojos, se desparramaron por sus mejillas. Como no quería que la viese llorar, lo abrazó escondiendo la cara en su hombro.

—Tenés razón, perdoname —le dijo con tono quedo y ahogado.

Él la abrazó, acariciándole la espalda con suavidad. Por un lado, los celos lo mordían y se sentía impotente ante su dolor, pero por el otro, ese cuerpo suave, tibio y amado, apoyado contra él por primera vez, lo excitó tanto que, sin pensarlo dos veces, tomó la cara de ella entre sus manos y la besó con suavidad, obteniendo una respuesta, que no fue la que él esperaba, ya que ella lo empujó, asustada, y se alejó hacia atrás como si él tuviese la peste bubónica.

—¿Por qué me besaste? —le preguntó la chica, pasando de la tristeza al enojo con tono acusador.

—Porque estoy enamorado de vos.

—No me digás eso —le pidió ella con gesto apesadumbrado.

—¿Por qué no si es lo que siento? Mira, Milagros, yo sé que vos querés a otro, no te estoy pidiendo que me correspondas, pero yo ya soy un tipo grande, y no puedo andar jugando al amiguito cómplice cuando cada vez que te veo la sangre se me incendia —le respondió Carlos, con esa mirada sincera y penetrante que lo caracterizaba.

—Desear no es lo mismo que querer —le dijo ella con pena y poniéndose a la defensiva.

—En este caso son un combo, van juntas. Te quiero porque sos una mina generosa, bondadosa, leal, solidaria, simpática, sos el sueño de cualquier tipo

que se tome diez minutos para conocerte y ver más allá de tu belleza, y te deseo porque soy un hombre y, la verdad, no creo que haya nacido un tipo en el mundo que sea capaz de verte y no desearte.

—Yo no puedo corresponderte, Carlos, ni ahora ni nunca, y no es porque piense volver con Sebastián ni nada de eso, sino porque yo no te amo y vos merecés tener a tu lado a alguien que te adore, porque sos un gran hombre, sos de buena madera, y yo te respeto y te admiro. No sería justo para vos.

—Pero yo no te estoy pidiendo que me quieras, Mili, tampoco que hagamos el amor. Yo puedo esperarte todo el tiempo que vos necesités, lo único que te pido es que me permitas quererte, que empecemos una relación, despacio, sin presiones ni ataduras, y que dejemos fluir las cosas, a ver qué pasa —le dijo él, tomándola de los hombros y mirándola con ternura.

—No puedo, Carlos, hay algo que no te conté y que tenés que saber, pero antes necesito que me prometas que no se lo vas a decir a nadie. —Él asintió con seriedad y la chica continuó—: Estoy embarazada.

El fotógrafo abrió los ojos con incredulidad y los dirigió primero hacia su cara, para asegurarse de que no estaba bromeando, y luego hacia su vientre, al que encontró tan plano y sensual como siempre.

—¿Estás segura, no será un atraso? —le preguntó él, *shockeado* y alarmado por la revelación.

—Sí, ya sé que no se nota y todavía no me he hecho ecografías, pero yo soy muy regular y te aseguro que está ahí, ya llevo diez semanas de embarazo —terminó ella, sentándose en el sillón del estudio con gesto derrotado y resignado.

—Pero, Milagros, tenés veinte años, trabajás, estudiás, estamos en el siglo xxi. ¡Por Dios! ¡Hay mil formas de cuidarse! —le dijo Carlos, comenzando a pasearse de un lado al otro sin poder creerlo.

—¡Pero yo no las conocía! Bueno, sabía que existían pero, antes de Sebastián, nunca había tenido necesidad de usarlas —le respondió la chica, ofuscada y avergonzada.

¿Ella le estaba dando a entender que había sido virgen hasta hacía tres meses? Cantado, con razón era tan vergonzosa. Pero él sí que las conocía. «¡Qué flor de hijo de puta! ¡Otra que culebrón mexicano! ¡Este tipo sí que la hizo completita!», pensó Carlos, con ganas de arrancarse los cabellos de la rabia y la impotencia. Después se sentó a su lado en el sillón y echó la

cabeza hacia atrás con gesto derrotado, luego se enderezó y le preguntó:

—¿Él lo sabe?

—No, y no pienso contárselo. Además, a estas alturas ya debe estar casado con Elena.

El uruguayo la miró con fijeza, pensando que eso era un error. Él sabía por experiencia propia que esos secretos siempre terminaban saliendo a la luz, pero no se lo dijo porque ella parecía estar a la defensiva y a él la novedad de la cigüeña inoportuna lo había dejado francamente agotado.

—Dame unos días para digerir esto, ¿está bien? —le pidió él, apoyando una mano con suavidad en su rodilla.

—Yo jamás te pedí nada, Carlos, solo creí que tenías derecho a saberlo. Lo único que sí te pido es que lo mantengas en secreto hasta que finalice mi contrato.

—Está bien —le respondió él, con una sonrisa que pretendía ser calma, antes de levantarse e irse hacia la calle. Necesitaba respirar aire puro porque sentía que se estaba ahogando. «¡Qué patada al hígado, mamita!».

Dos días después, de mañana, mientras Milagros terminaba de tomar su café preparándose para ir a trabajar, sintió el sonido del timbre y fue a atender. Era Carlos, estaba parado en la entrada, con las manos en los bolsillos y mirada conciliadora.

—Mirá, hace dos noches que no duermo pensando en todo lo que me contaste, y yo también necesito contarte algo ¿Puedo? —terminó, espiando nervioso hacia adentro.

—Primero, buen día, y sí, podés —le respondió ella, abriendo la puerta para que él pasase—. Pero hablá bajito, que Martina se acostó tarde y todavía está durmiendo —completó, señalándole el sillón para que se sentara antes de hacerlo ella también.

—Soy adoptado. De chico, mi mamá me contó que me habían dejado en un moisés, recién nacido, bañadito y perfumado en la puerta de la Casa Cuna, no se sabía quién, y ellos se habían convertido en mis padres tres meses después. Tuve suerte, no creas, mis viejos me mimaron y malcriaron hasta el cansancio. El problema fue que, a medida que me iba haciendo más grande, me ponía cada vez más idéntico a mi papá. Mi vieja, que de boluda no tiene un pelo, agarró cuatro cabellos de cada uno de nosotros y les hizo hacer un examen de ADN. Resultó que yo tenía un 99.5 por ciento de posibilidades de ser hijo biológico de mi padre adoptivo. Y ahí se armó la hecatombe. Mi

mamá exigió saber la verdad y resultó que yo era producto de una relación de él con una alumna suya de Biología, que tenía dieciséis años, no sé si ya te había contado que él era profesor, se ve que mi papá se tomaba la enseñanza muy a pecho —comentó él con tono irónico y gesto dolorido al tiempo que Milagros lo escuchaba atenta y en silencio. Luego de observarla con fijeza, Carlos continuó:

—Como sea, parece que mi madre biológica no tuvo el coraje ni los ovarios para abortarme, pero tampoco me quiso criar, así que, como mi mamá adoptiva era estéril, mi viejo y los de la piba esta se pusieron de acuerdo para engañarla y hacerle criar al fruto de la infidelidad del chanta de su marido. Fue él el que me dejó en la Casa Cuna y el que después, de acuerdo con la mina que la regenteaba y plata de por medio, inició los trámites para mi adopción legal. Pero como las mentiras tienen patas cortas, ahí estaba yo, trece años después, viendo cómo mi vieja le embocaba a mi santo padre un precioso rodillazo en los huevos, previo armado y revoleo de valijas por la ventana. Ese día se separaron y nunca más volvieron a estar juntos. Él todavía la quiere, pero ella jamás lo pudo perdonar.

—Lo siento mucho, Carlos, supongo que debe haber sido muy difícil para vos, pero ¿por qué me contás esto ahora? —le preguntó ella, con una sonrisa dulce y compasiva y una mirada que intentaba comprender.

—Porque no puedo dejar de pensar en cómo fueron siempre mis viejos conmigo. A mi padre lo entiendo, al fin y al cabo, yo tengo su sangre, pero ¿mi vieja? Cualquiera podría haber pensado que ella me iba a odiar o, por lo menos, se iba a resentir conmigo, al fin y al cabo, yo soy la prueba viviente de la infidelidad del tipo que había sido su compañero durante más de veinte años. Pero no, ella me quiso, me atendió y me cuidó más que antes todavía, y eso que yo, que estaba en plena adolescencia y con todas las hormonas alborotadas, le hice la vida a cuadritos, pero ella como si nada, cara de póker. Mirá si me habrá aguantado que hasta me llevó a conocer a Carina, mi mamá biológica, cuando se lo pedí.

A propósito, también te mentí en eso, tengo tres medio hermanas menores, hijas de Carina, pero ellas no saben que yo existo y el padre de ellas tampoco. ¡Qué se le va a hacer! Son gente de mucha guita y prefieren seguir escondiendo la mugre debajo de la alfombra. —Ahí se levantó, dio varios pasos sin rumbo por la habitación y se giró para clavarle la mirada con decisión—. El caso es que todo esto me hizo darme cuenta de una cosa,

los lazos de sangre no tienen nada que ver con el amor, ¿entendés? Mi madre biológica me ignora, a veces pienso que hasta desearía que yo nunca hubiese existido, y mi pobre viejita, que me crió en medio de una mentira, me adora y vive pendiente de mí, y yo con ella igual. Mirá cómo será que mi abuelo de chico me decía calzonudo.

Mili sonrió ante la última confesión.

—Pero lo que me contás es muy normal, los verdaderos lazos de cariño filial se forjan con el afecto, con el estar, con el compartir cada día con el otro... Igual no entiendo qué tiene que ver todo esto con lo que yo te conté.

—¡Todo, tiene que ver todo! ¿No te das cuenta? Si mi vieja me pudo querer tanto a mí con todo lo que pasó, mirá si yo no lo voy a poder querer igual a tu bebé —le dijo él, tomándola de los hombros, emocionado—. Eso sí, mentiras no quiero, el padre lo tiene que saber y el nene también.

—A ver, por si todavía no estás enterado, es mi bebé, es mí decisión a quién le voy a contar y a quién no, y es mi vida, y vos todavía no estás incluido en ella como para andar opinando, así que abstenete y dejá de hablarme como si me hubiera ganado el premio mayor, que, que yo sepa, nunca te dije que estaba buscando un padre para mi hijo —le soltó ella de golpe, ofuscada porque él, al igual que Sebastián, tomaba decisiones sin consultarla y dando por sentado que ella estaba más que desesperada por encontrar a quién endosarle el retoño.

Él se quedó estático con tanto griterío y se dio cuenta de que se había adelantado demasiado y tenía que bajar dos cambios e ir más despacio, si no quería terminar estrellado y con el corazón roto. Así que cambió de táctica y le dijo con tono calmado:

—A lo mejor vos no lo estás buscando, pero él sí que lo va a necesitar y, si es así, quiero que sepas que yo no salí huyendo, que estoy acá, con vos, dispuesto a cuidarlos y a quererlos a los dos para siempre. —Dicho esto, el hombre le acarició la cara con suavidad y, con trancos seguros, se fue.

Milagros se quedó quieta, mirando hacia el piso y, cuando alzó la vista, encontró a Martina en ropa interior, parada en medio del *living* y tapándose la boca con un gesto de horror. “¡Lo que le faltaba!”

—¡Ay, chica, no me digas que tú estás de encargo! ¿Es del mono ese que dejaste allá en tu tierra? ¡Madre santa, tú sí que la has *embarrao* bonito! ¿Y no estás a tiempo de deshacerte de él, chusquita? Mira que yo conozco dos médicos muy buenos que trabajan pero que *regalao* y, si se los pido, ya hasta

te pueden hacer precio. Pero tienes que apurarte, chica, mira que eres tontica, dejarte premiar en estos tiempos...

—¡Basta, Martina! No voy a abortar a este bebé. Es mío y lo quiero. Lo único que te pido es que no le comentés nada a nadie hasta que termine nuestro contrato aquí. ¿Puede ser? —la interrumpió Milagros con gesto cansado.

—Vale, bonita, yo me callo, pero igual no me parece que por haberte echado un polvo con un sardino tengas que cargar con un peladito toda tu vida, mi hijita —terminó la otra con gesto preocupado y pensando que, si bien ya venía requete sospechando de que Carlos estaba engalletado con la Mili, su declaración de hoy le había quitado toda esperanza de reconquistarlo. «Ni de amante, chiquita, resígnate porque lo perdiste», se dijo a sí misma con tristeza. Aunque lo que más la preocupaba era la situación de la chusquita, a la que había comenzado a querer mucho a pesar de que era su rival en el amor. «¡Qué vaina esta!», pensó al tiempo que alzaba los ojos al cielo.

Dos semanas después, mientras terminaba de guardar el trípode y las cámaras, ya que ese día tenían que realizar un trabajo en exteriores, Carlos vio entrar a un hombre a su estudio y se le paralizó el corazón. Era el tipo de la foto que él había encontrado dentro de uno de los libros de Medicina en los que Milagros se enterraba a estudiar cada vez que tenía un ratito libre. En la imagen aparecían los dos en malla, abrazados y sonrientes, con una piletta como fondo. Él había vuelto a guardar la foto en su lugar sin que ella lo notase, pero no había que ser muy vivaracho para darse cuenta de que este era el padre de su bebé y que había venido a buscarla hasta Estambul. «¡Qué pintón que es ese malparido! ¡La puta madre! Justo cuando Milagros comenzaba a tratarme con más confianza, hasta lo había invitado a comer ravioles amasados por ella en su departamento. ¡Por qué carajo se tenía que aparecer justo ahora!».

El otro se acercó a él con una foto en la mano y le preguntó:

—*Can you speak English?* —Pero con tono acriollado.

—*Yes, but I'm* uruguayo y también hablo castellano, si te sirve. De turco, nada —le respondió Carlos, cruzándose de brazos y mirándolo con cara de pocos amigos.

—Bárbaro, somos paisanos entonces, porque yo soy argentino —le respondió el otro con una sonrisa amigable al tiempo que le tendía la mano

—. Sebastián Martínez Salgado, un gusto —continuó mientras se la estrechaba con fuerza.

«Era él nomás, qué te dije», pensó el fotógrafo con rabia.

—¿Y qué estás haciendo tan lejos de tu país? —le preguntó después, seguro de que ya conocía la respuesta.

—Busco a una chica, ¿esta, ves? —le dijo el moreno, mostrándole una foto en la que aparecía el rostro de Milagros en primer plano, de medio perfil y con la laguna de fondo.

Carlos pensó que negar que la conocía no iba a servirle de nada, «por algo este turro ya había llegado hasta acá». Pero, perdido por perdido, bien podía intentar otra cosa”, así que respondió con el tono más amable que pudo:

—Ah, sí, la modelo argentina, Milagros Salerno. ¿Y cómo la encontraste?

—Esa misma, la verdad es que no sabía cómo encontrarla pero, dos días después de llegar a Estambul, vi su cara en una publicidad luminosa gigante, así que averigüé dónde se había hecho esa foto y me enviaron a esta agencia, ¿Ella se encuentra aquí? —terminó contemplándolo con gesto preocupado, casi con angustia.

Ahora que lo veía de cerca, ese tipo no era ni la sombra del de la foto. Estaba más delgado, pálido, con la barba crecida y unas ojeras violetas que hablaban de trasnochadas o insomnio. Carlos se sintió una porquería por lo que iba a hacer, pero se consoló pensando que Mili le había dicho que no quería saber más nada con ese pibe, así que le iba a hacer un favor a ella. Necesitaba tiempo, tiempo para conquistarla y para que aceptase casarse con él antes de que volviera a ver al otro, así que, con la mayor naturalidad que pudo, le contestó:

—No, qué lástima, estuvo hasta hace dos días, pero antes de ayer ella y su amiga colombiana, Martina, partieron hacia sus pagos.

Sebastián se puso las manos en la cintura y bajó la cabeza con gesto derrotado:

—¿Estás seguro? —le preguntó después, mirándolo con desconfianza.

—Por supuesto, yo mismo las alcancé hasta el aeropuerto. Es más, Milagros comentó que tenía que volver a su país para rendir una materia que estaba preparando, creo que era Fisiología —aseguró el fotógrafo, para darle más credibilidad a la historia.

—Sí, esa es mi Mili —dijo el moreno sonriendo con tristeza —¿Iba directo hacia Argentina?

—No, dijeron de tomarse una o dos semanas para hacer algunas escalas y conocer otras ciudades europeas —respondió Carlos, disfrutando de la angustia del otro, ya que ese «mi Mili» le había caído como una patada al estómago.

—¿Dijo cuáles? —volvió a preguntar Sebastián, antes de exhalar un suspiro cansado.

—Hablaron de Londres, París, Viena... Aquí se juntaron unos buenos pesos como para permitirse pasear un poco, así que iban a ir viendo sobre la marcha. Igual, ya te dije que Milagros tiene que volver para dar exámenes, así que mucho no pueden tardar.

—¿Te dejó algún número de teléfono al que yo pueda llamarla?

—No, pobre piba, hace tres días le robaron el celular del bolso, así que dijo que se iba a comprar uno con otra línea. Tengo el número viejo, pero no te va a servir porque está bloqueado, qué macana —terminó el uruguayo con gesto de fingida preocupación, para reforzar las mentiras, que estaban fluyendo de su boca como de una fuente.

—Está bien, no te hagás problema, gracias igual por la información. — Sebastián giró para irse, pero antes volvió a observarlo fijo y le preguntó—: ¿Ella estaba bien? Digo, la viste tranquila, sana, contenta, preocupada, lo que sea.

En esa mirada azul y cristalina, Carlos pudo leer un dolor que cargaba con el peso del universo y le dio hasta pena, así que le respondió para tranquilizarlo:

—Estaba perfecta, saludable, alegre y llena de proyectos, solo tenía necesidad de descansar un poco, porque es una máquina de trabajo esa piba.

—Sí, ella es así, gracias de nuevo por tu ayuda —se despidió el joven con un cálido apretón de manos y palmeándole la espalda. Su sincero agradecimiento hizo que el hombre se sintiese una cucaracha vieja yapestosa, pero la macana ya estaba hecha. Lo único que rogaba era que Mili no se enterase nunca, porque ahí sí que iba a arder Troya. Mientras se sentaba en el sillón y hundía los dedos en su cabello con gesto preocupado, le pareció escuchar nítidamente la voz zumbona de su madre que, desde miles de leguas de distancia, le decía: «Las mentiras tienen patas cortas».

Una hora después, Milagros llegaba a trabajar con una sonrisa cálida, como todos los días, y, como siempre, a él se le iluminaron los ojos al ver tanta belleza junta, pero esa vez no se animó a sostenerle la mirada, con un

miedo cerval de que ella descubriese su traición.

BUSCÁNDOTE

Sebastián se encontraba anclado en un punto muerto. Estaban a principios de febrero, hacía quince días que Milagros había desaparecido del mapa y él ya no sabía dónde cuernos buscarla. Su teléfono estaba fuera de servicio, se había borrado de los grupos de WhatsApp, de Facebook y de Twitter. En la agencia de modelos le habían dicho que había renunciado a su trabajo porque quería dedicarse por completo a sus estudios y no tenían información sobre su paradero. Había viajado a Teodelina, utilizando un auto con vidrios polarizados para que no lo reconociesen, y se había pasado tres días vigilando las casas de sus suegros, de su amiga Malena y de Luis, el hermano mayor de Mili, pero ella no se encontraba allí. Después había averiguado la dirección de Santiago, su hermano menor, que vivía con su pareja en Venado Tuerto, y había estado otros dos días siguiendo sus movimientos y vigilando su departamento, pero ella tampoco estaba con ellos. Sebastián no se había atrevido a hablar con ninguno de los familiares de la chica porque, la última vez que había ido al pueblo, había sido recibido con cachetazos e insultos, y no era que no los tuviera merecidos, pero no quería terminar a las trompadas con los hombres de su tribu porque sabía cuánto ella los amaba y no deseaba más problemas a futuro.

Así que había vuelto a Buenos Aires y se había dedicado a averiguar en todas las terminales de ómnibus, vuelos de cabotaje y hasta aeropuertos internacionales. En su carta, ella le había dicho que se iba lejos, podía ser a alguna provincia del interior o a otro país, o muy bien podría haberle mentido para despistarlo, pero no lo creía. En el tiempo que habían estado juntos, jamás la había escuchado mentir, no estaba en su naturaleza, así que, pensando que podría haber ido a buscar trabajo a otro país, sobornó a los empleados de los aeropuertos para averiguar las listas de pasajeros del día

en que ella se había ido. Buscó en los vuelos con destino a París, Nueva York y Londres, que eran los centros de la moda más reconocidos, pero nada. Ella había desaparecido de la faz de la Tierra y era casi imposible encontrar a alguien que no quería ser encontrado.

A esas alturas, la impotencia, la desesperación por no saber de ella y el dolor por su ausencia, le habían quitado kilos y horas de sueño. Se despertaba a la madrugada tratando de buscar nuevas ideas para hallarla. A veces se preguntaba cómo se puede llegar a querer y necesitar tanto a alguien en tan poco tiempo y si ella también se sentiría tan desgarrada como él por estar separados. De todos modos, había algunas cosas de las que estaba plenamente seguro: que Messi era el mejor jugador del mundo de esta época, que Dios sí existía y que Mili no iba a poder permanecer mucho tiempo separada de sus grandes amores: su familia y sus estudios. Así que contrató a un especialista, que casi lo deja sin ahorros, dicho fuera de paso, para que *hackeara* las líneas telefónicas y las cuentas de Facebook de la UBA y de la carrera de Medicina porque, en algún momento, ella iba a tener que contactarse con ellos.

En los ratos libres que le dejaba la búsqueda, repartió sus currículos en diferentes empresas y, como eran muy conocidos su emprendimiento, eficiencia y prestigio en el ambiente empresario, luego de cinco días ya había conseguido un puesto de subgerente en una reconocida firma importadora de autopartes, donde comenzaría a trabajar en una semana. Desde el día de la épica paliza que su ex suegro, amigo y socio de su padre le había dado, y luego de que este último lo echara de su casa y de la empresa, no había vuelto a ver a su viejo, y era mejor así. Él era muy consciente de las macanas que se había mandado, no necesitaba recordatorios. Se podía bancar las miradas de reproche y los gestos de decepción de su madre y sus hermanas, pero los de su papá le partían el alma. A lo mejor era porque ellos dos siempre se habían respetado y admirado uno al otro, y que eso se hubiese roto lo desgarraba más que todos los gritos y reclamos de las integrantes femeninas de su familia.

Luego de vivir la primera semana en el departamento de Mili, se había mudado a otro que estaba ubicado en el piso de abajo, porque quería estar cerca para cuando ella volviese, pero había tenido miedo de que, si lo encontraba viviendo en el suyo, volviera a desaparecer. Por eso había tomado otras precauciones, utilizaba las escaleras en lugar del ascensor para

pasar lo más desapercibido posible –total, era un segundo piso–, y había hablado con Roberto, el encargado del edificio, para que, si ella regresaba, no le contara que él también estaba viviendo ahí.

El otro había asentido sonriendo, hacía quince años que estaba a cargo de ese lugar y nunca había visto una parejita más enamorada y alegre que esos dos. Durante más de un mes los había visto partir y volver siempre juntos, abrazados y sonriendo felices, pero se veía que algo malo había pasado, porque la chica se había ido una noche de madrugada y con los ojos hinchados de llorar, y el pibe iba y venía solo como un alma en pena. Al final, para enamorarse y después andar sufriendo, lo mejor es quedarse solo, reflexionó consolándose, ya que él era un solterón empedernido al que, a veces, la soledad le pesaba demasiado.

Para calmar los ánimos en su casa, ya que su madre, Isabel, estaba hecha un mar de lágrimas y le había retirado la palabra a su esposo desde el día en que este había echado a su único hijo del hogar, Sebastián había cometido el imperdonable error de contarle adónde se mudaba. En realidad lo había hecho para hacerle una gauchada a su viejo, que veía por los ojos de su mamá y debía andar medio angustiado, pero los sucesos posteriores le hicieron desear no haberlo hecho, porque media hora después de haber tomado posesión de su nuevo departamento, había sonado el timbre y, al abrir, la maratón casi lo había pasado por encima: Isabel, Sofía y Lucía, sus hermanas, Catita, su niñera, dos mucamas y cuatro empleados de la mueblería, cargados de cajas con electrodomésticos a estrenar y lujosos y modernos muebles, entraron a mansalva y sin permiso y ocuparon todos los rincones del lugar.

Después de quejarse de que cuál era la necesidad de alquilar un lugar tan sencillo y lejos del centro y de sus amistades, y de que eso era un pañuelito y no iba a quedar espacio para nada, su mamá se había ubicado en el medio de la sala y comenzado a dar órdenes como un general romano: que ese escritorio me lo ponen allá, así le da la luz de la ventana, que la heladera me la ubican en ese rincón, que me vayan armando el LSD y me lo colocan en el centro del módulo, «¡Ojo con la mesa de luz que se raya!», «Nene, ¿te parece que pongamos el sillón enfrente, así miras más cómodo?», le había preguntado a su hijo, dirigiéndose a él por primera vez. «¡Aleluya!», había pensado el joven, porque hasta ese momento, su madre había actuado como si él no estuviese allí.

—Vieja, te agradezco la preocupación, pero ya estoy lo suficientemente grandecito como para amoblarme el departamento yo solo, así que vayan nomás, que yo me encargo —le había dicho Sebastián, señalando hacia la puerta con gesto de fastidio.

—Ni lo sueñes, estos muebles fueron comprados exclusivamente para vos y ya están pagos, así que no me los pienso llevar, y tampoco me voy a ir hasta no verte instalado y cómodo como Dios manda, que yo no crie a mi hijo para que viviese en una pocilga.

—Mami, Sebas tiene razón, no podés seguir diciendo y haciendo por él, tiene derecho a decidir sobre sus cosas, vamos —había intervenido Sofía, tomando del brazo a su madre y tratando de apaciguar los ánimos.

—Dejá, Sofi, no gastés saliva de gusto que con mamá es al cuete, las dos sabemos que no se va a ir de acá hasta que le deje el departamento impecable y la ropa dobladita en el *placard* —había agregado Lucía con gesto resignado.

—Y la heladera llena y con comida nutritiva, que este nene está cada vez más flaquito. ¡Parece un desnutrido! —había completado Catita, que como luego de treinta años de servicio era casi una integrante más de la familia, se daba el gusto de decir y hacer lo que se le daba la gana.

—¿Ves, hermanito? Estas dos están complotadas en tu contra, y a menos que quieras llamar a los bomberos para tratar de sacarlas por la fuerza, yo te sugiero que hagamos mutis por el foro y nos vayamos a tomar un cortadito en el bar de la esquina —había rematado Lucía, al tiempo que lo tomaba del brazo y lo arrastraba hacia la puerta de salida. Al llegar allí, se había dado vuelta y le había dicho a su hermana—: Sofi, vení vos también, que si te quedás acá, la vieja te va a poner a laburar como una hormiguita.

Sebastián se había dejado llevar, resignado. Su papá siempre le había dicho que discutir con las mujeres de la familia era tiempo perdido, porque siempre terminaban saliéndose con la suya, así que le había hecho caso, y Sofía los había seguido con gesto manso.

Sentados en el bar, luego de haber pedido tres cafés, Lucía lo había mirado fijo y le había preguntado:

—¿Cómo estás?

—¡Genial, la vida me sonrío! ¿No ves la cara de feliz cumpleaños que tengo? —le había respondido él, esbozando una sonrisa falsa y plagada de ironía.

—¡Ey, pará un poquito, no te hagás el piola que yo no tengo la culpa de que la Barbie esa te haya mandado al diablo! —le habría ladrado su hermana menor, molesta y cruzándose de brazos.

—¿Seguís sin encontrarla? —le había preguntado Sofía, acariciando su mano con pena y preocupación.

Él había asentido y se había refregado la cara con gesto cansado:

—Es como si se la hubiera tragado la tierra, ya no sé más a quién recurrir ni dónde buscar.

—¿Y si llamás a la familia de ella para preguntarles?

—¿Para qué? Si ella no quiere verme, no me van a decir nada —le había respondido él con tristeza.

—Ellos no, pero la tal Rocío sí —los había interrumpido Lucía con gesto serio—. ¿No me contaste que la otra vez fue la única que te había dicho que ella estuvo ahí? Probá, total el no ya lo tenés.

—¿Sabés una cosa, Lulita? De vez en cuando, pero muy de vez en cuando, de ese engranaje oxidado que tenés debajo de los rulos te sale alguna idea brillante —le había contestado su hermano con una sonrisa pícaro.

Lucía, por supuesto, le había revoleado con una servilleta y ya iba a tirarle también con el servilletero cuando Sofía le había tomado la mano con fuerza, mirando hacia todas partes.

—¡Escándalos en público no! Que ya tuvimos suficientes por los próximos diez años —había dicho con tono amonestador, en obvia referencia a que la familia era la comidilla de toda la alta sociedad de Buenos Aires debido a las hazañas de su querido hermanito, que era el que estaba en el ojo de la tormenta.

Una semana después de ese diálogo, Milagros seguía sin dar señales de vida y Sebastián no podía más con la preocupación. Tres días antes, había llamado ya dos veces a Rocío, pero lo había atendido Luis, y él le había cortado sin hablar, así que ese día, sentado en su auto frente a la terminal de Retiro, donde había ido para tratar de averiguar algo más, había juntado coraje y la había vuelto a llamar.

—¡Hola! ¿Quién habla? —La voz de Rocío se había escuchado nítida, del otro lado de la línea.

—Soy yo, Sebastián. Por favor, no me cortes.

—Disculpame, pero Luis está por llegar y yo no quiero problemas —le había dicho ella con tono preocupado.

—Ya lo sé, yo tampoco, no te voy a preguntar dónde está porque sé que ella no quiere que lo sepa, lo único que te pido es que me digas si está bien, eso nada más. La última vez que nos vimos Mili estaba muy angustiada y me estoy volviendo loco del miedo a que le haya pasado algo. —Había esperado callado una respuesta, pero solo hubo silencio—. Por favor, te lo pido por tus hijos que son lo que vos más querés. Lo que yo más quiero en la vida es a ella...

—Pero vos vas a tener un hijo con otra, no la podés querer —lo había interrumpido Rocío, con tono admonitorio.

—Mirá, Rocío, nadie puede mandar en el corazón. Si yo pudiera, te aseguro que ahora estaría felizmente casado con Elena y no pasando este calvario. — Del otro lado de la línea había escuchado un hondo suspiro.

—Milagros está muy bien, está trabajando en lo suyo, en otro país que está muy, muy lejos, así que no insistas en encontrarla. Igual, su contrato es solo por tres meses, así que después va a volver y eso es todo lo que te puedo decir.

—Gracias, muchas gracias. Sos una buena mujer, ¿sabés? —le había respondido él, exhalando aliviado por primera vez en esos veinte días infernales. Pero ¿pasar otros dos meses y pico más sin ella? Ni loco, solo iba a tener que empezar a buscar «muy, muy lejos».

Iba a dejar el teléfono a un costado cuando sintió que le golpeaban la ventanilla. Al mirar, había visto el caño de un revólver apoyado en el vidrio que apuntaba a su cabeza.

—Bajá y dejame las llaves, el celular y la billetera, ni intentés arrancar el auto porque te quemo. —El que hablaba era un muchachón, bien vestido y que no parecía tener ni veinte años. A su lado estaba otro, con una navaja en la mano y mirando nervioso hacia todas partes.

Sebastián había bajado del automóvil con los elementos tan gentilmente solicitados en su mano y resignado a dejarse robar, pero, cuando los había mirado a la cara, había visto que tenían los ojos vidriosos y, en el fondo de ellos, se dibujaba el miedo. Entonces, su diablo interior le había hecho pensar que ellos eran solo dos, que la droga les quitaba reflejos, que él era cinturón negro en karate, que podía sentir la adrenalina corriendo por sus venas y que hacía veinte días que venía mascando rabia y con ganas de reventarse las manos pegándole a algo o a alguien. Y que, la verdad, esos dos le venían como anillo al dedo para sacarse la bronca. Así que, en un

movimiento rápido que tomó desprevenidos a los delincuentes, había comenzado a repartir golpes y patadas voladoras velocísimos, con los cuáles había logrado desarmarlos en unos pocos segundos. Lo que no había sabido fue que, diez metros más atrás, otro compañero los esperaba con el arma cargada y que, a pesar de que ese también se había fumado unos porros, seguía teniendo muy buena puntería.

Sebastián había escuchado el sonido del disparo y, al mismo tiempo, había sentido un dolor lacerante en mitad de la espalda. En tanto que caía, otra bala lo había alcanzado a tres centímetros de esa. Se había quedado tirado en el suelo, fingiéndose muerto para que no lo rematasen y sintiendo dificultad para respirar, al tiempo que un hilo de sangre comenzaba a correr desde su nariz hasta la vereda. Mientras tanto, los delincuentes habían tomado las llaves, la billetera y el celular y, saltando por encima de él, golpeados pero victoriosos, habían subido al auto de alta gama y partido haciendo chirriar las ruedas.

Las dos semanas siguientes el muchacho las había vivido como en una nebulosa, en terapia intensiva, con oxígeno, cables de monitoreo por todas partes y agujas que le enviaban antibióticos a mansalva por las venas, para tratar de contrarrestar la infección y la fiebre que se habían adueñado de su organismo. Le contaron que las balas le habían perforado un pulmón y un intestino, y, a pesar de que los médicos habían hecho un gran trabajo limpiando y cosiendo su maltratado cuerpo, durante la primera semana no les daban garantías de vida. Lo habían mantenido sedado y aletargado la mayor parte del tiempo y, las pocas veces que había logrado abrir los ojos, se había encontrado con los rostros de sus viejos, sus hermanas, sus amigos y hasta el de Elena, pero nunca con el de la chica a la que más quería ver y a la que llamaba en sus delirios de fiebre.

Cuando finalmente estuvo fuera de peligro, lo habían trasladado a una habitación común, donde había tenido que soportar las lágrimas, mimos y arrumacos de todas las integrantes femeninas de la familia, al igual que las visitas cotidianas de Elena, la cual, aprovechando que él no tenía fuerzas ni para echarla, había estado casi instalada en el sanatorio. Y no es que lo molestara, pobre, era una buena mina y él le tenía mucho cariño como para tratarla mal, pero no podía amarla como ella se merecía y no quería que se hiciese ilusiones de gusto, porque ni bien pudiese levantarse de esa maldita cama, iba a seguir buscando a Milagros.

Lo único bueno que había salido de todo eso había sido que se había reconciliado con Pedro, su padre. Ninguno de los dos había pedido perdón por las cosas terribles que se habían dicho. Simplemente se habían limitado a retomar la relación cariñosa que siempre los había unido, evitando hablar de los temas que volverían a llevarlos a inevitables discusiones. Igual Sebas les había dejado muy clarito tres cosas: no iba a volver a la fábrica –en el nuevo trabajo ya le habían dicho que lo iban a esperar hasta que se repusiese y no creía que a Osvaldo, su ex suegro, le cayera muy en gracia que él volviese–, no se iba a casar con Elena y no iba a dejar de buscar a Mili.

Tres semanas después del ataque le dieron permiso para volver a su casa, pero con órdenes de quedarse acostado y levantarse solo para ir al baño. «Genial, el tema del papagayo me tiene bastante podrido». Por supuesto, su madre, aduciendo que él no estaba en condiciones de atenderse solo, lo llevó a su antigua habitación en la casona del *country*, donde, de a poco y gracias al cuidado y cariño de su cargosa e indispensable familia, fue haciendo rehabilitación y recobrando las fuerzas.

Cuarenta días después del robo, una llamada telefónica le alegró la vida. El detective que hacía dos semanas, y a pedido de él, había contratado Lucía para encontrar a Milagros, volvió a chequear los vuelos internacionales, esa vez de todas las aerolíneas del día en que ella había desaparecido, y había encontrado su nombre en una lista de pasajeros a Madrid. También había logrado averiguar que esa era solo una escala y que había vuelto a abordar otra aeronave, esa vez con destino final a Estambul.

Cuando Lucía se lo había contado, él se había recostado en la cama, había sonreído, cerrado los ojos y dos lágrimas habían comenzado a caerle por los costados de la cara. Ella le había tomado una mano y se la había apretado con pena, riendo y llorando al mismo tiempo también.

Diez días después, Sebastián conducía un auto alquilado en la populosa, milenaria y fascinante ciudad de Estambul. Había aterrizado allí hacía dos días, y se había hospedado en un hotel. Como de turco no entendía un pomo, se manejaba con el inglés, idioma que muchos ciudadanos del lugar utilizaban con fluidez. Igual, la mayoría de los que abordaba, sabían tanto de castellano y de inglés como él de turco, así que se entendían por lenguaje de señas.

Luego de mostrar la foto de ella infructuosamente–¡solo a un ganso

pichón como a él se le podía ocurrir encontrarla solo con una foto en una ciudad de más de catorce millones de habitantes—, se dirigía a una agencia de detectives que le habían recomendado cuando, al detenerse frente a un semáforo, en un letrero luminoso gigante, había visto pasar la cara sonriente de ella, en un primer plano, con los hombros desnudos, el cabello recogido y un jabón en las manos al que estaba publicitando.

El corazón había comenzado a golpearle en forma tan desbocada que parecía que se le iba a salir del pecho. ¡Por fin! Ya estaba cerca. Con ganas de llorar de la emoción, había cerrado un puño en señal de victoria. Como las palabras que acompañaban la imagen estaban en turco, no había podido saber lo que decían, pero, soportando las bocinas y los insultos de los que esperaban detrás para continuar viaje, se había bajado del auto, esperando a que la publicidad volviese a pasar y le había tomado varias fotos con el celular. Después había tenido que subir y partir apresuradamente porque, tres autos más atrás, un turco enfurecido se había bajado con un palo en la mano y se dirigía hacia él, insultándolo hasta en chino mandarín.

Por suerte el detective que lo atendió hablaba en inglés, así que le había dejado las fotos de la publicidad para que le averiguase dónde y quiénes la habían realizado, lo antes posible.

A la mañana siguiente, bien temprano, había escuchado sonar su celular y se había levantado de un salto de la cama. Era el sabueso para informarle que ya había encontrado la agencia para la que trabajaba la chica que había hecho esa publicidad y le dio la dirección. El lugar se hallaba a solo treinta cuadras de su hotel, así que, lleno de ilusiones y expectativas, se había dirigido hacia allí.

Al llegar se había encontrado con un tipo alto y rubio, de pelo largo. Primero le había alegrado saber que era uruguayo, por lo que el idioma no iba a ser una traba en la comunicación, pero después el alma se le había venido al piso cuando el otro le informó que Milagros se había vuelto a la Argentina hacía solo dos días. ¡Tanto esfuerzo para nada! ¡No sabía de qué tenía más ganas, si de ponerse a llorar de la impotencia y la tristeza o de subirse a la almena más alta de la mezquita azul y tirarse de cabeza! ¡La puta madre, qué mala leche! Lo bueno de todo eso había sido, por un lado, que el rubio le había dicho que ella estaba bien, contenta, y, por el otro, la certeza de sentir que el día en que volverían a verse estaba cada vez más cerca.

VOLVER

Tres meses después de su llegada a la bella y antigua Estambul, Milagros y Martina armaron sus bolsos, se despidieron de los nuevos amigos que habían hecho en su estadía allí y cargaron su equipaje en el auto de Carlos, que había ido a llevarlas para tomar el avión de regreso. Por desgracia, Mili no había podido cumplir con todos los compromisos de los últimos siete días de contrato, ya que, a partir de las quince semanas de gestación, su pancita había comenzado a ser evidente. Si ella hubiese sido más llenita, a lo mejor podría haberla disimulado por más tiempo, pero siendo tan delgada y teniendo que usar tan poca ropa, era inevitable que se le notase. Además, ella no había querido fajarse, como le había sugerido Martina, ni loca iba a aplastar al pobre bebé solo por apariencias. Así que cuando su empleadora la había encarado de frente y se lo había preguntado, ella no había querido negarlo. La otra se había sentido molesta al principio, pero era una mujer amable y generosa, y estaba muy conforme con el trabajo que había realizado la chica hasta ese momento, así que, por un lado, le había suprimido algunas actividades, y, por el otro, le había asignado la ropa más holgada para los desfiles que le quedaban, además de recomendarle que tratara de caminar sumiendo la pancita. La muchacha lo había hecho y así había logrado que su preñez pasara bastante desapercibida.

Ahora llevaba ya cuatro meses de gestación y, libre de compromisos laborales, se preparaba para rendir exámenes, disfrutar de su maternidad e informarle sobre esta a su familia, cosa que, hasta el momento, no había hecho por miedo a que ellos se lo contasen a Sebastián o lo molieran a golpes.

Antes de subir al avión, le dio un fuerte abrazo a Carlos y le agradeció por todo lo bueno y generoso que había sido con ella.

Él le sonrió con alegría antes de decirle:

—No te despidás tanto que en quince o veinte días te voy a estar visitando en Buenos Aires, no te olvidés que todavía me debes una respuesta — finalizó guiñándole el ojo con simpatía.

En realidad, ella ya le había dado una contestación a su pregunta de si quería casarse con él, pero el uruguayo se negaba a aceptarla, y seguía insistiendo con desparpajo en que él era el mejor candidato que ella podía encontrar.

—Andá a visitarme si querés, voy a estar encantada de cocinar para vos, pero la respuesta ya te la di y es inamovible —le respondió ella, antes de sonreírle y darle un sonoro beso en la mejilla.

—Mira, Mili, que hasta hace unos decenios, los científicos más renombrados también pensaban que los continentes eran inamovibles —le retrucó él con picardía.

—Sí, pero yo no soy el Pangeas, papa frita —le gritó la joven con una sonrisa y alzando la mano para saludarlo, mientras se alejaba hacia la zona de abordaje siguiendo a Martina, con la cual viajarían juntas hasta Madrid. Al llegar allí, separarse de ella fue casi tan triste como alejarse de Carlos, ya que se había encariñado muchísimo con ese maremoto de rulos, desordenado y chispeante, así que se abrazaron la dos, llorando y riendo.

—Cuídate, chusquita, y cuídame a este peladito, no se te olvide que es mi sobrino postizo, ¿eh? —le dijo la colombiana acariciándole la panza con ternura.

—Vos también cuidate, bonitica, y no te olvidés de llamarme cuando llegués, así me quedo tranquila —le respondió Mili, dándole un ruidoso beso en el cachete.

—Pero si arribas tú primero, me envías un WhatsApp al toque, mi reina, ¿vale?

Mili levantó la mano y la saludó sonriente. Mientras la veía alejarse, pensó que ambas habían terminado contagiándose sus modismos, ya que «al toque» era un uso argentinísimo y «bonitica», bueno, la verdad que era el término más adecuado para definir a Martina, porque ella era así, por dentro y por fuera.

Varios días después, Milagros, ya en su país, salía de la universidad para dirigirse a su departamento. Acababa de rendir, con muy buenas notas, Fisiología y Biofísica, lo cual era casi un homenaje a su nombre de pila

porque, en esos tres meses, había estado estudiando a los ponchazos y en los pocos ratos libres que tenía. Se veía que sus neuronas seguían funcionando a la perfección. No así su corazón, que continuaba sufriendo por amor y extrañando a Sebastián. En tanto que caminaba, ella no podía evitar preguntarse si el hecho de que él hubiese dejado el departamento y jamás la hubiera buscado significaría que ya estaba felizmente casado.

Aunque ya se encontraban a fines de abril, iba a comenzar a cursar igual su tercer año. «Más vale tarde que nunca», se dijo. Además, tenía el justificativo de su trabajo para haber faltado al primer mes y medio de clases.

Desde su auto, Sebastián la vio bajar las escalinatas de la universidad. La miró intensamente, necesitaba guardarse su imagen en la retina para toda la eternidad. Aunque ella llevaba un abrigo holgado, ya que en las tardecitas comenzaba a refrescar, pudo notar que su cara estaba más delgada y pálida, tenía el cabello suelto y más largo, ahora le llegaba por debajo de la cintura, y una expresión triste pero, a la vez, satisfecha. Seguro que había rendido bien, si era un bocho. Caminaba con esos trancos largos y decididos que la caracterizaban. En una esquina, ella se detuvo, esperando a que pasasen los vehículos, estiró el brazo izquierdo y bostezó con toda la boca abierta, en un gesto tan suyo que lo hizo sonreír emocionado y recordando cómo la molestaba él con esa costumbre, diciéndole que tenía una hermosa garganta y avergonzándola. Ella era así, cálida, libre, natural y suya, muy suya.

El chico recordó esa mañana, cuando él se encontraba en su nuevo hogar, luego de volver de un viaje de cinco días a Salta, donde había ido a cerrar una compra de su empresa, y el *hacker* que había contratado lo llamó para informarle que ella estaba en la lista de los que se presentaban a rendir ese día.

La espera había terminado, al fin ella había vuelto. Corriendo, había subido las escaleras hasta el piso de arriba y allí, en puntas de pie, había caminado por el pasillo hasta la puerta de su departamento y había escuchado. Desde adentro, le llegó el sonido de una balada romántica de Thalia, que era una de sus cantantes preferidas. El corazón había vuelto a desbocársele, como siempre que la sabía cerca, pero cuando iba a golpear, se había arrepentido. Ella estaba a punto de rendir, necesitaba tranquilidad y seguro la iba a alterar si se aparecía después de todo ese tiempo. Había esperado tanto para volver a verla que bien podía esperar unas horas más.

Se había quedado quieto y escuchando unos minutos hasta que, de pronto, comenzó a oír su voz cantando bajito la letra de la canción, que hablaba de amores perdidos y reencontrados. Era el sonido más dulce y melodioso que había escuchado en su vida. Sintiendo un cansancio sideral, él había suspirado, se había sentado en el piso y se había quedado allí, estático, atraído por el canto de la única sirena que era capaz de convertirlo en una estatua de amor.

En ese momento, mientras ella se alejaba por la vereda, se bajó del auto y corrió detrás de ella. Al llegar cerca, se detuvo y la llamó por su nombre.

Al oírlo, Milagros dejó de caminar, sintiendo que las piernas no la sostenían. No necesitaba girar para saber quién era, hubiera sido capaz de reconocer esa voz amada entre todas las voces del mundo. Se dio vuelta y cuando lo vio, no pudo dejar de mirarlo. Estaba más flaco y demacrado, con el pelo largo y descuidado, y barba de varios días, pero seguía siendo el hombre más hermoso que había conocido, y la observaba con anhelo, con tristeza, con deseo, pero quieto. Hubo un instante en el que el mundo se detuvo, los sonidos de la calle se borraron y solo quedaron ellos, contemplándose fijamente, diciéndose con los ojos todo lo que no habían podido decirse con palabras en esos tres largos meses de separación.

Lágrimas de emoción comenzaron a agolparse en los dos, pero ella se las limpió con rabia, odiándose por ser tan débil y por seguir amándolo a pesar de lo que le había hecho.

—¡No! —le gritó la chica, extendiendo su mano delante cuando él comenzó a acercarse, pero fue inútil. Sebastián era en su vida un huracán que siempre la había llevado al puerto que él deseaba, por eso la abrazó y la apretó contra él durante largos minutos, acariciándole la espalda, hundiendo la nariz en sus cabellos para volver a sentir ese perfume de jazmines enloquecedor. La besó primero en todo el rostro, y, al final, en los labios, con toda la pasión que había guardado para ella en ese infierno en la Tierra que había significado para él no tenerla a su lado.

Al principio, la joven trató de apoyarle las manos en el pecho y apartarlo, pero después se rindió, dejándose ganar por su locura de amor. Ninguno de los dos supo cuánto tiempo estuvieron besándose, pero, en un momento, Milagros sintió su erección, dura y caliente, que se apretaba contra su entrepierna y la hacía desear más, y eso la hizo tomar conciencia del lugar en el que estaban, de las miradas de seguro reprobatorias de la gente y de

que ese hombre estaba prohibido para ella. Así que, sacando fuerzas de donde no tenía, interpuso sus manos entre los dos para apartarlo.

—Soltame —le pidió ella con voz queda.

—No —le respondió él, con tono seguro y apretándola más.

—Si no me soltás ya mismo, voy a empezar a gritar llamando a la policía —lo amenazó la muchacha, al tiempo que comenzaba a retorcer su cuerpo para tratar de separarse—. ¡Andate con tu mujer y tu hijo, y dejame tranquila! ¿Por qué cuernos tenías que aparecer? ¿Por qué no podés dejarme en paz? ¡Dejame sola! —le gritó, ya llorando histérica, mientras lo golpeaba en el pecho con los puños cerrados al unísono.

—No puedo, no puedo dejarte sola porque te llevo conmigo aquí adentro, ¿sabés? —le dijo él, tomándole uno de los puños cerrados y apoyándolo sobre su corazón—. Estos meses sin vos pensé que me moría del miedo de no volver a verte, y no me casé ni me pienso casar con nadie que no seas vos, mi única mujer sos vos—finalizó el muchacho, mirándola con gesto angustiado pero firme.

—Pero Elena sigue embarazada —le recordó ella, soltando su mano antes de alejarse un paso hacia atrás.

—¡Sí, sigue! ¿Qué carajo querés que haga, que le pida que lo aborte? —exclamó él, alzando la voz de pura impotencia.

—¡Yo jamás dije eso, animal! ¡Seguís siendo la misma bestia bruta de siempre! ¡Quiero que cuides a tu hijo, que te hagas cargo de él y que me dejes en paz! —gritó ella llorando, antes de girar y comenzar a correr alejándose de él.

Sebastián iba a salir tras ella, pero un policía, que había estado observando la escena con atención, lo tomó de un brazo y le dijo con calma:

—Déjela ir, si la sigue, me voy a ver obligado a encerrarlo por desacato a la autoridad. Además, en estos casos, lo mejor es que esté un rato sola hasta que se le pase. Hágame caso, deje pasar esta noche y mañana la busca y hablan con calma.

El muchacho estuvo unos segundos viéndola alejarse entre la gente, después asintió y se fue caminando en sentido contrario. Le hizo caso al policía, buscarla en este momento para lo único que iba a servir era para que se terminaran enredando en otra discusión inútil, y ella podría volver a irse si él la seguía presionando. De algo estaba seguro, Milagros lo seguía queriendo. No lo hubiese besado con esa pasión si no fuera así, era solo

cuestión de tiempo para que acabara aceptándolo, con niño y todo, pero tenía que actuar despacio y con prudencia porque esa era una jugada de ajedrez en la que podía ganarlo o perderlo todo. Y él, por un lado, no estaba dispuesto a perder más nada y, por el otro, estaba decidido a volver a ganarse su amor.

Con los riñones doliéndole de deseo insatisfecho, pero sintiéndose de nuevo vivo, subió al auto y, luego de dar unas vueltas por ahí, en tanto que esperaba a que ella llegara, partió hacia el edificio. Allí, habló con el encargado para asegurarse de que la chica hubiese regresado bien y, al confirmarlo, subió hasta su departamento, entró, se sacó los zapatos y se acostó vestido y sin cenar. Por primera vez, después de tres meses, volvió a dormir de un tirón y roncando como un rinoceronte durante toda la noche.

LO INESPERADO

Al día siguiente, Isabel y Catita salieron del departamento de Sebastián y se dirigieron al ascensor. Como todas las semanas desde que él se había mudado, habían llegado esa mañana temprano para limpiar y ordenar su departamento. Si bien él jamás les había pedido ayuda, el saberlo solo y angustiado por la desaparición de esa joven había vuelto a su madre más sobreprotectora, así que se había hecho hacer una llave de su vivienda y, todos los lunes, en tanto que Catita hacía la limpieza, ella juntaba la ropa para lavar, le ordenaba el *placard* y le llenaba la heladera de lácteos, verduras, frutas y comidas preparadas y listas para calentar en el microondas. Últimamente, ella lo veía cada vez más pálido y delgado, y no quería que viviese a comida chatarra o no se alimentase.

Al subir al ascensor, Isabel casi se desmaya del susto: la chica de las fotos, Milagros, estaba parada en un costado, llevaba un equipo de buzo y pantalón deportivos rosa y blanco, zapatillas de lona, el rostro sin maquillar, el cabello atado en una media cola y sostenía una carpeta contra su pecho. En persona era aún más bonita, pensó la mujer.

Al verlas, la muchacha les sonrió amigablemente.

—Buen día, ¿planta baja? —les preguntó. Al observar que la señora más delgada y elegante asentía, la joven apretó el botón y el ascensor comenzó a bajar.

—¿Vos vivís en este edificio? —la interrogó Isabel con tono amable.

—Sí, pero acabo de llegar de viaje. ¿Ustedes? —le respondió Mili con tono curioso.

—No, nosotras estamos de visita. Se nos vino el frío, ¿no? —comentó la madre de Sebastián con tono casual, al tiempo que pensaba en la alegría que iba a tener su hijo cuando le contara que ella estaba de vuelta. Si recordaba

también a Elena, lo mejor hubiera sido que esta muchacha se quedase donde estaba, pero la verdad era que ya no soportaba ver a Sebastián tan angustiado. Sonriendo para sí, recordó una frase que había leído una vez en Facebook: «Una madre es tan feliz como su hijo más triste», y qué cierta era. A lo mejor se había convertido en una terrible egoísta, pero necesitaba volver a verlo contento para sentir alegría de nuevo ella también. De pronto, observó alarmada que la chica arqueaba la espalda, llevaba una mano hacia atrás y se frotaba la cintura, al hacerlo, el buzo se le pegó al abdomen destacando una pancita incipiente y redondeada. Al ver la mirada seria y penetrante de la mujer dirigida a su vientre, la joven apoyó su mano en él con un gesto protector y miró hacia el piso, avergonzada.

Isabel ya no tuvo dudas. Milagros también estaba embarazada y, por el tamaño, dedujo que era de cuatro o cinco meses, como Elena. «¡Lo que nos faltaba, cantemos bingo, señores!», pensó con ironía, emoción y alarma, todos mezclados. El ascensor se detuvo y la chica se bajó rápido, saludándolas al pasar con un movimiento de cabeza y una sonrisa incómoda.

—¿Me pareció a mí o esa muchacha está de encargo? ¡Tan jovencitas y no se cuidan, qué cosa bárbara! —comentó Catita, fiel a su costumbre de preguntarse y responderse ella sola—. ¿Vamos directo a casa? —agregó con impaciencia.

—No, Catita, primero tenemos que pasar por un bazar.

—¿Y qué le hace falta ahora? —preguntó la cocinera con gesto curioso.

—Una cuchilla bien filosa para castrar a mi hijo —le respondió Isabel, con los ojos echando chispas de la furia.

Catita, que no sabía que esa chica era el amor de su nene querido, quedó mirando a su patrona con la boca abierta y pensó: «¿Y a esta qué bicho la picó ahora?». Al ver que su señora persistía en un rabioso silencio, comentó molesta:

—No, si es lo que yo digo siempre, a mí me tocó servir a una familia de locos.

Isabel dejó a Catita en la casa y, subiendo de nuevo a su auto, se dirigió hacia la fábrica donde trabajaba Sebastián. Entró a su oficina hecha una tromba y le ladró:

—Milagros, la chica esa, está de vuelta. ¿Lo sabías?

Él le respondió con una enorme sonrisa, la primera que le veía en los

últimos tres meses, para ser sincera.

—Sí, la vi ayer. ¿Y vos cómo te enteraste? —le preguntó antes de pararse, ir hacia ella y darle un sonoro beso en la mejilla.

—Porque me la encontré en el ascensor. —Él la miró alarmado—. Y no te preocupés, que no le dije quién era. —Sebas soltó el aire aliviado, no quería que Milagros se enterase todavía de que él estaba viviendo en el departamento de abajo.

—¿Sabías que está embarazada? —le preguntó su madre, observándolo con fijeza. De inmediato casi se larga a reír al ver sus ojos y su boca abiertos como platos. Así que el sinvergüenza iba a ser papá por partida doble y no lo sabía.

—No mamá, no puede ser, si está igual... ¿De dónde sacás eso? ¿Ella te dijo algo? —la interrogó alarmado, al tiempo que el corazón comenzaba a latirle a gran velocidad.

—No, pero yo tuve tres hijos y sé reconocer las señales de gravidez en una mujer. Esa muchacha está, por lo menos, de cuatro meses —aseguró Isabel, con gesto decidido y cruzándose de brazos.

—No puede ser. Si fuera así, ella me lo hubiese contado.

—A ver, ¿cuánto tiempo estuvieron juntos? —preguntó ella con gesto de inspector Gadget.

—Casi cuarenta días —le respondió el joven, masajeándose el entrecejo.

—¿Y menstruó alguna vez en ese tiempo? —Sebastián negó con la cabeza, inspirando hondo y mirando hacia el piso—. ¿Te cuidaste? —volvió a inquirir su madre. Él alzó la vista y la miró alarmado—. ¿Sí o no? —volvió a preguntar Isabel, en tanto que se alisaba el pelo con gesto nervioso.

—Las primeras veces, no —le contestó el muchacho, frunciendo el ceño.

—A ver, ¿Vos no sabés que existen los profilácticos? —le gritó ella, enojada y comenzando a pasearse de un lado al otro.

—Mamá, ya te dije que ella era virgen, las primeras veces no me los puse porque le hacía más mal —le respondió él, avergonzado por tener que hablar de esos temas con ella.

—Y digo yo, por casualidad, ¿¿tu padre no te enseñó a retroceder, pedazo de irresponsable?! —le gritó Isabel, ya enfurecida, al tiempo que le daba un manotazo en el pecho al pasar, antes de continuar caminando por la oficina.

Sebastián, luego del asombro inicial por el lenguaje inusual que estaba usando su madre, se quedó estático, con la mirada perdida, de repente, una

lenta y tierna sonrisa comenzó a dibujarse en su rostro.

—Mamá, ¿sabés qué...? El día que Mili se enteró de lo de Elena, se desmayó, y después, cuando volvió en sí, vomitó... Yo pensé que era por la impresión, pero ahora que me acuerdo, ya hacía varios días que se dormía sentada, como Lula cuando quedó embarazada de Kevin, ¿te acordás?... Además, ayer, cuando la vi, tenía la cara delgada, pero cuando la abracé la noté más llenita... —terminó él, ya emocionado y con una sonrisa de oreja a oreja. A continuación, abrazó a su madre, la alzó en el aire y comenzó a hacerla girar en tanto que le decía—: ¡Felicitaciones, viejita, te voy a hacer abuela!

—¡Bajame, tonto, que ya hace tres meses que sé que me vas a hacer abuela! Ahora decime, ¿cómo le explico yo a mis amistades que el simpático de mi hijito me va a dar dos nietos casi de la misma edad y de dos mujeres distintas? —le preguntó ella, con los ojos chispeando de la rabia por haber criado a un hijo tan inconsciente.

—No sé, vieja, problema tuyo, igual yo no estoy tan seguro de que el bebé de Elena sea mío. Ya te dije que las fechas no coinciden. Si fuera mío, tendría que nacer al menos una semana antes de la fecha de parto que tiene...

—Hijo, una semana es poco tiempo, las ecografías pueden equivocarse con las fechas —le recordó la mujer con tono conciliador y tomándolo del brazo—. Además, ¿cómo estás tan seguro de que el de esa joven sí es tuyo? Ni siquiera sabemos si de verdad está embarazada, tampoco de cuánto tiempo. ¿Y si estuviese de menos y fuera de alguien que conoció en Turquía, durante el tiempo que estuvo ausente?

—No, mamá, sí que lo está. Y si lo está, te aseguro que es mío, es una chica muy arisca como para pasar de un tipo al otro así como así. Además, yo lo siento —terminó él, contemplándola con seguridad.

—Entonces ¿por qué no te lo contó? Si es como vos decís, debe de haberlo sospechado ya antes de dejarte, ¿por qué no te lo dijo? —lo interrogó ella, con gesto serio y preocupado.

—¡Qué sé yo! Milagros es muy orgullosa y estaba enojada... ¡No me volvés loco, querés! —terminó el joven, paseándose de un lado al otro mientras se masajeaba el cuello, luego agregó con tono decidido—: Me voy, haceme un favor, cubrime con mi jefe.

—¿Y qué le digo? —le preguntó Isabel, alarmada.

—Que le dio un infarto a la tía y tuve que ir a auxiliarla —le contestó Sebastián, al tiempo que se colocaba el saco y se encaminaba hacia la puerta con paso rápido.

—¡Yo no tengo hermanas, tarambana! —le gritó ella, en tanto que lo miraba irse sin poder creerlo.

—¿Y qué querés, que lo infarte al tío Marcos? —le respondió él alzando las cejas, antes de salir dando un portazo para dejarla con la palabra en la boca.

CONFUSIONES Y ENGAÑOS

Era ya mediodía cuando el muchacho llegó frente al departamento de Milagros. Después tocó timbre con insistencia, ella abrió la puerta, pero dejando la traba puesta y, al verlo, volvió a cerrar.

—Andate, no quiero hablar con vos —le dijo con tono seco.

—Pero yo sí, necesito que hablemos. Abrime, por favor, es un momento. Te prometo que me voy a portar bien —insistió él, con tono de ruego.

—No prometas cosas que los dos sabemos que no vas a cumplir —le ladró ella, en obvia alusión a todas las veces que él había terminado haciendo lo que se le daba la real gana.

—Esta vez sí, vamos, es importante —volvió a pedirle Sebastián.

—Está bien, pero cinco minutos. Decís lo que querés decir y te vas —cedió ella, sacando la traba para después abrir la puerta. Cuando él entró, la chica le señaló una silla y se sentó del otro lado de la mesa.

“Bueno, parece que la cosa iba a ser tablón de por medio, mejor, si se sentaban en el sillón lo más probable es que no iba a poder sacarle las manos de encima”, pensó él, al tiempo que se sentaba obedientemente.

—Vine porque necesito pedirte perdón, pero no solo por lo de Elena, sino por todo, por la forma en que me porté siempre con vos. La primera vez que estuvimos juntos, por ejemplo, no me cuidé, podría haberte dejado embarazada y, ¿sabés?, estuve pensando mucho en eso y creo que, inconscientemente, lo hice a propósito. En el fondo yo deseaba embarazarte porque sabía lo que se me venía encima con Elena, y esa hubiera sido una forma de que mi familia aceptara mejor la ruptura. Pero como Dios castiga y no muestra el látigo, la que está esperando un hijo es ella —finalizó él, mirándola fijo y con la ilusión de que la muchacha se animara y le contara sobre el bebé. Al entrar y verla con ese conjunto, se dio cuenta de que su

madre tenía razón, la pancita era evidente, pero Milagros se estiró el buzo y se apuró a ocultarse detrás de la mesa. ¿Por qué hacía eso?

—Mirá, Sebastián, si esperás que te disculpe por eso, vas errado. Estuviste como la mona, pero déjalo ahí —terminó ella con un gesto irónico.

“¿Por qué no le decía nada? ¿Lo quería volver loco? ¿Y si su madre había acertado y no se lo contaba porque no era suyo?”, pensó Sebastián, nervioso. Después respiró hondo y continuó:

—Pero no es solo eso, lo peor fue la última vez que estuvimos juntos. Encima de que estabas furiosa y dolida por lo de Elena, vengo yo y la completo haciéndote el amor a la fuerza. Perdoname, me porté como un animal y entiendo que hayas decidido dejarme después de eso. No quiero justificar lo que hice porque no tengo defensa, pero ese día yo había pasado por unas tensiones terribles, había discutido con mis viejos, había viajado diez horas, entre ida y vuelta, a tu pueblo, había recibido insultos y cachetazos de los tuyos, y encima no te había encontrado. Para rematarla, durante el regreso me tomé dos cervezas. No sé lo que me pasó cuando te vi, creo que tuve miedo de perderte para siempre y lo único que logré fue que me abandonarás. Y tenías razón, yo tampoco me hubiese quedado con un tipo así. Perdoname, mi amor, perdoname por todo —terminó, tomándole la mano por encima de la mesa.

—No fue así. No te voy a negar que me enfurecí y me sentí usada, pero no fue por eso que te dejé. Cuando vos llegaste yo ya tenía el pasaje comprado y las valijas armadas. Era una decisión tomada. No te voy a justificar, porque ese día te portaste como una bestia, pero ¿sabes qué? Sí te perdoné, porque en ese momento yo pensaba que no iba a verte más y, en el fondo de mi corazón, quería hacer el amor con vos por última vez, pero estaba demasiado furiosa como para reconocerlo y, aunque no lo creas, también lo disfruté al final. Fue nuestra despedida.

—Una despedida amarga —acotó él con tristeza, acariciándole la mano.

—Puede ser. A lo mejor yo soy un poco masoquista, pero es lo que vivimos, lo que nos pasó, y ya está. Lo que sucede es que, como en estos meses vos no me buscaste, yo pensé que te habías resignado y ya estarías casado con Elena, y, cuando te apareciste así, de golpe, me desorientaste —le respondió ella con ternura.

—¿Qué yo no te busqué? ¡Por Dios santo, me fui hasta Estambul detrás tuyo! —le dijo Sebastián, con ironía y amargura.

—Pero yo nunca supe nada —acotó ella con tono de duda.

—Porque ya te habías ido.

—¿Cuándo estuviste allá?

—A fines de marzo. Fui a la agencia en la que trabajabas y un tipo que me atendió me dijo que te habías vuelto hacía dos días.

—Pero entonces te mintió, si yo me volví recién el 20 de abril. — Frunciendo el ceño con gesto de sospecha, ella le preguntó—: ¿Cómo era él?

—Uruguayo, rubio, alto, pelo largo...

—Carlos —lo interrumpió la chica, con gesto seguro y molesto—: ¿Y cómo me encontraste? —continuó con curiosidad.

—¿Tenés tiempo? —le dijo él con pena, antes de empezar a hablar. Le contó del arduo periplo de los viajes a su pueblo, de las búsquedas en los teléfonos, redes sociales, terminales y aeropuertos, del ataque de los ladrones, del *hacker* y los detectives que contrató, y del cartel final, luminoso y gigante, con su imagen, en una ciudad perdida en el fin del mundo.

—En realidad nos comunicábamos con mis padres usando unas líneas a nombre de amigos de ellos, lo mismo con Facebook, creí que era lo mejor. Lo siento —le contó la joven, mirando sus manos con tono culpable, porque, si bien él había hecho una narración objetiva y desapasionada, ella había podido leer entre líneas todo el dolor escondido detrás de sus meses de búsqueda.

—Yo también —le respondió él, contemplándola con añoranza y tristeza. Luego se levantó, dio dos golpes suaves en la mesa y dijo—: Me voy.

—Te acompaño —ofreció ella, al tiempo que se levantaba también, iba hasta la puerta y la abría. Sebastián se encaminó a la salida, pero al pasar a su lado, de pronto giró y, contemplándola con profunda pasión, la abrazó y la apretó contra la pared, al tiempo que cerraba y comenzaba a besarla con desesperación. Tembló al pensar que ella iba a apartarlo otra vez, pero no, algo de todo lo que le había dicho debía haberla conmovido, porque la chica comenzó a besarlo, acariciarlo y tocarlo con el mismo deseo ingobernable que sentía él. Entonces la alzó en brazos y la llevó a su habitación, allí se desnudaron uno al otro con urgencia, casi a los tirones. Ella metió la mano bajo su *boxer* para volver a sentir su carne dura y tibia, él la acostó en la cama, para después besarla y acariciarla por todas partes con devoción. Cuando la sintió gemir y retorcerse, húmeda y ansiosa, se introdujo dentro

de ella y comenzó a moverse con rapidez, con urgencia, con todo el deseo acumulado en esos eternos meses de separación.

Ella alzaba sus caderas acompañando sus movimientos y emitía esos sonidos roncros y graves que siempre lo habían trastornado. Volver a escucharlos, mientras sentía un enorme placer desparramarse por su cuerpo y acumularse en su sexo, era como tocar el cielo con las manos. Finalmente, el intenso orgasmo lo alcanzó juntos y los dejó exhaustos y aliviados.

Él la besó con ternura al tiempo que le decía:

—Te extrañé tanto, te amo tanto.

—Yo también —le respondió ella, acariciándole el rostro con gesto saciado y honda emoción, en tanto que notaba, extrañada, que, en lugar de quedarse un rato despatarrado sobre ella como acostumbraba, él se acostaba de costado a su lado y la miraba con intensidad, al tiempo que comenzaba a acariciarle el vientre con movimientos suaves y circulares. Él notó que estaba muy duro y se sintió culpable, habían hecho el amor como salvajes y, de seguro, su hijito estaba comenzando a presentar quejas por invasión a la propiedad privada.

—¿Cuándo pensás contarme lo del bebé? —le preguntó serio, mientras se enderezaba sobre un codo para observar su reacción.

—¿Qué bebé? —le respondió ella, alarmada y haciéndose la desentendida.

—Este, el nuestro —le dijo él, volviendo a acariciarle la panza con ternura.

—No hay ningún nuestro, es solo mío —le informó la muchacha, molesta, antes de correrle la mano y enderezarse para taparse con las sábanas, que habían quedado hechas un revoltijo a los pies de la cama—. ¿Cómo lo supiste?

—Con lo que amo mirar esos dos pechos excitantes y esa pancita sensual que tenés, ¿cómo pudiste pensar que no iba a notar la diferencia en el tamaño? —le contestó Sebastián, tratando de bromear para que se relajara y feliz de que ella se lo hubiese confirmado finalmente—. Y te guste o no, es mío también —concluyó con tono firme.

—¿Y vos cómo estás tan seguro? Me fui lejos durante tres meses, despechada y sola, ¿quién te asegura que no busqué venganza o consuelo en otro? —lo provocó, porque le daba rabia que él lo hubiera sabido cuando ella todavía no tenía claro qué cuernos iba a hacer con su relación y para ver si se atrevía a pedirle un ADN, como le había hecho a la pobre Elena.

—Mili, no me provoques, ¿de cuánto tiempo estás? —la interrogó él,

nervioso y sentándose en la cama.

Ella lo miró, enfurruñada y sin contestar, pensando que eso de que las hormonas alteraban el carácter en la maternidad debía ser cierto, porque ella tenía ganas hasta de morderlo y no sabía ni por qué. A lo mejor quería hacerlo sufrir tanto como había sufrido ella todo ese tiempo, sola, lejos de su país y su familia, y con un hijo sin padre a cuestas.

—¿Es mío sí o no? —le reclamó él, ansioso y tomándola de los hombros, con la paciencia ya casi perdida.

—Esa es una información que me reservo para mí solita, ¿qué se le va a hacer? Vas a tener que esperar hasta que nazca y pedirle un examen de ADN, como al de Elena. Mira, si se los hacés juntos, a lo mejor hasta te hacen precio —le respondió la joven, alzando una ceja y con un tono burlón y vengativo.

Sebastián se la quedó mirando sin palabras, tenía ganas de estrangularla. Se bajó de la cama, se puso el *boxer* y comenzó a caminar de un lado al otro de la habitación. De golpe, giró hacia ella y la señaló con el dedo, antes de acusarla:

—¡Lo estás haciendo a propósito para hacerme sufrir! ¿No tuviste suficiente con abandonarme? —Luego se puso de espaldas, se cruzó de brazos y se quedó mirando hacia la ventana con impotencia. De repente, volvió a ir hacia la cama y la tomó de los hombros con gesto atormentado—. Escuchame una cosa, el rubio ese, ¿por qué me mintió? ¿Qué interés tenía en que yo no te encontrase? —Ella lo miró, desafiante y en silencio—. ¡Contestame, querés!

—Estaba enamorado de mí y me había pedido que nos casáramos —le soltó la chica, a quemarropa.

—¡Ah, bueno! ¡Así que encontraste consuelo rapidito! ¡Genial, yo hecho mierda por no saber en dónde estabas y la señorita jugando a la noviecita con el pelotudo ese! —le reclamó él contemplando el techo. Luego, atormentado por los celos, le preguntó—: ¿Te acostaste con él? ¡Decime la verdad, Milagros, porque me estás enloqueciendo! ¿Te acostaste con él sí o no?

—¡No, no me acosté! —le gritó ella con furia. ¿Quién era él para reclamarle nada cuando iba a tener un hijo con otra, qué se pensaba?

—¡Juramelo!

—¡No!

—¿Pero te hizo algo, te tocó, te besó? —volvió a insistir él, con el estómago retorcido por los celos.

—Sí, me besó, pero fue una sola vez —le respondió ella, incómoda, pero con la sinceridad que la caracterizaba.

—¿Y por qué carajo se lo permitiste? —exclamó el chico, apretándole los hombros inconscientemente.

—¡No se lo permití, me tomó desprevenida! Además, ¡yo soy una mujer libre! —le retrucó la muchacha, sacudiendo sus hombros con rebeldía para soltarse.

—¡Libre un carajo! ¡Yo también estaba libre, y ni siquiera pude mirar a otra mujer a la cara! —le dijo él, dolido—. Y vos no sos libre, sos mía, mía desde la primera vez que te vi caminando en esa pasarela con los ojos perdidos y tristes, como yo también soy tuyo, me quieras o no —terminó Sebastián, contemplándola con pasión. Luego se levantó y volvió a caminar hasta la ventana, con los ojos brillantes y un nudo en la garganta.

Milagros se sintió caprichosa y culpable, porque lo que él había dicho le había llegado al alma y le había taladrado el corazón con el peso de la verdad. Ella fue, era y sería suya por siempre, porque jamás iba a dejar de amarlo con locura, por más obstáculos o kilómetros que los separasen. Así que se levantó también, envolviéndose en la sábana, caminó despacio hacia él, lo abrazó por detrás, apoyándole la mejilla en la espalda, suspiró hondo y le dijo con tono serio:

—No dormí con él ni con nadie más que no fueras vos. El bebé sí es tuyo, pero no pienso jurar sobre esto, vas a tener que creer en mi palabra. —Luego se puso frente al joven, dejó caer la sábana con lentitud, lo abrazó, pegó su cuerpo desnudo al de él y comenzó besarlo con pasión, la misma pasión con la que él le respondió, con el pecho aliviado y el alma en paz.

Dos días después, Milagros viajó a Teodelina. Por un lado, no podía más de las ganas de conocer a Mateo, el hijo de Luis, que había nacido hacía casi dos meses y al que solo había visto por fotos y, por el otro, no podía seguir posponiendo decirles la verdad a sus padres. Sebastián no quiso saber nada de que viajase en colectivo, así que la llevó en el auto, pero ella no le permitió bajarse en su casa. Necesitaba hablar a solas con los suyos y tenía miedo de cuáles iban a ser sus reacciones cuando se enterasen de su embarazo. Igual, él no aceptó volver a Buenos Aires sin antes hacerle prometer que lo iba a llamar para que fuese a buscarla.

La primera en darse cuenta de la novedad fue Mara, su madre, que le clavó los ojos en el vientre en cuanto la vio bajar del auto. A continuación, reconoció al conductor que se iba y sumó uno más uno, que, en este caso puntual, daba tres. Ahí se armó la hecatombe. Su mamá se deshizo en llantos, gritos, preguntas, reproches y reclamos, con ese espíritu teatrero que la caracterizaba. En cambio Raúl, su padre, escuchó todo el relato en silencio y con amargura y, cuando su hija terminó de hablar, le preguntó con calma:

—¿Y qué pensás hacer ahora?

—No sé, papi, yo lo quiero y quiero estar con él, pero tengo miedo por Elena y porque le pueda pasar algo a su bebé si se entera. Cuando la conocí me pareció una chica muy frágil.

—¡Si se entera un cuerno! Y no es que el tal Sebastián me caiga muy en gracia, con todas las burradas que hizo, pero ahora vos también tenés un hijo en quién pensar, mi hijita, y el único padre que tenemos a la mano es él —le espetó Mara, con grandes ademanes.

—¡Mamá! —la amonestó Milagros, molesta.

—¡¿Y qué?! ¡Mi nieto está primero, y un padre mentiroso y pelotudo siempre es mejor que no tener ninguno! ¡La otra que se resigne y listo! —culminó la mujer, cruzándose de brazos.

Raúl se acercó a Milagros en silencio, viendo que estaba a punto de llorar, y la abrazó, besándole la frente y acariciándole la cabeza, como cuando ella era chiquita y se golpeaba y corría a buscar consuelo en su pecho amplio.

—Hacé lo que sientas, hija. Siempre fuiste responsable de tus actos y yo confío en vos, a pesar de todo, y más ahora que vas a tener que terminar de crecer de golpe.

—Yo ya crecí hace rato, papi, son ustedes los que no quieren darse cuenta —le respondió la chica, meneando la cabeza con pesadumbre.

—No, para mí vas a ser siempre mi chiquita preciosa —le dijo el hombre, emocionado, después volvió a besarla en la coronilla y la apretó más fuerte contra su pecho.

Tres días después de esa discusión, Mili se había puesto al día con sus grandes afectos. Había repartido regalos y mostrado fotos de su viaje a todos, había cenado y compartido charlas y mateadas con sus hermanos y cuñadas, había jugado con Costi, su sobrina de siete años, y con su temible perra labradora, le había hecho innumerables arrumacos a Mateo, que era

un clon de Luis, pero con los rulos de Rocío, y se había deleitado sintiendo las pataditas que daba la bebé en la panza de su cuñada Luna, que ya iba por el sexto mes de gestación. Todavía no se habían puesto de acuerdo con Santiago, su hermano, sobre el nombre de su primer vástago, pero ya sabían que iba a ser nena. Milagros estaba ansiosa, porque el suyo recién comenzaba a moverse, y ni miras todavía de patear. También había visitado el cementerio para llevarle flores frescas a Cristian, su inolvidable amor adolescente, se había reencontrado con Malena, su amiga del alma, la cual, cuando se enteró que estaba de regreso y embarazada, fue volando a saludarla. Atolondrada y alegre como siempre y, antes de decirle buen día o terminar de bajarse de su moto, le gritó:

—¡Yo soy la madrina!

—¡Por supuesto! —le respondió la rubia, antes de abrazarla y besarla entre risas, en tanto que pensaba que iba a tener que discutir el tema con Sebastián, que ya había propuesto como madrina del bebé a su hermana Sofía.

Esa tarde, su padre, sabiendo que el muchacho iba a ir a buscarla, le solicitó que lo dejara cinco minutos a solas con él y ella aceptó confiada, porque parecía que su progenitor había tomado las cosas con calma. Por eso, cuando su amor llegó, la chica se quedó adentro, espionando por la ventana, tranquila al ver que, luego de que su novio se bajara, Raúl le había puesto una mano en el hombro y lo había acompañado hasta el borde de la vereda. Sin embargo, al llegar ahí, vio que ambos miraban al terreno de enfrente, donde se encontraba un temible rottweiler que había sido encerrado y atado allí por haber matado a varios perros del lugar, y se pasaba el día ladrando y gruñendo a todo el que pasaba.

—Vení conmigo, que te quiero mostrar algo. ¿Ves a ese perro que está atado enfrente? —le preguntó Raúl a su inevitable nuevo yerno, con tono fingidamente amable y con la mano apoyada en su hombro, mientras se lo señalaba—. Bueno, resulta que si vos volvés a hacer llorar a mi hija una vez más, te voy a cortar los huevos al tronco y se los voy a tirar a ese bicho para que se los coma, ¿estamos claros? —terminó el hombre con tono serio y gesto reconcentrado, palmeándolo en la espalda con suavidad y mirando con fijeza al enorme animal, que gruñía tratando de soltarse de la cadena.

Sebastián tragó con dificultad, porque tenía la rara sensación de que sus partes en peligro se le habían subido a la garganta y respondió con tono

manso:

—Clarísimo, señor.

—Bárbaro, ahora que ya nos vamos entendiendo, pasá adentro, que Mili te está esperando —terminó su suegro, girando hacia la casa con una falsa sonrisa en el rostro.

Milagros los vio venir, casi sonrientes, y suspiró aliviada. Mara se asomó, a su lado, en la ventana y comentó:

—Conociendo a papá, yo no estaría tan tranquila.

El regreso a Buenos Aires fue armonioso. Después de las incomodidades iniciales, su familia había terminado aceptando a Sebastián como quien acepta la presencia de un perro viejo y sarnoso que se agrega en la casa y al que no queda otra que alimentar. Pero él se había aguantado los comentarios agrios y la preciosa cara de culo con la que lo recibió su suegra, con tal de estar cerca de su novia, de conocer su mundo, sus raíces, de saber cuál era el ambiente en el que se había criado una personita tan fascinante y única, por lo menos para él. En el día que pasó con ellos, y a pesar de las diferencias de clase, había encontrado muchas similitudes con su propia familia: el gusto por la ironía, el humor negro y los chistes ácidos, las risas y la capacidad de asombro ante las cosas más comunes, lo unidos que eran y cuánto les gustaba comer y compartir tiempo juntos. Y se sintió cómodo, a pesar de que a él lo ningunearon de lo lindo y no lo habían incluido en el clan ni por asomo. Por más que Mili había tratado de mediar intentando acercarlos, la consigna parecía ser «¡Confianza cero!». Y más por parte de los hermanos varones, ya que su nuevo suegro, luego de la dulce y concisa advertencia inicial, se había limitado a ignorarlo.

Al llegar al departamento, de nuevo en Buenos Aires, sacaron turno para ir, dos días después, a ver a un obstetra que el tío Marcos le había recomendado. Sebastián había puesto el grito en el cielo cuando supo que ella todavía no había comenzado a hacerse atender con ningún especialista. ¿Y si necesitaba hierro o calcio? ¿Y si tenía la placenta mal ubicada o algún riesgo de algo y andaba limpiando pisos y subiendo escaleras de lo más feliz?, le reclamó el muchacho con el ceño fruncido. Ahí ella le respondió, molesta, que en Turquía, con lo bien que entendía el idioma, no daba para hacerse atender con nadie y acá la prioridad era primero rendir y después contarles del paquete a sus viejos. Y que, después de todo, las mujeres de antes no veían un médico ni para parir y tampoco hacían tanta alharaca.

Además, ahora que la época de los vómitos y los mareos había pasado, ella se sentía genial. Para ese momento, él ya tenía ganas de tirarse de los pelos, o ponerla sobre sus rodillas y darle unas cuantas palmadas en el culo por inconsciente. Pero no hizo ni lo uno ni lo otro porque, si se animaba a abrir la boca, ella le iba a retrucar, y con justa razón, que el primer inconsciente ahí había sido él. Así que, en cambio, se fue chiflando bajito y tomó cartas en el asunto. Dos horas después ya le había contratado una mucama que viniese a hacerle la limpieza todas las mañanas y había conseguido el teléfono del galeno que iba a encargarse de la ardua tarea de lidiar con una parturienta tan terca y obcecada como ella.

Al igual que en los inicios de la relación, y por más que Milagros le rogó que permaneciera en su casa, porque no quería que Elena se enterara todavía de que ellos estaban de nuevo juntos, él se apareció con sus valijas y su *notebook* bajo el brazo, y no hubo forma de echarlo. Decía que después de todo lo que había sufrido sin ella, no podía dormir bien si no la tenía a su lado, que, si se llegaba a descomponer o algo lo iba a necesitar, y que, si no se quería casar todavía, él podía esperarla, pero que de ahí no lo sacaba ni con la policía montada y los bomberos. Así que, finalmente, ella terminó resignándose a su presencia, la que, por otra parte, venía en un combo con placeres impensados, como volver a hacer el amor todas las noches – buscando posiciones que no incomodaran al bebé–, dormir haciendo cucharita y abrazada por él, compartir juntos un desayuno o las pataditas que había comenzado a dar su repollito, volver a disfrutar de su picardía y su humor ácido, o de los masajes relajantes que le hacía en la cintura cuando sentía molestias, o de la desfachatez con la que seguía desnudándola, acariciándola y besándola por todas partes, a cualquier hora y en cualquier lugar, como si ella fuese la mujer más deseable del mundo y no el tonel con patas en el que se estaba convirtiendo de a poquito. Ciertamente que ella también había ido aprendiendo bastante sobre cómo darle placer a él y las cosas que le gustaban más, y lo complacía en todo con desparpajo y alegría, y con las hormonas alborotadas por el embarazo, porque a pesar de que en el pasado se había portado como un idiota, y más allá de todas sus mentiras, lo amaba con locura y solo quería hacerlo feliz.

En esa calma y felicidad que los hacía trazar planes a futuro y sonreír por cualquier cosa, y en tanto que él progresaba en su nuevo trabajo y ella seguía acudiendo a la facultad y estudiando para presentar una materia de

tercero, transcurrieron mayo y junio.

Conocieron juntos la carita de su bebé en una ecografía en 4D y lloraron emocionados cuando lo vieron chuparse las manitas y jugar con su cordón umbilical, embelesados al escuchar el sonido de su corazón y asombrados de que, siendo tan chiquito, tuviera rasgos tan parecidos a los de su papá. Como ella no quería saber el sexo y él sí, se tapó los ojos cuando el médico enfocó esa parte, pero después no aguantó y espió. Se veía que en eso el pequeño también había salido a su padre, porque el aparato sexual masculino se distinguía claramente.

Se miraron los dos sonriendo y con los ojos llenos de lágrimas. Él le acarició la cara con ternura y ella comentó con emoción, haciendo alusión al nombre que Elena había decidido ponerle a su hijita:

—Bueno, parece que Inés va a tener un hermanito.

Mili sabía que él había acompañado a su antigua novia a tres ecografías y que ella lo había visitado algunas veces en la fábrica, pero, hasta el momento, la familia de él había aceptado guardar silencio sobre la aparición de Milagros y su embarazo, y Elena parecía creer que el muchacho seguía viviendo solo en su departamento, donde él le había prohibido visitarlo. Sebastián se daba cuenta de que su princesita, a veces, se sentía incómoda con la situación, pero jamás le hacía preguntas ni reproches porque, según le había expresado, era consciente de que la bebita tenía los mismos derechos que su hijo y, sabedora del amor incondicional, casi obsesivo y, algunas veces, hasta asfixiante que él le profesaba, la otra y su situación de madre soltera le daban mucha, mucha pena.

LA FELICIDAD NO SE HIZO PARA DURAR

Esa mañana comenzó como todas. Al oír el despertador, los dos se levantaron, desayunaron y partieron, él hacia la fábrica y ella a la facultad. Sin embargo, como faltaron dos profesores, a las diez y media Milagros ya estaba de vuelta en el departamento. Dos noches antes habían discutido porque él quería llevarla a conocer a su familia, o invitarlos a cenar con ellos, pero ella no quiso saber nada con ninguna de las dos opciones. Sebas le reclamó que era una cobarde y que, si él había tenido que bancarse las indirectas y las caras de culo de los de ella, la chica muy bien podía aguantar algún ninguneo de los de él, que seguían queriendo a Elena como si fuese de la familia y, a pesar de eso, igual estaban emocionados con conocerla a ella. Mili le retrucó que no era por eso, que no quería hacer nada que pudiera enterar a Elena de su relación antes de que naciera la bebé, que tenía un mal presentimiento y que nunca se lo iba a perdonar si a la nenita le pasaba algo, y que tuvieran paciencia. Para conformarlo, le empaquetó los CD con las dos ecografías de su hijito y se las envió a los abuelos paternos con sus más cordiales saludos.

La verdad era que él tenía razón, en realidad ella también tenía miedo de que, al verla, la compararan con la otra, tan elegante, rica, fina, delicada y sofisticada, y la consideraran muy poca cosa para su único hijo. Tenía terror a su desprecio o su rechazo, a que la creyeran una advenediza y una usurpadora, a ella, que siempre había estado acostumbrada a ser adorada por todos. Así que, con terquedad, se mantuvo firme en su decisión.

Ese fin de semana lo habían pasado separados, porque Sebastián había tenido que viajar a Entre Ríos a firmar un acuerdo millonario con unos importantes clientes de la empresa. Ella lo había obligado a viajar en auto, ya que, la semana anterior, un avión brasileño con destino a Londres se

había estrellado en el medio del Atlántico y había dejado un saldo de ciento veintitrés muertos y ningún sobreviviente, y Mili no quería saber nada de que se subiese a vehículos que circulaban por los aires y que pudiesen venirse a pique y convertirlo en una tortilla.

Él, por su parte, había fingido aceptar para que se quedase tranquila y porque, si bien rebosaba salud, en los últimos días la presión de ella había tendido a subir y eso lo tenía preocupado. Por eso, antes de irse, había llamado a su suegra para que viniese a acompañarla ese fin de semana y hasta le había contratado un *remise* para que la trajese y la llevara de vuelta rapidito, ni bien él volviese a poner un pie en su dulce hogar, no fuera a ser cosa que la vieja se entusiasmase y se le diera por quedarse. Es que, si bien no estaba seguro, tenía la leve sospecha de que su suegro no iba a tener ningún apuro para venir a buscarla.

Mientras recordaba lo feliz que había sido de poder comer tortas fritas caseras amasadas por las manos de su mamá y de volver a dormir abrazada a ella como cuando era chiquita y tenía pesadillas, y en tanto que trataba de sobrellevar la tristeza que le había dejado el regreso de Mara a Teodelina, Milagros escuchó sonar el timbre. Cuando abrió, sintió la situación como un *déjà vu* vivido hacía más de cinco meses atrás, y el corazón comenzó a palparle con fuerza dentro del pecho. En la puerta estaba parada una mujer morena, madura, a juzgar por las arrugas, ya que su pelo estaba recién teñido, vestida de modo impecable, con un traje de diseñador, adornada con costosas joyas y con un rostro muy parecido al de Elena, solo que, esta vez, su mirada no era de dolor o desesperación sino fría, calculadora y llena de odio. Como si fuera poco, sus ojos se habían desplazado desde la cara de la chica hasta su abdomen, antes de descartarla al final con un gesto de desprecio, como si ella fuese un trapo viejo y nauseabundo.

Mili, sintiéndose de nuevo una paria, con su buzo blanco desteñido, sus pantalones de algodón azules y gastados y las pantuflas de Sebastián, se cubrió el vientre con las manos en un gesto sobreprotector, inspiró tratando de aparentar calma y preguntó:

—¿Quién es usted? ¿Qué necesita?

—Soy Susana Sanchez Fuentes, la madre de Elena, y vine a pedirle que deje en paz al novio de mi hija —le respondió la otra con tono cortante, mientras avanzaba a grandes pasos por el departamento, tirando, a su paso, su cartera de cuero sobre la mesa.

—Señora, yo siento mucho que tengamos que pasar por esta situación y..., y me pongo en su lugar y entiendo que, como mamá, debe ser muy dolorosa para usted, pero Sebastián ya no es novio de Elena —le dijo la chica, con rostro atemorizado, pero tono firme.

—Usted no se puede poner en mi lugar, mi querida, usted no tiene ni idea de lo que hemos tenido que sufrir por culpa de una arribista trepadora como usted. En este momento tengo a mi hija internada con contracciones y pérdidas, y con riesgo de perder a su bebé y hasta a su propia vida, y todo se lo debemos a usted —le contestó la mujer sin alzar la voz, con un tono frío y desapasionado.

Milagros comenzó a temblar incontrolablemente, sintiendo el fluir de la sangre hacia su cabeza. Lo que siempre había temido se estaba cumpliendo. Llevándose una mano al pecho, preguntó bajito:

—¿Cómo se enteró?

—No importa cómo, lo que importa es por qué. Usted le había prometido a ella no volver con él, y resulta que ahora la tenemos aquí otra vez, y con un bastardo de regalo para asegurarse la fortuna de mi yerno y obligarlo a llevar una doble vida —le ladró la morena, con su fingida calma ya perdida.

La joven se sintió dolida por la forma ofensiva en la que se había dirigido a ellos y le retrucó con tono serio.

—Mi hijo no es ningún bastardo, señora, y Sebastián no lleva una doble vida, él vive conmigo.

—¿Ah sí? ¿Y entonces cómo es que no veo una alianza en su dedo? ¿Y cómo explica que él haya pasado este fin de semana con Elena en Río de Janeiro?

Ahí sí Milagros comenzó a sentir que las cosas se desdibujaban a su alrededor y se apoyó en el espaldar de la silla. Tratando de aparentar calma, le retrucó:

—No sé de qué me está hablando, este fin de semana Sebastián viajó a Entre Ríos para cerrar un negocio.

—¡Ja, ja, ja! ¡Eso es lo que él le hizo creer a usted, mi querida! ¿O todavía no se dio cuenta de que mi yerno es un maestro en el arte de la mentira? —le espetó la otra con tono burlón.

—La que está mintiendo es usted, váyase ya mismo de mi casa —le ordenó la chica, señalando hacia la puerta y con la duda comenzando a carcomerla.

—Si lo que yo estoy diciendo es mentira, explíqueme esta foto —la desafió

Susana, luego abrió su cartera y sacó una fotografía grande en la que aparecían los torsos de Elena y Sebastián mirando sonrientes a la cámara, con el cabello volando al viento y la imagen del Cristo redentor gigante como paisaje de fondo. En tanto que la joven la observaba paralizada, la mujer agregó—: La traje mi hija de allí, fíjese en la fecha, fue tomada este último domingo, y ahora imagínese lo que fue para la pobrecita volver feliz de su viaje para enterarse de que su futuro esposo va a tener un hijo con otra.

En efecto, la fecha coincidía, él sabía engañar muy bien y, donde fuera que hubiese estado, no había sido con ella. Sintiendo que no podía mantenerse en pie, Milagros se sentó, miró a la otra con profunda pena y le pidió nuevamente:

—Váyase, por favor, señora.

Susana tomó su cartera y, con trancos largos y mirada gélida, tal y como había llegado se fue, dejándola con la foto en la mano y el corazón hecho trizas. La muchacha comenzó a llorar en silencio, acongojada e impotente. Hasta hacía cinco minutos, ella había estado feliz y segura de su amor, pero ahora la angustia y la culpabilidad por el estado de Elena, y las dudas que se habían instalado en su alma para quedarse, comenzaron a carcomerla. Igual pensó que, por el bien de su bebé, debía calmarse y que iba a pedirle una explicación a él antes de tomar una decisión, porque si de algo estaba segura, era de que Sebastián la quería, aunque fuese un irresponsable, un mentiroso y un traidor.

En ese momento, el timbre volvió a sonar. Si era esa vieja de miércoles, que venía otra vez a desparramar veneno, esa vez no pensaba ser tan educada. ¡Basta! Ella no era masoquista para dejarse basurear de ese modo. Con ese pensamiento y gesto beligerante abrió la puerta, pero entonces, la sorpresa la dejó muda. Parado en el pasillo, con un bolso mediano en una mano, su eterna cámara colgada del hombro, el pelo suelto, la barba crecida y una enorme sonrisa, estaba Carlos, que dejó las cosas en el piso y se adelantó a abrazarla y besarla en la mejilla. Ella lo abrazó también, feliz de volver a verlo y necesitando de su consuelo.

—¡Carlos, qué alegría tan grande verte! —le dijo emocionada, con voz ahogada y limpiándose las lágrimas.

—¡No parece, mirá cómo tenés los ojos! —le respondió él, observando sus párpados hinchados y sus mejillas rojas y húmedas, después sacó un

pañuelo del bolsillo de su campera y se lo acercó a la cara. —Vamos, sonate la nariz que así no podés ni hablar —terminó él, mirándola con pena.

—Salí, que te lo voy a ensuciar todo —se quejó la chica, tratando de alejarlo.

—No importa, después me lo lavás, o mejor todavía, me comprás uno nuevo, que este ya está para tirarlo —le retrucó él, insistiendo. Ella lo tomó y se sonó ruidosamente la nariz, en tanto que tomaba su bolso y le señalaba hacia adentro para que pasase, tratando de sonreír.

—Como me dijiste que no ibas a venir, ya no te esperaba más —le reprochó ella con tono tristón, mientras se sentaban en el amplio sillón.

—Y sí, la verdad es que cuando me contaste por teléfono que habías vuelto con el boludo ese, las ganas de volver a verte se me fueron a la mierda, para qué te voy a mentir. Pero como soy un tipo razonable, después me di cuenta de que el problema nuestro fueron los tiempos. —Ella lo miró interrogante y sin comprender, y él continuó—: Y claro, el gil este llegó antes y me madrugó, qué le vamos a hacer, y si algo me ha enseñado la vida es a dar un paso al costado cuando veo que estoy de más —terminó, en obvia referencia a la relación trunca con su ex mujer.

—Hablando del gil ese, ¿cómo fue eso de que le dijiste que yo ya me había ido de Estambul cuando sabías que seguía allí? —recordó ella con tono de reproche.

—¿Y qué querés? «En la guerra y en el amor todo vale». Además, vos me habías dicho que no lo querías ver ni pintado, creí que te estaba haciendo un favor.

—Pero deberías haberme consultado primero, estuviste mal —lo amonestó Mili.

—No sé si tanto, porque muy contenta que digamos no te encuentro. ¿Qué te está pasando? —le preguntó el fotógrafo, tomándole las manos para apretárselas con calidez.

—Mira, aunque no me lo creas, hasta hace veinte minutos yo realmente estaba muy feliz.

—¿Y entonces?

—Entonces, la ex suegra de Sebastián me trajo este regalito —le respondió ella levantándose, después tomó la foto y se la dio con gesto desolado—. Vos que sabés mucho de esto, ¿no me podrías decir si está trucada? —le preguntó la muchacha, con la esperanza de que fuese así.

Carlos se quedó mirando la imagen con detenimiento, la dio vuelta y se la regresó con gesto triste.

—No creo, parece la típica foto que le sacan a los turistas y se la venden en la calle en zonas de veraneo. Además, mirá, tienen los pelos como indio que va último, es casi imposible trucar el fondo con un cabello volando así y que no se note. Lo siento, Mili, pero la foto es auténtica y con fecha reciente. Si querés mi opinión, este tipo es como el zorro viejo, que pierde el pelo, pero no las mañas, y está jugando a dos puntas otra vez. Será un bígamo no rehabilitable, andá a saber.

Ella volvió a llorar con desconsuelo y él la abrazó, acariciándole la espalda y con ganas de agarrar a ese infeliz y molerlo a golpes.

Así los encontró Sebastián al entrar al departamento. Al ver a ese tipo, que era el responsable de que se hubiese pasado otro largo mes sin ella y, encima, abrazándola, la piel se le erizó de la bronca y dijo con tono amenazante, al tiempo que tomaba a Milagros del brazo y la levantaba para alejarla de Carlos:

—¿Qué está pasando? ¿Qué hace este tipo acá? ¡Soltá a mi mujer ya mismo y andate! —exclamó dirigiéndose al uruguayo.

Carlos se levantó también, con un inconfundible gesto de gallo de riña y la chica se interpuso entre los dos, furiosa y dirigiéndose a su pareja.

—¿Quién te creés que sos vos para echar a un amigo de mi casa?

—¡Bueno, hasta hace unos segundos, hubiera jurado que era nuestra casa! —le dijo él, dolido y sin comprender la rabia que veía en los ojos de ella.

—¡No, la casa es mía, te recuerdo que vos me la regalaste!

Él le iba a retrucar cuando vio la cara de ella, bañada en lágrimas, y se alarmó más.

—¿Qué pasó? ¿Por qué estás llorando?

—¿Es verdad que Elena está internada con pérdidas? —le preguntó la joven, respondiendo a su pregunta con otra pregunta. El gesto de asombro culpable de él le dijo todo—. ¿Desde cuándo? —continuó ella, cada vez más alterada.

—Desde ayer a la mañana.

—¿Y por qué no me lo contaste?

—Porque no quería que te preocupases, por eso. Tuve miedo de que se te fuera la presión a las nubes —le explicó el muchacho con gesto derrotado.

—¿Dónde estuviste este fin de semana? —volvió a preguntar ella,

cruzándose de brazos, con los ojos achicados y gesto beligerante.

Ahí sí que su cara de franca alarma lo delató, igual Sebastián se recompuso como pudo y contestó:

—Ya te dije, en Entre Ríos.

—¡Mentira! ¡Estuviste en Río de Janeiro! —le gritó ella, volviendo a llorar.

Negar lo no le iba a servir de nada. Si ella se lo gritaba con tanta seguridad, fija que tenía pruebas. Estaba frito. Le había vuelto a mentir después de haberle jurado hasta por su vieja que no lo iba a hacer más.

«Agarrate, Catalina, que la mano viene brava», pensó el joven, luego la tomó con suavidad de los brazos y le dijo:

—Calmate, ¿querés? Que le va a hacer mal al bebé. Está bien, te mentí, lo que pasa es que los tipos esos querían mezclar negocios con placer y se les antojó firmar los contratos en Río, ni mamado me iba a ir hasta allá en auto, y como vos andabas obsesionada con el tema de los aviones...

—¿Ellos nada más querían mezclar negocios con placer? —le retrucó ella, sacudiendo los brazos para soltarse y mirándolo con gesto de odio.

Él frunció el ceño sin comprender:

—¿De qué carajo me estás hablando?

—¡De esto! —le gritó la chica, furiosa, tomando la foto para después tirársela a la cara. Luego volvió a llorar desconsolada.

Él se quedó contemplando la imagen fijamente.

—Esta foto nos la tomamos con Elena hace dos años, pero ¿por qué la tenés vos?

—¡No es de hace dos años, basura, mirá la fecha, es de anteayer! —le gritó Mili, al tiempo que trataba de darle un rodillazo en la entrepierna que, si él no lo hubiese esquivado a tiempo, lo deja sin aire.

—Esperá un poco, yo no pienso cargar con más muertos de los que me corresponden, esta foto fue trucada. ¿Quién te la dio? ¡Contestame, Milagros! —le preguntó él, volviendo a tomarla de los brazos.

—¡Susana, la madre de tu novia! ¡Andate ya mismo de mi casa! —le gritó la muchacha, señalando hacia la puerta.

—Mi cielo, esa vieja siempre fue una hija de puta. ¿Le vas a creer a ella? —argumentó Sebastián con gesto desolado.

—¿Y qué razones tengo para creerte a vos? ¡Mentiroso! ¡Fuera de mi casa! —volvió a gritar ella, al tiempo que lo empujaba para hacerlo a un lado y corría hacia su habitación.

Cuando Sebastián trató de seguirla, Carlos se interpuso y lo tomó del brazo con fuerza, en tanto que le decía:

—Dejala tranquila, ¿no te parece que ya hiciste bastante?

¡La que faltaba! ¿El flaco boludo este ahora se las venía a dar de caballero andante?, pensó el muchacho con furia. Después, dándole un fuerte empujón al otro para sacarse la bronca, le gritó:

—¿Y vos quién carajo te creés que sos para venir a opinar?

—¡El tipo que se va a terminar casando con tu mujer y criando a tu hijo si vos seguís haciendo pelotudeces! —le respondió Carlos, con los ojos brillando de la rabia.

«¡Ah, no, este infeliz está jugando a la ruleta rusa y le tocó la bala! Amiguito del alma o no de Milagros, ya fue, se la buscó», pensó Sebastián, antes de lanzarse en picada y con el puño cerrado contra su oponente, quemando, en el camino, toda la adrenalina que había estado acumulando en esos últimos minutos.

Sentada en su cama y con un fuerte dolor en las sienes, Mili escuchó el sonido de los muebles y los cuerpos de los hombres al dar contra las paredes, los gritos y resuellos y, finalmente, el ruido de vidrios rotos.

—¡Hijo de puta, yo te voy a dar a vos, andar pretendiendo a mi mujer!

—¡¿Y vos para qué la engañas, desgraciado?!

Alarmada, corrió hacia el *living* y el cuadro que encontró la hizo sentirse más descompuesta. El espejo se había hecho pedazos y había vidrios desparramados por todas partes, al igual que su *netbook*, que tenía la pantalla partida en dos; había un sillón y una silla caídos, el florero en el piso, intacto de puro milagro, hojas desparramadas y manchadas de agua y de sangre que manaba de un corte en la pierna de Sebastián y, en medio de todo este pandemónium, los dos contendientes rodaban por el suelo, dándose puñetazos y patadas, con las caras ensangrentadas y un expresión feroz. Pero el final del combate estaba cantado de antemano. Carlos, aunque más alto, era menos fornido y ágil; además, era un hombre de paz, que jamás se había agarrado a trompadas con nadie. Sebastián, en cambio, era deportista, tenía muy buen estado físico y había participado desde chico en cuanta riña callejera encontrara, ya fuese por conflictos de él, en defensa de sus amigos, o por estar con algunas copas de más. Había tenido mejor escuela y eso puso la lucha a su favor.

Mili primero trató de apartarlos, tironeando a su novio del brazo, pero ni

siquiera pudo moverlo. Quería gritar, pero no le salían las palabras y sentía que la cabeza se le iba a partir en dos del dolor. Finalmente, cuando vio la nariz de Carlos rota y los ojos que se le ponían en blanco, alcanzó a gritar «¡Basta!» antes de desvanecerse en completa inconsciencia.

Al sentir su grito, Sebastián giró y la vio caer como en cámara lenta. Corrió para detener el golpe, pero fue tarde. Cuando estaba llegando a su lado, vio cómo su sien pegaba contra la esquina de la mesa ratona, se cortaba con la punta y comenzaba a sangrar con profusión. Ahí fue él el que se quedó un instante quieto y mudo, hasta que los gritos de Carlos, desde el piso, lo hicieron reaccionar.

—¡Llévala a un sanatorio, no ves que está inconsciente!

El muchacho tomó sus llaves, la levantó del piso, la apretó contra su pecho y corrió hasta el ascensor, con Carlos detrás de él y sintiendo cómo la sangre caliente de ella le iba empapando la camisa. Al llegar al auto, el fotógrafo le sacó las llaves de las manos y le dijo:

—Dejá que manejo yo.

Sebastián se sentó detrás, con ella en brazos, le tomó el pulso, y le habló, dándole pequeños golpecitos en la cara para que reaccionase, pero nada. Comenzó a sentir un nudo en la garganta que no le permitía ni respirar. «¡¿Por qué, Dios santo?! ¡Justo ahora que estábamos tan tranquilos! ¡Por qué!», pensó, al tiempo que tomaba una rejilla del auto y trataba de frenar el flujo de sangre de su cabeza.

—Dejalo libre, que, si se desvaneció por un ataque de presión, lo mejor es que sangre —le advirtió Carlos, que observaba sus maniobras por el espejo retrovisor.

Ahí al terror por la salud de ella se le sumó el miedo por la vida del bebé y, de inmediato, llevó la mano hasta su vientre para ver si podía detectar sus latidos o movimientos. No sintió nada y comenzó a llorar en silencio. Luego llamó a su tío Marcos, el único número que tenía a mano, para que preparase todo y le avisara al obstetra de Milagros.

Al llegar ya los estaban esperando, Sebastián tuvo que ver cómo la iban llenando de agujas, aparatos y cables. Le colocaron una cinta ancha alrededor del abdomen, conectada a una pantalla, y el obstetra le explicó que era un monitoreo fetal cardíaco del bebé. El sonido fuerte y regular de los latidos de su hijo le volvió el alma al cuerpo. En cuanto a la chica, en efecto, la presión estaba altísima y eso era lo que había causado el desmayo.

Continuaba adormilada, pero habían logrado estabilizarla. El médico le explicó que era necesario dejarla, como mínimo, dos días en observación para monitorearlos a ella y al bebé, y que iba a tener que comenzar a medicarla. Que eso, sumado a una dieta sana y tranquilidad, iba a hacer que se repusiera. En cuanto al corte, al que habían tenido que darle tres puntos, había resultado una desgracia con suerte, porque había ayudado a bajar la presión en la sangre. Con mucha discreción, el doctor tomó nota mental del estado en que se encontraban los dos hombres, pero no quiso preguntar nada. No sucedió lo mismo con el tío Marcos, que llegó, los tomó a ambos del brazo y se los llevó a los tirones hacia su consultorio.

—Vengan para acá ustedes, que los voy a curar. Parece que hubieran estado en una zona de guerra —les dijo molesto, mientras se preguntaba en qué nuevo escándalo estaría metido su querido ahijadito esa vez.

—No, tío, ni muerto me muevo de al lado de ella —le dijo su sobrino, antes de frenarse y tirar en sentido contrario.

—Ella está dormida y por un rato no se va a despertar; además, está bien cuidada. El que necesita atención ahora sos vos. Ahí les traje dos mudas de ropa limpia para que se cambien —le informó Marcos con fastidio, en tanto que pensaba que, realmente, esos dos daban miedo. Carlos con un corte en la boca, la nariz torcida e inflamada y un ojo morado. Sebastián solo mostraba una leve línea azul que le cruzaba el rostro, pero tenía un corte en su pierna y la camisa y el pantalón bañados en sangre. Así que lo mandó primero a ducharse y que volviera en calzoncillos para poder coserlo. Mientras tanto, se ocupó del fotógrafo; le enderezó la nariz con un movimiento seco, soportando sus alaridos de dolor, le limpió y desinfectó la herida de la boca, y le puso hielo en el párpado porque casi no podía ver de ese ojo, antes de ordenarle que se aseara él también. Por el estado en el que estaban los nudillos de su ahijado, supuso que él era el causante de todo ese estropicio. Con su sobrino le tocó sacar fragmentos de vidrio de la herida del muslo y coserla, al tiempo que lo miraba con ganas de acogerlo.

—¿No le habrás contado a la vieja, no? —le preguntó el muchacho, mientras lo cosía.

—Tu madre hace dos días que no se mueve de al lado de la cama de Elena. ¿Te parece que está para darle más preocupaciones? ¿Qué hiciste ahora? —lo interrogó el médico con tono firme.

—¿Y por qué tengo que ser yo el que hizo algo malo? ¡Vos, Milagros, papá,

todo el mundo está siempre dispuesto a creerle más a los otros y pensar lo peor de mí! ¡Basta, loco! ¿No podés suponer, por una vez, que a lo mejor soy un tipo con mucha mala suerte?

—Para mala suerte es mucha —le retrucó su tío, alzando las cejas—. A la buena suerte, a veces, hay que buscarla. ¿Qué te pasó ahora, a ver?

Sebastián le contó todo. Cuando terminó, Marcos paseó de un lado al otro del consultorio y luego se detuvo delante de su sobrino, para decirle con firmeza:

—Mirá, el obstetra no quiso asustarte porque te vio mal, pero yo no te voy a dorar la píldora. Lo de esta piba es serio, otro ataque como este y se puede producir un desprendimiento de placenta y una eclampsia, y ahí sí que chau mamá y chau bebé. Lo que más va a necesitar hasta que nazca el nene, además de remedios y controles periódicos, es tranquilidad, y vos no se la podés dar. Salvo que logrés encontrar la manera de probar que esa foto es falsa, como ella lo ve, le pusiste cuernos con tu ex novia y le volviste a mentir. Y ahí la culpa es tuya. Si vos no la hubieras engañado con respecto a dónde ibas, a lo mejor la chica te hubiera creído lo otro, pero así... ¡Qué le vamos a hacer! Sos una máquina de hacer macanas y, como no podés darle la paz que ella necesita, lo mejor es que te alejés por un tiempo, hasta que dé a luz al bebé. —Su sobrino lo miró con desconsuelo—. Sí, ya sé lo que Milagros significa para vos y que es difícil, pero más difícil va a ser si a ellos les pasa algo. Haceme caso, seguí mi consejo por una vez en la vida —Agregó el médico, apretándole el hombro como consuelo—. Además, también están tus viejos, ¿qué querés, matarlos de un disgusto?

—A ellos no les importa nada de mi familia tío, hasta estarían contentos de que Milagros y mi hijo desaparecieran —dijo el muchacho, mirando hacia el piso con resentimiento.

—¡Qué flor de boludo que sos a veces, ahijado! Si vos los hubieses visto como yo, cabeza con cabeza y llorando como dos sonsos, mientras contemplaban embobados la ecografía de tu hijo, no dirías lo mismo —le espetó Marcos, antes de irse a grandes pasos del consultorio, porque había días que su sobrino lo sacaba de quicio.

Un rato después, cuando el muchacho estaba sentado al lado de la cama de Milagros, ella comenzó a despertarse. Inquieta y desorientada, al verlo frunció el ceño y comenzó a lloriquear despacito, en tanto que llevaba una mano hasta su vientre buscando, primero a Sebastián y luego al médico con

la mirada. El que interpretó su muda pregunta fue Marcos, que rápidamente se acercó hasta el monitor y subió el volumen para que ella pudiese escuchar los latidos regulares del bebé, en tanto que le decía—: No te preocupés, está perfecto.

Ahí, la chica empezó a llorar más fuerte, pero aliviada. El muchacho le tomó la mano y se la apretó, pero ella se la sacó de un tirón.

—Andate —le pidió con tono dolido. Él la miró fijo, asintió y se fue hacia afuera.

El obstetra se adelantó para informarle sobre su estado de salud y luego se retiró junto con Marcos. En los dos días siguientes, Sebastián contrató un taxi para que trajese a su suegra y a Malena, ya que no quería que la cuidaran enfermeras desconocidas, hizo limpiar el departamento, repuso las roturas, pagó los gastos médicos de Carlos, que se quedó hasta que supo que ella estaba bien, pero a él no volvió a dirigirle la palabra. El joven durmió las dos noches sentado en el pasillo del sanatorio, pero no volvió a entrar a la habitación por miedo a intranquilizarla. Sus padres y hermanas, sabe Dios cómo se habrían enterado, vinieron a verla, pero él los interceptó en la recepción y los sacó carpiendo, con terror a que la tensión por conocerlos volviese a desestabilizarla.

Vigilando y esperando a que Susana hubiese salido, se presentó en la casa de Elena, que, felizmente, ya se encontraba allí y fuera de peligro y lo recibió con calidez y alegría, a pesar de todo. Sebastián le preguntó cómo se había enterado de lo de Milagros y ella le contó que Osvaldo, su padre, había escuchado una conversación en la que el muchacho le decía a Pedro que viajaba a Río de Janeiro, pero que le había dicho a Mili que iba a Entre Ríos, porque ella no quería dejarlo viajar en avión. También había oído cuando él le pedía a su papá que, en su ausencia, se diese unas vueltas por su edificio para hablar con el encargado y ver si todo andaba bien, porque la chica había estado con presión alta en los últimos días y él tenía miedo por el bebé. Además, sospechaba que, si pasaba algo, su mujer, seguro no le iba a querer decir para no preocuparlo.

Su ex novia finalizó su relato diciéndole que su padre había venido corriendo a contarles y que su mamá había armado un escándalo terrible, y bueno, lo de ella misma ya lo sabía, concluyó, haciendo alusión a su internación.

Él la miró, a ella y a su pancita, con pena y le pidió que le diese las fotos

que se habían sacado hacía dos años en Río, ella accedió de buen modo, dócil y delicada como había sido siempre, pero le preguntó, con naturalidad, para qué las necesitaba. Ahí él confirmó que Elena no sabía nada sobre el engaño, la intrigante había sido la bruja de su ex suegra, que había aprovechado la información obtenida por su esposo para usarla en contra de su ex yerno. Sin embargo, si él podía encontrar la foto original, que él recordaba que era de medio cuerpo y no de torso –de seguro había sido recortada para que no se notase que Elena, en ella, tenía el vientre plano–, creía posible demostrarle a Mili que la otra había sido trucada, más si comparaba las fechas con las originales. Cuando ella se las entregó, las miró con detenimiento, pero no encontró la del Cristo Redentor. Igual se las pidió, para algo iban a servir.

El original estaba en poder de la vieja. «¡La reputísima madre que la remilparió!», se lamentó él sabiendo que esa mujer jamás se la iba a devolver. «Salvo que se la pida mientras le retuerzo el cuello como a una gallina... Puedo probar», pensó con la mirada iluminada y una gran sonrisa. Pero después se arrepintió, eso solo iba a servir para armar más quilombo del que ya había. El problema era que, en tanto él no consiguiese esa maldita fotografía, Mili no le iba a creer ni lo iba a perdonar. Tenía que haber otra forma y él la iba a hallar.

Mientras tanto, no quedaba otra que alejarse por un tiempo. Encapricharse en seguir a su lado solo iba a provocar que discutieran como locos y eso no le iba a hacer bien a ella. Decidido a pedirle a Mara que la invitase a pasar unos días en Teodelina hasta que se repudiese mejor, para poder tomar distancia y calmar las aguas, el joven se despidió de Elena, subió a su auto y partió hacia el centro de salud.

En el camino reflexionó con ácido humor que, si las llevaba él hasta el pueblo, se iba a tener que conseguir primero un calzoncillo de lata y con candado, como los que usaban en la Edad Media, porque sus testículos estaban en serio peligro. Con un ligero estremecimiento, recordó la cara feroz del perro y sus redondos ojos negros se fueron transformando de a poco en unos verdes y ovalados idénticos a los de su suegro.

Al final, Malena, Mara y él decidieron que se volviesen ellas tres en el avión de la empresa hasta el aeródromo de Villa Cañas, donde Raúl iría a buscarlas, para no agotar a Milagros con el viaje en auto. Su princesita no le había contado a su mamá lo que había sucedido realmente, pero su suegra,

que era Sherlock Holmes personificado, ya había comenzado a sospechar algo al ver que él se la pasaba en el sanatorio y hostigando a los médicos y enfermeras con preguntas, pero no entraba a la habitación. Eso hacía que hubiese empezado a mirarlo otra vez con desconfianza y a hablarle lo menos posible.

El día en que a la chica le dieron el alta, Sebastián entró a la habitación y le pidió a Malena que los dejara solos. Su suegra estaba en el departamento armando los bolsos. Milagros asintió a la muda pregunta de su amiga y esta se fue.

Su amor estaba sentada en la alta cama, con los pies casi tocando el piso, vestida con un enterito de maternidad de jeans liviano y una polera blanca, con los brazos, ya libres del suero, apoyados a los costados y una mirada triste pero desconfiada. Él la contempló con ternura, acercó una silla a la cama, colocó los brazos alrededor de su cuerpo, cuidando de no tocarla, y recostó su cabeza sobre su vientre para sentir los movimientos de su hijo.

Ella lo dejó hacer, luego de un minuto, él se enderezó y le dijo:

—Sí te mentí sobre el viaje a Río, pero Elena jamás estuvo allá conmigo ni sabe nada de esta trampa, fue todo cosa de Susana para vengarse y separarme de vos. No sé cómo ni cuándo, pero voy a encontrar la manera de demostrarte que lo que te estoy diciendo es verdad. Yo nunca te engañaría con otra. Desde que te conocí me convertí en un eunuco para cualquier mujer que no seas vos. Te dejo las llaves del departamento; me voy a mudar de nuevo al viejo, así cuando vuelvas estás tranquila. Lo único que quiero es que ustedes estén bien, nada más.

Ella asintió en silencio, tomó las llaves y le dijo:

— Gracias.

El joven la miró por última vez, se incorporó y caminó rápido hacia el pasillo porque si se quedaba un segundo más ahí, no iba a poder aguantar más las ganas de besarla con pasión. Y ella no estaba para emociones fuertes, pensó él, molesto por no ser capaz de controlar el deseo que ella le había despertado siempre, con o sin pancita.

Las dos semanas que siguieron representaron una tregua. Milagros se negó a contarle a su madre lo que había pasado en realidad, poniendo como excusa la internación de Elena para justificar su alejamiento de Sebastián, pero su familia igual desconfiaba. Él llamaba a su suegra todos los días para preguntar cómo se encontraban y si Mili necesitaba algo o quería hablar con

él, pero la respuesta siempre había sido negativa.

Como no podía con su genio y estaba obsesionado con estar cerca de la muchacha, aprovechó su estadía en su pueblo para hacer que le colocaran dos cámaras en el departamento, ubicadas una en la habitación y otra en el *living*, y camufladas para que ni ella ni la empleada las descubriesen. Pudo lograr esto porque se había hecho fabricar otra llave de repuesto antes de regresarle la de ella. La excusa que se había puesto para su imperdonable espionaje era que quería vigilar que ella se cuidase y estuviese bien, la cruda verdad era que sabía que Carlos permanecía en Buenos Aires y tenía miedo de que, aprovechando el distanciamiento de ellos, volviera a intentar conquistarla.

En el día, sus compromisos con la empresa lo mantenían ocupado, al igual que la búsqueda de una casa para comprar en la zona de los *country*s más selectos de Buenos Aires, ya que, si lograba recuperar el amor y la confianza de la madre, quería que su retoño tuviera una infancia parecida a la de él, con mucho pasto verde y vegetación para correr y esconderse, una canchita de fútbol y mascotas para jugar. Todas las que quisiera, así se le antojara el papagayo azul de la película Río, él se lo iba a conseguir. Ahí recordó que el engaño del Cristo Redentor seguía sin resolverse. Le había pedido a Susana que le diese la foto original o que le dijese la verdad a Milagros, le había rogado, le había suplicado, la había amenazado con demandarla por calumnias e injurias, pero nada, ella se había limitado a mirarlo burlona, para después decirle que era lo que él se merecía por haber sido tan desalmado con su hija, y que, de última, él no tenía pruebas para acusarla. Y tenía razón la vieja yegua, porque el día de la pelea con el queridísimo Carlos, la foto trucha se había manchado con sangre justo en el lugar donde tenía la fecha y esta se había borroneado.

Lo más complicado para él eran las noches. Habían vuelto el insomnio y las vueltas en la cama. A veces, cansado de intentar dormirse y no lograrlo, agarraba las llaves y se iba un rato al bar, a jugar al billar con sus amigos, Lucas y Tomás, que como estaban solteros y sin compromiso de ninguna clase, hacían vida de murciélago –traducido: dormían de día y salían de noche–. Pero él solo los acompañaba un rato, entre bromas y cerveza, hasta que sentía que llegaba el sueño y entonces se volvía a su departamento, silencioso y solo. Hacía más de un mes que no tenía relaciones íntimas, pero no lo extrañaba, no si no era con ella.

Se iniciaba agosto y Milagros hacía dos semanas que había vuelto al departamento, asistía a la facultad y estudiaba casi todo el día porque quería presentar una materia en septiembre, antes de que llegara el parto. Su vientre de siete meses ya era voluminoso. Contra todo pronóstico en las mujeres hipertensas, y a pesar de que ella había engordado lo justo y necesario, el médico decía que iba a ser un bebé grande, y él espiaba, con las cámaras conectadas a su televisor, cómo varias veces en el día se llevaba las manos a la cintura y se la masajeaba como si le doliese.

Lo que de verdad le dolía al muchacho era ver cómo el pelotudo de Carlos había comenzado a visitarla dos o tres veces por semana, siempre en plan de amiguito fiel y respetuoso. Escuchar las carcajadas de los dos y observar cómo se divertían juntos le provocaba unos celos tan intensos que le hacían tragar bilis y contenerse para no subir al piso de arriba y sacar a ese tipo a las patadas. Sin embargo, cuando ella estaba sola, la veía tomar la foto de él con Elena y mirarla con tristeza. A veces lloraba y se limpiaba las lágrimas con rabia, pero permanecía tranquila y con la presión estable, lo que lo convencía de que lo mejor era seguir manteniéndose apartado, por lo menos, hasta que consiguiese pruebas de su inocencia.

Desde ese día en el sanatorio no habían vuelto a hablar. Sebastián la había llamado una sola vez para pedirle que, cuando fuese la próxima ecografía, le avisara así podía acompañarla. La chica solo le había respondido «Bueno» y le había cortado.

Un martes a la noche, después de cenar, ella observó que el caniche que había traído Analía, una modelo amiga que la visitó ese día, había dejado una considerable mancha de orina en el piso. Refunfuñando, fue a buscar un balde con agua y lavandina, trapo y secador, y comenzó a limpiarlo. En un momento, al enderezarse con torpeza, sus lisas pantuflas resbalaron en el agua y, yéndose hacia atrás, en tanto que revoleaba los brazos para tratar de asirse a algo, cayó sentada. Sebastián vio la caída en las cámaras y salió corriendo a toda velocidad por las escaleras, por lo que no alcanzó a ver que Milagros, pasado el susto inicial y viendo que lo único que se había golpeado fuerte y le dolía era el trasero, que era lo bastante mullidito como para haber amortiguado el impacto, comenzó a reír a carcajadas, ya que las caídas, propias o ajenas, siempre le habían causado gracia. Así la encontró él cuando, terriblemente asustado, abrió con su propia llave y entró hecho una tromba y gritando:

—¿Qué pasó? ¿Te hiciste mal? ¿El nene está bien? —Mientras iba diciendo esto, se agachó, la alzó en brazos y la acostó en el sillón, más aliviado al sentir su risa.

—Estamos perfectos, lo único que tengo lastimado es el orgullo. Ahora, ¿cómo es que vos tenés una llave de mi casa si me la habías devuelto? Y lo que es peor: ¿cómo supiste que me había caído si no estabas acá? —lo interrogó ella, poniéndose seria de golpe y con tono molesto y suspicaz. Él la contempló con fijeza y sin responder, y ahí ella sospechó—. ¡Me pusiste una cámara! — entonces la joven se levantó y comenzó a recorrer el departamento a largas zancadas, en tanto que miraba, tocaba y revisaba todo.

—Pero no, ¿cómo se te ocurre? —le respondió después el muchacho, tratando de disimular—. Tuve un presentimiento nomás. ¡Guarda ahí que está mojado y te vas a caer otra vez! —terminó él, al tiempo que la seguía por todas partes, rezando para que ella no las encontrase.

—¡Ey! ¿Vos me tomaste por idiota? ¿Me querés decir qué cuernos es esto? —le gritó ella, antes de tomarlo de la oreja y acercarlo al ojo de una cámara empotrada en la pared, al lado de un enorme y antiguo cuadro cuyo marco irregular y con relieves lo disimulaba—. ¡Sos una plaga, nene! ¡Después querés que confíe en vos! ¡Mañana mismo llamás al que la puso y la hacés sacar si no querés que te haga meter preso por invasión de la privacidad! ¡Tarado mental! ¡Me tenés harta! —terminó la joven, gritando y empujándolo con furia.

—Está bien, yo te prometo que mañana se la llevan, pero vos cálmate, que te va a hacer mal —le dijo el muchacho, alarmado por el rojo intenso que estaban tomando las mejillas de ella—. Perdoname, tenés razón, soy un boludo, yo solo quería estar cerca de vos y cuidarte, nada más.

Y pensar que ella estaba preocupada porque él se había borrado, y hasta tenía miedo de que no la quisiera más y hubiese vuelto con Elena, pensó Milagros con ironía antes de espetarle:

—¡Sos un sicópata, un mentiroso compulsivo, un obsesivo! ¡No entiendo cómo me pude enamorar de un hombre como vos! —finalizó ella entre grandes ademanes.

—Perdoname, mi amor, fueron mentiras piadosas —se excusó él con tono contrito.

—¿Sí, como lo de la foto trucha? —le preguntó ella con furia y cruzándose

de brazos.

—No, eso sí es cierto —respondió Sebastián con tono firme.

—¡Ja, ja, ja, ja, haceme cosquillas así me río más! —le retrucó ella, burlona.

—Quédate acá que ya vengo —le advirtió el muchacho con tono decidido, mientras partía dando largas zancadas. Cinco minutos después estaba de vuelta con un grupo de fotografías que desparramó sobre la mesa—. Mirá, estas son las otras fotos que nos sacamos con Elena en ese viaje, no te las traje antes porque quería encontrar también el original de la que fue trucada, pero parece que no se va a poder. Fijate las fechas que aparecen debajo, son de julio de 2013. Y ahora mirá la ropa —le dijo el, señalando una de las fotos.

—Es distinta —comentó ella con tono beligerante.

—La de ella sí, porque Elena se cambia cada dos minutos, pero mirá mi buzo, es el mismo que tengo puesto en la que tenés vos.

—¿Y eso qué? Podrías haberlo usado en los dos viajes. Además, ¿quién me asegura a mí que vos, con lo tramposo que sos, no hiciste falsear la fecha de estas y las sacaron también ahora, eh? —le respondió ella con terquedad.

—¡¿Y si son de ahora, por qué carajo ella no tiene panza, zapallito?! —le gritó él, con la paciencia perdida y despidiendo chispas de sus ojos azules.

Ahí Milagros lo quedó mirando con la boca abierta y comenzando a dudar, pero como no quería dar el brazo a torcer, e igual seguía molesta porque él la había estado espiando, prefirió huir por la tangente y preguntó:

—¿Hay alguna otra?

—¿Otra qué?

—Otra cámara. ¿Hay? —Su gesto de culpabilidad le dijo todo y recomenzó su búsqueda por todos los ambientes, con él detrás suyo y tratando de calmarla.

—No te agachés así que te va a hacer mal. ¡Bajate de esa silla, querés, que te vas a volver a golpear! —le gritó él, cuando la vio subirse a una para buscar arriba del *placard*—. Está bien, bajá, que está ahí —le dijo al final, resignado y señalando un punto en la pared, donde el pequeño ojo de la cámara aparecía pegado al marco superior de la ventana.

—¡Ah, no! ¡Esto es lo último! ¡No tenés vergüenza! ¿Me estabas espiando en mi habitación? ¡¿Qué tenías miedo, que trajese un tipo?! ¡Andate ya de mi casa antes de que te parta la cabeza! —gritó la chica, amenazándolo con el palo del secador en alto.

—¡Está bien, tranquila, ya me voy! —le dijo el joven, comenzando a retroceder de espaldas con las manos en alto.

—¡Y me dejás las llaves de «mi» casa! —vociferó ella, al tiempo que continuaba avanzando detrás de él, con el palo alzado y gesto enloquecido.

Él sacó las llaves de su bolsillo y se las tiró de lejos. Apreciaba demasiado su cabeza como para acercársele. «¡Mamita, qué pulmones tiene esta mujer, si el piojito me llega a salir a ella me voy a tener que ir a dormir la siesta a la franja de Gaza!», pensó el muchacho con humor, pero no se atrevió a decir ni mu. Llegó hasta la puerta, giró, comenzó a correr y no paró hasta estar a salvo en su propio departamento.

Al llegar allí, vio por su televisor cómo la joven se acercaba furiosa al ojo de la cámara del *living* con un pedazo de cinta de papel y lo tapaba, luego observó cómo, antes de hacer lo mismo con el de la habitación, acercaba su rostro de ceño fruncido a la cámara y, bajando los otros, alzaba el dedo medio con gesto de rabiosa burla. «Bueno, evidentemente, mi amorcito, cuando se enoja, tira la delicadeza y la elegancia a la mierda», pensó él con una sonrisa culpable.

Quince minutos después, el muchacho estaba que caminaba por las paredes porque la preocupación no lo dejaba ni respirar. ¿Y si, con el berrinche, se le había subido la presión de nuevo? ¿Y si estaba desvanecida o descompuesta y él ahí, sin hacer nada? Cuando no soportó más, tomó su celular y la llamó. Con alivio, escuchó su voz al otro lado de la línea.

—¿Hola, quién habla?

—Soy yo, Mili, ¿vos estás bien? ¿No te duele la cabeza ni nada? —Al instante, tuvo que alejar el teléfono de su oído porque el alarido que ella emitió casi lo deja sordo. En tanto que se masajeaba la oreja para desapunarla, pensó «No, se ve que está bien nomás».

Mientras, en el departamento de arriba y luego de cortar, ella estrelló con furia su teléfono contra el piso y, al tiempo que observaba con placer cómo la tapa y la batería volaban por los aires, dijo con tono humorístico y aire satisfecho:

—¡¡¡Catarsis!!!

Una semana después la preocupada era ella, se consideraba a sí misma una persona inteligente y esas fotos y sus argumentos la habían hecho dudar. Tenía miedo de estar siendo injusta con él y de que, por una vez, le estuviese diciendo la verdad. Por otra parte, lo extrañaba con locura,

extrañaba su simpatía, su risa, sus mimos, sus caricias, sus besos, extrañaba tenerlo dentro suyo, aunque a esas alturas su gordo repollito ya no le debería haber dejado espacio ni para entrar, reflexionó con vergüenza e irónica tristeza. Necesitaba decirle todas las cosas que estaba sintiendo, pero él no había vuelto a acercarse y ella era demasiado orgullosa como para llamarlo. Así que, juntando coraje y con la excusa de avisarle de la próxima ecografía, decidió ir a visitarlo a su oficina. Antes se bañó, se perfumó, se peinó y maquilló con cuidado, y se puso una polera de licra blanca, con un vestido entero sin mangas, de color beige que le llegaba a media pierna. Se colocó también medias finas de invierno, sostenidas por ligas de encaje, que le llegaban por encima de las rodillas.

Con el tamaño que había adquirido su abdomen, ya le resultaba imposible meterse dentro de unas medias enterizas sin destrozarlas. Completó el atuendo con un abrigado camperón blanco, que tenía piel de conejo sintética en la capucha y las mangas, y unas botas de abrigo cortas de color beige. Mientras se vestía, observó en el espejo del tocador que sus brazos, piernas y trasero parecían seguir conservando su antigua forma, pero su otrora diminuta cintura había desaparecido por completo, y dudaba que volviese a recuperarla jamás. Lo positivo de todo era que seguía conservando una piel firme y elástica, que ella cuidaba con las mejores cremas, las que se colocaba todas las noches para evitar la aparición de estrías. Eso extrañaba también, ver su reflejo en el espejo, tirado en la cama, en calzoncillos, con las manos enlazadas detrás de la nuca y observándola, a veces con una sonrisa tierna y otras con una lujuriosa, mientras ella, después de ducharse, con la ropa interior y una bata corta puestas, se sentaba en un pequeño banco frente a la cómoda, colocaba sus pies desnudos sobre otro, y desparramaba con cuidado la crema perfumada por sus piernas y su vientre.

Era como un ritual de los dos que él jamás se perdía, porque significaba el prelude de la pasión intensa y demandante con la que volvía a reclamarla como suya en cada noche.

Cuando llegó, ya estaba atardeciendo. Mientras esperaba en la antesala de su oficina, nerviosa e ilusionada, al abrir su secretaria la puerta para comunicarle de su llegada, vio, por la rendija de luz que quedaba, a una colorada despampanante –aunque tenía las raíces del cabello negras–, de inmensos ojos verdes y con un cuerpo escultural destacado por una pollera corta y entallada, que estaba haciéndole masajes en los hombros a su

«pretendidamente fiel» amorcito. Él leía algo en su *notebook*, pero parecía estar disfrutando de sus atenciones. ¡Y encima era flaca!

Los celos le hicieron ver todo del color del cabello de su adversaria y, sin esperar a ser anunciada, entró en la oficina hecha una tromba y comenzó a gritar como una desaforada:

—Escuchame, morocha arrepentida, ¿a vos te pagan para andar toqueteando a mi marido? —La otra dio un paso atrás y movió la cabeza negando, con el habla perdida por la sorpresa y el susto—. ¡Entonces salí de acá y andá a hacer el trabajo por el que sí te pagan! —terminó señalando hacia la puerta con los labios afinados y el ceño fruncido.

—Disculpe, señora, fue sin mala intención —dijo la otra con voz atemorizada, antes de salir como alma que lleva el diablo.

Sebastián también se había quedado mudo, primero por la alegría de que ella hubiese ido a verlo, armando además una delirante escena de celos, lo que demostraba que él le seguía importando, y segundo porque, como siempre, su belleza lo dejaba sin habla. Cuando pudo recuperarse de la sorpresa, y en tanto que observaba cómo ella cerraba la puerta, se sacaba la cartera y el abrigo, y los tiraba sobre el amplio sillón lateral con furia, carraspeó y dijo:

—¡Qué alegría verte mi amor! ¿A qué debo el placer de tu visita?

—¡No te burles de mí porque soy capaz de morderte! ¿Qué hacía esa tipa manoseándote? —le reclamó enojada, con los ojos achicados de sospecha y echando chispas.

—Me estaba haciendo masajes porque tenía los hombros muy tensionados, nada más —le respondió él con gesto conciliador, mientras giraba alrededor del escritorio para acercarse a ella, atraído como un imán por su cuerpo y su perfume.

—¿Vos se lo pediste?

—No, ella se ofreció.

—¿Y por qué la dejaste?

—Porque la tensión de tenerte lejos me está matando y porque, además, ya no tengo a mi recién descubierta esposa para que me los haga ella —le retrucó él con tono dolido. Luego se recompuso y comentó burlón—: A propósito de eso, nunca me enteré que habías aceptado casarte conmigo.

—¡No te rías de mí! Se lo dije para ponerla en su lugar. ¡Esa gatita estaba a punto de clavarte las uñas, si no te las clavó ya! —gritó ella, recordando la

mirada de satisfacción de la colorada cuando lo toqueteaba.

—No es un gato, es una mina macanuda —le dijo él acariciándole la panza mientras trataba de agarrarla de la mano.

—Sí, y yo soy la Madre Teresa de Calcuta —le retrucó ella, antes de sacudir el brazo para soltarse y tomar distancia.

—Y no me acosté con ella, aunque debería hacerlo porque ya hace cuarenta días que no tengo sexo con nadie y me está empezando a doler todo el cuerpo —continuó él con tono seductor y quejoso, volviendo a acercarse para asirla de la cintura.

La estaba envolviendo como una araña a la mosca atrapada en su tela, y con la misma intención de comérsela, pensó ella. Lo terrible del caso era que esa era una mosca atolondrada y estúpida, que se estaba muriendo de ganas de que la devorasen. En tanto que sentía cómo él comenzaba a abrazarla y besar su cuello con suavidad, le preguntó con voz ronca:

—¿Y dónde te duele tanto?

—Acá —le dijo él al oído, mientras tomaba su mano y la apretaba contra su sexo con fuerza—. Necesito masajes urgentes —terminó con tono cargado de deseo.

A él se le hicieron trizas las ilusiones cuando ella se apartó y fue hacia la puerta, pero después sonrió con alivio cuando vio que Milagros ponía llave, iba hacia la ventana para bajar las persianas, y regresaba a su lado con movimientos seductores para desprender su cinturón, liberar su sexo hinchado y comenzar a masajearlo con movimientos expertos y ágiles al tiempo que le decía al oído:

—A ver qué podemos hacer por vos.

Fue el orgasmo más rápido de su vida y uno de los más intensos. Minutos después, observó, sin culpa ni pudor, que su semen había manchado el piso, antes reluciente, las manos de ella y hasta su vestido.

—¿Satisfecho? —le preguntó ella con vergüenza y picardía al regresar del baño.

—No, recién empiezo —le respondió él, antes de correr hacia un costado los papeles y objetos que había sobre el amplio y moderno escritorio, recostarla con suavidad en él, quitarle la *vedetina* con un movimiento rápido y enterrar la cabeza entre sus piernas para brindarle el mismo placer que ella le había dado.

Ella alzó el cuello avergonzada porque, con la altura de su barriga, ya ni

siquiera podía ver los rulos oscuros y suaves del hombre que amaba. «Estoy patética», se dijo compungida. Por suerte estaban en penumbras, así que echó sus cabellos hacia atrás, apoyó la nuca en la madera, acomodó sus talones en el filo del escritorio y se dedicó a disfrutar del intenso goce que él le provocaba.

Escuchar de nuevo sus gemidos fuertes y graves, combinados con aullidos de gatita en celo al alcanzar el clímax, lo trastornó. Volviendo a ponerse duro como una piedra, la tomó en brazos y la llevó al sillón, hizo que se colocara boca abajo y apoyada en sus manos y rodillas, en la postura preferida por los dos para no molestar tanto al bebé. Ella seguía sus indicaciones como siempre, con los ojos nublados de placer y una mansedumbre sensual y lujuriosa. Después, él se ubicó detrás suyo, la penetró y comenzó a moverse, primero con suavidad, para darle tiempo a acoplarse a él, y luego con más rapidez, tomándola de la cadera y del hombro para acentuar sus empujes.

Los gemidos audibles de ambos y el grito ronco y salvaje de Sebastián en el final alarmaron tanto a la secretaria como a los ocupantes de las oficinas vecinas. Todos sospecharon lo que estaba sucediendo, pero nadie dijo nada. La mayoría, salvo la jefa de sección de amortiguadores, a la que apodaban la Colorada y que se había hecho ilusiones de seducirlo, estaban felices por ellos, ya que el muchacho era un jefe exigente, pero también inteligente, bondadoso y justo, y les daba pena ver lo triste y preocupado que había estado durante el último mes. Él jamás hablaba de su vida personal, pero ellos se habían acostumbrado, en los primeros tiempos, a las visitas de la belleza rubia con su incipiente pancita, y a ver cómo la cara de su subgerente se iluminaba de alegría cuando ella entraba, sin contar con que, para los integrantes masculinos del staff, la chica era un regalo para la vista.

Además, desde el momento en que la muchacha pisaba la oficina, él dejaba todo para dedicarse a su mujer, y ellos aprovechaban para tener un rato de recreo, ya que, aunque muy generoso, la enorme capacidad de trabajo y las demandas constantes del licenciado Martínez Salgado solían dejarlos exhaustos.

Cuando todo acabó, se quedaron un rato recostados en el sillón, semivestidos, enredados y acariciándose y besándose con ternura. El notó que su hijo daba fuertes patadas que hacían aparecer pequeñas protuberancias en la piel lisa y tirante de la panza de su madre y pensó que,

de seguro, se había desacostumbrado a la presencia invasiva de su papá y estaba celoso y presentando quejas. Se lo dijo y ella comenzó a reír a carcajadas.

Un rato después, él estaba vestido y apoyado contra el escritorio, con los brazos y piernas cruzados y observando, con gesto pícaro, cómo ella se peinaba con los dedos, trataba de correr su media fina hacia adentro para disimular su rotura, limpiaba su vestido manchado y lo estiraba con fuerza para que no se le notaran tanto las arrugas, haciendo esfuerzos ingentes e inútiles para ocultar las actividades sexuales que habían tenido lugar en esa pulcra oficina. Cuando terminaba de colocarse el abrigo, para tapar la mancha, levantó la vista y lo vio, mirándola con cara de macho orgulloso, satisfecho y bobo. Señaló con el pulgar hacia atrás y preguntó pudorosa y alarmada:

—Todos allá afuera saben lo que estuvimos haciendo acá adentro, ¿verdad?

—Hasta el último empleado de la última oficina, sos muy escandalosa, mi vida —le respondió Sebas con gesto que pretendía ser serio y un tono burlón y falsamente admonitorio, obviando mencionar que el que más ruido había hecho era él.

Milagros primero se puso de un tono encarnado y se tapó la boca con vergüenza, después, pareció recomponerse, cuadró el cuerpo, sacó pecho y alzó su naricita respingona, al tiempo que dirigía hacia el techo el brazo izquierdo, con la blanca cartera colgando de sus dedos, llevaba la otra mano a su cintura y levantaba, para finalizar, una torneada pantorrilla hacía arriba, en una postura de mujer sexi, lujuriosa y fatal que contrastaba graciosamente con su abultada pancita. Manteniéndose en equilibrio como podía, dijo con tono teatral:

—¡Ma´sí, ya fue! ¡Soy la puta del edificio! —Y partió con la frente en alto y bamboleando sus caderas con elegancia, como si estuviese desfilando en las pasarelas de alta costura más prestigiosas de París.

Dos minutos después, él tuvo que correr para alcanzarla porque se había quedado en su oficina, agarrado a su escritorio y descostillándose de la risa. Lo volvería loco con sus caprichos, su terquedad y sus desplantes, pero si algo tenía claro era que jamás, en su perra vida, se iba a aburrir con esa mujer.

Esa noche, después de cenar, Mili estaba intranquila porque, después de su explosiva reconciliación en la oficina y de haberla alcanzado hasta su casa,

él había regresado a su trabajo y no había ido a verla. Ya iba a tomar su celular para llamarlo cuando sintió sonar el timbre. Al abrir, lo encontró parado en el dintel con un ramo de flores y una enorme sonrisa.

Con tono dulce e implorante, Sebastián le preguntó:

—¿Me puedo quedar a dormir con vos?

Sin responderle, ella le sacó las flores de las manos, las apoyó sobre la mesa, lo tomó de la corbata para tironearlo hacia adentro, lo apretó contra la pared, le tomó la cara entre las manos y comenzó a besarla con pasión.

—Pará un poquito, gordita, que me estás aplastando, y primero tengo que hacer otra cosa —le dijo él antes de apartarla y besarla con suavidad.

—¡Supongo que lo de «gordita» se te habrá escapado, y en cuanto a eso de aplastarte, mirá muy bien este cuerpo de diosa griega porque no le vas a volver a poner un dedo encima hasta que el nene empiece el jardín! —le respondió la chica, con tono entre burlón y ofendido. «¡Gordita, habrase visto! ¿Y culpa de quién estoy gordita, a ver? ¡Si le gustó el durazno, que se aguante la pelusa!», pensó cruzándose de brazos, ya enfurruñada y con la libido por el piso.

—Pará, no te enojés, que estoy muy caliente y, si me entusiasmo con vos, me dejo las valijas en el pasillo hasta mañana y me afanan todo —le dijo él en tanto que volvía a besarla y se daba vuelta para ir entrando, de a uno, tres grandes valijones con rueditas.

Ella se las quedó mirando con asombro. ¡Con razón había tardado tanto! El señor había decidido volver a convivir con ella y ni siquiera se lo había comunicado. «¡Bueno, como siempre!», pensó ella ya resignada a su autoritarismo y su costumbre de hacer las cosas sin consultarle.

SECRETOS DE FAMILIA

En completa armonía, sabiendo que Elena ya estaba enterada y casi resignada, retomaron alegremente la convivencia, comenzando a integrar, en su íntimo y dichoso nido de tres, a los dos clanes familiares. Milagros se incorporó a los Martínez Salgado con la misma naturalidad con la que se mueve un pez en el agua. Su buen humor, su dulzura –siempre que no montase en cólera– y su bondad, sumados a la adoración que Sebastián le profesaba, hicieron que se ganara muy rápido el afecto de todos. Sobre todo de Viet y Nam, que le contaban a todo el mundo que ahora tenían dos tías postizas, una rubia y otra morocha, y que, de seguro, les iban a dar un primito de cada color.

Cuando se lo dijeron a Mili, la primera vez que el clan a pleno los visitó en su departamento, Lucía los pellizcó por debajo de la mesa para que se callaran, pero fue peor porque Alex se dio vuelta con curiosidad y enojo y le reclamó.

—Ma' ¿qué me pellizcás?

Y la dejó pintada. Sin embargo, su nueva cuñada, en lugar de ofenderse, se rio a carcajadas, acariciándoles el pelo, y comenzó a contar anécdotas de las metidas de pata más desopilantes de ella y sus hermanos cuando eran chicos, para distender la tensión que se había generado. Ahí Pedro supo que su nueva y preciosa nuera no iba a traer conflictos, sino unión y armonía, y que le iba a costar muy poco quererla.

Por su parte Sebastián estaba chocho de haber podido capear el temporal durante el tiempo de crisis con Mili, y de haber salvado sus testículos de las fauces del rottweiler a pesar de todo.

Al final, ahora que era un hombre asentado y futuro padre de familia múltiple, el tío Marcos había acabado contagiándole su pasión por la pesca,

y el muchacho había terminado cambiando la moto acuática, los parapentes, el esquí de montaña y los saltos en paracaídas, por las tardes enteras dentro de una lancha, con su tío, su suegro, su cuñado Luis, una caña de pescar, el silencio de la laguna y cinco mosquitos por toda compañía. Cierto que, de vez en cuando, retomaba algún deporte de riesgo para quemar adrenalina, sobre todo en estos días en los que su vida sexual se iba limitando cada vez más a medida que la fecha de parto se acercaba. Pero la mayoría de los fines de semana, y aprovechando que la presión de Milagros estaba controlada, terminaban viajando en patota a Teodelina, tío Marcos incluido, para disfrutar del sano y pacífico deporte recién adquirido. Igual, a la hora de aliviar tensiones, su mujer siempre era muy generosa, y no tenía pudor en complacerlo de todas las formas que él le solicitase, ahora que su cuerpo se había vuelto demasiado lento y pesado para realizar acrobacias sexuales.

Mientras ellos pescaban, las mujeres de la familia y Male tomaban mates y conversaban sentadas en las reposeras, devorando facturas y chismes debajo de una gran sombrilla ubicada a orillas del agua. Luna, cuando venía a esos pícnicos campestres, se quedaba arriba del auto porque su hijita había nacido hacía pocas semanas y no quería que tomase frío y se enfermase. Su obsesión por el físico se había trasladado ahora a la salud y tenía terror a los virus y microbios que pudiesen estar acechando a su preciosa beba, que, como era igual a Santiago, también se parecía muchísimo a Milagros.

Santi, que seguía siendo un adicto a la PC, las acompañaba con su *netbook* en la falda y respondiendo con monosílabos a sus preguntas, en ese estar y no estar que era tan propio de él y de su espectro de autismo. Esa misma capacidad para concentrarse en un objetivo y aislarse del resto era la que le había permitido ser un programador de TIC brillante y muy solicitado.

Al final, en lugar de comprar una casa terminada, Sebastián había adquirido un terreno de diez hectáreas en un country cercano al de sus padres y estaban diseñando los planos de la futura casa, que él deseaba que estuviese concluida para cuando su hijito caminase.

Antes de conocer el sexo del bebé, habían acordado que el nombre, si era nena, lo elegía él, y, si era varón, ella. Sin embargo, a dos semanas del alumbramiento, Mili todavía no se había decidido o no quería soltar prenda sobre su elección.

La rueda de la vida siguió girando. Ese día, en su departamento, mientras señalaba con un lápiz algunas modificaciones que quería hacer en el plano

que le había dejado el arquitecto, Milagros escuchó el sonido característico del WhatsApp al recibir un mensaje y tomó su celular para leerlo. La pequeña pantalla le mostró un video que había sido enviado por la mismísima Elena, el texto que lo acompañaba solo decía: «Ojalá te sea útil». Comenzaron a temblarle las manos, tenía pánico de mirarlo y encontrarse con una sorpresa como la que le había dejado Susana, sobre todo ahora que estaban tan felices y tranquilos. Si bien él le aseguraba que su ex novia no había tenido nada que ver, «de tal madre, tal hija», pensaba ella con recelo y desconfianza. Sin embargo, al final la curiosidad pudo más y se decidió a abrirlo. Al hacerlo, apareció el rostro de Elena en primer plano, delgado y hermoso, de inmensos y tristes ojos negros. Con voz suave y delicada, comenzó a hablar:

—Hola Milagros, me decidí a enviarte esta grabación porque hay algo que necesito contarte, pero no me animaba a hacerlo personalmente y presiento que lo tenés que saber. Hace poco más de dos meses, Sebastián vino a verme para pedirme unas fotos que nos habíamos sacado en Río de Janeiro, en el invierno de 2013. No me contó para qué las quería, pero lo vi muy angustiado. Él me reclamaba una en la que estábamos con el Cristo Redentor, yo también la recordaba, pero no pude encontrarla. Ayer, mi papá se fue a hablar por teléfono y dejó abierta la caja fuerte de su escritorio. Como estaba aburrida, comencé a sacar cosas y curiosear, dentro de un sobre de papel madera encontré la foto que él me había pedido. En eso entró mi mamá, y, cuando le dije que lo iba a llamar a Sebas para que la viniese a buscar, me la arrancó de las manos, la hizo pedazos, la tiró en el hogar encendido para que se quemara y me prohibió comentarle que la había visto. No sé por qué ella actuó así, pero tengo el presentimiento de que la usó para dañar su relación con vos, porque Isabel me dijo que, en ese tiempo, ustedes estuvieron distanciados. Tampoco sé por qué elegí contarte esto a vos y no a él, por ahí tengo miedo de que se enoje con mi madre por escondérsela, pero de algo estoy segura: aunque no pueda devolvérselas, necesito decirte cómo era:

Ahí Milagros detuvo el video y corrió a buscar la foto que guardaba hacía meses, y que la llenaba de dudas y sospechas. Volvió a dar *play* a la filmación y, mientras escuchaba la melodiosa voz de su rival en el amor, iba observando con atención la foto.

—Estamos nosotros parados, pero se nos ve de las rodillas para arriba. Él

tiene puesto un buzo beige y un pantalón de *jean*, y yo un conjunto deportivo lila con vivos blancos y lentes oscuros. Tengo un bolso *sport* negro colgado del brazo. Él está frunciendo los ojos y la nariz porque el sol nos daba de frente y lo molestaba. Detrás se ve a un niño de raza negra que pasa llevando un carrito de helados, hay un viento fuertísimo y, a pesar de que los dos usamos pelo corto, los cabellos nos vuelan y nos tapan un cuarto de cara. Detrás, imponente, se ve la imagen del Cristo, con los brazos abiertos, que parece estar dándonos la bienvenida, y debajo, hacia la izquierda, en números entre naranjas y amarillos, está la fecha: 14 de julio de 2013. Espero que te sea útil.

A medida que escuchaba, Milagros contemplaba atentamente la imagen, era tal cual como ella la describía, solo que la suya estaba cortada a mitad de torso, de seguro para que no se viese el vientre plano de la chica, y la fecha, aunque borroneada, era de dos años después. Gruesas y silenciosas lágrimas comenzaron a resbalar de sus ojos y cayeron sobre sus manos y sobre la foto. Elena nunca sabría cuánta felicidad le estaba dando con ese video, él no la había engañado ni le había mentado. Bueno, salvando sus «mentiritas piadosas», pensó con ironía y humor, sonriendo entre el llanto en tanto que se limpiaba la nariz. Y ella iba a estar eternamente agradecida con la otra por su intuición y generosidad, que le habían devuelto, sin sospecharlo, la tranquilidad y la paz. Porque por más que ella hubiese regresado con él porque lo amaba con el alma, le había perdido la confianza y sufría por las dudas. Ahora entendía por qué él había elegido a la otra como su novia durante siete largos años y por qué su familia la quería tanto, era una gran mujer. Y como le daba mucha vergüenza agradecerse en persona, después de que le había quitado a su amor de toda la vida, lo iba a hacer queriendo y cuidando a su hijita, como si fuese de su propia sangre, hasta que Dios le diese vida.

Igual juntó coraje y le envió un WhatsApp que contenía solo dos palabras: «Infinitas gracias».

Esa noche, cuando Sebastián llegó, sintió el delicioso olor de su comida favorita, pollo con champiñones –que Mili solía cocinarle cuando él se lo pedía–, la mesa estaba adornada con flores, velas encendidas, mantel de hilo y cubiertos de plata, el ambiente olía también a jazmines y se escuchaba una música romántica suave. Desde la habitación, su mujer apareció sonriendo dulcemente, con un vestido de maternidad blanco de hilo bordado y calzado

al tono. Se había maquillado con suavidad y llevaba el cabello atado en una media cola que destacaba la belleza de su rostro. Ella llegó a su lado y lo abrazó en silencio, acariciándole la nuca y mirándolo a los ojos con ternura.

—Uia, ¿qué festejamos? —preguntó él, con un tono entre emocionado y alegre.

—La confianza recuperada y que te quiero con locura —le dijo ella con mirada soñadora.

—Yo te quiero más —le respondió él, antes de hundir la nariz en su cabello y acariciar su espalda con emoción, sin saber que estaba volviendo a repetir las mismas palabras que le decía siempre Cristian, su amado y perdido amor adolescente que, de seguro, los estaba mirando desde el cielo con su eterna sonrisa pícaro. Así, fuertemente abrazados, con la cabeza de ella apoyada en su hombro, comenzaron a bailar con lentitud, al ritmo de la música, y con el alma repleta de dicha.

Horas después, mientras ambos se encontraban en la cama, de costado y mirándose frente a frente, ella le contó lo que había pasado.

—Ele es una mina de fierro —dijo él sonriendo con lástima y pesadumbre—. Igual me hubiese gustado que confiases en mí sin necesidad de ver ese video.

—Te prometo que, de ahora en más, voy a confiar en vos así te encuentre desnudo y retozando en una cama con tres gatas crueles —le respondió ella, en un impulso que tenía mucho de culpabilidad.

—¡Ojo que puedo aprovechar esos permisos! —le advirtió en tono de chanza, después se puso serio y agregó—: Y yo te prometo que nunca más voy a volver a mentirte.

—¿Ni siquiera mentiritas piadosas? —le preguntó ella con picardía.

—Ni siquiera, prefiero bancarme tus retos y tus enojos.

Con el canto de un perdido grillo solitario como arrullo, se durmieron abrazados y protegidos por un ambiente de paz.

Elena había tratado de afrontar el abandono de Sebastián, los reproches y quejas de su madre y la soledad, con el mismo dolor silencioso y la misma entereza con las que había soportado los abusos de su tío durante casi diecisiete años. Había aprendido a usar una máscara para disimular su impotencia y su pena, que le había sido útil, en el transcurso de ese tiempo,

para sobrellevar su calvario. Sin embargo, al no ya tener el consuelo y el apoyo de Sebas en su vida, los secretos y el deseo de gritar la verdad a los cuatro vientos habían comenzado a pesar en su alma como una lápida de mármol. Su mayor angustia ahora eran las dudas sobre la paternidad de su hijita y, por más que deseara lo contrario y rezara todas las noches para que el padre fuese el hombre que ella amaba, las fechas de parto coincidían exactamente con el día en que la bestia del hermano de su madre la había violado por última vez. Sabía que a Sebastián lo torturaba la culpa, por eso insistía en tratarla con respeto y cariño, pagar sus tratamientos y acompañarla a las ecografías, pero leía, en su mirada huidiza e incómoda, que lo hacía solo por obligación y para que ella estuviese tranquila y no se sintiese tan sola al afrontar su situación de futura madre soltera. Saber que era un hombre bondadoso y sensible hacía que la culpa también la atormentara a ella, junto con la certeza de que, aunque no hubiese vuelto a mencionarlo, él era firme en sus decisiones e iba a solicitar el ADN a Inesita ni bien naciese. Lo que más la angustiaba era la posibilidad de que su chiquita, si fuese el fruto de un incesto, naciese con problemas de salud.

En medio de todas estas preocupaciones, transcurrió su embarazo y fue precisamente la culpa, además del presentimiento, la que hizo que se decidiese a filmar ese video y enviárselo a Milagros, luego del altercado con su tirana madre. La respuesta de la joven, breve pero reveladora, le había confirmado lo que sospechaba, Susana había utilizado esa imagen para crear conflictos.

Pero no todo era oscuridad en su vida. A pesar de las adversidades, disfrutaba con emoción de su pancita, los movimientos de la bebé, las ecografías, los diálogos con otras parturientas en la sala de espera y la preparación del ajuar, en la que estaba gastando fortunas. También hacía varios meses había comenzado a tomar clases de dibujo y pintura, algo que siempre la había relajado, con José Achaval, un profesor de arte de treinta y seis años, atractivo, bohemio, amable y bondadoso, un poco tímido y de mirada profunda y penetrante, que solía comunicar mucho más con los ojos que con las palabras, ya que era muy callado.

Como tenía muy buena posición económica, podía dedicarse a su pasión, que era pintar y dar clases particulares a un selecto grupo de jóvenes aprendices. Sus cuadros estaban bien cotizados en Argentina y había realizado varias exposiciones, también en Latinoamérica y Europa. Su

marcada ideología de izquierda lo había llevado a retratar en su estilo, unas veces realista y otras surrealista, a los grupos más desfavorecidos y sufrientes de la Tierra, motivo por el cual a Susana le disgustaban sus producciones, ya que esta sostenía, con un tono ácido, que «a los pobres, cuanto menos se los ve, menos molestan».

Sin embargo, Elena se sentía atraída por el carácter tranquilo y humano de su maestro y, despacio y sin pausa, habían ido desarrollado una amistad rara pero armoniosa, forjada en largos y silenciosos paseos por la costanera de Puerto Madero para que ella activara la circulación de sus piernas, más lenta debido a su embarazo. Él siempre la había escuchado con seriedad y aconsejado certeramente y la había tratado con profundo respeto y afecto. En los últimos tiempos, había comenzado a llamarla cariñosamente Muñequita de porcelana, y ella se sentía halagada con el apodo, sobre todo en esos momentos, en los que parecía una muñeca, pero inflada y a punto de explotar. José había estado casado con una muralista mexicana, pero varios meses atrás un cáncer de huesos fulminante y mortal la había arrancado de su lado, en medio de dolores desgarrantes, cuando tenía solo treinta y dos años.

Elena pensaba que era la pena compartida la que los había unido y convertido en amigos inseparables, por eso se había sorprendido cuando, el día anterior y sin previo aviso, él había detenido su caminata para besarla con pasión y confesarle que la amaba. Ella se había quedado muda de la impresión. Jamás, ni en sus más locos sueños, se le hubiese ocurrido que un hombre pudiese declarársele a una mujer con semejante barriga y a punto de parir un bebé que, para mayores karmas, era de otro.

Luego de mirarlo unos segundos en silencio, ella le pidió que le diese un tiempo para pensar en lo que él le había dicho, ya que, en ese momento, no se sentía preparada para comenzar una relación ni para volver a amar. Pero que el futuro no estaba escrito, había terminado, dejando entrever una luz de esperanza.

Él le había sonreído con amabilidad, había tomado su mano y la había colocado sobre su brazo con gesto caballeroso, y había continuado la caminata como si nada hubiese sucedido, en tanto que ella se había sentido muy capaz de expulsar el corazón por la garganta de pura emoción.

Mientras recordaba ese momento, su madre entró de la calle dejando un halo de perfume a su paso. Elena la llamó y le contó, con asombro y alegría,

lo que le había sucedido.

—¡Ni se te ocurra aceptarlo! ¡Lo único que nos faltaba, tener a un zurdito en la familia! —comentó Susana con tono despectivo al tiempo que tomaba su café.

La joven se quedó mirándola dolida. ¿Por qué era tan cruel? ¿No se daba cuenta de que ella sentía un profundo afecto por José? ¿Por qué siempre había despreciado lo que ella quería? Sintiendo cómo su enojo comenzaba a darle alas y coraje, le preguntó a quemarropa:

—¿Qué maldad hiciste con la foto de Río? —Su madre la miró alarmada y ella continuó—: ¡Si no me lo contás vos, se lo voy a preguntar a Sebastián y, si es lo que sospecho, no solo te voy a denunciar a la policía sino que te voy a sacar en los diarios! —la amenazó sin tener muy claro de qué la estaba acusando en realidad.

—¡No serías capaz! —gritó Susana, asustada por lo único a lo que le había temido en la vida: «el qué dirán».

—¡Probame! —Le sostuvo la mirada con firme beligerancia.

Con un profundo suspiro, su madre cedió:

—Está bien, te lo voy a contar, pero solo si me jurás por mi nieta que te vas a quedar callada y vas a guardar el secreto.

—Te lo prometo —respondió la joven con seriedad, mientras pensaba, con ironía, que se había convertido en una especialista en ese rubro.

Ahí Susana comenzó a hablar. Elena la escuchaba en silencio, sintiendo cómo la rabia acumulada a lo largo de los años amenazaba con explotarle en el pecho.

—¿Pero cómo fuiste capaz? ¡Tiene presión alta, se le podría haber muerto el bebé! —le espetó desolada cuando finalizó el relato.

—¿Y qué? Eso hubiera sido lo mejor que nos podía pasar. Sin el chico de por medio, cuando Sebastián se cansara de la otra, a lo mejor volvía con vos y se hacía cargo de la nena.

—¡Sos un monstruo, mamá! ¡Durante años me callé para no hacerte sufrir, pensando que el único monstruo de la familia era Franco, pero me equivoqué, vos sos igual a él! —le gritó, ya llorando con desconsuelo.

—¡Lavate la boca antes de hablar de tu tío! ¿Qué quisiste decir? ¿Por qué lo metés a él en esto? —le respondió Susana con furia, ya que idolatraba a su único hermano.

—¡Porque creo que él es el verdadero padre de Inés, por eso! —volvió a

gritar la chica, tapándose de la cara en medio de una crisis de llanto desgarrante.

—¡Mentirosa! ¡Vos me estás diciendo esto para vengarte porque no soportás que le haya querido joder la vida a ese hijo de puta! —aulló la mujer, en tanto que le daba a su hija una cachetada tan fuerte que la hizo caer sentada en el sillón.

Elena se llevó la mano a la mejilla y, achicando los ojos con odio y resentimiento, con voz clara y firme, confesó lo que le estaba pudriendo el alma desde la niñez.

—No, mamá, yo no miento, la noche antes de partir para Europa, el «tío» Franco llegó borracho y me violó. Y no fue solo esa vez, lo hizo cientos de veces desde que tuve once años.

—¡Mentirosa! ¡Mentirosa! ¡Mentirosa! —comenzó a gritar la madre en medio de una crisis nerviosa, a la vez que tomaba a su hija de los hombros y la zamarreaba con furia.

—Preguntale —la desafió la joven con voz firme.

Ahí, llevándose las manos a las sienes con gesto angustiado y confuso, Susana se retrotrajo en el tiempo, treinta años atrás, a la estancia donde pasó su niñez, cuando Franco tenía diecinueve y ella veintidós años de edad, y se vio a sí misma, con su vestido entallado y su elegante sombrero de calle en la mano, escondida detrás de la puerta entreabierta de la biblioteca, escuchando una críptica conversación entre sus padres.

Las voces comenzaron a oírse tan nítidas como en aquel entonces:

—¿Le preguntaste a él? —había dicho Lila, su madre, con tono angustiado.

—¿Para qué? Me lo va a negar como la otra vez —había respondido Alfonso, su papá, con tono ácido y amargo.

—¿Cuánto le ofreciste a Ramona?

—Quinientos mil pesos.

—¿No es mucho?

—Para esos negros de mierda, sí, imagínate que pueden vivir sin laburar toda su vida con esa plata. ¿Pero para nosotros? Creeme que, si cumplía su amenaza e iba a la policía, nos iba costar mucho más caro. —Ahí Susana había escuchado el sonido característico de la fusta al golpear contra las botas camperas de su padre, algo que él hacía siempre que estaba nervioso.

—Quién sabe. Es su palabra contra la nuestra ¿Quién le va a creer a esa india sucia estando de por medio la palabra de un Fuentes? —había dudado

Lila.

—Es que esta vez la nena estaba muy lastimada. Dejalo así. Ramona ya aceptó el acuerdo y agarró la plata, y mañana la llevo hasta el tren para que se vuelva calladita a su pueblo.

—¿Y qué pensás hacer con Franco? —le había preguntado ella con tono temeroso.

—Lo voy a mandar dos o tres años a estudiar a Europa, hasta que se calmen los ánimos, no me gusta nada la cara con la que lo están mirando los peones. Vos sabés que a esa mocosita la quiere todo el mundo. Si lo dejo acá, en cualquier momento lo voy a encontrar degollado y tirado en un zanjón — le había respondido Alfonso con tono seguro.

—¡Dios no lo permita! —había dicho su madre en voz baja, y Susana pudo imaginársela persignándose rápido, como siempre que algo la asustaba.

—Ahora habrá que buscar entre las mujeres de los peones porque va a haber que conseguir una cocinera nueva. ¡Qué joder! —se había lamentado Alfonso antes de dirigirse a la puerta.

Al escuchar los pasos de su padre, la hija había corrido y se había escondido en el cuarto de al lado.

Al otro día, con las primeras luces del amanecer, la Susana del pasado se había asomado a la ventana para ver a Ramona, la correntina torpe y callada que había cocinado maravillosamente para ellos durante quince años, salir del antiguo e imponente casco de la estancia familiar llevando, colgado de una mano, un gran atado de ropa que arrastraba por el pasto y de la otra, a su hija de diez años, Irupé, una negrita bonita y alegre, de ojos oscuros y rasgados, y de padre desconocido, que se la pasaba siempre descalza, sonriente y correteando entre los peones. Aunque en ese momento parecía tener dificultad para caminar y le costaba seguir el paso ligero y nervioso de su madre, la cual, por el movimiento convulsivo de los hombros, parecía estar llorando.

Ambas habían subido al auto de su padre y habían partido. Cuando el vehículo había pasado frente a su ventana, Irupé había alzado la vista y la había mirado fijamente. Tenía el labio inferior partido e hinchado, pero lo que Susana jamás podría olvidar habían sido la profunda pena y el desamparo escondidos en el fondo de sus ojos.

En aquella época, había que llegar virgen al matrimonio. «Primero el anillo», le advertía su madre. Como ella aún era soltera, no sabía nada del

sexo, así que no pudo darse demasiada cuenta de lo que estaban hablando sus padres, pero sí tuvo claro que su hermano había hecho algo muy malo. A lo mejor la nena lo había molestado y él le había pegado, Franco solía ser bastante déspota con los peones, pero enviarlo lejos durante tanto tiempo le parecía un castigo excesivo. Igual había disimulado y nunca había preguntado nada. Si algo le había enseñado su madre era que había cosas de las que «no se habla».

Estando ya casada, de vez en cuando el recuerdo del dolor en los ojos de Irupé volvía a ponerle la piel de gallina como aquella vez. Ahora sí ya era capaz de comprender más el críptico diálogo de sus padres, pero como adoraba a su hermano menor, no quiso hacerlo y prefirió borrar ese día de su memoria.

Sin embargo, en este instante, después de treinta años, la verdad que Susana se había negado a aceptar se presentó ante sus ojos como un libro abierto y supo, en medio del dolor más desgarrante e intenso de su vida, que su dulce y adorada hija no estaba mintiendo, y que todo su sufrimiento era la consecuencia directa del silencio cómplice que su madre había guardado durante tanto tiempo. Mientras un fuerte dolor físico comenzaba a quemarle el pecho, supo también, con honda certeza, que el calvario que vivía Elena era su castigo por lo que debió haber hecho y no hizo, y volvió a ver, en el dolor de la mirada de su hija, los ojos de Irupé.

Quiso gritar, pero no encontró su voz. Quiso agarrarse a las cosas, pero solo halló el vacío. El esperado nacimiento de su única nieta la encontró en una sala de terapia intensiva, conectada a un marcapasos por lo que le restase de vida y con la certeza de que no podía irse de este mundo sin convencer a Elena de que guardase silencio, ya que esos eran secretos de familia y debían morir con ellos.

Y POR FIN, LA CIGÜEÑA

Cuando Sebastián llegó al sanatorio, alcanzó a ver cómo llevaban a Elena a la sala de cirugías. Como la nena venía con dos vueltas de cordón, el médico decidió practicarle una cesárea para evitar riesgos. Él corrió hasta la camilla y le apretó la mano con fuerza diciéndole con afecto:

—Suerte.

En la sala de espera se encontraban sus padres y sus hermanas, Osvaldo, que seguía sin dirigirle la palabra, Franco, el tío abogado que siempre le había caído como una patada al hígado, y una tía paterna de Elena. Solo faltaba su queridísima ex suegrita, que había tenido un sorpresivo y bien merecido infarto, y estaba internada en terapia, pero ya fuera de peligro.

A diez pasos de ellos, un hombre caminaba de un lado al otro nervioso, como si él también estuviese esperando algo. Se acercó a su madre para preguntarle si lo conocía y ella le dijo que era un amigo de Elena que le daba clases de dibujo.

Cuarenta minutos después de que se fuera la parturienta, apareció una veterana y rolliza enfermera, con un bultito envuelto en una tela blanca y preguntando sonriente:

—¿Dónde está el padre?

Sebastián se adelantó solo para conocerla, pero la mujerona malinterpretó su gesto y le puso a la recién nacida en los brazos con movimientos expertos:

—¡Acá la tiene! Dos kilos ochocientos, sana como un roble. ¡Mire qué belleza! —le dijo, apartando la pañoleta para descubrir su carita.

Sebastián nunca había sentido ningún lazo con esa bebé, para él era solo una responsabilidad con la que debía cumplir por cariño y respeto a Elena, pero al verla, el mundo comenzó girar en sentido contrario. Era diminuta,

con el rostro idéntico al de su madre y los deditos largos y frágiles. La pelusita negra y suave de su cabeza contrastaba con su piel blanquísima y su nariz era un porotito apenas visible en su redonda carita de luna. Parecía un pajarito perdido en medio de ese poncho gigante y blanco en el que se la habían entregado, y lo miraba en silencio, con unos ojos negros, enormes y asombrados, como preguntándole algo. De repente, sintió que se moría de amor y acercó los labios hasta su frente, tibia y perfumada, para besarla con ternura. En ese instante mágico, mientras tragaba para espantar las lágrimas de emoción que se agolpaban en su garganta, supo con certeza que, llevara su sangre o no, la iba a amar toda su vida.

Después fue el pandemónium. La familia se acercó en patota para verla, su madre se la sacó de los brazos y todos comenzaron a mirarla, besarla, tocarla y buscarle parecidos, incluso el frío abogado que nunca se preocupaba por nada ni por nadie. Cuando alzó la vista, vio al profesor de dibujo mirando hacia allí con ansiedad y le hizo señas de que se acercara.

—¿Elena está bien? —le preguntó el otro con preocupación. Recién ahí cayó en la cuenta de que, emocionados por conocer a Inesita, nadie había preguntado por la salud de la mamá.

—La enfermera salió muy contenta, así que supongo que estará todo bien. Esperá que averiguo —le respondió Sebastián palmeándolo en el hombro. De allí se fue a hablar con el obstetra, el cual le confirmó que la mamá también estaba recuperándose perfectamente. Ahí aprovechó para recordarle que, cuando le sacaran sangre para conocer el grupo sanguíneo, usaran una parte para el examen de ADN, así no la pinchaban dos veces. Ahora más que nunca, necesitaba saber.

Cuando llegó a su departamento, Mili salió a recibirlo; apurada, ansiosa y emocionada le preguntó:

—¿Está bien? ¿Cómo es?

—Sublime —le contestó él con una sonrisa radiante.

Una semana después, el día 28 de septiembre de 2015, a las tres de la tarde, rojo como un tomate, gritando a todo pulmón y con los puñitos cerrados para enfrentar al mundo, llegó Cristian.

Esa madrugada, a Milagros la habían despertado fuertes dolores en los riñones y el bajo vientre. Estando ya en fecha, sospechó que el trabajo de parto estaba comenzando, pero, como no quería despertar todavía a Sebastián para que no la volviese loca con sus paranoias, se quedó en la

cama muy quieta, respirando profundo y controlando el ritmo de las contracciones, que eran bastante tolerables y ocurrían cada catorce o quince minutos. Había discutido largamente con el obstetra y con Sebas, que querían que se hiciese cesárea para evitar riesgos, pero como su presión arterial estaba estabilizada y el repollito había ido creciendo muy saludable dentro de su panza, ella decidió esperar e intentar un parto normal.

Por una parte, quería vivir esa experiencia que, según su madre, era maravillosa, y por la otra, nunca se había operado de nada y que le cortaran el vientre de forma innecesaria tampoco le caía muy en gracia. Así que se quedó estática y contando las contracciones, tranquila y en silencio, desde las tres hasta las siete de la mañana, del puro miedo de que, si iba antes al sanatorio, esos dos la terminaran operando a la fuerza. Para esa hora, los dolores ya iban y venían cada diez minutos. Igual, como era primeriza, le habían advertido que la cosa iba a ser lerda.

Para irle dosificando la noticia de a poco, conociendo lo perseguido que estaba con todo lo que se refiriese a la llegada del bebé, lo palmeó con suavidad en la espalda y le dijo:

—Sebas, me parece que tengo la panza un poquito dura.

—¿A ver? —le respondió él, estirando la mano adormilado para tocarle una rodilla—. Sí, tenés razón —agregó comenzando a desperezarse inquieto.

—¡Esa no es mi panza, es mi rodilla, papa frita! —le dijo ella en un acceso de risa que se cortó de repente cuando le dio una contracción mucho más fuerte que las anteriores y que la dejó sin aire. Ahí sí él se despertó de golpe y alarmado, ya que, al acertar esa vez con su gigante barriga, notó que estaba dura como una piedra y que ella estaba respirando agitada.

—Nos vamos ya mismo al sanatorio —explotó pegando un salto de la cama, mientras se ponía el pantalón y la camisa a los tirones, y maldecía como un jefe de barra brava en el clásico porque no encontraba sus zapatos.

Ella lo observaba acostada en la cama:

—Pará, calmate un poquito que yo primero me quiero bañar tranquila y acomodar mis cosas —le dijo con voz relajada una vez que el dolor se atenuó.

—¿Vos me estás tomando el pelo? ¡Si te bañaste anoche! ¡Quedate quietita ahí y decime qué precisás, que yo lo preparo! —le respondió él con los ojos abiertos por el asombro y gesto desquiciado.

Ella lo miró suspirando con paciencia. Obviamente no podía contarle que

se sentía sucia porque se había pasado la mitad de la noche transpirando por las contracciones. Así que, con una lentitud y tranquilidad que le pusieron a él los nervios más de punta, se encaminó al baño para darse una necesaria ducha.

Siete horas y media después, en la sala de partos, ella había mandado su calma y su tranquilidad al diablo y gritaba como una desaforada.

—¡Aaaay, no puedo más, me voy a morir del dolor! —aulló, aprovechando el instante de respiro que tenía entre una contracción y otra, que ya eran casi continuas. Enseguida, se enderezó en el sillón de partos, desnuda, con una corta bata verde atada por detrás que no dejaba mucho lugar a la imaginación, con las piernas abiertas y flexionadas sobre los laterales, la panza rodeada por la cinta de monitoreo y una expresión feroz y, tomando al obstetra del guardapolvo, lo acercó a ella y le gritó—: ¡Sáquelo, doctor, por favor!

El médico le abrió la mano, que tenía agarrotada y estaba arrugando su ropa de trabajo, y volvió a recostarla hacia atrás diciendo:

—Paciencia, ya falta poquito, respirá hondo y relajate.

—¡Aaaay, lo mismo me dijo hace media hora! ¡Falluto! —le recriminó ella sintiendo, además de insoportables dolores en los riñones y en el bajo vientre, una sensación de quemazón en la vagina tan intensa como si la estuviesen prendiendo fuego— . ¡Aaaaia!

—Pero esta vez es cierto —le respondió él con una sonrisa amable.

—¡Entonces póngame la epidural, doctor, por favor, se lo suplico, se lo ruego! —le gritó la joven, resollando y volviendo a tironearlo, esta vez del brazo, con desesperación.

—Ya no se puede, es tarde. Mirá, la cabecita ya está coronando. Tenés que guardar energías para pujar.

—¡¡Qué me importa, póngamela igual!! ¡Aaaaay!

—Mili, cuanto más grites, más te va a doler. Además, habíamos acordado que no íbamos a usar epidural para minimizar los riesgos —le recordó el obstetra tratando de razonar.

Ella respiró agitada como un perrito y, cuando pudo volver a hablar, le gritó:

—¡Acordado un cuerno! ¡Yo soy mujer, doctor, las mujeres no tenemos palabra! ¡Aaaay! —Una nueva contracción la hizo jadear, cuando el dolor se atenuó, terminó con decisión—: ¡Si salgo viva de acá, recuérdeme que

tengo que matar a mi madre! ¡Aaaaaaaaay!

Sebastián, que estaba sentado a su lado, tomando su mano, pálido como un cadáver, y con gesto desolado, le acarició la frente y le dijo:

—Mi vida, calmate, hacele caso al doctor que así te hace más mal.

Milagros, después de jadear de nuevo por unos segundos, le dio un manotazo que le dejó la mano ardiendo mientras le gritaba:

—¡Vos callate, calzoncillo flojo! ¡Me embarazaste a propósito y ahora la que tengo que reventar soy yo! —terminó respirando rápido y llorando con desconsuelo.

Una de las enfermeras, que andaba pululando a su alrededor, salió corriendo en medio de un ataque de risa. El obstetra miró a Sebastián en un gesto que no tenía claro si era de lástima hacia él o autocompasión por sí mismo, por tener que lidiar con una parturienta tan tirana. Luego se ubicó entre las piernas de ella con los guantes descartables puestos y unas tijeras de punta fina en la mano mientras le decía:

—Mili, te voy a hacer una pequeña episiotomía porque el bebé es muy grande, por eso le cuesta salir. Vos respirá profundo y, cuando yo te diga, comenzá a pujar.

Ella asintió obediente, muda y sin aire.

En realidad, entre la magnitud de sus otros dolores, el corte ni lo sintió. El problema fue Sebastián que, al ver las tijeras ensangrentadas, no pudo más de la tensión y comenzó a descomponerse. Con unas enormes ganas de llorar, sintió que la habitación comenzaba a girar en círculos a su alrededor. La voz de la enfermera, que le levantó la muñeca para tomarle el pulso, lo trajo de vuelta:

—¿El papá está bien? —le preguntó con voz tranquila. Él asintió, por nada del mundo la iba a dejar ahí sola, aunque terminara vomitando hasta las tripas en el intento.

Mientras tanto, la primeriza, transpirada y roja como un tomate, pujaba con fuerza para tratar de expulsar a ese bebé gordo y torturante. En los intervalos, respiraba como un perrito preparándose para continuar. Como nada es eterno, en el cuarto pujo, sintió que la quemazón se acrecentaba y escuchó la exclamación alegre del médico que decía:

—¡Bravo, ya salió la cabecita! ¡Vamos, Mili, fuerza, un pujo más y lo tenemos!

Ella volvió a asentir, muda y concentrada en el doloroso y apasionante

milagro que era traer un hijo al mundo.

—Vení, papá, así me lo sostenés —agregó el doctor haciéndole señas para que se acercase. Sebas primero la miró a ella como pidiéndole permiso y ella asintió, agotada, antes de pujar con fuerza y decisión por última vez.

Lo que Sebastián observó fue la imagen más maravillosa y espeluznante que vería en su vida, su hijito, ubicado cabeza abajo, resbaloso y manchado de sangre, con la piel de un tono violáceo y unido a un cordón, salía del vientre de su madre y, cuando él médico lo daba vuelta y comenzaba a soplarle la cara, abría los ojos azules, hinchados, amoratados y llenos de asombro, y llenaba sus pulmones de aire por primera vez para, un instante después, cerrar los puños, pasar del violeta al rojo y comenzar a llorar ruidosamente.

El médico se lo puso en los brazos para poder cortar y cerrar el cordón con un pequeño broche blanco y el padre lo miró con arrobo, emocionado de conocer por fin a ese pedacito de carne de su carne que tanto había esperado. Mojándolo con las lágrimas que caían de sus ojos con mansedumbre, se lo llevó a la madre.

Ella lo aguardaba con los brazos en alto y una expresión de honda ternura en el rostro, olvidada ya de los dolores, la quemazón, los pujos y de todo lo que no fuera ese bebé que berreaba furioso contra el pecho de su hombre.

—Hola, repollito, hola, ¿qué día que tuvimos, eh? —le dijo ella acomodándolo en el hueco de su brazo, antes de empezar a besarlo y acariciarlo con ternura. El niño reconoció al instante la voz de su mamá, porque dejó de llorar y comenzó a alzar sus párpados transparentes de hinchados para tratar de enfocar su rostro con atención y embeleso. Después Sebastián diría que fue amor a primera vista, porque lo mismo le había pasado a él cuando la conoció. Los recién estrenados padres se miraron a los ojos, llorando y riendo, atados por lazos invisibles, pero imposibles de cortar, ahora que también los unía el amor a su hijo.

Él la besó en la frente y le dijo con emoción:

—Gracias.

El médico interrumpió la magia del momento diciendo:

—Mili, vas a tener que volver a pujar un poquito porque nos falta sacar la placenta.

Ella se sintió molesta con la intromisión y respondió:

—¡Ah, no! Sáquela a los tirones si quiere, a mí no me jorobe más.

—Milagros —la amonestó el galeno con tono exasperado.

—Está bien, está bien —le dijo ella cediendo y volvió a pujar, pero con menos fuerza y sin soltar a su bebé.

Sebastián los abrazó a los dos y se quedaron mirándolo embobados. Ella notó que, a pesar de los moretones en la frente y los párpados, y la hinchazón que trae aparejada el esfuerzo de nacer, su hijito era el vivo retrato de su padre, en el corte de su cara, en sus marcadas facciones, incluso en el color de ojos y lo enrulado y oscuro del cabello. Sintiendo como el bebé comenzaba a desplazar su boca por su hombro desnudo buscando el pecho materno y haciendo soniditos quejosos y raros, ella alzó la vista y le comentó con picardía.

—No va a precisar un ADN, ¿no?

—En lo más mínimo —le respondió él, acariciando la cabecita de su hijo.

—¿Cristian? —le preguntó ella buscando su aprobación.

—Cristian —le respondió él sonriendo y con tono seguro.

Las semanas siguientes fueron para Milagros las más dichosas y agotadoras de su vida. Físicamente estaba hecha una calamidad. Le tiraban los puntos, le dolía la espalda de tanto andar con su pequeño a cuestas —el que, por cierto, había pesado un kilo justo más que su hermana—, tenía los pechos hinchados y rebosantes de leche, y sentía un cansancio sideral. Dormía muy poco, ya que el bebé era autoritario, exigente y demandante como su padre, y se despertaba para tomar el pecho varias veces en la noche. Por otra parte, el pijoito había descubierto que era mucho más agradable dormir acurrucado y calentito contra el cuerpo tibio de su madre, y sintiendo el conocido latido de su corazón, que en una cuna fría y solitaria, motivo por el cual, si lo ponían allí, lloraba como si lo estuviesen torturando.

Al principio, en las noches, cuando lo escuchaba rezongar hambriento, Mili encendía la luz y se sentaba en la cama para amamantarlo, pero a medida que los días pasaron y el cansancio la fue ganando, se limitaba a estirar su brazo hacia la cuna, con los ojos cerrados, tomarlo de las ropas, y traerlo planeando en el aire para acomodarlo sobre su brazo y contra su pecho desnudo. Y así, colocada de costado, le ponía el pezón en la boca y continuaba durmiendo plácidamente.

A la madrugada, solía despertarse con los reclamos de su insaciable bebé, para descubrir que tenía el pecho de abajo vacío, ya que Cristian se había

servido a gusto durante toda la noche, y el superior a punto de explotar. Entonces, daba media vuelta en la cama con bebé y todo, a la vez que le decía con tono gracioso:

—¡Cambio de teta! —Y lo prendía al otro pezón.

Al final, el testarudo vástago ganó la pulseada y su padre terminó comprando un somier y un colchón gigantescos y, a escondidas del pediatra, la joven parejita se resignó a dormir de a tres.

Sebastián la observaba maniobrar con esa naturalidad y desparpajo al bebé, y pensaba que Mili había resultado ser una madre mucho más cómoda, práctica y a veces inconsciente que Elena, que le contaba que se levantaba cada tres horas religiosamente y perdía cuarenta preciosos minutos por vez preparando mamaderas, alimentando a Inés y haciéndole hacer provecho. Reflexionó que era una suerte que a la nena le hubiese tocado Ele como madre, porque si hubiera dependido de que Mili se levantase para alimentarla, se hubiese muerto de hambre. Bueno, eso o hubiera terminado convertida en un lechoncito inflado como Cristian.

Quince días después del nacimiento de la beba, más tranquilo porque su hijo y su mujer ya estaban cómodos e instalados en el departamento, Sebastián juntó coraje y fue a buscar los resultados del ADN. En realidad, desde el momento en que la había conocido, estaba casi seguro que Inesita era su hija, por eso se quedó mudo de la sorpresa al abrirlo y descubrir que el resultado había sido negativo. Primero sintió un dolor amargo y luego una honda rabia. Había estado todos esos meses torturándose por la culpa cuando en realidad era ella la que lo había engañado primero a él. Decidido a pedirle una explicación, tomó el papel y partió hacia la casa de Elena.

Al llegar la encontró sola, sentada en el amplio sillón del *living* y tomando un té. Él la miró con enojo y, tirándole el sobre blanco encima de la falda, le preguntó:

—¿Me querés explicar qué mierda significa esto?

Ella tomó el papel con temor y, cuando lo leyó, sus labios comenzaron a temblar, al tiempo que sus ojos adquirían un brillo torturado:

—No es lo que vos pensás —le respondió adelantando una mano.

—¿Ah no? ¿Y qué fue, una inmaculada concepción? —le retrucó él con ironía.

—¡No seas cruel, por favor!

—¡Entonces explicame, porque tengo ganas de romper todo! ¿Vos tenés

idea la mala sangre que me hice todos estos meses por lo que te estaba haciendo? ¿Por qué no me lo contaste? ¿Por qué me dejaste sufrir así? — volvió a preguntar él.

—¡Porque yo pensé que era tuya! Yo quería, yo rogaba que fuera tuya — terminó con un hilo de voz y contemplándolo con pena. Lo que había temido por tanto tiempo había pasado. Inspiró hondo y continuó—: Me violaron.

—¿Ah, sí? Contame otro chiste —le dijo él con tono de sorna.

—¡Pero es la verdad! —insistió Elena comenzando a llorar en silencio.

—Entonces decime quién fue.

—No importa quién fue, lo que importa es que yo jamás te hubiese engañado voluntariamente.

—¿Pero vos me tomaste de boludo a mí? ¡Te vas un mes de joda a Europa, volvés preñada de otro y encima me querés hacer creer el cuento de la violación?

—No fue en Europa, fue el día antes de partir para allá —le respondió ella, mirando con tristeza hacia el piso.

—¡Entonces yo lo conozco! Decime ya quién es.

—No puedo Sebas, dejalo así, por favor.

—¡Dejalo así un cuerno! —le gritó él con la paciencia ya perdida y dudando de su versión, en tanto que veía como ella retrocedía temblando—. Si el tipo te violó como vos decís, tenés que hacer la denuncia —insistió él nervioso y haciendo ademanes.

—¡¡No puedo!! ¿No entendés que no puedo? ¡Es mi tío, comprendés, mi tío! —le confesó ella, llorando y gritando con desconsuelo antes de sentarse en el sillón y taparse el rostro con las manos.

Sebastián se quedó mudo, quieto, helado, sintió que su cuerpo comenzaba a bañarse en transpiración. ¿Qué le estaba diciendo, que Inesita era fruto de un incesto? Y lo peor del caso era que no le estaba mintiendo, era la verdad, nadie podría mentir con una cosa así.

De golpe, Elena se levantó y, contemplándolo con desesperación, al tiempo que le apretaba el antebrazo, con ojos de desvarío, le rogó:

—¡No se lo cuentes a nadie, por favor, te lo ruego, te lo suplico, no se lo cuentes a nadie! ¡Mi mamá está débil! ¡Si este escándalo cae sobre la familia, se va a morir, se va a morir!

—Ele, ¿y vos qué? ¿Y tu angustia, tu dolor, qué? ¿No importan?

—Yo ya estoy acostumbrada a soportar —le respondió ella con un hilo de voz y mirando hacia el piso.

En ese momento él vio todo claro, sus días de silenciosa e inexplicable tristeza, el rechazo hacia su tío, su mansedumbre y sumisión para aceptar los maltratos de su madre y sus propias infidelidades, todo. Tomándola de los hombros y contemplándola con enorme pena afirmó:

—Esta no fue la primera vez. ¿Cuánto tiempo hace que te viola? —Ella negó con la cabeza y comenzó a sollozar con fuerza. Él insistió—: Ele, decime la verdad, esto se tiene que terminar, ¿cuánto?

—¡Desde los once años! —Le confesó ella desolada y comenzó a gritar con una angustia tan impotente y honda como catártica.

Él se quedó ahí, quieto, clavado al piso, sintiendo cómo una rabia profunda y violenta le brotaba desde el vientre y le subía hasta la garganta. Entonces vio todo rojo, tomó sus llaves y salió disparado hacia su auto. Ni siquiera supo cómo llegó hasta la casa de esa bestia, solo sabía que necesitaba golpear para sacarse la bronca y para vengarla por todos los años de abuso y de dolor. Tocó timbre y cuando el “supuestamente intachable” abogado salió a recibirlo, se lanzó sobre él y empezó a golpearlo con saña, en todas partes, mientras le gritaba una y otra vez:

—¡Hijo de puta!

Cuando sintió que los nudillos comenzaban a dolerle lo tiró al piso y lo pateó en los riñones, en los testículos, para que sintiera, por una vez, algo de todo el sufrimiento que había causado.

Cuando lo vio a la cara, Franco supo que su impunidad había terminado, que le había llegado la hora de pagar. Al principio intentó defenderse, pero no pudo hacer nada con ese ciclón justiciero, vengativo e imparable en el que se había convertido Sebastián. Sin embargo, en un momento de descuido del muchacho, el hombre lo empujó y lo tiró hacia atrás, antes de correr a encerrarse en su biblioteca.

Sebastián se levantó y comenzó a patear y golpear la puerta con los hombros para tratar de abrirla al tiempo que le gritaba:

—¡Salí, cobarde! ¡Por más que te escondás no te va a servir de nada porque te vas a pudrir en la cárcel como la basura que sos!

—¡No tenés pruebas! —lo provocó el otro desde adentro.

—Sí que las tengo, mi mejor prueba es Inesita —le respondió el joven con seguridad, antes de girar e irse a trancos largos. Estaba decidido. Por más

que Elena no quisiese, él lo iba a denunciar e iba a usar el ADN como prueba. Un animal así no podía seguir suelto, tenía que estar encerrado, si era posible en una cárcel de máxima seguridad y con otras bestias iguales a él. De repente, cuando iba llegando a la salida del edificio, escuchó el disparo de un revolver. Se detuvo agotado, llevó las manos a la cintura, miró hacia arriba y pensó «Parece que, después de todo, esa inmundicia encontró la forma de salvarse del presidio».

Los días que siguieron fueron caóticos, el velorio, el odio de Susana, el llanto de Elena, las idas y venidas a la seccional para declarar. Afortunadamente, muchos testigos lo habían visto yéndose del edificio cuando ocurrió el suicidio, pero la policía quería investigar por qué el cadáver estaba tan golpeado.

Luego de ir a reconocer a su hermano en la morgue judicial, la madre de Elena había citado a Sebastián en su casa con urgencia.

—Como comprenderás, los motivos del suicidio no pueden salir a la luz. Puede que mi hermano lo mereciese, porque era un hombre enfermo, pero no podemos exponer a Elena a la vergüenza y el escarnio públicos, y tampoco permitir que señalen a mi nieta como el fruto de un incesto, quedarían marcadas para siempre con el escándalo —comenzó la matrona, hablando con tono frío y desapasionado.

—Ellas no tienen la culpa de nada, señora —le dijo él con rabia, porque esa mujer fría, calculadora y déspota siempre le había inspirado desconfianza y fastidio.

—Ya lo sé, pero el resultado final sería el mismo.

—¿Entonces qué sugiere? —le preguntó él, achicando los ojos con sospecha.

—Sugiero que digamos que la pelea fue porque Franco te debía mucho dinero y se negaba a pagarte —le respondió al tiempo que empezaba a pasearse a su alrededor como una serpiente venenosa a punto de atacar—. Después de todo, no ganamos nada con ensuciar así la memoria de mi hermano, cuando ya no podemos hacerle ningún daño. ¿No te parece? —Terminó con tono helado y persuasivo.

—¿Y quién sería el padre de la nena? —indagó él, imaginando ya la respuesta.

—Vos, por supuesto. No te preocupés, que mi hija no te va a molestar, lo único que tenés que hacer es darle tu apellido —le respondió encendiendo

un cigarrillo y exhalando una espesa bocanada de humo que lo asqueó más todavía. Lo tenía todo fríamente calculado la vieja turra. Y como estaba acostumbrada a manejarles la vida al pobre diablo de su marido y a su hija, ahora también quería hacer lo mismo con él.

—¿Y Elena qué opina de esto?

—Mi hija no opina, mi hija obedece —le respondió su ex suegra con gesto seco.

Sebastián sintió que una ira espesa se le enroscaba en el pecho y lo ahogaba, pero no podía golpear a una mujer, así que optó por hierirla usando las palabras, como una pobre forma de vengar su maltrato hacia Elena— ¿Sabe una cosa? La única razón que me dio su hija para mantener todo en secreto es que tenía miedo por su salud. ¡Pobre diabla! No sabe que, para infartarse, primero hay que tener sangre en las venas. Pero usted nos va a terminar enterrando a todos, «señora», porque usted lo que tiene es hielo, un hielo igual al que tenía el reverendo hijo de puta de su hermano — terminó él, antes de levantarse e irse a largas zancadas porque si se quedaba allí, era capaz de dejar de lado sus principios y estrangularla.

—¿Qué hacés? ¡Vení para acá! ¡No te vayás sin darme una respuesta! —le gritó la mujer con impotencia y yendo detrás de él.

Sebastián siguió caminando hacia el auto, contento de haber podido, por una vez en la vida, dejar a esa vieja harpía con la palabra en la boca.

Cuando él entró a su departamento, Milagros estaba acunando a Cristian para hacerlo dormir. Ya se sentía preocupada porque Sebas no le había respondido las llamadas en todo el día, pero, al ver su rostro desencajado, su camisa salpicada con sangre y su estado de desaliño, dejó al bebé en el cochecito y se enderezó alarmada.

—¿Qué te pasó? —le preguntó tomándolo del rostro.

Él solo se limitó a abrazarla y apretarla fuerte, luego hundió la nariz en su cabello para sentir su olor limpio y tranquilizador. Ella era su oasis, su consuelo, su remanso de paz. Recién ahí, cobijado por sus brazos, pudo relajarse y suspiró agotado.

Ella volvió a interpelarlo con los ojos y él la tomó de la mano y la llevó hasta el sillón. Antes de sentarse y estirar las piernas, agobiado de cansancio, sacó el sobre de su bolsillo y se lo dio. Ella extrajo el papel y lo leyó con el mismo gesto de asombro que había puesto él, y luego lo miró interrogante. Ahí Sebastián le contó todo, descargando toda la angustia, el

asco y el horror que le habían cerrado el pecho durante esa infernal jornada.

Milagros lo escuchó en un atento silencio. Cuando él terminó su relato, ella se inclinó hacia adelante, tomó el examen de ADN y, con movimientos tranquilos y calmos, lo rompió en pedazos. Se levantó, fue hasta la cocina y lo tiró al cesto de la basura. Luego volvió a su lado, lo tomó de las manos y, con voz suave y tierna comenzó a hablar:

—Tenés que aceptar la propuesta de esa mujer, pero no porque ella lo quiera. Lo tenés que hacer, primero, por Elena, porque ella ya ha sufrido demasiado en la vida como para sumarle más dolor, pero, por sobre todo, lo tenés que hacer por Inesita, porque ella va a necesitar a su papá y no puede saber jamás que esa bestia malsana la engendró. Tiene que crecer feliz y segura, y, para lograrlo, nadie, ni siquiera tu familia o la mía, tienen que saberlo nunca.

—Pero Mili, la nena tiene derecho a conocer su identidad —protestó él, mirándola angustiada y emocionada, y pensando cómo a un tipo como él, plagado de manías y defectos, Dios lo había premiado dándole una mujer tan generosa y buena.

—¿Y quién puede querer conocer una identidad así? Pobre angelito inocente. Dejalo así, mi amor, este tiene que ser nuestro secreto mejor guardado —insistió ella apretándole con las manos.

—¿Una mentira piadosa? —le preguntó él con ironía y tristeza, recordando todos los conflictos que habían tenido por esa causa.

—Una mentira piadosa y justa —le dijo ella abrazándolo con fuerza.

Pero, a veces, cuesta mucho guardar secretos. Isabel, que era una mujer muy intuitiva, no creyó ni por un momento que su hijo hubiese golpeado con tanta saña a ese hombre solo por cuestiones de dinero, cuando nunca le había dado importancia a la plata. Cinco días después de la muerte de Franco, llamaron desde la mutual de salud que, como Sebas aún seguía soltero, continuaban pagando ellos, para avisarles que la prepaga no iba a cubrir el examen de ADN. Como era tan curiosa y terca como su hijo, fue hasta la clínica y, con la excusa de que este lo había perdido, solicitó una copia. Al leer el resultado, unió dos más dos, se fue hasta la casa de Elena y se lo preguntó a rajatabla. Al verla temblar convulsivamente no necesitó respuesta.

Sin embargo, solo compartió su descubrimiento con Pedro y, tal y como Milagros había deseado, el origen de Inesita siguió siendo el secreto mejor

guardado.

La niña creció sana y feliz, disfrutando del cariño, la devoción y los cuidados del que creía su papá tanto como Cristian y sus dos medio hermanas paternas, que llegaron después. Jamás sospechó ni se sintió menos querida que los otros y ella también los amó profundamente, al igual que a su «mamá del corazón», como le decía, en medio de grandes abrazos, a la esposa de su padre.

Tres meses después del nacimiento de Cristian, Milagros y Sebastián se casaron por iglesia, en una sencilla e íntima ceremonia familiar, realizada al atardecer, en el verde y cuidado parque de la casa de Isabel. Habían ubicado el improvisado altar sobre una tarima, frente a las sillas campestres colocadas allí para los invitados, y que estaban divididas por una larga alfombra roja, flanqueada a los costados por cintas blancas y pequeños ramos de margaritas atados a las sillas.

Esa mañana, en un registro del centro de Buenos Aires, ya había tenido lugar el matrimonio civil, allí estuvieron junto a familiares y amigos, que habían llegado también desde Teodelina para compartir este momento único con ellos.

Pero esa tarde, cuando Sebastián la vio caminar por la alfombra hacia él, erguida y resplandeciente, con el Ave María que la envolvía en un halo musical y bello, sintió que una emoción indescriptible y dulce le cerraba la garganta. Mili estaba bronceada, llevaba una corona de flores naturales sobre la frente y un sencillo vestido de encaje entallado, que dejaba los hombros descubiertos y se abría, a partir de las rodillas, en un vuelo de corte sirena. Ella tenía un brazo enlazado al de su padre y con el otro, en lugar del tradicional ramo, sostenía a su hijito, que observaba todo con ojos curiosos y asombrados.

La joven también lo vio, vestido con una camisa blanca y un traje negro de verano, con su oscuro cabello refulgiendo al sol y sus brillantes ojos azules que resaltaban en su cara cuadrada y bronceada. En el instante en el que él le sonrió y dibujó esos adorables hoyuelos que ella amaba besar, la chica le correspondió, radiante de felicidad y pensando que él era su lugar en el mundo, el lugar mágico, único y eterno en el que quería vivir para siempre. Al llegar a su lado, ella soltó su brazo del de su padre y lo enlazó con el de su esposo, antes de girar hacia el sacerdote para que diese inicio a la ceremonia.

Cuando esta terminó y se escuchó la marcha nupcial, Sebastián tomó el rostro de Milagros entre sus manos y la besó con tierna pasión. Después, ambos comenzaron a avanzar por la alfombra hacia la salida, viendo los rostros que les sonreían a ambos lados y escuchando las felicitaciones de los invitados. En un momento, Milagros alzó la vista y vio a Elena, con Inesita recostada contra su pecho, que los observaba seria, parada al costado de la alfombra. Al llegar a su lado, se detuvo, puso a Cristian en brazos de su padre y tendió los suyos hacia la bebé con una sonrisa interrogante. Al comprender la muda invitación, los ojos de Elena se llenaron de lágrimas y, sonriendo también, puso a la pequeña en los brazos de la recién casada, que la arrulló con ternura. Así, ante el asombro y la emoción de todos, continuaron caminando los cuatro. El mensaje implícito en ese gesto era claro: Inesita siempre iba a ser una parte integrante, aceptada y amada en la nueva familia, y la madre soltera sintió, a pesar de todo, una profunda paz.

Esa noche se amaron con la misma piel, el mismo deseo y la misma lujuriosa pasión que los había mantenido enlazados desde el momento en que se habían conocido. Después se quedaron abrazados frente a frente, en la pequeña cama de la habitación de Cristian a la que se habían trasladado para hacer el amor, ya que el repollito se había adueñado del colchón grande y no quería saber nada con cederlo. Recordaron, entre risas y besos, ese día, más de un año atrás, en el que él se había apoyado contra su trasero en forma desfachatada y le había preguntado con pasión cuánto tenía que pagarle para acostarse con ella, a lo que la chica había respondido con un sonoro y bien puesto cachetazo.

—Y lo más gracioso —comentó ella entre carcajadas y acariciando las cicatrices que le habían dejado a él los dos disparos en la espalda— es que, si volvieses a preguntármelo ahora, te respondería que gratis por toda la eternidad.

Seis años después, una tardecita de un soleado domingo de febrero, Milagros se asomó a la puerta de su enorme casona campestre para buscar a Inesita. La encontró con la cara sucia de chocolate, las mejillas coloradas del sol, las rodillas negras de tierra, el primoroso vestidito de verano, con el cual Elena se la había enviado, hecho un asco, el cabello oscuro volando al viento y oficiando de réferi, junto a su abuelo Pedro.

El partido de fútbol era jugado por el padre de la pequeña, su hermano, sus primos Kevin y Alex, que estaban hechos unos brutos muchachones, el chofer, el parquero, su primito postizo, Mateo —que estaba de visita—, y su tío abuelo Marcos. Este último corría, precedido por su pancita sesentona y agitado, detrás de la pelota, fingiendo que intentaba quitársela a Cristian, el cual, en peores condiciones de suciedad que su hermanita, era un contrincante futbolero aguerrido y feroz.

—¡*Foul, foul!* ¡Cobrá, abuelo! ¿No ves que me hizo *foul*? —le gritó su nieto con la cara transpirada y las mejillas rojas por el esfuerzo y la indignación.

—¡Che, no le grités así al abu! ¿No ves que el tío Marcos te lo hizo de jodita nomás? —lo amonestó Inés, con las manos en la cintura y gesto beligerante.

—¡Callate vos, rana chueca! —le respondió Cristian con el tono de burla que solía utilizar cuando quería atormentarla por sus piernitas flacas y levemente combadas.

—¿Y vos qué me decís? ¡Corral sin puerta! —le respondió ella, con la única arma, facilitada con gentileza en su oído por la tía Lucía, que podía usar para devolverle las ofensas, ya que su hermano había heredado el cuerpo fuerte, flexible y atlético de su padre, y la pérdida reciente de dos dientes de leche era el único defecto que le podía enrostrar.

—¡Basta los dos! —dijo Sebastián con tono autoritario, pensando cómo era posible que esos chicos, que se peleaban como dos urracas locas, se defendiesen uno al otro ferozmente cada vez que un adulto intervenía para retarlos por las macanas cotidianas que se mandaban, sobre todo el varón, que era una máquina de hacer *dañinadas*.

Pensando que iba a tener que ponerla dos horas en remojo para sacarle la costra de barro de las rodillas, si quería evitar que a Elena le diese un infarto, Milagros se dirigió hacia ellos diciendo:

—Dale Inés, vení a bañarte que ahí llamó papá y dice que en una hora te viene a buscar.

—¿Papá uno o papá dos? —le preguntó la nena, haciendo referencia a José, el esposo de su mamá desde hacía cinco años, usando la numeración que había elegido para diferenciar a sus dos padres y sus dos madres, y tratando de hacer tiempo porque no tenía ni medio de ganas de bañarse.

—¡Papá dos! —le respondió Mili con tono admonitorio—. No te hagás la viva, que a papá uno lo estás viendo jugar al fútbol.

—¡Por eso! ¡Me quiero quedar un ratito más! ¡Dale, porfis, ma!

La joven se acercó a largas zancadas y con el ceño fruncido y gesto amenazante le dijo:

—¿Vos sabés lo que le hago yo a las nenas desobedientes que no se quieren bañar? —Inesita negó con la cabeza comenzando a sonreír.

—¡Me las como a besos! —gritó la chica, mientras la alzaba en alto y empezaba a besarla en los impresentables cachetes y a hacerle cosquillas en la panza. Era un juego entre ambas que a la niña le encantaba jugar, por eso fingía desobedecerla, sabiendo que su mamá del corazón la iba a castigar con muchos y sonoros besos, en tanto que ella la abrazaba y se descostillaba de la risa.

Sebastián las vio irse riendo también a carcajadas. Esa mujer era una bellísima caja de diversión. Sobre todo ahora que, como estaba terminando con éxito su especialización en Neurología, tenía el reloj biológico al rojo vivo y se había convencido de que los chicos necesitaban otro hermanito, motivo por el cual se le había dado por la lencería erótica y la seducción. Por supuesto, él la secundaba, disfrutando como un Pachá turco de su deseo de fabricar otro bebé y de las actividades para concretarlo.

—Che, pa, dejá de mirar como un bobo a mami y concentrate en el partido, que vamos perdiendo como cinco a tres —le dijo Cristian, malhumorado porque, como era muy competitivo, no le gustaba perder ni jugando al Ta te ti.

Una hora después, luego de saludar con la mano a José y Inesita hasta que la camioneta que los transportaba desapareció de su vista, al entrar al inmenso *living*, Milagros descubrió los botines embarrados de los integrantes masculinos de su pequeña familia, diseminados por el brillante piso de porcelanato y rodeados de considerables trozos de barro y briznas de pasto que se habían desprendido de los tapones. Mientras tanto, su adorable maridito y su pulcro hijito jugaban un partido en la *play*, despatarrados en el sillón, transpirados y con la ropa deportiva y las medias enlodadas todavía puestas, en apacible armonía y totalmente ignorantes de la furia que comenzaba a quemarla a ella por dentro.

Sin decir una palabra y con un gesto de determinación, levantó los botines del piso, se fue afuera, tomó puntería y comenzó a tirarlos de a uno arriba del techo. Cuando terminó, cuadró los hombros, se limpió las manos una con la otra y, con una expresión de enorme satisfacción, se dirigió a la

cocina, se lavó con detergente, se recogió el largo cabello con un broche, se colocó un delantal con pechera sobre el sencillo vestido de algodón estampado y se dispuso a preparar la cena.

Adentro, padre e hijo oyeron los golpes sobre las chapas acanaladas y se alarmaron.

—Andá a fijarte si están los botines —dijo Sebas, rascándose la cabeza porque habían comenzado a picarle la suciedad y la preocupación.

Cristian fue hasta la entrada del *living* y respondió compungido:

—No, papi, no están, me parece que nos los tiró otra vez.

—¡Gil! ¿No te dije que me hicieras acordar que la próxima los teníamos que dejar afuera?

—Y qué me decís a mí, si yo soy chiquito —le respondió el nene ofendido.

—Sí, cuando te conviene sos chiquito—le respondió su padre, en tanto que se incorporaba con desgano y empezaba a caminar hacia afuera. —Dale, vamos, que yo me subo al techo y te los tiro, y vos de abajo los agarrás —continuó con tono resignado—. ¡Ah, y ni una palabra a mamá, porque, donde hablemos, se nos arma! —finalizó con gesto de alarma, pensando que, si no hacía letra, esa noche no iba a haber ni lencería erótica, ni masajes seductores ni nada de nada.

Por suerte, Milagros no era rencorosa, y se quedó satisfecha con saber que esos dos mugrientos desconsiderados habían tenido que abandonar su sagrado juego y, uno de ellos, subir dos pisos de escalera externa y trepar por una enredadera agarrada al techo para poder recuperar sus preciosos botines.

Contrariando los más profundos temores de Sebastián, esa noche acabaron haciendo el amor apasionadamente, en un colchón tirado en la terraza de su habitación, desnudos a la luz de la luna, con el camisolín negro y transparente abandonado en el piso y el alma rebalsando de amor.

Cuando todo terminó, se quedaron un rato abrazados, escuchando los agitados latidos del corazón del otro, observando el firmamento tachonado de estrellas y con el pecho henchido de una profunda paz.

Ella se incorporó despacio y, contemplándolo con honda dulzura, le dijo:

—Te quiero mucho, ¿sabés?

Y esperó, con una sonrisa expectante, a que su esposo le respondiese con el mismo gesto de devoción y la misma y consabida frase de siempre:

—Yo te quiero más.

Desde su cielo, unos brillantes ojos color miel sonrieron con ternura.

FIN

NOTA DE AUTORA

Como esta novela está ambientada en la Argentina actual, en el sur de Santa Fe y en Buenos Aires, considero necesario aclarar que contiene giros y modismos propios de estas regiones, al igual que el uso del voseo. Decidí no castellanizar o estandarizar el texto para tratar de mantener la esencia lingüística de estos lugares en esta época. También destaco que utilicé en ella mucho estilo indirecto libre, en el cual se reproduce la conciencia del personaje a través de un narrador en tercera persona y en pasado, pero respetando, utilizando, o tiñéndose de la voz del personaje, dándole voz directamente o quitando las acotaciones de decir. De esta manera se consigue dar la sensación de un acceso íntimo e inmediato a la conciencia del personaje, aunque esto implique, a veces, un mayor trabajo de interpretación para el lector.

AGRADECIMIENTOS

A mi esposo y mis hijos, por comprenderme y acompañarme en este apasionante y complejo camino de la escritura; a Ediciones B, en especial a Lola Gude e Ilu Vilches, infinitas gracias por volver a confiar en mí; a mis lectores beta, que me señalaron errores para que pudiese mejorar esta novela; a mis compañeras de editorial, que son las que más me alientan a seguir. Para finalizar, les agradezco siempre a mis lectores, los que me leyeron y los que, espero, sigan haciéndolo.

Si te ha gustado

Yo te quiero más

te recomendamos comenzar a leer

Almas condenadas. Dhampyr 3

de Karen Delorbe



INTRODUCCIÓN

Sed

El vampiro miró a su alrededor y las contó. Eran siete. Se dejó caer en el sofá de terciopelo verde y emitió un quejido.

—¿Es que nunca dejaré de tener sed? —Posó la mirada con lentitud sobre las muchachas. Todas se habían entregado a él sin oponer resistencia. Sin embargo, su sangre no había bastado para saciarlo.

Cansaba jugar a lo mismo una y otra vez.

Se aproximó al espejo y acomodó su roja cabellera, la cual se había atado con una cinta dorada para lucir más aristocrático. Durante unos instantes se quedó inmóvil, contemplándose. Tanta sangre le daba un aspecto saludable, casi vivo. Aunque, si lo estuviera, no necesitaría matar cada noche para satisfacer su apetito.

—Los humanos son tan insulsos —se lamentó, pensando en la única que había logrado calmar su sed e, irónicamente, la única que no había muerto en sus manos.

Llevó una mano al lugar en donde, se suponía, se encontraba su corazón y la dejó ahí esperando percibir un latido inexistente. Aquel no latiría nunca más, por mucha sangre que bebiera... y por muchas jovencitas que asesinara.

La diabólica presencia en el interior de sus venas se desvanecía poco a poco. Matar se estaba convirtiendo en una molestia, un hábito sin sentido. Ya no lo divertía como antes. Incluso, a veces, sentía pena por ellas.

«¿Qué me está pasando?».

En ocasiones, recibía atisbos de pensamientos, de sueños que no le pertenecían porque él no soñaba. Había perdido la capacidad para hacerlo. Tampoco dormía. Sin embargo, durante el día cerraba las ventanas y se acostaba en la cama para fingir que aún quedaba algo de humanidad en él.

Y cuando cerraba sus ojos, allí estaba ella.

—Me has condenado, Natasha Dorcas. ¿Qué me has hecho? —Se quedó pensativo.

—¿*Monsieur* Ruthven? —Una chiquilla lo llamó desde el otro lado de la puerta.

—Aquí estoy, *mon cher*. —Se dio vuelta—. Puedes pasar, pero no grites.

—¿Gritar? ¿Por qué habría de hacerlo? —Ella rio y entró en la habitación de ese lujoso hotel.

Él le cubrió la boca antes de que un alarido escapara ante la sangrienta escena: esas mujeres se encontraban tiradas por toda la habitación y en distintas posiciones, como muñecas rotas. Sus ojos vidriosos contemplaban la nada. Las ropas manchadas de rojo ocultaban una gran cantidad de mordidas en sus cuerpos, de las cuales apenas un par asomaban.

El corazón de la muchachita se aceleró.

—Dije sin gritos —susurró el vampiro, sosteniéndola entre sus brazos. ¿Cuántos años tendría? ¿Catorce? ¿Quince?—. No te preocupes, no habrá dolor. Te lo prometo.

Dorian acarició el largo y negro cabello de su víctima. Siempre las pedía así. Pronto acabaría con todas las morenas de París, se dijo con una sonrisa melancólica.

Al igual que sus predecesoras, la niña se puso a llorar.

—Lo siento, pequeña —dijo él.

Con cuidado, torció hacia un lado la cabeza de la joven y ella, sin poder moverse, gimió al sentir los colmillos clavándose en su tersa piel.

Por unos minutos, sus pensamientos se nublarían y experimentaría el placer más sublime. Ella lo disfrutaría antes de perecer. Sería una muerte dulce. Solo una había sobrevivido al beso del vampiro: la más deliciosa y hermosa de todas.

Ruthven soltó el cuerpo de la joven cuando sus latidos se detuvieron. Ella se desplomó a sus pies. Así de sencillo era matar. Miró, una por una, a las muchachas muertas y rio con amargura.

—Vaya carnicería.

Se limpió las comisuras de los labios con un pañuelo de seda y marcó un número telefónico.

—Hola, Akira. Necesito que me hagas un favor.

Luego de hablar, salió del cuarto. Atravesó el pasillo, bajó las escaleras y dejó el hotel, todavía sediento.

Nadie más que ella podría saciarlo.

Akira la encontraría para él.

—Te haré mía, Natasha Dorcas. O moriré en el intento.

¿Se puede volver a amar con el intenso ímpetu del primer amor?



En Teodelina, un bello y pequeño pueblo perdido en la pampa argentina, Cristian y Milagros son dos adolescentes que se aman con pasión. Sin embargo, un trágico accidente terminará con la vida de uno y cambiará el destino de la otra para siempre.

Una mágica y alocada noche porteña, cuatro años después del accidente, Milagros conocerá a Sebastián, un joven inteligente, simpático y seductor que irrumpirá como un huracán en su apagada vida y la colmará con una nueva luz.

Con el transcurso de los días, él será para ella un nuevo amor que le devolverá las ilusiones perdidas y la hará soñar con que es posible trampear al destino y volver a apostar por la felicidad.

Pero lo que ella desconoce es que él está a punto de casarse con otra...

Una novela intensa y, sobre todo, maravillosamente humana.

Nidia Restovich. Nací el 27 de diciembre de 1971 en la localidad de Teodelina, ubicada en el sur de Santa Fe, Provincia de Argentina, donde vivo actualmente, y soy profesora de Castellano, Literatura e Historia. Ejercí la docencia con profunda vocación. Tengo 44 años, soy casada y madre de dos hijos. Me encanta escribir y soy lectora apasionada de novelas románticas desde mi adolescencia. Hace siete años comencé a escribir obras teatrales para realizar con mis alumnos, las cuales tuvieron un gran éxito y aceptación del público de mi pueblo. Por esta razón es que, dos años atrás, empecé a escribir novela romántica.

Edición en formato digital: diciembre de 2017

© 2017, Nidia Restovich

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9069-927-0

Composición digital: Mandala Estudio

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Yo te quiero más

Nota editorial

Sebastián

Cristian

Milagros

Un destino inesperado

Un nuevo amor

Una Navidad especial

Los descansos y los días

Elena

Lejos

Carlos

Buscándote

Volver

Lo inesperado

Confusiones y engaños

La felicidad no se hizo para durar

Secretos de familia

Y por fin, la cigüeña

Nota de autora

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela...

Sobre este libro

Sobre Nidia Resovich

Créditos